



Facultad de Humanidades
Instituto de Sociología
Carrera de Sociología

Los imaginarios urbanos y el uso social del espacio barrial: el caso del Barrio de Cordillera Central del Cerro Cordillera de Valparaíso.

Memoria de grado para optar al Grado de Licenciado en Sociología y Título Profesional de Sociólogo

Paloma Carramiñana Morales

Profesor Guía:
Maximiliano Soto Sepúlveda

Septiembre, 2016

Agradecimientos

A mis padres, que me dieron la oportunidad de estudiar, y me apoyaron en la elección de tan maravillosa carrera.

A Carlos Vergara, por el aporte que son sus conocimientos, por su tiempo, entrega, apoyo y guía constante.

A Maximiliano Soto, por invitarme a ser crítica permanente, incluso con mi propio trabajo, y por incentivar me siempre a leer y a practicar la etnografía.

A mis amigos, que me animaron, acompañaron y ayudaron en el trabajo que conllevó este trabajo de título.

A los entrevistados y entrevistadas, que me abrieron las puertas de su casa y me proporcionaron los contactos, información y ayuda necesaria; y al TAC, por ser tan buena iniciativa y proporcionarme a mí y a otros, tan linda experiencia.

Índice de contenido

I.	Resumen	7
II.	Formulación del problema	8
II.I	Problematización.....	8
II.II.	Pregunta de investigación.....	14
II.III.	Objetivos	14
II.III.I.	Objetivo general.....	14
II.III.II.	Objetivos específicos	14
II.IV.	Relevancias	15
III.	Marco teórico.....	19
III.I.	Espacio social: campos, capital y habitus	19
III.I.I.	Estrategias y Prácticas ritualizadas	23
III.I.II.	Unidades de reproducción social: el barrio como red, cuerpo y campo	27
III.II.	Espacio barrial.....	29
III.II.I.	El barrio para las ciencias sociales	30
III.II.II.	El barrio de la Escuela de Chicago	31
III.II.III.	Ideología barrial dominante: la reconstrucción del concepto de barrio hacia una perspectiva discursiva.....	33
III.II.IV.	El problema de la delimitación del barrio	37
III.II.V.	Tipos de barrio	37
III.III.	Estigmatización barrial	40
III.IV.	Identidades barriales.....	45
III.V.	Los Imaginarios sociales.....	49
III.VI.	De los imaginarios sociales a los imaginarios urbanos	51
III.VI.I.	Los imaginarios en las ciencias sociales, y la perspectiva teórica adoptada	55
III.VI.II.	El lenguaje y la narratividad en los imaginarios sociales.....	58
III.VI.III.	Signos y símbolos	60
III.VI.IV.	Representaciones Sociales	62
III.VI.V.	La imagen Urbana como representación de la ciudad	66
IV.	Hipótesis.....	69
V.	Marco metodológico	71
V.I.	Tipo de estudio.....	71
V.II.	Tipo de diseño	72
V.III.	Técnica de producción de datos	73
V.IV.	Unidad de análisis	77
V.IV.I.	Universo y muestra.....	78
V.V.	Técnica de análisis de datos	81

V.VI. Calidad del diseño	83
V.VII. Plan de trabajo	85
V.VIII. Condiciones éticas	85
VI. Análisis.....	87
VI.I. Alcances de la ciudad de Valparaíso: el Cerro Cordillera y el Barrio de Cordillera Central.....	87
VI.I.I. Valparaíso, de la era de oro a la decadencia.....	88
VI.I.II. El imaginario porteño	91
VI.I.III. El Cerro Cordillera como espacio vivido, percibido y practicado	96
VI.I.IV. Caracterización sociodemográfica del cerro Cordillera	103
VI.I.V. Reseña histórica de la Población Obrera de la Unión	109
VI.I.VI. La Población Obrera de la Unión como símbolo Cordillerano	116
VI.I.VII. El Taller de Acción Comunitaria (TAC) y otras organizaciones funcionales del cerro Cordillera	118
VI.II. De la marginación a la emancipación: La resistencia como sistema de percepción y acción de los habitantes del Barrio de Cordillera Central.....	129
VI.II.I. La resistencia como imaginario urbano de los habitantes del barrio de Cordillera Central	130
VI.II.II. El voluntario como vocero de la resistencia	145
VI.II.III. Estrategias y prácticas en torno al imaginario de la resistencia.....	152
VI.II.IV. Desnaturalizando el imaginario de la resistencia	159
VI.III. La (in)seguridad y el miedo al otro como disposiciones que doblan la resistencia.....	163
VI.III.I. La (in)seguridad, uno de los imaginarios dominantes de los habitantes del barrio de Cordillera Central.....	164
VI.III.II. Choros y domésticos: protagonistas de la (in)seguridad.....	176
VI.III.III. Estrategias y prácticas en torno al imaginario de la (in)seguridad	182
VI.III.IV. Desnaturalizando el imaginario de la (in)seguridad	189
VII. Reflexiones finales.....	193
VIII. Anexos	200
VIII.I. Guía entrevista en profundidad	200
VIII.II. Guía metodológica para desarrollar la actividad de mapeo colectivo	201
VIII.III. Imágenes de la actividad de mapeo colectivo	202
IX. Referencias bibliográficas	205

Índice de figuras

Figura N°1.- Localización del área de estudio, Cerro Cordillera ciudad de Valparaíso.....	80
Figura N°2.- Barrio Cordillera Central al Interior del Cerro Cordillera.....	80
Figura N°3.- Rayado de Santiago Wanderers.....	95
Figura N°4.- Construcciones del cerro Cordillera.....	100
Figura N°5.- Mural del TAC que busca concientizar a la población.....	102
Figura N°6.- Plaza Padre Gabriel Correa.....	103
Figura N°7.- Crecimiento y decrecimiento poblacional en Cerro Cordillera (2002).....	107
Figura N°8.- Placa de la Población Obrera de la Unión.....	111
Figura N°9.- Deterioro del edificio de la Población Obrera de la Unión.....	112
Figura N°10.- Edificio de la Población Obrera de la Unión rehabilitada, vista desde camino Cintura.....	115
Figura N°11.- Niños del TAC limpiando los alrededores de la Biblioteca Gutenberg.....	122
Figura N°12.- Anfiteatro del Taller de Acción Comunitaria (TAC).....	124
Figura N°13.- Corporación Santa Ana.....	126
Figura N°14.- Carnaval de la Primavera.....	127
Figura N°15.- Mural del TAC y de paisajes identitarios del cerro.....	139
Figura N°16.- Rayado dedicado a los domésticos del cerro Cordillera.....	182
Figura N°17.- Mapeo colectivo 1.....	202
Figura N°18.- Mapeo colectivo 2.....	203
Figura N°19.- Mapeo colectivo 3.....	203
Figura N°20.- Mapeo colectivo 4.....	203
Figura N°21.- Mapeo colectivo 5.....	204
Figura N°22: Mapa de los lugares representativos del barrio de Cordillera Central.....	204

Índice de tablas

Tabla 1.- Plan de trabajo de acuerdo a fechas.....	85
Tabla 2.- Población y diferencia inter censal en el Área Metropolitana de Valparaíso (1982-1992-2002-2012).....	104
Tabla 3.- Población y diferencia inter censal en distritos censales de la comuna de Valparaíso (1982 – 1992 - 2002).....	105
Tabla 4.- Distribución porcentual de jefes/as de hogar según grupos socio ocupacionales en el Área Metropolitana de Valparaíso (2002).....	107
Tabla 5.- Distribución porcentual de jefes/as de hogar según grupos socio ocupacionales en distritos censales de la comuna de Valparaíso (2002).....	108

I. Resumen

El siguiente trabajo corresponde a un estudio de caso, realizado en el barrio de Cordillera Central, del cerro Cordillera de Valparaíso. Para llevarse a cabo esta investigación, fue necesaria la realización de un trabajo de campo previo, para así brindar una base inductiva y un conocimiento exploratorio, que posteriormente, nos permitirían decidir las directrices teóricas y metodológicas que regirían el presente estudio.

El trabajo etnográfico que se realizó, con el objetivo de conocer los imaginarios urbanos de los habitantes del barrio de Cordillera Central, forma parte de una decisión teórico-metodológica, que nos brindará la posibilidad de caracterizar este cerro en las siguientes páginas. Cerro, que para la opinión pública es reconocido por su organización y su tipificación obrera, aunque también por su delincuencia. Hecho que nos hizo percibir la presencia de dos imaginarios dominantes en las subjetividades de quienes habitan el barrio: el de la resistencia, y el de la (in)seguridad.

Al profundizar en éstos, a lo largo de este trabajo, no solo se intentó comprender el conjunto de imágenes, percepciones y prácticas que incitan a actuar a los habitantes de un modo más que de otro, sino que también se pretendía entender de mejor manera, los procesos socioculturales que se han llevado a cabo en Cordillera, es decir, desde el posicionamiento del estigma, hasta las distintas acciones colectivas que desencadenaron la reapropiación territorial por parte de los habitantes del cerro, considerando por su puesto, la resistencia al estigma por parte de algunos de los habitantes, y a su vez, las estrategias de otros, que tienden a validar y amplificar su desprestigio.

Para lo anterior, fue necesario rememorar hitos que se conformaron tanto como efectos y como causas de dichos procesos, entre ellos la consolidación de la primera vivienda social del país en el cerro Cordillera, y la llegada del taller de acción comunitaria (TAC), que nos llevó a entender finalmente, el accionar de quienes habitan Cordillera, y la trama de sentidos en los que se sustentan sus prácticas, entendiendo de antemano, el contexto específico de dichos habitantes.

II. Formulación del problema

II.I Problematicación

Durante los últimos años se ha asistido a una importante modificación de las metrópolis latinoamericanas, representada, entre otros aspectos, por los cambios de las formas sociales, urbanas y culturales. La segregación socio espacial en las ciudades y el desarrollo de nuevas centralidades viene a visibilizar uno de los tantos cambios ocurridos, sobre todo en las grandes ciudades como lo son, por ejemplo, México DF, Buenos Aires, Lima y Santiago. Esto, producto del agotamiento del modelo de acumulación y crecimiento fordista, y de la instauración de un nuevo enfoque, cuya intención es afirmar las condiciones más adecuadas para el despliegue de la dinámica capitalista, que promete generar mayores excedentes (Pozas, 2004).

En razón de aquello, el capital privado se ha vuelto el protagonista de los procesos de acumulación y crecimiento, y ha suprimido buena parte de las funciones del Estado de Bienestar que habían sido concebidas con el propósito de amortiguar los efectos negativos de la dinámica capitalista sobre los sectores más desfavorecidos de la sociedad. Esto trajo como resultado, políticas de liberalización, desregulación y flexibilización, junto a la tercerización de la economía, que impulsaron procesos de desestructuración y re-estructuración de los regímenes laborales existentes, que incidieron a su vez, en una creciente des-salarización y precarización de la fuerza de trabajo, y en consecuencia, en una acentuación de las desigualdades sociales, plasmadas en el desempleo, en las precarias condiciones de trabajo y en general, en la diferenciación social a la hora de acceder a bienes y servicios (Mattos, 2006).

Todos estos procesos de cambios, han estado ligados a procesos de individualización, que sin duda han repercutido en la organización y en el funcionamiento, además de en la propia apariencia de la ciudad. Pues, con la globalización, y más específicamente, con la emergencia de la modernización capitalista, se produjo un cambio caracterizado por el paso de una sociedad centrada en la esfera pública a una centrada en la esfera privada, justificado por la proclama de un comportamiento individual como promesa de satisfacción y felicidad.

Este cambio no se dio de manera inmediata, sus fases son observables en distintas épocas; durante la década de los sesenta se desarrolló la evolución de la cultura progresista, de fe en el porvenir, en la cual se situó una discusión política en torno a temas generales sobre la sociedad, además, el imaginario se encontraba impregnado de valores colectivos tales como la solidaridad, el compañerismo, la comunicación y el deseo de compartir (Mejía, 1998). En los años setenta en cambio, se dio un periodo de transición, en el que se originó una ruptura con el proyecto social anterior, pues los ideales y metas universales, al igual que las ideologías socializantes y la izquierda, se derrumbaron junto con el Estado de Bienestar, dando paso al desencanto y a la frustración que anteceden a la privacidad. Cabe decir que en Chile, estos procesos se agudizaron en el periodo de la dictadura militar (1973-1990), e incidieron en el cuestionamiento acerca del tiempo que demandaba la participación en las instituciones públicas. Por ello, para los años ochenta, se había introducido de lleno el universo privado, trivializando de este modo, los asuntos públicos. Con esto, la privacidad de las relaciones sociales, viene a representar el distanciamiento de los valores comunitarios, de la utopía política y de la idea de vocación como servicio comunal (Mejía, 1998).

A raíz de lo anterior, en las últimas décadas del siglo XX se ha ido erosionando el espacio urbano en las ciudades de Latinoamérica. Un indicador de esto es el deterioro físico de los centros históricos en la actualidad. Eso se ha debido no solo a los problemas de identidad generado por el modelo aperturista que se implanta, sino que también al ajuste económico que reduce las políticas sociales, a las políticas de privatización que tienden a disminuir la presencia del estado nacional, a la traslación y creación de nuevas centralidades en la metrópolis, junto a hechos sociales, económicos y naturales específicos de cada territorio (Carrión, 2000).

Valparaíso no está ajeno a esa realidad, Arenas y Bustos (1996) reconocen una baja calidad de vida, sustentada en carencias en las viviendas, en insatisfacción de necesidades básicas, en bajo grado de bienestar social y en la falta de espacios urbanizables por limitantes naturales, principalmente topográficas.

Valparaíso, desde sus orígenes fue forjando su imagen de ciudad definida por dos factores que a través del tiempo fueron determinando su silueta: su carácter urbano y la actividad portuaria. Esto le dio un peculiar desarrollo a la comuna, y dada su bullente actividad comercial y financiera, tuvo épocas de gran auge económico que le significó ser lugar de migrantes nacionales, provenientes de los campos en proceso de racionalización y de las minas que cerraron en el norte; como también internacionales, principalmente inversores británicos, alemanes y trabajadores italianos y españoles. No obstante, durante el siglo XX distintos momentos azoraron el desarrollo de Valparaíso, y la ciudad se vio altamente afectada por la modernización del Puerto y la crisis económica, haciéndose manifiesto en el deterioro creciente, y en la obsolescencia de gran parte de la infraestructura urbana (Aravena y Sobarzo, 2009).

En consecuencia, la ciudad de Valparaíso se erige actualmente, a través de áreas que conviven edificaciones nobles, testigos de la “era de oro” del antiguo Valparaíso (Lorenzo, 2012); con edificios modernos que contrastan duramente con la imagen tradicional, y un sin número de viviendas precarias. Esta realidad de contrastes, junto a una urbanización desordenada y heterogénea, ha sido constante en la historia de Valparaíso, pues el desarrollo comercial de la ciudad empujó al desarrollo urbano y la gente se instaló y fue haciendo el mapa de la ciudad antes de que hubiera tiempo para pensarla¹. Por otro lado, la topografía de Valparaíso es probablemente la condicionante principal de los patrones de asentamiento residencial y ocupación del suelo existente.

"Senderos estrechos y visiblemente difíciles de subir permiten a los peatones alcanzar hasta la cima de las serranías"... (Donde) "...casi comparables a nidos de ave se hallan suspendidas numerosas pequeñas casas, escalonadamente, en la roca emparejada. Pero son tan estrechas y reducidas que no sugieren la idea de ser habitables" (...) "Callejuelas cortas, sucias e incómodas, donde vive una población densa, en casas poco acogedoras" (...) "Valparaíso revela pobreza en atracciones, desaseos y miseria" (Pecchenino, 2001; p.73).

¹ Sobre esto, resulta interesante revisar el trabajo de Lautaro Ojeda y Andrea Pino (2013), donde revelan la forma en cómo habitantes de la ciudad, construyen hábitats populares adaptando las laderas como suelo disponible para su urbanización.

Una muestra de la decadencia y precariedad de las ciudades, es el fenómeno asociado a que gran parte de la población pobre de las más importantes ciudades, entre ellas la de Valparaíso, habitaban conventillos a partir de la época de la cuestión social. “Los conventillos surgieron y se multiplicaron como respuesta a la confluencia de factores sociales, económicos y culturales del período, siendo su característica, la improvisación ante la demanda de un lugar dónde habitar y la escasa oferta de suelo dónde edificar” (Urbina, 2003; p. 2).

En Valparaíso, es un edificio emblemático, en cuanto es el que más se aproxima a la idea de conventillo, el que adquirió Juana Ross en el cerro Cordillera en 1894, y que se convirtió en la primera vivienda social del país el año 1898, al ser transformado en conventillo formal para los obreros de la "Unión Social de Orden y Trabajo". Este no solo pasó a ejemplificar el sistema de vida de la clase obrera, sino que también el punto de partida para la capacidad organizativa de los obreros portuarios de Valparaíso.

El Cerro Cordillera, que fue donde se emplazó el conventillo, es uno de los primeros sectores de Valparaíso en ser poblado, tiene 17.526 habitantes (censo 2002) y 5.145 viviendas (censo 2002), y por su cercanía al Puerto y a su área de servicios –el Barrio Puerto- fue el área de residencia predominante de quienes trabajaban en las faenas portuarias y comerciales del barrio puerto.

Es pertinente referirnos a este cerro, no solo por lo anterior, sino que también por el proceso de estigmatización que ha vivido, pues “se ha forjado la representación de que es un sector altamente peligroso, donde abunda la delincuencia y el tráfico de drogas” (Vergara, 2011a; p.79). Ya que, si bien habían conventillos distribuidos por toda la ciudad, la gente los comenzó a asociar específicamente a los cerros y quebradas, creando de esta manera una imagen del cerro que hace alusión a problemas de salubridad y de moralidad. “En el imaginario porteño había una ciudad-plan y una ciudad-cerro, cada una dotada de atributos distintos y hasta opuestos. La imagen generalizada era de ciudad alta, pobre y sucia, y ciudad baja, decente y limpia” (Urbina, 2003; p.9).

Esta estigmatización, de acuerdo a Wacquant (2001) es factor de un progresivo debilitamiento de los lazos comunitarios y del sentido de pertenencia territorial, que provoca estrategias de distanciamiento, y privatiza las relaciones sociales articuladas en el barrio. De acuerdo a Vergara (2011a) la realidad del barrio del cerro Cordillera, en las décadas de los ochenta y noventa, “hablaba de carencia en los lazos y espacios de encuentro, producto, entre otros factores, del asentamiento de un estigma socio-territorial y, climas sociales negativos predominantes”.

Sin embargo, “hoy en día existe un proceso de regeneración barrial en términos comunitarios” (Vergara, 2011a; 85), pues en el cerro Cordillera, a fines de 1980, comenzó un largo camino hacia el empoderamiento a través del desarrollo de trabajos y actividades en conjunto, con el objetivo de mejorar el entorno barrial de la comunidad, recuperar las confianzas y fortalecer las organizaciones sociales para promover cambios desde la acción colectiva (Espacio Santa Ana, 2014). Esta transición del cerro Cordillera que genera un cambio no tan solo en las representaciones sociales del cerro - pues reconfigura la imagen del cerro que se tenía tan estigmatizada, tanto fuera como dentro de éste-, dictó pautas acerca de un nuevo modo de relacionarse, hacer, ser y pensar las cosas, a partir de la reapropiación territorial de la comunidad, que se llevó a cabo primero, con la instalación del TAC, para luego ser precedido por la rehabilitación de la Población Obrera de la Unión, la recuperación de la Capilla Santa Ana, y la instauración de distintos espacios que invitan a los vecinos a educarse, recrearse y participar de la construcción de un nuevo cerro, para de este modo generar una vinculación con el territorio, consolidar los vínculos comunitarios, revalorizar el espacio habitado y palear las consecuencias de la segregación, vulnerabilidad y estigmatización relacionadas a la pobreza que los aqueja, fomentando finalmente, la integración social.

“El sector Cordillera Bajo presenta mayor vinculación con los problemas patrimoniales, con los conflictos de seguridad y con la posibilidad del desarrollo turístico patrimonial, por su localización, por sus atributos arquitectónicos de conjunto y por la configuración del espacio por sus habitantes. En el sector Cordillera Población Obrera, se pudo observar, "procesos participativos" de resignificación del espacio social en el sector del Camino Cintura, con las prácticas establecidas en el Taller de Acción Comunitaria y la Población Obrera” (Gallego, 2013; p. 18).

Estas transformaciones se encuentran en curso y apelan a cambios en términos simbólicos. La evidencia de investigaciones como la de Gallego (2013) y Vergara (2013), advierten que la población joven del barrio de la población obrera, a la cual le llamaremos Barrio de Cordillera Central, ha sido productora de nuevos espacios y ha tendido a restablecer relaciones sociales en el plano comunitario e identitario. Pues, si bien antes existía una desarticulación de los lazos, falta de vínculos con las instituciones públicas, falta de un sentido de pertenencia, y un estigma socio-territorial favorecida por condiciones negativas, agudizadas en sectores pobres y estigmatizados, como la inseguridad, la drogadicción y la delincuencia; actualmente asistimos a un acercamiento al mundo público por parte de la sociedad civil, a una mejora en las condiciones del barrio a partir de la acción colectiva, y a un momento del tiempo en el que se proporcionan lugares de encuentro, se afianzan las relaciones, las motivaciones y las iniciativas comunitarias en el cerro, proceso que aún no acaba.

De esta manera, se han abierto camino otros argumentos, como el deseo de reconstruir relaciones más densas y solidarias, y el de revalorizar los modos de vida populares en el cerro.

En el contexto actual, en el que las personas están experimentando inseguridad, y la expropiación de sus ciudades, dada la destrucción de sus símbolos, la expoliación de la memoria y la reconversión de lo público en privado (Silva, 2006), es relevante dar énfasis al revés de esa experiencia, y con esto, a los imaginarios con que los agentes construyen y reapropian la ciudad.

Pues, el concebir los cambios que experimentan los habitantes del barrio, bajo la lupa de los imaginarios urbanos, nos permitirá comprender y explicar el sistema de significados que le atribuyen los habitantes a su barrio, cómo los proyectan en sus prácticas, y en definitiva, cómo inciden en el uso que hacen del espacio, en tanto los imaginarios urbanos, son considerando redes o tramas de sentidos, capaces de organizar y estructurar el mundo social de los agentes (Lindón, 2007; Márquez, 2007), los cuales, por su parte, son capaces de pensar las transformaciones o provocar estos cambios en la ciudad, por medio de la interacción social tanto material como inmaterial.

Los imaginarios urbanos, entonces, instituyen sistemas de normas que orientan la acción humana, y confieren, a un agente o a un grupo, un significado y una coherencia respecto a su localización (Lindón, 2007), pues el barrio, más allá de ser un espacio físico, es simbólico, y connota determinados valores e ideales, que posibilitan la convivencia, el reconocimiento, y la constitución de identidades.

El barrio de Cordillera Central particularmente, es una unidad espacial asociada a una ciudad, con un contexto histórico determinado por la presencia obrera. Razón por la cual, vale preguntarse: ¿Ha influido ésta, la construcción de imaginarios urbanos en torno al barrio? ¿Cuáles son y cómo se han estructurado los imaginarios urbanos de los habitantes del sector? ¿Existen imaginarios urbanos en torno al barrio de Cordillera Central que se den de forma dominante y colectiva? ¿El cambio físico y material del cerro está motivado por un cambio en los imaginarios urbanos de los habitantes? ¿Persisten la sensación de inseguridad y la representación de que el barrio alberga pobreza y delincuencia?, y por otro lado, ¿En la práctica se está dando el barrio que se desea? ¿Cómo y bajo qué condiciones en nuestra ciudad se produce la socialización y la metamorfosis de estos imaginarios? Esta investigación pretende responder a esas interrogantes.

II.II. Pregunta de investigación

¿Cómo los imaginarios urbanos de los habitantes del Barrio de Cordillera Central del Cerro Cordillera, inciden en el uso social de su espacio barrial?

II.III. Objetivos

II.III.I. Objetivo general

Analizar el modo en que los imaginarios urbanos de los habitantes del Barrio de Cordillera Central del Cerro Cordillera, inciden en el uso social de su espacio barrial.

II.III.II. Objetivos específicos

- Analizar los imaginarios urbanos de los habitantes del Barrio de Cordillera Central.

- Describir las representaciones sociales del Barrio de Cordillera Central que tienen sus habitantes.
- Exponer las imágenes con las que se construyen los imaginarios urbanos de los habitantes del Barrio de Cordillera Central, respecto de su barrio.
- Detallar las prácticas sociales ritualizadas de los habitantes del Barrio de Cordillera Central del Cerro Cordillera.
- Describir el uso social del espacio urbano del Barrio de Cordillera Central.
- Relacionar el uso social que le dan los habitantes del Barrio de Cordillera Central a su barrio; con las prácticas sociales ritualizadas, las representaciones sociales y las imágenes que sostienen en torno al mismo.

II.IV. Relevancias

Los estudios que se han realizado desde la sociología urbana y el urbanismo, se han aproximado en su mayoría, a la ciudad y a los barrios, con una mirada que ha puesto acento en las estructuras económica y social de éstos. En consecuencia, la ciudad, por largos años, ha sido abordada desde una mirada más bien numérica, donde se han tratado a los individuos en base a índices y porcentajes. Motivo por el cual, no se ha logrado dar cuenta en profundidad, del espacio vivido, y de las subjetividades que las personas tienen emplazadas en lo urbano, y que son indispensables para comprender las lógicas que se despliegan en la ciudad. Pues, la significación que las personas les dan a sus barrios, y a las relaciones, inmuebles y calles que tienen lugar en él, tienen incidencia en la organización de la vida barrial.

En razón de aquello, durante las últimas dos décadas, el interés por abordar la realidad social desde dimensiones simbólicas, ha sido creciente en las ciencias sociales. Este hecho, ha significado que los imaginarios urbanos, tengan actualmente un mayor protagonismo cuando se trata de estudiar la ciudad; reflejado en el considerable avance que ha tenido el tema, gracias al aporte de sucesivas investigaciones que se han realizado (Lindón, 2007).

“Los estudios urbanos constituyen un campo marcado durante largos años –sobre todo en América Latina- por enfoques que han dado preeminencia a las componentes materiales en términos del espacio construido y también a lo socio-económico y lo socio-político desde la perspectiva del territorio. Sin embargo, y sobre todo a partir de los años noventa, se va evidenciando que en ese devenir han quedado relegadas del análisis, ciertas dimensiones que son parte fundante del fenómeno urbano. En ese olvido precisamente se aloja la clave de buena parte de todo lo que no logran descifrar estas miradas acerca de la ciudad y la vida urbana. Básicamente, se trata de las componentes socio-culturales asociadas al espacio urbano. Esto –aunado a la interdisciplinariedad y multidisciplinariedad que han sido propias del campo- permitió ir construyendo abordajes urbanos que incluyeran estas dimensiones socio-simbólicas, o bien miradas que articularan lo socio-económico y material, con lo socio-simbólico. En este camino, los imaginarios y la subjetividad social ofrecieron una posibilidad de renovación del campo de los estudios urbanos, en torno a los imaginarios urbanos. Aunque, se trata de un proceso aún en curso” (Lindón, 2007; p.7).

Parte de la *relevancia sociológica* de este estudio, radica precisamente en esto, pues éste, forma parte del giro subjetivista que se ha venido gestando en las ciencias sociales. Ya que el barrio, al ser estudiado en la presente investigación, desde los imaginarios, ha abordado un enfoque relegado por mucho tiempo, referido a componentes culturales de las personas, implicados en sus relaciones, sus creencias, sus símbolos y rituales, los objetos que utilizan, sus costumbres y sus valores; y que conforman parte de procesos urbanos y sociales.

El enfoque adoptado, no implica desconocer las estructuras económicas como válidas, ni anular el enfoque cartográfico, que se caracteriza por mirar al barrio desde el exterior, y por ello, con cierta distancia; si no que implica conocer un barrio desde la perspectiva del peatón y el habitante. Y, desde eso, conocer cuáles son las matrices de sentido que organizan la experiencia del habitar en un determinado lugar. Esto es, los significados que le atribuyen y asignan a su mundo los habitantes del cerro Cordillera, y las perspectivas que tienen respecto de sus vidas, experiencias y situaciones que se despliegan en el territorio en cuestión.

Por lo anterior, otra de las fortalezas y, la más fundamental relevancia sociológica de esta investigación, es precisamente el diálogo que se logra construir con otras disciplinas. Pues, considerar los componentes culturales de quienes estudiamos, será un aporte para comprender las dimensiones simbólicas de la vida social; mientras que los estudios urbanos, proporcionarán a la misma investigación, las bases para abordar la ciudad desde la materialidad y desde lo socio-económico.

Por otro lado, para construir el conjunto teórico metodológico que nos permite abordar la temática urbana expuesta, nos apoyamos también en la antropología, la geografía humana y la psicología social. Para comprender desde la interdisciplinariedad, de manera más acabada, la ciudad actual y al individuo en la ciudad.

El diálogo entre distintas disciplinas, se vuelve la base para mediar en la mirada de lo urbano y de los imaginarios; y clave, para articular y dar ciertos atisbos sobre la relación que guardan los imaginarios urbanos, y las estrategias y prácticas que despliegan los individuos - pensado en términos Bourdianos-. Pues esta articulación teórica, es relevante, en tanto contribuye al debate teórico, y esclarece las potencialidades de estos conceptos, en la sociología, disciplina en la cual, estos términos, evidencian muchas indefiniciones.

Respecto a la *relevancia práctica*, que pesa sobre esta investigación, encontramos que ésta recae -al reconocer y demostrar que las formas que tienen los habitantes de Cordillera Central de hacer ciudad, repercuten no solo en el territorio, sino que también en las relaciones y la identidad, en la segregación y en la desigualdad-, en el apoyo que, desde el conocimiento construido, podemos darles a las organizaciones presentes en el barrio de Cordillera Central, pues puede resultar valioso para ellas, conocer cómo piensan o cuáles son algunas de las matrices de sentido de los habitantes del barrio. Ya que se constituyen como una herramienta válida para la comunidad, capaz de evidenciar las problemáticas que los aquejan, y dar las posibles vías de acción en el sector. Más si se considera que, Cordillera Central, es un territorio activo que constantemente está siendo pensado por quienes participan en las organizaciones, y se asumen como agentes sociales de transformación. Pues éstos, intervienen constantemente en el barrio, buscando reconfigurar la percepciones de los habitantes, por medio de las distintas instancias comunitarias, que en tanto contribuyen a proporcionar a los individuos oportunidades de intercambio, lugares de recreación, y permiten el desarrollo y acondicionamiento del barrio, abren paso a la des-estigmatización, cohesión y apropiación territorial, para dar lugar a una mayor pertenencia, solidaridad y compromiso con y para la comunidad, reflejada no tan solo en las

relaciones sociales, sino que también en las prácticas, creencias y valores de los habitantes que intentan instaurar en dicha comunidad.

Por otro lado, la siguiente investigación, al poner en relieve el estudio de los imaginarios urbanos, permite abrir una discusión en torno al modelo de gestión urbano y a la planificación de la ciudad. Pues la perspectiva institucional, en su mayoría, suele desconocer el uso, y las percepciones de quienes habitan los espacios, y la importancia que tienen éstos, en el desarrollo de los lugares. Asumiendo, muchas veces, que las condiciones de un barrio están dadas y que son naturales a él y a quien lo puebla, y olvidando que, son las autoridades y medios de comunicación, los que inciden en la construcción de imaginarios. Imaginarios que repercuten no solo en el territorio, sino que también en subjetividades de quienes allí habitan, favoreciendo, en ocasiones, la consolidación de estigmas, la segregación, el sentido de pertenencia, entre otras.

Así, este estudio, podría dar visibilidad a los procesos que han contribuido a crear imágenes y relatos de la ciudad, y del barrio de Cordillera Central. Para de este modo, modificar la dinámica institucional, que nos lleva a los perjuicios de la ciudad, al priorizarse los negocios y el crecimiento económico, y al olvidar que el hacer ciudad, debe apelar a una construcción democrática, participativa y ciudadana.

En cuanto a la *relevancia metodológica* de esta investigación, podemos decir que, al adoptarse un estrategia etnográfica, y usar distintas técnicas que registraron la realidad barrial de modo complementario, como el mapeo, y la revisión estadística; se posibilitó la obtención de una panorámica social general de Cordillera Central, que contribuyó a la construcción de un objeto de estudio acabado. Pues, el registro y uso de datos, de índole, fotográfica, oral, espacial, estadística y documental, posibilitó complejizar la mirada que se tenía sobre el territorio, y dar cuenta no solo de las prácticas y de los sentires, decires y pensares de los habitantes del barrio de Cordillera Central, sino que también, de la contextualización amplia y detallada del barrio, que aporta a una mayor comprensión del espacio social y del componente simbólico que posee, además de las causas y consecuencias de diversos procesos barriales, y de la diversidad de habitantes, y formas de vivir, practicar y percibir el barrio, que coexisten en un mismo espacio.

III. Marco teórico

El estudio de los imaginarios urbanos, ligado a la ciudad y al espacio barrial, nos traslada necesariamente, a las prácticas espaciales de los agentes (Lindón, 2012). Pues, sus prácticas, se encuentran organizadas por imaginarios, y por ello, los imaginarios, se manifiestan en la existencia de determinadas prácticas espaciales.

En consecuencia, esto nos ha llevado a conjugar, en el siguiente apartado, el concepto de imaginarios urbanos, con el de estrategias y prácticas. Para así, explicar más adelante, los imaginarios de quienes habitan el barrio de Cordillera Central, y también el uso que hacen del espacio barrial, sus prácticas, y sus estrategias, entendidas éstas últimas, como aquellas acciones que los agentes realizan, para mantener o aumentar su patrimonio. Pues, el barrio, es un espacio de múltiples posiciones, donde se ejercen luchas de poder, aunque también, la identidad barrial y una sociabilidad fuerte. Motivo por el cual, éste debe ser entendido no sólo como un espacio físico, sino que como un lugar de intercambios, tanto materiales como simbólicos, que denota diferenciados imaginarios, pues en él, existen a la vez que agentes e identidades diversas, distintas formas de percibir, vivir y practicar el espacio.

En las siguientes páginas, no solo se acotará la investigación a una perspectiva teórica, sino que además, se presentará un conjunto de teorías que permitirán abordar de manera correcta, la pregunta de investigación, y comprender de manera exhaustiva, los datos recogidos.

III.I. Espacio social: campos, capital y habitus

Para poder estudiar las prácticas de un grupo determinado de agentes y sus subjetividades, es necesario primero, definir una perspectiva teórica que guíe el análisis. Por ello, nos hemos ceñido a la sociología Bourdieuniana, que descansa en el estructural constructivismo, pues la presente investigación, al igual que él, reconoce la existencia de “estructuras objetivas, independientes de la conciencia y de la voluntad de los agentes, que son capaces de orientar o de coaccionar sus prácticas o sus representaciones” (Bourdieu, 1987; p.127); como también, la

existencia de una autonomía relativa de las relaciones simbólicas con respecto a las relaciones de poder.

Con esto, se quiere decir que, existen macro estructuras que regulan al agente, así como también estructuras internas de la subjetividad, que inciden en la invención y acción individual en cada práctica (Cox, 1984).

Para poder entender lo anterior, se hace necesario entonces, profundizar en conceptos tales como espacio social, campo, capital y habitus, que se presentan a lo largo de la teoría de Pierre Bourdieu con el afán de explicar las posiciones sociales, y las prácticas de determinados grupos, en función de su propia posición en el espacio social; ya que serán ampliamente utilizados a lo largo de esta investigación, pues, finalmente, son los conceptos teóricos que nos permitirán explicar las distintas representaciones y prácticas, de nuestro sujeto de estudio, y comprender por qué es que ciertos agentes, actúan, piensan y sienten como lo hacen.

Respecto al *espacio social*, podemos decir que, éste es un espacio pluridimensional de posiciones, en el que las personas se constituyen como agentes sociales en y por la relación con el mismo.

Se dice que es una espacio pluridimensional de posiciones, como bien se puede inferir, porque los agentes ocupan allí distintas posiciones respecto el uno del otro, determinadas por el volumen y la estructura del capital que cada uno posee (Bourdieu, 1990). Por esto, las posibilidades de apropiarse del espacio físico, los estilos de vida y el consumo cultural, entre otras cosas, es diferenciada entre los agentes, pues se encuentran definidos por el capital que poseen, y en consecuencia, por la posición que ocupan en el espacio social (Castón, 1996).

El *capital*, por su parte, es el conjunto de bienes específicos que definen las posiciones dentro de un campo específico, es decir, dentro de un sistema de relaciones, aunque también en el espacio social global (Gutiérrez, 2002).

Existen capitales: económicos, culturales, sociales y simbólicos², pertenecientes a campos de estos mismos tipos, que aunque son por naturaleza distintos, en la realidad mantienen relaciones muy estrechas (Castón, 1996).

Cada una de estas especies de capitales, se encuentran vinculadas a conocimientos, condiciones materiales de existencia, y de poder, y a relaciones sociales; en diversos grados, dependiendo de la posición que ocupan en la estructura social los agentes que los poseen. Pues, la distribución desigual del capital específico, que da origen a posiciones relativas, da lugar también, a relaciones entre posiciones. Esto es, relaciones de fuerza y de poder, definidas en términos de dominación-dependencia” (Gutiérrez, 2005). En tanto los agentes con un amplio capital específico, asumen una posición de superioridad frente a otros que poseen menor capital específico.

Por otro lado, el *campo*, como ya se anticipó, corresponde al sistema de posiciones y de relaciones entre posiciones. Pues, cada campo (deportivo, político, educativo, vivienda/suelo), al disponer de distintas posiciones en su interior, tiene sus dominantes y dominados, sus luchas de exclusión, y sus mecanismos de reproducción (Castón, 1996). Sobre esto se entiende que las

² Siguiendo la teoría de Pierre Bourdieu, podemos definir el capital económico, como condiciones materiales de existencia, no limitadas a la mera posesión de bienes de producción, como se esperaría de una perspectiva marxista, sino que considerando diferencias sociales expresadas en el consumo de los individuos y grupos sociales.

El capital cultural, por otro lado, representa habitus, relacionados con determinados tipos de conocimientos, ideas, valores, habilidades, etc., como también bienes culturales, como cuadros, libros, instrumentos, y títulos profesionales, magister, doctorados, etc.

El capital social, está vinculado a un círculo de relaciones estables, y por ello a la pertenencia a un grupo, que se da en un conjunto de agentes, que no solo están dotados de propiedades comunes, sino que también están unidos por lazos permanentes y utilitarios. El capital social, es además, capital de honorabilidad y de respetabilidad, que puede procurar beneficios tanto materiales como simbólicos, que dependen no solo de la densidad de la red de relaciones que establece en un momento determinado un agente, sino que también del volumen del capital económico, cultural o simbólico de cada uno de aquellos agentes a quienes está ligado por esa red (Gutiérrez, 2005).

Finalmente, el capital simbólico, se relaciona a bienes no estrictamente económicos, como son el honor, el prestigio, legitimidad, autoridad y reconocimiento, respecto a los otros capitales (Gutiérrez, 2005).

relaciones no son entre personas, si no que entre las posiciones que ocupan determinadas personas.

Los campos están determinados por la existencia de un capital en disputa. Bourdieu (1990) ha señalado que son un mercado donde se origina, se disputa y se negocia un capital específico. Por eso el valor de un determinado capital fluctúa, pues depende de la relación de fuerzas de cada campo, y de cuanto cueste obtener determinado capital.

Por último, cabe mencionar que los campos, gozan de cierta autonomía relativa, al igual que los capitales. En este sentido, la autonomía relativa, puede variar entre los distintos campos, según la complejidad y el grado de desarrollo de cada uno de ellos, es decir, del peso específico que tenga en el espacio social global (Gutiérrez, 2005).

Pero, además de las condiciones objetivas externas como las ya mencionadas, que constituyen estructuras mecanicistas, están los *habitus*, que se presentan como condiciones objetivas, incorporadas por el agente social a lo largo de su historia, tanto individual como colectiva (Gutiérrez, 1997).

Los *habitus* se pueden definir como esquemas o “disposiciones a actuar, a percibir, a pensar y a sentir de una cierta manera más que de otra” (Gutiérrez, 1997; p.6). En otras palabras, son principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones (Bourdieu, 1991). Esto, porque han sido interiorizados por el agente a lo largo de su historia, dentro de los términos y las posibilidades brindadas por las condiciones objetivas de vida, por lo que se puede decir que son duraderas y también transferibles (Bourdieu, 1991).

Los *habitus* están asociados a una clase particular de condiciones de existencia (Bourdieu, 1991), y se manifiestan fundamentalmente, por el “sentido práctico”, esto es, la capacidad para moverse, para actuar y para orientarse según la posición que se ocupa en el espacio social (Castón, 1996). Sin embargo, el *habitus* como articula lo social y lo individual, lo objetivo y lo subjetivo, puede llegar a llevar en ocasiones a dos agentes sociales, que ocupan la misma posición dentro de un campo determinado, a actuar de manera diferente (Gutiérrez, 1997). Ya que

entender el concepto de habitus, requiere oponerse a las explicaciones que conciben las prácticas como ejecuciones de un modelo, a la vez que supone negar, que las acciones son producto de una actividad racional del agente, que realiza cálculos en términos de costos beneficios (Gutiérrez, 1997). Pues, pueden estar adaptadas a un fin, pero sin que esto suponga la búsqueda consciente de fines, y el dominio de los procedimientos para alcanzarlos (Bourdieu, 1991).

III.I.I. Estrategias y Prácticas ritualizadas

Reviste gran importancia, para comprender y analizar las prácticas urbanas de un grupo de agentes, describir el sistema de prácticas y relaciones de un conjunto de unidades domésticas -que en este caso en particular, ocupan posiciones dominadas en el espacio social para asegurar su reproducción-; y a la vez, encontrar una explicación de por qué dichas prácticas se seleccionan, se organizan y se ritualizan (Gutiérrez, 1997).

La acción social o las prácticas sociales, pueden ser entendidas en términos de estrategia, pues un conjunto de prácticas, pueden permitirle a los agentes, conservar o aumentar su patrimonio, y sucesivamente mantener o mejorar su posición en el sistema de relaciones sociales (Bourdieu, 1990).

Por ejemplo, las estrategias de *sobrevivencia*, tienen por objeto la subsistencia, y por ello constituyen prácticas de adaptación al sistema y a sus mecanismos de dominación-dependencia, a diferencia de las estrategias de *cambio*, que son aquellas prácticas orientadas a aumentar el patrimonio de los grupos, y a mejorar su posición en el sistema de relaciones sociales en el que están insertos. No obstante, esta es una mera distinción analítica, pues ambos tipos de estrategias, se encuentran fusionadas en la realidad, y la única posibilidad de distinguirlas es en términos de proceso histórico, es decir, en relación con la trayectoria de la práctica (Gutiérrez, 1997). Pues toda innovación, que es aceptada y reiterada, de inmediato deja de ser una innovación. El carácter innovador en lo cotidiano es sumamente fugaz. Por ello en lo cotidiano, las prácticas dan cuenta de una articulación entre la rutinización y la invención (Lindón, 2012). Aunque es esta rutinización o ritualidad urbana, la que finalmente nos permite introducirnos hacia planos simbólicos.

Cuando se define una estrategia y se lleva a cabo una práctica, cabe mencionar que ésta tiene lugar en un campo determinado, con intereses específicos del mismo, irreductibles a los intereses propios de otros campos. El campo en cuanto campo de lucha, compromete a los agentes a ciertos intereses fundamentales, es decir, traza lo que merece ser objeto de lucha, y constituye un mercado en torno a un bien específico, que para constituirse como bien, debe ser apreciado y escaso, y lograr establecer cierta división del trabajo entre quienes lo producen y quienes lo consumen (Bourdieu, 1990).

El agente social, al luchar en ese campo por la obtención de un capital específico, para mantener o aumentar su patrimonio, utiliza las alternativas brindadas por sus condiciones objetivas, ligados a su posición dentro de ese sistema, respondiendo a fines y a intereses determinados por la misma posición. Así es como pueden explicarse todas las prácticas, incluso aquellas que parecen desinteresadas, porque si bien el hablar de opciones o de estrategias, no implica necesariamente una racionalidad consciente y explicitada por parte de los agentes sociales que producen las prácticas, ni tampoco implica una racionalidad que está en relación con la eficacia de la práctica; la acción debe ser interpretada como una práctica orientada hacia un fin, sin que uno pueda plantear sin embargo, que haya tenido por principio la búsqueda consciente de este fin (Bourdieu, 1991).

El margen de autonomía del agente, variará, y será más o menos amplio o más o menos estrecho, según los límites fijados por las condiciones objetivas de éste. Ya que el campo y la posición relativa dentro del mismo, además de los habitus, constituyen las limitaciones y posibilidades del agente social (Gutiérrez, 2002). Limitaciones y posibilidades que vuelven a la estrategia, razonable, comprensible, y fundada en un sentido práctico, pues los habitus, que hacen posible la producción de pensamientos, acciones y percepciones, lo hacen, mediante la reproducción de conductas posibles y propias del “sentido común”; y en consecuencia, excluyen todas las “locuras” (lo no razonable de hacer), o todas las conductas susceptibles de ser sancionadas por ser incompatibles a las condiciones objetivas del campo en cuestión (Bourdieu, 1991). En este sentido, los agentes sociales obedecen a regularidades y forman arreglos coherentes y socialmente explicables según la posición que ocupan en el campo, y los habitus que

han incorporado a lo largo de sus vidas. Las opciones y alternativas sugeridas por las disposiciones de cada agente, por otro lado, pueden o no, estar acompañadas de cálculos estratégicos en términos de costos-beneficios, mecanismos que tienden a llevar a un nivel consciente, las operaciones que el habitus cumple según su propia lógica (Bourdieu y Wacquant, 1995).

Sin embargo, pese a que lo dicho anteriormente nos permite comprender de cierto modo las estrategias, es primordial a la vez, reconstruir el campo social del que son parte las prácticas, definiendo el capital específico que está en juego y los intereses propios del campo, pues estos componen el objeto de las luchas que allí se desarrollan. Una vez reconstruido el campo específico, toda práctica inserta en el mismo, comienza a explicarse según la lógica específica de ese campo (Gutiérrez, 2005). Finalmente esto nos permitirá ubicar a los agentes sociales en el sistema de relaciones del que son parte. “La noción de estrategia, sólo cobra sentido cuando está ligada a intereses objetivos asociados a una posición, y en cuanto relacionada con otras posiciones dentro de un campo” (Gutiérrez, 1997; p.5). Solo definiendo la posición del agente, se estará en condiciones de considerar sus prácticas como estrategias efectuadas en defensa de sus intereses ligados a la posición que ocupan dentro de cada uno de dichos campos (Gutiérrez, 1997).

Por otro lado, las estrategias que los diferentes agentes o grupos de agentes despliegan, dependen fundamentalmente:

- *Del volumen y estructura del capital que hay que reproducir*, pues dentro de los distintos tipos de capital, el capital económico y el cultural son los que más tienen peso a la hora de estructurar el espacio social, ya que son estos en otras palabras, los que definen las posiciones de cada agente. Mientras que el capital social y el simbólico serían adicionales de los otros dos (Gutiérrez, 2002).

Por otro lado, algo no menos importante es la forma en que se posee el capital en cuestión, pues “es distinto el valor social de un capital económico o cultural si es un tipo de capital de “nuevo rico” o si procede de una historia larga de acumulación y/o

de reconversión de capital” (Gutiérrez, 2002; p.18). El sentido práctico incorpora este valor añadido por la historia y por la forma que se considera la adecuada para conseguir lo que se pretende.

- *Del estado del sistema de los instrumentos de reproducción*, que consisten en aquellas condiciones objetivas que se presentan como opciones y posibilidades para los agentes sociales, tales como el mercado de trabajo, el mercado escolar, el mercado de la vivienda, etc.

Aquí, se tiene en cuenta la posibilidad del grupo de adquirir determinados bienes. Esto, considerando la distancia geográfica con respecto a los centros de producción y distribución de los diferentes tipos de bienes, que dependen de la distribución del grupo en el espacio; y de su posición social, es decir, su ubicación en el sistema de relaciones (Gutiérrez, 1997).

- *Del estado de las relaciones de fuerzas entre las clases*, es decir, del rendimiento que los distintos instrumentos de reproducción, pueden brindar a cada clase. Pues es el rendimiento de los distintos instrumentos de reproducción, el que determinará el acceso a bienes y la ubicación física del grupo, y por ello, las “clases” que se darán en un momento dado dentro de un campo y en el espacio social -aunque no en un sentido economicista ni objetivista, pues hay otros capitales además del económico en juego, y las relaciones tienen una dimensión tanto material y como simbólica- (Gutiérrez, 2002).

Las estrategias de reproducción social dependen del estado de las relaciones de fuerza además, porque las relaciones de fuerza que tienen lugar, legitiman los intereses de los grupos o clases dominantes, y dan cabida a una cultura dominada y por ello ilegítima. Pues, las maneras de pensar y las prácticas de los dominantes, se oponen a las maneras de pensar y a las prácticas de los dominados, por lo que en consecuencia, los excluyen y degradan con definiciones que los dominantes consideran que corresponden a

prácticas indignas, evitando así cualquier estrategia de cambio por parte de los dominados (Castón, 1996).

- *De los habitus incorporados por los agentes sociales*, es decir, de las disposiciones a actuar, a pensar y a percibir de una cierta manera más que de otra, ya que estas disposiciones actúan como otro principio de estructuración de prácticas (Gutiérrez, 1997).

Los habitus, expresan la singularidad de la trayectoria social, en relación con la trayectoria modal de la clase. Por eso “confieren una significación diferente a posiciones homólogas y un margen de maniobra diferente a dos agentes que ocupan la misma posición en un campo determinado” (Gutiérrez, 2002; p.18). Aunque esta noción implica igualmente una racionalidad limitada, tanto por las condiciones objetivables de las posiciones ocupadas en los diferentes campos, como por los habitus que fundan un sentido práctico (Gutiérrez, 2002).

- *De la diversificación de las estrategias*, pues existe una diversificación de estrategias de reproducción en función de los diversos campos, y la estructura del capital, tiende a incitar una inversión privilegiada en relación con algunas estrategias más que con otras, en tanto se relaciona con otras inversiones, que pueden o no, operarse en el seno del mismo campo o en otros campos (Gutiérrez, 2002).

Las estrategias entonces, dependen directamente de la influencia de todos los factores antes nombrados, pero no considerados estos de forma aislada, sino como un sistema. Por ello, cualquier modificación que sufra alguno de estos elementos, determina una reestructuración del sistema como tal, y una redefinición de estrategias (Gutiérrez, 1997).

III.I.II. Unidades de reproducción social: el barrio como red, cuerpo y campo

Para Bourdieu (1991), una de las unidades más importantes que definen las estrategias de reproducción social, es la familia. Ya que, frente a la necesidad de la reproducción y

diferenciación, como conjetura el autor, la familia actúa como “cuerpo” por un lado y como “campo” por otro.

Como cuerpo, en tanto se constituye como una unidad que para poder reproducirse, debe proceder como una suerte de ente colectivo, y mantener la integración que la define como tal, mediante un trabajo constante, específicamente simbólico; y como campo porque la familia, funciona como una unidad en la que tienen lugar relaciones de poder: físicas, económicas, culturales y simbólicas, que instituyen una lucha constante por conservar o transformar dichas relaciones. Esto, puede entenderse, en la medida en que consideremos por ejemplo el género, la edad, las diferentes tareas asignadas en relación con la organización doméstica, y las responsabilidades del “afuera” y del “adentro” del hogar de quienes componen una unidad doméstica (Gutiérrez, 2002).

Vale decir lo anterior, porque algo similar ocurre con el barrio -siendo éste nuestra circunscripción de estudio-, pues éste puede considerarse a su vez campo y cuerpo.

El barrio en tanto campo, puede ser considerado como tal, porque es un espacio conflictivo en donde acontece la vida social. Ya que el barrio, no representa una realidad armónica, sino que por el contrario, éste evidencia conflictos sociales, tales como la diferenciación y la desigualdad social, que convergen en luchas de clase en las ciudades, representadas tanto en el uso, como en la estructuración del espacio urbano (Gravano, 2003). Así, tienen lugar al interior de los barrios, disputas entre jóvenes y adultos, entre hombres y mujeres, entre nuevos y antiguos locatarios, entre dirigentes vecinales y pobladores etc., pues todos ellos poseen una distinta posición al interior del barrio y por ello, tienen expectativas e intereses distintos a los impuestos o a los que trata de imponer, el orden espacial y social configurado por los “dominantes”, dando paso a una disputa de identidad y de poder, en la cotidianidad barrial (Gravano, 2008).

Y Cuerpo, porque pertenecer a un barrio, se vuelve una forma de distinción social, que involucra fronteras, y una elaboración simbólica y material de lo propio (Torres, 1999). El barrio

en este sentido, funciona como un unidad colectiva, pues limita la construcción simbólica de un nosotros, sustanciado por el origen, la historia y un proyecto futuro en relación al propio territorio (Márquez, 2009).

Safa (2000), por ejemplo, afirma que las identidades barriales se fundan al articularse demandas propias de una población, tales como preservar, cambiar o mejorar el entorno local, luchar en contra de la contaminación y la delincuencia, etc.

No obstante, pese a la importancia que tiene la familia o el barrio, en tanto unidades de reproducción, en unidades domésticas en situaciones de precariedad o dominación, son las redes sociales en general, las que definen estrategias de reproducción, pues se presentan como recursos alternativos, o como fuentes de poder, capaces de ofrecer un rendimiento mayor a escasos recursos (Gutiérrez, 1997). Ya que la red social, estrechamente ligada al capital social, constituye una vía para algunos agentes, pues incide en mecanismos de reciprocidad y solidaridad cuando se trata de un grupo de agentes que poseen un insuficiente volumen de capital económico y cultural, - tipo de capitales que definen las diferentes posiciones de las unidades domésticas en el espacio social- (Gutiérrez, 2002).

III.II. Espacio barrial

Para poder comprender el barrio como campo y cuerpo, y como espacio en el que tienen lugar imaginarios urbanos, prácticas y estrategias, es necesario inicialmente, precisar sobre la noción de barrio, pese a que ésta sea una estructura urbana muy antigua. Pues, su naturaleza y su función han ido variando significativamente a lo largo de su historia. Hecho, que ha repercutido inevitablemente en la sucesiva redefinición del concepto, incluso cuando ha existido conformidad en considerar que el barrio es una parte de la aglomeración urbana, un sector, una zona o una porción en que se divide la ciudad.

Para poder precisar la noción de barrio, será necesario entonces, indicar la evolución de dicho concepto en las ciencias sociales, y esbozar los distintos enfoques que han guiado su

análisis. Para así, finalmente, definir qué es lo que en la presente investigación entenderemos por barrio.

III.II.I. El barrio para las ciencias sociales

El análisis de la noción de barrio, en las ciencias sociales, ha sido orientado por dos grandes enfoques: uno de tipo mecanicista-ahistórico y otro materialista-histórico (D'Amico, 2007).

La primera corriente de pensamiento -de visión esencialista-, se rige por el supuesto de que la realidad es algo dado, es decir, la realidad es considerada inmutable, y se desarrolla en un contexto territorial-estático, en el cual el sujeto que nace, se integra a un grupo previamente existente, que permanece a lo largo de distintas generaciones (D'Amico, 2007). Este enfoque encuentra entre sus principales propulsores, a la Escuela de Chicago. Escuela que sigue un lineamiento argumental acorde al pensamiento positivista de la época, por lo que tiende a extender modelos explicativos generales, y rasgos comunes para los barrios, obviando sus respectivas particularidades (D'Amico, 2007). No obstante, su legado en la teoría de barrio sigue vigente hasta el día de hoy, pese a algunas diferencias con la ideología barrial dominante.

Por otro lado, en contraposición con la anterior perspectiva, encontramos el segundo enfoque -materialista histórico, de carácter discursivo-, según el cual la realidad no es estática, pues para esta corriente, la realidad no se define de una vez y para siempre, sino que se redefine constantemente a lo largo de la historia, de acuerdo a los distintos contextos de producción, que se encuentran sujetos a juegos de poder.

De acuerdo con esta perspectiva, el barrio puede entenderse como una realidad en la que se conjugan diferentes tipos de intercambios, tanto materiales como simbólicos, entre agentes que tienen distintos niveles de poder. Razón por la cual el barrio puede ser pensado como una representación de determinaciones histórico-estructurales (Gravano, 2005).

En función de los objetivos que persigue esta investigación, nos adheriremos a esta última perspectiva. Aunque con ello no quiere desacreditarse la anterior, pues la Escuela de

Chicago, como ya se ha dicho, ha impreso su legado en la noción de barrio que se ha consolidado dominante, por ello, es necesario profundizar de igual modo en alguno de sus postulados.

III.II.II. El barrio de la Escuela de Chicago

En el enfoque propuesto por la Escuela de Chicago, la ciudad es entendida como un hábitat ecológico total, en donde cada sector social constituye un nicho urbano, determinado por parámetros de uso y distribución del suelo, naturales (D´Amico, 2007). Bajo esta línea de pensamiento, la realidad viene dada y el sujeto no tiene más remedio que integrarse a lo existente e inmutable de esa realidad. Esta visión conforma una de las premisas básicas de este enfoque, el resto, dicen relación con el barrio como refugio de la comunidad y como unidad auto-contenida, aspectos expuestos a continuación.

- **El barrio como refugio de la comunidad**

La teoría de barrios de la Escuela de Chicago homologó el concepto de comunidad al de barrio, al afirmar Park y Burgess (1984) que: “El barrio o la comunidad es el resultado de tres tipos de influencias: las ecológicas, las culturales y las políticas”.

Para ellos, el barrio es un espacio donde se localiza un grupo de personas, y sus instituciones, que desarrollan un tipo de cultura específica, o en otras palabras, una “comunidad cultural”, conformada por sentimientos, formas de conducta, ceremonias características, relaciones de proximidad y valores tales como el arraigo, la identidad, la memoria y la pertenencia (Tapia, 2013).

- **El barrio como unidad auto-contenida**

Aquello que al principio sólo era una expresión territorial, producto del crecimiento de la ciudad, y de un proceso de distribución y re-instalación de grupos y personas por residencia y ocupación; se transformó en un barrio, con sus propias cualidades distintivas, tradiciones e historia particular (Tapia, 2013).

Los barrios, para los exponentes de la Escuela de Chicago, se volvieron unidades con características físicas, económicas y culturales particulares, por lo que fueron asumidas por estos mismos como áreas naturales, porque nacieron sin decisión previa y funcionan como unidades diferenciadas de la ciudad, con cierto nivel de independencia y auto-suficiencia (Tapia, 2013).

Sin embargo, algunos de los postulados de esta corriente de pensamiento, comenzaron a ser cuestionados debido a la existencia de lugares que se alejaban y confrontaban a los modelos definidos. En razón de aquello, Robert Park encabezó un periodo de transición en la teoría de esta Escuela, impulsado por sus estudios sobre pandillas presentes en algunos barrios, que le ayudaron a deducir, en oposición a los planteos clásicos, que estos grupos eran resultado de diversas relaciones sociales más que producto de una determinada distribución espacial. De este modo, Park, encontró una estrecha relación entre las distancias espaciales y las distancias sociales, siendo estas últimas influidas por cuestiones ideológicas (D'Amico, 2007).

Pero pese a que el trabajo de Robert Park no se apartaba demasiado de las corrientes de pensamiento dominantes, a raíz de sus conclusiones, en los años posteriores los planteamientos de la Escuela de Chicago fueron fuertemente criticados, pues para los precursores del pensamiento predominante, tanto la ciudad como los barrios, no eran expresiones “naturales”, sino que resultados de una forma de urbanización concreta, impulsada por procesos políticos, económicos y sociales (Tapia, 2013).

Por otro lado, quienes se sumaron a estas críticas, acusaron también, que el barrio no era una unidad de la ciudad que se pudiera explicar por sí misma. Por el contrario, se encontraba influido y sumergido en relaciones con otras unidades espaciales, y con procesos sociales, económicos, culturales y políticos más amplios, por lo que concebir al barrio como una unidad independiente y autosuficiente, sería una visión errónea, al igual que si se le asociara a la idea de vida comunitaria, equilibrada y libre de conflictos (Tapia, 2013).

No obstante, pese a las críticas que se le hicieron al pensamiento de la Escuela de Chicago, y a la existencia de discusiones teóricas posteriores, la vigencia de su propuesta sigue viva. Pues, el sentido comunitario que la Escuela de Chicago le atribuyó al barrio, sigue imprimiendo en él, la marca de sede de identidad, cohesión y capital social, desde el punto de vista de las políticas urbanas.

El barrio, de este modo, ha ido configurándose como el salvaguardia de lo local frente a las fuerzas desintegradoras de la urbanización y modernización, por lo que la ideología barrial dominante, ha depositado en el barrio las esperanzas de contrarrestar los efectos negativos de la globalización, ya que éste constituye una escala más accesible y posible de intervenir (Tapia, 2013).

Pero este es tan sólo uno, de los rasgos heredados de la Escuela de Chicago que siguen vivientes en la ideología barrial imperante. Los otros, se relacionan a la idea de que el barrio es una unidad distinguible, y delimitada del conjunto de la ciudad; y por ello, una escala local, en contraposición de la dimensión global, vinculada a una comunidad específica, y por ende, a una identidad particular compartida (Tapia, 2013).

III.II.III. Ideología barrial dominante: la reconstrucción del concepto de barrio hacia una perspectiva discursiva

Cuando las ciencias sociales enfocadas en el estudio de los barrios, comenzaron a darle mayor énfasis a las migraciones, a la industrialización, y a los impactos que tienen estos procesos sobre el espacio barrial; los científicos comenzaron a superar la dicotomía que con anterioridad, extrapolaba las formas de vida moderna propiamente urbanas, y las rurales (D'Amico, 2007). A partir de ese momento, comenzó a gestarse una nueva conceptualización para la noción de barrios, pues con la superación de esta dicotomía, se llegó a entender que ambas, tanto la ciudad como la ruralidad, formaban parte de una misma unidad. Por lo que la ciudad, paso a definirse no como sustitutivo de las comunidades originarias y tradicionales, sino como un lugar de constante

reelaboración y de mezcla de diferentes culturas, al igual que el barrio, en tanto estructura híbrida, permeada por distintos sistemas más amplios.

Porque, si bien el barrio comenzó a ser definido como un espacio simbólico de interacciones a pequeña escala, fácil de identificar, con sus respectivas redes, relaciones interpersonales y sociabilidad fuerte, en ninguna instancia puede considerarse una sociedad total, ya que su posibilidad de existencia está dada por su inmersión en una estructura social, urbana, económica y política mayor, con la que se tejen y destejen vínculos (Márquez, 2009).

La heterogeneidad en los barrios se debe a esto, pues si bien el barrio es un espacio de relación con un otro, éste no necesariamente es un igual- como si sucede en el ghetto, en condominios cerrados, o en el poblaciones que se localizan en los márgenes de la ciudad (Márquez, 2009) -, pues un barrio puede contener distintas identidades al estar permeado por un sistema mayor, ya que la identidad no es unívoca, inmóvil ni fija, por ejemplo, entre alguna de ellas, podrían constituirse identidades relacionadas con el género, la edad o la actividad política (Tapia, 2013).

Una mirada a la teoría de Gravano (1997), puede ayudarnos a una mejor conceptualización de barrio, al considerar elementos como la espacialidad, escenificidad y funcionalidad.

La espacialidad, se refiere netamente al espacio físico-arquitectónico de la acepción de barrio. Aquí, los límites, y su intervención como referente tangible y físico de las variables de significación situacional, simbólicas e identitarias entran en juego (Gravano, 1997). Pues, un barrio es siempre una unidad de diferenciación espacial que se caracteriza por conllevar equipamientos urbanos y lugares de encuentro.

El barrio, en este sentido, es un componente de la reproducción material de la sociedad, y toma forma en mapas, en los territorios marcados, en el paisaje, y en su infraestructura urbano-territorial. Pues, no existe un lugar o un espacio social, que no se referencie en un espacio físico (Márquez, 2009).

La escenificidad por su parte, dice relación con el espacio o escenario social propio del barrio, donde se aglutina y acontece la problemática social (Gravano, 1997). Es decir, “el espacio, civil o público que se genera en virtud de las acciones humanas mismas y que hacen de él un espacio conflictivo de perpetuo ejercicio de sociabilidad y ciudadanía” (Márquez, 2009; p. 10). Este escenario, en donde acontece la problemática social, nos remite obligadamente a un espacio significacional para los agentes, que finalmente permea las instituciones, los flujos culturales, las gestiones sociales y la construcción de identidades (Gravano, 2012).

La funcionalidad finalmente, se relaciona con el rol o función que cumple el barrio, dentro de la estructura socio-urbana, esto es, los usos urbanos específicos y la reproducción social y material del barrio, que se distinguen de las competencias generales de la ciudad en forma amplia. Aquí entran en consideración el poder local, las organizaciones intermedias, las unidades administrativas, funcionales, culturales y formas de vida (Gravano, 1997).

En este sentido, definimos el barrio como una porción de la ciudad, un ínfimo punto, que presenta una cierta delimitación, dentro de todo el tejido urbano y social que constituye la ciudad. Sin embargo, aun así, por ínfimo que sea, es aquí donde el espacio y el tiempo de los habitantes toman forma y sentido en el espacio urbano (Márquez, 2009). Pues el barrio, más allá de ser un espacio físico, es simbólico, y connota determinados valores e ideales, que posibilitan la convivencia, el reconocimiento, y la constitución de identidades, de una sociabilidad más amplia que la familiar, pero más densa y estable que la impuesta por la sociedad (Tapia, 2009).

“Lo barrial como cultura, es la producción de sentido que se referencia en el espacio, la identidad, la ideología y las prácticas barriales y que adquiere significación histórica dentro de la dialéctica entre la ruptura con lo dado o naturalizado respecto de la realidad de sus actores” (Gravano, 2008; p. 4).

De este modo, los agentes sociales que componen barrios, lo habitan; y lo configuran permanentemente, transformándolo, y concediéndole significados dinámicos y espontáneos por medio de la interacción social tanto material como inmaterial, en y con el territorio en cuestión (Tapia, 2009). Esto significa que el barrio, como lugar, tiene posibilidades de acción que van

mucho más allá de tan solo defenderse de lo global³. Lo barrial y los agentes que lo componen, tienen responsabilidad en el actual estado de cosas y, en razón de aquello, tienen la posibilidad de modificarlo (Tapia, 2013). Esto coloca a la sociedad y al tejido urbano, como marco general, y a lo barrial, como realidad específica de los agentes, en la que sí pueden actuar. Por eso en el barrio, se depositan las esperanzas para un cambio, pues funciona como un puente que atraviesa la frontera entre el espacio privado y el espacio público, es decir vincula el espacio privado de la vivienda al conjunto de la ciudad y el mundo (Márquez, 2009).

La ideología barrial dada como dominante, propone además de lo anteriormente expuesto, que el barrio no representa una realidad armónica, por el contrario éste evidencia conflictos sociales, tales como la diferenciación y la desigualdad social, que confluyen a su vez, en procesos de segregación espacial y luchas de clase en las ciudades, visibles tanto en el uso como en la estructuración del espacio urbano (Gravano, 2003). En este sentido, el barrio es y ha sido segregación y frontera territorial en la ciudad, debido a su carácter intersticial, estructural y urbano que distancia a las relaciones de vecindad de la armonía comunitaria (Márquez, 2009).

Por otro lado, cabe mencionar que, el barrio se ha encontrado socialmente diseminado, pues desde la emergencia del concepto de barrio, en el imaginario colectivo, lo barrial se ha asociado siempre a lo popular, y por ello a la residencia de las clases populares. Esto se explica porque lo barrial no se ha manifestado como una estructura necesaria en los sectores apropiadores del excedente urbano, pues ellos controlan parte de su condiciones de vida urbana (Gravano, 2008), a diferencia de los barrios que no tienen la capacidad de intervenir en el control efectivo de sus propias condiciones de vida, y sobre los que ejercen control simbólico distintos agentes.

No obstante, el barrio debiese ser un horizonte simbólico en una gran diversidad de contextos, capaz de reproducir, operar y transformar la vida, de manera crítica, contraria a la

³ El barrio como sede de identidad, cohesión, y capital social, puede contrarrestar los efectos negativos y desintegradores de la globalización actual, y por ello, volverse un frente de combate para la comunidad. En este sentido, el lugar-local, tiene un papel protagónico y más significativo que el espacio- global, pues el barrio, se constituye para sus habitantes, como lo real, territorialmente emplazado, cotidiano y vivido, en contraposición a un espacio global, que está “afuera”, omnipresente y abstracto. Ya que, los barrios se vuelven la unidad espacial más manejable y concreta para que los agentes actúen, y constituyan, inventen, coordinen y produzcan lo global. El barrio y quienes los habitan, son agentes en la globalización, y en razón de esto, tienen responsabilidad en el actual estado de cosas (Tapia, 2013).

estabilidad y al orden formal e institucional. Pues ante la creciente expansión urbana, hay una mayor necesidad de reconocimiento del lugar "propio", donde operen normas y relaciones conocidas (Gravano, 2003).

III.II.IV. El problema de la delimitación del barrio

Más allá del problema de conceptualización que ha tenido que enfrentar la noción de barrio, se encuentra también el problema de su delimitación. Pues en definitiva, ¿Dónde empieza y termina el barrio? Para determinarlo, se han utilizado indicadores objetivos (datos estadísticos, censales, etc.) y subjetivos (información sobre uso del espacio de un área determinada), pero ninguno ha resultado mejor que el otro, al operar de manera independiente (Tapia, 2013).

En gran parte de las investigaciones de ciencias sociales en las que han considerado al barrio como objeto de estudio o unidad de análisis, han decidido delimitar este último a través de grupos censales o manzanas, sin consideraciones teóricas reflexionadas. Pues, la delimitación de un determinado barrio es una construcción y una decisión, y ésta se modifica en función de lo que la investigación o política señale como prioritario (Tapia, 2013).

En este contexto, Gravano (2003) suscita que si bien la espacialidad que caracteriza al barrio, nos da la posibilidad de lo tangencial (como límites e identificaciones de lugares concretos); el barrio no constituye una unidad espacial exclusivamente física. Éste tiene un componente de carácter significativo, tanto simbólico como identitario, relacionado con las formas de habitar, la vida cotidiana y la construcción de sentidos por parte de sus habitantes, que debieran de considerarse a la hora de delimitar el barrio. Porque finalmente, en la construcción del espacio barrial, y sobre todo en investigaciones sobre el tema, lo más importante se vuelve la relación entre la dimensión física y social del espacio barrial (Fadda y Cortés, 2007).

III.II.V. Tipos de barrio

La tipología de los barrios, relacionada a la funcionalidad de éstos, deben su existencia a procesos de zonificación, enmarcados en planificaciones urbanas y ordenamientos del territorio, los cuales consisten, básicamente, en la división de un plano de la ciudad en distintas secciones,

para así reservarlas para usos específicos. Dicha zonificación, tiene por objetivo dirigir el crecimiento y el desarrollo de un área, pues, la actividad predominante de un barrio, determinará no solo su función, sino que también su morfología, los modos de vida de sus habitantes e incluso los grupos sociales que lo habitarán⁴.

Para adentrarnos en el estudio de un barrio, y en los modos de vida de los habitantes, es importante tener en cuenta, la tipificación de los barrios. Éstos, pueden ser, residenciales, comerciales, industriales y a veces administrativos. Los cuales constan de servicios y del equipamiento necesario, para funcionar de forma más o menos autónoma.

- **Barrio residencial**

Los barrios residenciales son aquellos donde habitan los ciudadanos. Suelen ser las áreas más extensas del espacio urbano, y están diferenciadas según clases sociales, es decir, distintos individuos se agrupan en determinados barrios según su nivel socioeconómico.

- **Barrio comercial**

La función comercial se puede considerar como la más representativa del espacio urbano. Los barrios comerciales, se encuentran próximos a vías de circulación, tanto peatonal como automovilística. Además en estos sectores se suelen reunir actividades del sector terciario, tales como bancos, agencias, y todo tipo de oficinas. El comercio restante de pequeña magnitud, suele estar distribuido por todos los otros barrios de la ciudad.

⁴ En los años 80 en Chile, durante la dictadura militar, se promovió una nueva división administrativa del territorio nacional, que se tradujo en mayor desigualdad, y en la erradicación masiva y forzada de miles de habitantes de *campamentos*. La personas que habitaban *campamentos*, fueron sacadas de sus comunas de residencia, y reubicadas en la periferia de la ciudad, en lugares determinados por las autoridades (Centro de Estudios del Desarrollo, 1990), pues el espacio urbano/social y político debía estar libre de marginalidad, por lo que se crearon nuevas comunas, que funcionaron como verdaderos albergues de pobres, localizados en los extramuros de la ciudad. En consecuencia, esta nueva administración territorial, favoreció el desarrollo de determinadas áreas en detrimento de otras, y determinó las características sociales de los habitantes para cada sector. Esto puede verse en el área urbana de Santiago sobre todo, que está claramente diferenciada según los niveles de ingreso de las familias, constituyéndose así, barrios perfectamente definidos y diferenciados, como ricos y pobres. (Rodríguez y Wincheste, 2001).

- **Barrio industrial**

El barrio industrial se asienta por lo general en las afueras de la ciudad, y se caracteriza por algún tipo de industria dentro de sus límites, esto es una especialización industrial, por ejemplo textil, metalúrgica, automotriz, electrónica, etc.

- **Barrio administrativo/cívico**

Este tipo de barrio ejerce una función política, y reúne instituciones del Estado, tales como los edificios municipales, intendencia, juzgados, ministerios, etc. Actualmente, este tipo de barrio no es claramente identificable, está más disperso, pues edificios construidos para este tipo de actividades se han emplazado en sectores urbanos no coincidentes con los mismos.

No obstante, pese a estas distinciones de barrios, que muchas veces constituyen meras construcciones sociológicas, en ocasiones, los barrios se encuentran sujetos a otro orden de tipificaciones, no planificadas.

En Valparaíso, por ejemplo, el desarrollo comercial de la ciudad, empujó a los asentamientos urbanos localizados en la parte plana de la ciudad, hacia los cerros. Por lo que la gente debió instalarse y hacer el mapa de la ciudad antes de que hubiera tiempo para pensarla. Así, comenzó a darse un crecimiento de Valparaíso, en dirección vertical (plan-cerro), a la vez que horizontal (puerto- El Almendral), determinado por la topografía de Valparaíso, pues ésta, es una de las condicionantes principales de los patrones de ocupación del suelo, ya que dada la división transversal definida por las quebradas, que son a su vez, seccionados por uno o más bordes longitudinales, el plano de la ciudad que tiene mejor accesibilidad que el cerro, comenzó a desarrollar las principales actividades comerciales y laborales, mientras que los cerros pasaron a cumplir una función mayoritariamente residencial (Fadda y Cortés, 2007).

Podría decirse entonces que, la tipología del barrio en Valparaíso, es diferente para el plan que para los cerros, pues el plan tiene una funcionalidad dentro de la estructura socio-urbana que dice relación con el puerto y el comercio. Ya que concentra el 80% de las actividades productoras

de bienes y servicios de la ciudad, y sólo el 5% de población residente. Mientras que los cerros son residenciales, pues en ellos se concentra más del 95% de los habitantes de la ciudad, y el 15% de las actividades productoras de bienes y servicios (Fadda y Cortés, 2007).

Por otra parte, en algunos cerros de Valparaíso, los barrios, además de ser residenciales, aparecen con una tipificación asociada al contexto socio histórico de la ciudad a la que el barrio se asocia, que condiciona su desarrollo y su estructura. El cerro cordillera en particular, tiene una tipificación obrera, en cuanto el barrio obrero, formó parte de una expresión espacial de una nueva estructura urbana, consecuencia de las nuevas condiciones de producción económica y social, que radicó en desigualdad y segregación en la ciudad, y centró como problemática central la integración del barrio obrero en el espacio urbano.

III.III. Estigmatización barrial

Estudiar un barrio a la luz de los imaginarios urbanos, implica considerar el posicionamiento de estigmas socio-territoriales sobre estos territorios. Pues, los estigmas, se vinculan a representaciones posibles de elaborarse en torno a los barrios. En tanto el barrio, ha sido considerado un espacio fragmentario, y un criterio de distinción social, que tiene una expresión, no tan sólo espacial en la ciudad, sino que también, en las subjetividades de quienes habitan las ciudades.

Goffman, que fue quien introdujo el concepto de estigma en las ciencias sociales, define tres tipos de estigma, basados en: la “abominación del cuerpo”, los “defectos del carácter individual” y la afiliación “tribal” -transmitida por medio de la herencia familiar, que corresponden a la raza, la nación o la religión a la cual se pertenece-. Sin embargo, no fue hasta Wacquant (2001), que se sumó a estos tipos de estigmatización, la identificación del espacio, como un anclaje distintivo de deslegitimación social (Wacquant, Slater y Borges, 2014), en un contexto de avance y de prosperidad económica global, en el que progresivamente se han ido ampliando las brechas entre las zonas ricas y las marginadas, y la nueva marginalidad, ha ido

conglomerándose en áreas claramente identificadas y asociadas -tanto por sus residentes como por las otras personas ajenas a ellas- a la perversión, la inmoralidad y la violencia.

Los lugares que han experimentado un agudo estigma socio-territorial, de esta manera, se han ido visualizado como “lugares que hay que evitar, temer y desaprobar” (Wacquant, 2001, p. 178). Hecho que ha repercutido, en la imposición de una identidad social deteriorada, que no evoca orgullo ni valía personal para quienes habitan dichos lugares (Cornejo, 2012), a la vez que la disminución del sentido de comunidad, ya que en el barrio estigmatizado, el barrio ya no es garante de seguridad, ni un paisaje familiar imbuido de significados y formas de solidaridad colectivos (Wacquant, 2001).

Este debilitamiento de los lazos comunitarios, que experimentan quienes habitan lugares estigmatizados, propicia, estrategias de distanciamiento que quebrantan aún más las solidaridades locales, intensifican las percepciones despreciativas del barrio (Wacquant, 2001), y favorecen la construcción de una alteridad, es decir, un “otro” distinto a lo que se considera como normal en una sociedad.

En este sentido, la creación del estigma es considerada una acción violenta - simbólicamente-, en cuanto se impone y se constituye a través de relaciones de fuerza, pues más allá de la concentración de una diversidad de problemas sociales en los “barrios críticos” como lo son la delincuencia, la drogadicción o el desempleo, el estigma implica la naturalización de esa realidad social, y el ocultamiento de la relaciones de poder en que se funda el orden social (Cornejo, 2012), y que no se deben obviar, pues el estigma es el “resultado de la confluencia del desarrollo urbano, la industrialización y los miedos y fantasías de las clases superiores en torno a las “masas pululantes” que se concentran en la ciudad” (Wacquant, Slater y Borges, 2014; p. 226).

El estigma que recae sobre un lugar, se ve alimentado, utilizado y conducido por un lado, por intereses privados, tales como los de los medios de comunicación, los empleados y las empresas inmobiliarias; y por otro lado, por los funcionarios públicos -en el ámbito político y

burocrático-, con el fin de promover sus propias agendas. Para la consecución de esto, forman y desintegran grupos mediante la reducción del espacio social, en formas que desmovilizan a sus miembros y determinan y distribuyen su marginalidad (Wacquant, Slater y Borges, 2014). Este tipo de violencia simbólica, ejercida por los aparatos del estado y vehiculizada por los medios de comunicación, a través de la intervención e imposición de un imaginario social, que predispone comportamientos, percepciones y actitudes para con el territorio, tiene un eco en los mismos ciudadanos, vecinos o habitantes de otros lugares, que actúan como cómplices y reproducen la imagen que ha comenzado a arraigarse en las estructuras mentales (Gravano, 2003).

La relaciones de poder, aunadas a la capacidad de distinguir y categorizar las diferencias entre los seres humanos, el pensamiento dominante acerca de lo indeseable, la construcción de la alteridad, y la pérdida de estatus y discriminación de los estigmatizados, son los elementos que convergen para la existencia del estigma, según Bruce Link y Jo Phelan (Cornejo, 2012).

Todos estos elementos en conjunto, al hacer posible el estigma, conjeturan una internalización de la identidad impuesta por parte de los agentes estigmatizados difícil de superar. Pero frente a la cual, de igual manera, los residentes de barrios degradados intentan reaccionan, ya sea mediante la sumisión o la resistencia. La respuesta a tal estigma, dependerá esencialmente de la posición y la trayectoria dentro del espacio físico y social que ocupan los agentes (Wacquant, Slater y Borges, 2014). Pues, si los habitantes de barrios estigmatizados se rinden y reproducen, o desafían y eluden este estigma espacial, depende, según Wacquant, Slater y Borges (2014), de distinciones como clase, edad, régimen de tenencia de vivienda, antigüedad dentro del barrio y origen étnico.

La estigmatización territorial no es una condición estática o un proceso neutral, sino que una forma significativa y perjudicial de acción, mediada por la representación colectiva, centrada en un lugar determinado, que en sí misma, es una distinción basada en el desprestigio. Como consecuencia, tal desprestigio, corroe el sentido del sí mismo, quebranta las relaciones sociales, y debilita la capacidad de acción colectiva, ya que a raíz de éste, emergen estrategias de

afrontamiento que tienden, en ocasiones, a aprobar y ampliar la condición de desprestigio, pese a que algunos traten de ignorar o resistir este estigma espacial (Wacquant, Slater y Borges, 2014).

La persona definida como estigmatizada, es considerada poseedora de un atributo que la desvaloriza socialmente, y que la hace menos atractiva para sociabilizar. Pues, cuando las personas están vinculados a características indeseables, éstas se vuelven un fundamento para rechazar y excluir a dichas personas (Link y Phelan, 2001).

En este sentido, el estigmatizado, poseedor de una identidad deteriorada, se sitúa en una ambivalencia respecto a su identidad. Pues, por un lado, se reconoce a sí mismo como una persona con dignidad. Y por otro, producto de los mecanismos fortalecedores del estigma, que se encuentran vinculados a las actitudes y pensamientos de los grupos dominantes; no recibe aceptación social, y termina por internalizar como propia, la condición que se le atribuye y desprestigia, cuando no tiene la posibilidad de eludirla (Link y Phelan, 2001).

De esta manera, la persona estigmatizada, al reconocer la condición que se le ha impuesto, y al afirmar el modo en que los demás tratan a las personas del tipo que ésta aparenta ser, se encubre, para así, evitar las consecuencias negativas derivadas del estigma, y para de alguna manera, gozar de los beneficios de ser considerado normal.

Para encubrirse y evitar todo tipo de asociación a determinados barrios, las personas no revelan sus direcciones, se abstienen de invitar a terceros a sus hogares, se refugian dentro del núcleo familiar, restringen su participación en grupos locales y migran de su lugar de residencia ante la primera oportunidad que se presente (Wacquant, Slater y Borges, 2014). Así, la persona estigmatizada, se aísla, y experimenta, depresión, ansiedad, vergüenza, y una amenaza a su autoestima, tanto individual como colectiva (Hsin, L., Kleinman, A., Link, B., Phelan, J., Lee, S. y Good, B., 2007)

No obstante, hay quienes, reivindican el contenido del estigma, y lo vuelve algo positivo, revalorando las acciones violentas como legítimas. Como también hay quienes, que en contraposición, desarrollan estrategias que favorecen la elaboración de nuevas identidades, con

otros contenidos, que van en ruptura con el estigma territorial, pues ven allí una posibilidad de mostrar otra cara de la pobreza, una pobreza honrada, partícipe de los valores sociales de la sociedad global. Ya que el estigma, es homogenizante, y oculta la diversidad social, y la posesión de capital social y cultural de una población, que se traduce en diferenciados modos de vida, prácticas y representaciones sociales, dentro de un mismo contexto de pobreza (Cornejo, 2012).

En este sentido, cabe destacar que incluso, a veces tendemos a tipificar algunos barrios como pobres cuando realmente no todos sus habitantes lo son, esto porque responde al estigma que se ha posicionado sobre el sector, y porque se mantiene oculta la estructura social heterogénea, por el retraimiento a la vida privada de determinadas personas, mientras que otros “se toman” el barrio.

Para que estos agentes que “se toman” el barrio, puedan romper con el estigma que recae sobre ellos, y sobre el barrio en el que viven, necesitan la puesta en práctica de representantes barriales, que se manifiesten en la acción de organizaciones comunitarias, dispuestas a incentivar el uso de espacios públicos mediante actividades culturales y recreativas. Esto, con el objeto de trascender el ámbito local y adquirir un reconocimiento a nivel general de la ciudad, capaz de proyectar una nueva imagen, en disonancia con la imagen negativa que pesa sobre el sector. Para así, finalmente, crear una instancia donde a las personas, les sea más fácil desenvolverse, representarse a sí mismos (Cornejo, 2012), sentirse parte de un todo, o al menos, sentirse una alternativa válida para el *orden* social, es decir, una alteridad reconocible y valorada por ser tal.

Si nos esforzamos en forjar una nueva imagen de barrio tanto para quienes lo habitan como para aquellos que lo estigmatizan, finalmente se abrirá paso a la des-estigmatización, y a una ciudadanía más extensiva, sin repliegues, y a favor del fortalecimiento de lazos comunitarios y de la solidaridad. Pues en los barrios estigmatizados, los procesos de des-estigmatización, no sólo implican una regeneración barrial en términos materiales, sino que también una transformación inmaterial y simbólica. Es decir, una transformación en la forma en que los habitantes se representan (Gravano, 2003), y representan su barrio; que son proyectadas, finalmente, en sus prácticas.

III.IV. Identidades barriales

A pesar de los prejuicios y las condiciones adversas que pueden llegar a enfrentar los habitantes de un barrio en situación de precariedad y dominación, los grupos devaluados socialmente, no son siempre, receptores pasivos de la identidad deteriorada que se les impone. Por el contrario, pueden llegar a interpretar y afrontar el estigma, mediante diversas estrategias, siendo una de ellas, la identificación con un grupo.

La identidad barrial, puede definirse como un relato en el cual se sustancia un conjunto de similitudes y diferencias que limitan la construcción simbólica de un nosotros, frente a un ellos (Torres, 1999). En otras palabras, es un discurso donde se vinculan el origen, la historia y un nosotros, a un proyecto futuro en relación al propio territorio (Márquez, 2009).

Los individuos manifiestan la identidad barrial, mediante atributos idiosincráticos propios, sentido de pertenencia y vinculación con el propio espacio. Así, determinados grupos sociales admiten pertenecer a determinados barrios, como forma de distinción social, establecen fronteras, y elaboran simbólicamente y materialmente lo que consideran propio (Torres, 1999). Hecho que llega a condicionar sus conductas colectivas, en ocasiones, desembocando por ejemplo en satisfacción, lealtad o apego hacia el barrio (Gravano, 2008). Pues, las representaciones de nosotros mismos en el mundo, están íntimamente ligadas con las maneras en que ocupamos el espacio y hacemos territorio.

No obstante, pese a que los barrios constituyen una estructura singular, tienen la particularidad de incluir en su interior, a identidades heterogéneas, pues el barrio está permeado por distintos sistemas más amplios.

Las diferentes identidades predominarán en el barrio, según el modo en que éstas sean resignificadas, es decir, según la manera en que sean vividas y valoradas por la gente que forma parte del barrio (D'Amico, 2007).

Esta heterogeneidad, y la dialéctica entre lo común y lo propio, lo público y lo privado, son necesarias para la existencia de las identidades barriales, ya que éstas se afirman desde lo diferente. En otras palabras, se configuran por la diferenciación que se da, entre zonas céntricas de la ciudad y los barrios por un lado, y, por otro, entre los mismos barrios (Gravano, 2008).

Los conflictos propios de la sociedad contemporánea, impulsan diferenciaciones y resistencias, en torno a las cuales surgen y se estructuran nuevas categorías identitarias que tienen en los barrios su principal espacio de acción y expresión. Estas, más que situaciones fragmentarias de identidad barrial, se constituyen como el paso para la construcción de identidades colectivas, nuevas o más enriquecidas, pues la identidad de un agente, emerge y se afirma, en confrontación con otras entidades, lo cual se da frecuentemente en condiciones de conflicto y lucha (Torres, 1999).

Por otro lado, la situación de poder en que el relato se encuentre, es lo que constituirá las identidades barriales, les entregará coherencia, capacidad de acción y capacidad interpretativa de su pasado, pero sobre todo, legitimidad frente al resto de la sociedad. Pues, la identidad no es unívoca, ni tampoco un atributo estático, ya que necesita redefinirse cada vez que se construyen significados en el fluir de las contradicciones objetivas del individuo. Hecho que pone a la identidad deshistorizada, en peligro de ruptura constantemente, y obliga a reproducir sus valores, para mantenerse vigente.

Los jóvenes dentro de un barrio representan lo anterior, pues éstos, con expectativas e intereses distintos a los impuestos por el orden espacial y social, configurado por los adultos; disputan su identidad. Por ello precisamente es que significan –para el modelo- lo anti barrial, cuando en la realidad “son” el barrio, ya que representan el barrio mediante la actualización de lo barrial a lo largo de sus prácticas y en sus imaginarios (Gravano, 2008).

En este sentido, vale decir que, las identidades barriales, son constantemente disputadas y reconstruidas.

Los barrios considerados populares, por su parte, están siendo sede de nuevos actores, que en tanto, portadores de modos de ser, formas de acción y utopías inéditas; con mayor capacidad de agencia dentro del barrio respecto a otros habitantes, se han vuelto portadores de la identidad, y voz del barrio. Así, los procesos identitarios generados por estos actores, se han vuelto un frente de resistencia, y una alternativa ante los procesos de masificación homogenizantes y de individualización promovidos por la dinámica capitalista, que empobrecen la subjetividad individual y colectiva (Torres, 1999).

Para poder conceptualizar y abarcar teóricamente de un modo más acabado, la noción de identidad barrial, es importante mencionar que, según Márquez (2009), ésta se construye en base a cuatro dimensiones:

- **Memoria del territorio**

Sin la existencia de un relato acerca de un “nosotros”, que narre desde el origen del barrio, hasta el futuro esperable de éste, la identificación con el propio territorio no se construiría, pues recordando es que podemos reconstruir el pasado, en el presente y en un futuro que aún no ha sido (Márquez, 2009).

- **Poder y reconocimiento**

Tanto el diálogo como el intercambio, son constructores de identidad, pues son los mecanismos mediante los cuales los individuos y grupos se sienten despreciados o reconocidos por los demás (Cornejo, 2012).

El reconocimiento por parte de otro, es imprescindible para otorgarle legitimidad a la identidad, pues constituye una mirada capaz de reflejar la imagen que se desea proyectar acerca del barrio. Si por el contrario, esta imagen se devuelve distorsionada o estigmatizada, la identidad se debilita y a veces se quebranta irremediablemente, afectando toda capacidad de acción y proyección en el tiempo (Márquez, 2009).

- **Proyecto de identidad**

Esta dimensión dice relación con activos prácticos y simbólicos, llevados a cabo por los propios agentes poseedores de identidad barrial.

La confianza, en este sentido, es esencial para hacer sentir a los individuos integrados en la sociedad, y generar condiciones de reconocimiento, aceptabilidad y cohesión social, que guiarán a la acción, pues la identidad en cuanto proyecto, no es solo una narración, es también capacidad de acción y movilización. Por eso la identidad territorial se constituye también como una aproximación a la realización colectiva de ciertos ideales compartidos (Márquez, 2009).

- **Paisajes identitarios**

La territorialidad es un componente básico de la identidad, pues el vínculo, la historia y los imaginarios del barrio, tienen su correlato en espacios físicos, por lo que no existen si no es en un tiempo y en un espacio determinado (Márquez, 2009).

La territorialidad como concepto, guarda dos dimensiones, una material, y otra más bien simbólica, vinculada fuertemente a la memoria colectiva. Ambas dimensiones se articulan, cuando los habitantes de un barrio producen “*el lugar antropológico*”, es decir, lugares cargados de identidad e historicidad, reconocibles como sitio, hitos físicos (como edificios emblemáticos) o puntos de encuentro, en los cuales se ven condensados todos los elementos que articulan la significación predominante por el lugar.

Lo anterior forma el paisaje identitario, y nos dice en definitiva que, las maneras en que hacemos nuestro el territorio y ocupamos el espacio, habla de cómo se está representando un territorio determinado, de las personas que habitan esos territorios y, en suma, de cómo se está conformando la identidad (Márquez, 2009).

III.V. Los Imaginarios sociales

La importancia de estudiar los imaginarios, recae sobre las luces que da acerca de la relación entre *imágenes, representaciones y prácticas*. Pues, los imaginarios sociales, están compuestos por un conjunto de representaciones y de “imágenes mentales” entretejidas y relacionadas entre sí, que confieren, a un individuo o a un grupo, un significado y una coherencia en cuanto a su localización, distribución e interacción con los fenómenos que ocurren en su entorno social a lo largo de su vida (Claval, 2012).

Así, los imaginarios, se conforman como redes o tramas de sentidos, capaces de organizar y estructurar el mundo social. Pues, es mediante las imágenes, los relatos y las emociones derivados de los imaginarios sociales, que se establecen sistemas de normas que orientan la acción humana (Claval, 2012).

En este sentido, la experiencia de cada persona es decisiva, al igual que el proceso de objetivación que se realiza a través de la construcción del imaginario, donde se entremezclan la subjetividad propia, y el sentido objetivo proveniente de los acervos sociales interiorizados, que han transmitido las instituciones (Hiernaux, 2012).

Los imaginarios, se van conformando entonces, tanto individuales como colectivos. Según Castoriadis (2007), la dimensión individual de ellos, difiere tanto de lo social o lo colectivo, como de lo único y lo singular. Pues, los imaginarios, no son solo acción de la conciencia individual; el hombre al establecer relaciones a lo largo de su existencia, transforma sus imaginarios de individuales a sociales -pero no por ello universales-, haciendo presente una fuerte historicidad, una manera de pensar, de sentir, además de aspiraciones y normas propias de una época (Márquez, 2007).

Cada época y cada lugar, denota uno o varios paradigmas imaginarios, mediados por condiciones históricas y sociales favorables para que estos imaginarios sean colectivizados, institucionalizados y legitimados socialmente (Márquez, 2007). No obstante, hoy más que nunca, las personas portan amplios elementos utilizables por la imaginación, debido primero, a la

difusión excesiva de imágenes mediante las tecnologías de información y la comunicación; y segundo, a la mayor existencia de micro-mundos que conforman la vida cotidiana de los individuos (Hiernaux; Lindón, 2012); por lo que el despliegue de una mayor diversidad, y la relativa democratización de las sociedades, actualmente no favorecen la imposición de comportamientos ligados a un imaginario en particular (Berlouday, 2012).

“Dicho de otra forma los imaginarios sociales constituyen una mediación relevante entre dos tendencias aparentemente opuestas e instauradas en las sociedades actuales, como tan claramente lo ha planteado Danilo Martuccelli (2007): la tendencia a la estandarización y homogeneización de las personas, en parte por el consumo que se ha constituido en un mecanismo productor de sujetos. Y por otra parte, la necesidad de las personas de sentirse singulares, diferentes y portadoras de biografías cada vez más complejas y peculiares” (Hiernaux; Lindón, 2012; p.12).

Los imaginarios como intermediarios entre el individuo y el espacio, tienen el papel de ofrecer un conjunto de significados que permitan comprender la vida en grupo y atribuirle un sentido (Claval, 2012). A través de los imaginarios sociales se instituye lo social, y las personas se vuelven capaces de distinguir su identidad mediante la elaboración de representaciones; que les permiten delimitar a su vez, la distribución de los papeles y las posiciones sociales, establecer ciertas creencias comunes, y fijar modelos formadores (Baczko, 1991).

Los imaginarios, se sitúan en el impreciso límite de lo real y lo imaginado: lo deseado, lo perdido, lo que no se tiene (Márquez, 2007). Se vuelven en otras palabras, en la facultad de simbolización de la cual emergen continuamente los miedos, las esperanzas y los frutos culturales de una sociedad, y por ende, son una fuerza transformadora del mundo (Hiernaux, 2007).

Esta potencial performatividad que tienen los imaginarios, puede ser planificada o bien, espontánea, pero lo cotidiano es movimiento constante y por lo mismo, lo imaginario vive en ese movimiento, es decir, continuamente se reconstruye, es plástico. Razón por la cual los imaginarios no deben considerarse como algo dado, estable y estático, sino que como algo polisémico y fragmentario, modelado cotidianamente por los individuos. Aunque no he de negarse por su parte, su nomadismo, relacionado con su constante circulación y difusión social llevado a cabo en los encuentros cotidianos entre personas (Lindón, 2012).

En este sentido, siguiendo a Castoriadis (2007), podemos plantear la existencia de un imaginario radical y un imaginario segundo o derivado. Mientras que en el imaginario radical, se sitúa la capacidad creativa e innovadora, es decir, la posibilidad de transformación de las sociedades; en el imaginario segundo o derivado, se impone y mantiene, la suma de imágenes e ideas vigentes de la conciencia e inconsciencia colectiva. De ese modo, el imaginario segundo llega a poseer la imaginación individual, y limita al agente a pensar y a imaginar solo lo que se le induce socialmente. Pero, por suerte, ese apoderamiento nunca es absoluto, y el imaginario radical es capaz de emerger al manifestarse la imaginación por ejemplo, en el sueño, la fantasía y en los diversos modos de transgresión (Lindón, 2012).

La capacidad imaginativa se puede retroalimentar de las fantasías, o bien de objetos y experiencias presentes o distantes en tiempo y/o en espacio (Lindón, 2012). Pues las imágenes producidas, conducen procesos, y no sólo representan realidades materiales o subjetivas. (Hiernaux, 2007).

La memoria también tiene incidencia en este proceso, pero más que manifestar lo que se recuerda, ilustra la nostalgia, contribuyendo a la hipertrofia de la memoria como almacenamiento de conocimiento histórico. De esta manera la certeza y la ilusión se entremezclan, y generan más que un relato, una imagen que a menudo engrandece y transforma el acontecer, producto también de que hay cierto olvido, pero este olvido no significa no recordar, significa simplemente el paso de la memoria literal a la memoria simbólica (Márquez, 2007).

III.VI. De los imaginarios sociales a los imaginarios urbanos

Con el aumento de la urbanización que aconteció en la segunda mitad del siglo XX; y la realización de diversos estudios sobre la cultura en determinadas localizaciones, la ciudad comenzó a adquirir un papel protagónico como objeto de estudio en las ciencias sociales- en cuanto potencial cristizador de la cultura-, pues toda experiencia de las personas, a su vez, se

consideró una experiencia espacial⁵(Lindón, 2007), indisociable por ello, de un tiempo y un lugar.

La dimensión espacial en la ciencias sociales entonces, comenzó a esbozarse cada vez más en los distintos estudios, influyendo específicamente el campo de los imaginarios sociales, que acabó por incluir la investigación y teorización de imaginarios urbanos, ligados a lugares, y a territorios particulares, con el fin de comprender y explicar fenómenos subsumidos, que tenían relación con los cambios en la ciudad y en los ciudadanos de dichas ciudades a partir de la modernidad. Pues, distintamente a lo que pueda pensarse, los imaginarios urbanos, no son un mero producto de la cultura, que se impone a los individuos, sino más bien son una mediación entre el individuo y un lugar (Berdoulay, 2012), mediante la cual los habitantes de una ciudad representan, significan y dan sentido a sus distintas prácticas cotidianas, en el acto de habitar (Lacarrière, 2007).

Los imaginarios urbanos, en otras palabras, son un conjunto de representaciones, imágenes, identidades, racionalidades, creencias y valores, que tratan de un espacio urbano, y que se vislumbran mediante las prácticas sociales de los individuos en estos espacios⁶ (Gravano, 2014).

En este sentido, el individuo, según Berdoulay (2012), se co-construye con el lugar, a través de la intervención del imaginario. Esto es, el individuo modela los lugares, a la vez que se ve transformado por ellos. Pues, por un lado los individuos y sus imaginarios, influyen en ciertas formas de ocupación y apropiación del espacio urbano que, a la postre, derivan en morfologías urbanas complejas, -ya que los valores, símbolos e imaginarios se objetivan en la materialidad misma de la ciudad-; y por otro, las morfologías urbanas y la ocupación del espacio urbano,

⁵ La experiencia de cualquier habitante que vive en alguna parte del mundo, supone lo espacial, por la sola existencia de su corporeidad, que es la que permite al fin y al cabo, orientarse, reconocer un delante y un atrás, un arriba y un abajo, un lado derecho y otro izquierdo (Lindón, 2012).

⁶ El imaginario aporta el complemento que le da sentido a las representaciones, pues el imaginario supera la reproducción generada por la representación, y como producto final, deriva a una imagen que guía la acción social. Lo que en términos analíticos, posibilita a su vez, comprender el origen de las prácticas sociales (Hiernaux, 2007).

transforman los imaginarios y las subjetividades de los individuos (Hiernaux; Lindón, 2012). Por lo que puede decirse entonces que, la ciudad, se construye socialmente, en un proceso siempre lento e incesante.

Pese a que los imaginarios subyacen de imágenes relacionadas con la materialidad perceptible de las ciudades o los géneros de vida, también dependen de la actividad imaginativa del agente (Berdoulay 2012). Pues los imaginarios no re-presentan un reflejo exacto de la ciudad en cuestión, sino que dejan ver ciertos fenómenos y ocultan otros, dependiendo de la persona y el tiempo, tanto cotidiano, como biográfico e histórico (Lindón, 2007).

Existen expresiones materializadas de los imaginarios, que pueden analizarse en sí mismas como cosa. Pero finalmente, los imaginarios urbanos, sólo viven y se reconstruyen en las personas, particularmente, en el encuentro de una persona con otra, y en la cotidianidad en general (Lindón, 2012). Los imaginarios, le permiten a una colectividad percibirse, definirse, marcar la distribución de los papeles y las posiciones sociales; y articular e imponer ciertas creencias comunes (Bazcko, 1991).

“Así, es producida una representación totalizante de la sociedad como un orden, según el cual cada elemento tiene su lugar, su identidad y su razón de ser. Designar su identidad colectiva es, por consiguiente, marcar su “territorio” y las fronteras de éste, definir sus relaciones con los “otros”, formar imágenes de amigos y enemigos, de rivales y aliados; del mismo modo, significa conservar y modelar los recuerdos pasados, así como proyectar hacia el futuro sus temores y esperanzas” (Bazcko, 1991; p.4).

Por ello, se puede decir que, más que la arquitectura, lo que hace diferente a una ciudad de otra, son los símbolos que se vierten sobre ella, y que construyen sus propios moradores. Así como también los usos sociales, las modalidades de expresión que se dan en ella, y el tipo de ciudadano que la habita y que se diferencia de los de otros contextos (Silva, 2006). “Una ciudad desarrolla una mentalidad urbana que le es propia” (Silva, 2006; p. 28), que se configura dentro de un contexto y de procesos históricos concretos.

Siempre hay un imaginario que se compone en torno a ciertos espacios urbanos públicos de una ciudad, tales como plazas, monumentos, calles, etc. Porque la manera de percibir la

ciudad, de moverse en ella y habitarla (Márquez 2009), está determinada en definitiva, por los imaginarios urbanos, pues los imaginarios, son tramas de significados reconocidas socialmente, que le otorgan cualidades a la ciudad y ciertas características, que hacen que ésta sea considerada por ejemplo, como “bonita”, “moderna”, o “peligrosa”, incluso antes de que se haya manufacturado en términos materiales un lugar⁷ (Lindón, 2007).

Los calificativos que identifican a las ciudades, nacen del uso del espacio, de su construcción física, y de símbolos vernaculares, como también, de cambios en los puntos de vista, y en los modos de vivir y contar la ciudad (Silva, 2006). Estas construcciones metafóricas colectivas, siempre se ven influidas por la prensa, el cine, la literatura, las canciones, los murales, los grafitis y los discursos; y hablan siempre de utopía y de deseo, y “de cómo los que habitan y también los que escriben sobre la ciudad, imaginan e inventan formas de vida urbana para crear su ciudad” (Márquez, 2009; p. 81).

No obstante, no debe desconocerse que el imaginario se encuentra ampliamente manipulado por los gobernantes, con el objetivo de pulir una imagen competitiva de su ciudad, y proyectarla para atraer nuevos capitales, creadores y turistas. Pues en la actualidad, la capacidad de acceder y entregar información sobre los lugares, se ha expandido exponencialmente mediante Internet y otros medios audiovisuales, que siempre entregan un conocimiento previo de los lugares, que actúan como nociones preconcebidas y orientadoras de la percepción, relacionadas también a ciertos imaginarios, definidos externamente a estos individuos (Hiernaux, 2012). En ese sentido, las imágenes dominantes y los imaginarios consensuados, ayudan a profundizar las desigualdades y los procesos de segregación socio-espacial y cultural en la ciudad (Lacarrieu, 2007).

Los imaginarios están mediados por relaciones de poder y desigualdad, pues en la ciudad, coexisten diversas culturas e identidades, que no son siempre homogéneas ni compatibles

⁷ Este es el caso por ejemplo, de los imaginarios urbanos que motivan la construcción de barrios cerrados, pues desde antes de ser construidos estos barrios, el imaginario que le acompaña se moviliza bajo la consigna de que este lugar, será un lugar exclusivo, elitizado, y de acceso restringido (Lindón, 2007).

(Hiernaux 2012). Por ello, los imaginarios, consensuan imagen y paisaje, o por el contrario, entran en disputa, buscando legitimar contra-paisajes, derivados de nuevos modelos urbanos, que podrán ser considerados por el poder, como desviados del modelo urbano deseable (Lacarrieu, 2007)⁸, dada su calidad de subalternos y periféricos, en oposición a aquellos imaginarios centrales y dominantes, detentados por el poder.

III.VI.I. Los imaginarios en las ciencias sociales, y la perspectiva teórica

adoptada

El positivismo y el empirismo, como corrientes que justificaron y orientaron las ciencias sociales durante el siglo XIX, obstruyeron la inclusión del imaginario en el proceso de construcción del conocimiento científico de manera progresiva, pues el gran alcance de ambas corrientes, exigía a las ciencias sociales, el distanciamiento entre el investigador y el objeto de estudio, trascender las representaciones, y permanecer transparente a las realidades de las cuales se quería dar cuenta.

De esta manera, este movimiento fue aspirando a un lenguaje científico universal sin ambigüedades (Berdoulay, 2012), que impidió por décadas que se pudiera desarrollar una teoría más amplia en torno al papel de la imaginación en los procesos vividos de la humanidad, dejando en la penumbra o invisibilizando procesos y fenómenos sociales.

Solo pudieron observarse en las corrientes idealistas y subjetivistas de la filosofía elementos que no relegaron la imaginación, pero en general, la imaginación fue vista más bien como una competencia negativa que implicaba, en quienes la seguían, un rechazo a los estándares científicos, trazados y señalados por la aplicación de la razón en el comportamiento humano (Hiernaux, 2007).

Los estudios urbanos tampoco estuvieron exentos de esto. Lo anterior se vislumbra en el repliegue de las subjetividades en sus trabajos, pues, por larga data este campo estuvo marcado

⁸ El imaginario de ciudad de orden mundial por ejemplo, coexiste con un imaginario residual y emergente: el de la nostalgia comunitaria y poética de la ciudad o barrio, con reminiscencias rurales, de tiempos lentos y de prácticas solidarias. Estos imaginarios conviven y se superponen, en un contexto de contradicción entre modernización y formas comunitarias (Márquez, 2009).

por enfoques que dieron preferencia a componentes materiales en términos del espacio construido, y también a elementos socio-económicos y socio-políticos en cuanto al territorio (Lindón, 2007). Esto además, se vio favorecido por el punto de observación por excelencia para estudiar los fenómenos relacionado con el territorio y el espacio, que fue siempre desde el exterior, renegando en consecuencia todos los movimientos que se pudiesen vivir en él en sentido vitalista (Lindón, 2012).

No obstante, aconteció un giro científico, pues la valoración del imaginario en la vida social no podía darse sin poner en duda cierta tradición intelectual. Para ello, la modernidad,- y la pluralidad que trajo consigo- tuvo gran relevancia, pues otros puntos de vista pusieron en tela de juicio la capacidad explicativa de la razón, y con ello, se comenzó a otorgar progresivamente un mayor peso al individuo/sujeto/actor, en las ciencias sociales a fin de comprender el mundo actual (Hiernaux; Lindón, 2012).

En este sentido, fueron emblemáticos, por un lado, los trabajos de Gilbert Durand, pues plantearon que la manera en que los seres humanos sienten y viven lo real, está marcado por su imaginación y sus sueños; y por otro lado, el psicoanálisis, ya que influyó en la concepción actual del imaginario en la humanidad al enunciar que el imaginario no correspondía a una visión deformada de lo real, sino que a una fuerza por mucho tiempo ignorada, pero fundamental en la naturaleza humana, pues las imágenes que elabora el individuo permiten acceder a una realidad diferente y más fundamental que la revelada por los sentidos. (Claval, 2012).

Resultó fundamental entonces para el desarrollo de los imaginarios urbanos, apropiarse de la primicia que suscita que la comprensión de lo social a través del individuo no se agota en la acción social, sino más bien, requiere del tratamiento de la subjetividad. Ya que, esto, sumado a la interdisciplinariedad y multidisciplinariedad propias de los estudios urbanos, propiciaron la construcción de abordajes que incluyeron dimensiones socio-simbólicas, o bien miradas que articularon lo socio-económico y material, con lo socio-simbólico, posibilitándose así la evolución del campo de los estudios urbanos en torno a los imaginarios urbanos. No obstante, se

trata de un proceso aún en curso, y que recién ha comenzado a ganar terreno a partir de los años noventa.

Pidiendo prestado conceptos a las demás ciencias sociales para construir el conjunto teórico metodológico que permite abordar los problemas y temáticas urbanas, encontramos en la geografía humana posibilidades fecundas, al igual que en la antropología, pues más allá del interés que ha levantado el campo de los imaginarios urbanos, existen multiplicidad de reflexiones en torno al tema, y no se ha alcanzado consenso respecto a cuestiones básicas como puede ser: ¿a qué denominamos imaginarios urbanos? (Lindón, 2007). No obstante, el acercamiento hacia estas disciplinas, no implica una lectura del tema desde esta perspectiva, sino que considerará una de las voces disciplinarias en el tema.

A partir de las geografías humanas, desde una perspectiva latinoamericana, Hiernaux (2012) ha distinguido en los estudios de la ciudad, tres tendencias: la primera tendencia en estudios urbanos, se caracteriza por que los imaginarios aparecen a través del análisis de prácticas urbanas. En este sentido, el autor reconoce que los imaginarios propiamente tal, suelen desdibujarse en este tipo de abordajes.

La segunda perspectiva, se centra en el estudio de las representaciones de la ciudad y sus fragmentos, pero tampoco amplía el espectro de la temática. Sin embargo, la tercera de las tendencias en estudios urbanos, parece ofrecer mayores potencialidades, pues se trata de los estudios urbanos que asumen explícitamente la meta de articular las prácticas y los imaginarios (Lindón, 2007). Y es en ésta en la que esta investigación se embarca, pues la investigación se centra en la experiencia del agente social como lugar privilegiado para el análisis y la comprensión de la vida social, y en sus formas particulares de apropiarse del espacio urbano y de organizarlo.

Esta decisión nos ha llevado a un consecuente acercamiento hacia el enfoque estructural constructivista, ya que además de tener una gran viabilidad para el estudio de la ciudad, coincidimos con esta visión en que los lugares son construidos socialmente dentro de límites y posibilidades, pues a la vez que las personas son construidas por los lugares, la acción de éstas,

puede construir los lugares, de manera material y también simbólica -mediante el conocimiento que sobre los lugares se acumula, a través de los valores asignados a determinados lugares, y a través de tramas de sentido complejas que van tejiendo las personas en la interacción, llamadas imaginarios, que en última instancia dotan a los lugares de ciertos atributos y los cualifican-. Al mismo tiempo, esos lugares así construidos, modelan tramas de sentido y las acciones que en ellos se concretan, por lo que reconstruyen constantemente lo social (Lindón, 2007).

Bajo esta mirada, la dimensión simbólica de la ciudad o bien la construcción y apropiación de los espacios públicos urbanos, han tomado un nuevo papel, considerando la relevancia que adquieren los imaginarios y representaciones urbanas en las prácticas sociales. (Lacarrieu, 2007). Esto motivó el desarrollo de esta investigación, pues las estrategias prácticas articuladas con los imaginarios, permitirán comprender de manera más acabada la ciudad actual y al individuo en la ciudad, pues toda práctica desarrollada sobre el espacio, es el resultado complejo y conflictivo de imágenes, imaginarios y representaciones sociales. Hecho de gran relevancia, pues los imaginarios tienen participación en la construcción y transformación de los sentidos de los lugares y también en la propia identidad (Lacarrieu, 2007). Esto encuentra una amplia potencialidad si se adquiere un pleno conocimiento del abordaje teórico expuesto, ya que nos permite intervenir en la ciudad buscando efectos positivos en los agentes, y a la inversa, motivar al agente para conseguir un cambio positivo en la ciudad.

III.VI.II. El lenguaje y la narratividad en los imaginarios sociales

Una condición necesaria para que las personas elaboraren construcciones de sentido, es la existencia de diálogo e interacción social con los otros (Lindón, 2012). Sólo de este modo, valiéndose de herramientas socialmente construidas, como lo es el lenguaje, el agente expresa su identidad, los lugares que la acompañan (Berdoulay, 2012), y les otorga a sus imaginarios en consecuencia, coherencia, contornos, y movimiento, al asociarlos a las prácticas o al mundo del hacer.

Esta posibilidad que tiene la narrativa de construir sentidos, radica en primer lugar, en que en él, se haya la capacidad de agrupar y relacionar elementos extremadamente diversos, de tipos materiales e inmateriales, naturales y sociales (Lindón, 2012).

Y en segundo lugar, en que el relato contiene numerosos ordenamientos retóricos, que sustentan a los imaginarios, y que están presentes en la narrativa de todo individuo que da cuenta de su relación con el espacio, o que designa lugares y paisajes que cuentan para él (Berdoulay, 2012).

En esta perspectiva, el alcance de la retórica del paisaje está dado por el grado de consenso que se logra dentro de la sociedad involucrada, pues se requiere de intersubjetividad, y de una negociación con el entorno humano y físico, para hacer emerger el sentido a través de los imaginarios, y estabilizar a estos mínimamente. Aunque el espacio, por su carácter concreto y por los paisajes que despliega, conlleva algunos elementos estabilizadores, pero que no por esto, deben verse como estáticos e inamovibles, pues las personas tienen potencialidad creadora mediante su intervención de tipo narrativa. Pues el discurso induce las ideas en el momento mismo de su expresión, y pueden por tanto, transformarse en acción (Berdoulay, 2012).

Por otra parte, se pueden distinguir diversos procesos narrativos que se relacionan con los imaginarios, uno de ellos es la narrativización, recurrentemente utilizado por los medios de comunicación para la difusión de imaginarios, y que corresponde al acto de omitir la atribución de una voz o actor particular sobre algo dicho, pues cuando se omite que lo dicho, ha sido dicho por alguien en particular, lo dicho aparece como algo dado. Si no, por el contrario, cuando se hace referencia a un actor al que se le atribuye lo dicho, lo dicho pierde fuerza, pues por un lado, influye el nivel de credibilidad que tiene el actor y por otro, lo dicho por alguien, siempre se puede ser desdicho por otro (Lindón, 2012).

Otro proceso narrativo, que quizá parece desempeñar un papel más importante en el paisaje, es la metonimia. Aquí, la imaginación interviene al seleccionar ciertas particularidades de la realidad, que destaca, y utiliza incluso, para designar el conjunto de esta realidad. La elección y

exacerbación de algunos de los elementos que componen el paisaje, suponen representar la totalidad él, por lo que reducen la incertidumbre ligada a lo desconocido al condensar un gran número de interpretaciones posibles del espacio, y funcionar como anticipaciones paisajísticas provisionarias (Berdoulay, 2012). De esto es responsable el individuo, él es quien organiza las tramas narrativas que dan sentido a los paisajes, los lugares y a su relación con el mundo, entonces es él quien, luego de establecer figuras metonímicas, debe reajustarlas con el fin de reducir la diferencia entre lo que se espera y lo que resulta ser diferente (Berdoulay, 2012).

Así, los lazos dinámicos que se establecen entre las personas, el lugar y los imaginarios a través de los relatos, constituyen el foco de atención, ya que en la narrativa no solo emergen los imaginarios, también se presentan e incluso se modifican. Este atribuye el carácter reflexivo a los grupos y movimientos sociales, además de darle el carácter público que necesita el discurso que se elabora desde los imaginarios, para que de este modo se adhiera al sentido común y se relacione cotidianamente con la realidad del individuo.

Su importancia no se puede desconocer, y sobre todo si incluimos otra mirada, la que posiciona a la narrativa como un recurso técnico-metodológico necesario para penetrar en ese mundo de difícil acceso como lo es el de la imaginación (Lindón, 2012).

III.VI.III. Signos y símbolos

Los imaginarios, como matrices de sentido que son, se vuelven reales y salen de su condición de virtualidad gracias a los símbolos. Éstos, aglutinan dichos imaginarios, junto a la trama cultural y espacial existente, por lo que en este sentido, se vuelven el organizador del imaginario, pues solo mediante el sistema simbólico, se concretiza que las colectividades se perciban, se distingan y elaboren sus intenciones (Baczko, 1991).

Los símbolos sobre los cuales se apoya y a través de los cuales trabaja la imaginación social, se construyen en base a las experiencias de los individuos, esto es, mediante sus temores, recuerdos, expectativas, deseos, aspiraciones e intereses. Así, los símbolos, se constituyen como verdaderas redes, ya que se ligan a una constelación de relaciones, con una diversa cantidad y

tipo de símbolos, en donde finalmente, se terminan articulando imágenes, ideas y acciones de distintas índoles (Baczko, 1991). En razón de aquello es que se reconoce que los símbolos son una pieza de unión, pues tienen la capacidad de vincular elementos inicialmente no vinculados (Lindón, 2007).

De esta manera, mediante los sistemas simbólicos que van construyéndose, se designan objetos y reacciones del sujeto hacia ese objeto; no obstante la función del símbolo no sólo recae en establecer distinciones, sino también instituir valores y orientar conductas individuales y colectivas (Baczko, 1991). El símbolo surge de la capacidad del hombre de poder interpretar la realidad siempre de una manera distinta, enriqueciéndola y dotándola de sentido.

“El dispositivo imaginario asegura a un grupo social un esquema colectivo de interpretación de las experiencias individuales tan complejas como variadas, la codificación de expectativas y esperanzas así como la fusión, en el crisol de una memoria colectiva, de los recuerdos y de las representaciones del pasado cercano o lejano. La potencia unificadora de los imaginarios sociales está asegurada por la fusión entre verdad y normatividad, informaciones y valores, que se opera por y en el simbolismo. Al tratarse de un esquema de interpretaciones pero también de valoración, el dispositivo imaginario provoca la adhesión a un sistema de valores e interviene eficazmente en el proceso de su interiorización por los individuos, moldea las conductas, cautiva las energías y, llegado el caso, conduce a los individuos en una acción común” (Baczko, 1991; p. 4).

En definitiva, el símbolo, en cuanto hacedor de sentido, no puede ser sólo intelectualizado, sino necesariamente vivido. Pues, se sitúa entre lo preciso y lo impreciso, lo consciente y lo inconsciente, lo presente y lo ausente, y alude a todo aquello difícil de percibir, a veces también a lo sobrenatural. En este sentido, la realidad del símbolo es abierta y ambigua, por lo que solo puede ser referida de forma simbólica, interpretando lo representado no sólo de manera intelectual sino que también afectiva y emotiva, más allá de lo permitido por el lenguaje mismo (Solares, 2011). Pese a que, en ocasiones, se pueda limitar y cerrar el significado del símbolo, y pese a ello, seguir llamándolo así, con el objeto de controlar y dominar, de manera simbólica, uno de los tantos medios que son usados como instrumentos de persuasión, de presión, de inculcación de valores y de creencias (Baczko, 1991).

Pero, no debe desconocerse que el hombre no solo a través del símbolo expresa su propia representación de la realidad, también lo hace a través del signo, específicamente cuando la cosa

representada puede ser expresada, o mediante la alegoría, cuando el significado aunque difícil de expresar puede ser parcialmente representado. Aquí el lenguaje, como sistema de signos, es primordial para asignar significados, cosas o hechos que, sin la necesidad de estar presentes, pueden presentarse en la realidad empírica y ser comprobados a través de los sentidos (Solares, 2011).

Lo anterior, no significa que estas formas de representar el mundo puedan diferenciarse y ser excluyentes entre sí, por el contrario, entre lo sónico y lo simbólico existe una permanente oscilación y conversión en el proceso de la representación humana del pensamiento. Lo que quiere decir que, el signo no está alejado del inconsciente, como tampoco la imagen simbólica está separada de la razón (Solares, 2011).

III.VI.IV. Representaciones Sociales

El estudio de las representaciones sociales ha ganado terreno en las ciencias sociales, pues ha permitido introducir el lenguaje y la cognición como dimensiones básicas de la cultura y la vida cotidiana (Rodríguez y García, 2007), y en consecuencia, ha posibilitado una nueva unidad de enfoque, capaz de unificar e integrar lo individual y lo colectivo, lo simbólico y lo social; el pensamiento y la acción (Araya, 2002). Por ello, se ha vuelto sustancial considerarlo al hablar de imaginarios sociales, pues, las percepciones, que se transforman en representaciones sociales mediante un proceso simbólico que las dotan de sentido, se hayan contenidas en los imaginarios (Lindón, 2007).

Actualmente, en el campo de las representaciones sociales, existen grandes diferencias tanto en estilo y método, como en énfasis teóricos, producto de la complejidad del fenómeno que se intenta atrapar con el concepto, y de la enorme discusión teórica que se ha generado al respecto (Rodríguez y García, 2007). Por ello, se hace necesario perfilarnos bajo un enfoque teórico, que será el que nos guiará a lo largo de la investigación.

El enfoque procesual⁹, que es bajo el cual nos regiremos, en cuanto se acomoda más a los objetivos que busca la investigación, nos permite definir a las representaciones sociales, como formas de pensamiento, surgidas del consenso social y las disputas de poder, que se dan como resultado de la interacción y de la comunicación entre individuos; que se desarrolla a partir de algo o alguien, de objetos, sujetos, ideas o acontecimientos (Moscovici, 1981).

Las representaciones vertidas en torno a sujetos, objetos o lugares, nos remiten a imágenes, que hablan sobre la realidad material o sobre la concepción que se tiene de ésta; y resumen un conjunto de significados, concebidos como sistemas de referencia, o medios de comprensión e interpretación, que orientan las acciones y las relaciones sociales (Moscovici, 1981). Estas representaciones, por someterse a un proceso simbólico mediado por la imaginación, no son una calca fiel de lo externo en la mente de los agentes, sino una sustitución de aquello y, en consecuencia, una reconstrucción individual y social de lo externo, que se traduce en estereotipos, opiniones, creencias, valores y normas con cierta orientación actitudinal positiva o negativa.

Las representaciones pueden considerarse entonces como: “[...] Sistemas de valores, ideas y prácticas, con una función doble: primero, establecer un orden que permita a los individuos orientarse en su mundo material y social, y dominarlo; segundo, posibilitar la comunicación entre los miembros de una comunidad proporcionándoles un código para el intercambio social y un código para nombrar y clasificar sin ambigüedades los diversos aspectos de su mundo y de su historia individual y grupal...”. (Farr, 1984; p. 203).

Lo anterior dice relación con que las representaciones sociales, no sólo se transforman en productos que intervienen en la vida social como estructuras preformadas a partir de las cuales se interpreta -éstas reflejan en su contenido los rasgos de la sociedad en las que se han formado-;

⁹ El enfoque procesual privilegia la metodología cualitativa y el análisis de lo social, de la cultura y de las interacciones sociales. Este enfoque se distingue por ser una aproximación hermenéutica, centrada en la diversidad y en los aspectos significantes de la actividad representativa (Araya, 2002).

sino que las representaciones sociales, también intervienen en la elaboración de realidades, pues la representación social constituye en parte, el objeto que representa (Araya, 2002).

En este sentido, se puede considerar que las representaciones, en muchos aspectos son socialmente elaboradas y compartidas (Jodelet, 1984), porque se encuentran relacionadas a lo significativo y característico de los elementos para los sujetos; y también porque se organizan a partir de los conocimientos y modelos de pensamiento transmitidas a través de la educación, los medios de comunicación y la comunicación social, razón por la cual están ampliamente estereotipadas. No obstante, “si las representaciones constituyen un conjunto de imágenes producidas por la sociedad, también y al mismo tiempo, son nutridas, elaboradas y re-elaboradas en el nivel individual” (Berdoulay, 2012; p.49).

Las representaciones tienen una inmensa resonancia individual, sin embargo las representaciones de algunos se instauran con más fuerzas que las de otros, motivo por el cual por lo general, las representaciones oficializadas las construyen unos pocos: “artistas o escritores con vida plena de sensibilidad, publicistas que saben dar en el blanco de las recónditas aspiraciones del público al que se dirigen, políticos que buscan movilizar a su electorado o los propios geógrafos cuando elaboran sus mapas o describen el mundo” (Claval, 2012; p.32).

Estas representaciones propuestas, y movilizadas como oficiales, producto de campos de lucha simbólica, son aceptadas finalmente, porque responden a los sueños y a las aspiraciones de tal o cual grupo, en una época y en un lugar determinado (Claval, 2012), pues los contenidos de las representaciones evolucionan continuamente a través del tiempo y el espacio, dependiendo de la complejidad y velocidad de las comunicaciones, como de la comunicación mediática disponible (Rodríguez y García, 2007). Las representaciones no son ni estáticas ni monolíticas, y si bien implican significados compartidos y expresan consensos grupales, no significan uniformidad ni excluyen la diversidad (Moscovici, 1981). El medio cultural en que viven las personas, el lugar que ocupan en la estructura social, y las experiencias concretas con las que se enfrentan a diario las personas, influirán en su forma de ser, su identidad social y la forma en que perciben la realidad social (Araya, 2002).

III.VI.IV.I. Construcción de las representaciones sociales

Tajfel (1999), expone que la emergencia de las representaciones sociales responde a tres necesidades en momentos de crisis o conflictos: a) clasificar y comprender acontecimientos complejos y dolorosos; b) justificar acciones planeadas o cometidas contra otros grupos; y c) para diferenciar un grupo respecto de los demás existentes, en momentos en que pareciera desvanecerse esa distinción (Araya, 2002).

No obstante, para que se construyan las representaciones sociales, se debe contar con factores de diversa índole. Estos factores están compuestos en primer lugar, por un “*fondo cultural*, acumulado en la sociedad a lo largo de su historia, constituido por las creencias ampliamente compartidas, los valores considerados como básicos y las referencias históricas y culturales que conforman la memoria colectiva y la identidad de la propia sociedad. Todo ello se materializa en las diversas instituciones sociales, por ejemplo en la lengua y en general en todos los objetos materiales” (Araya, 2002, pág. 33); y nos remite a la idea de universo simbólico de una cultura específica.

En segundo lugar, por los *mecanismos de anclaje y objetivación*: El anclaje, es un proceso de categorización, a través del cual clasificamos y damos un nombre a las cosas y a las personas. Este proceso permite trasladar lo desconocido a un marco de referencia que nos es propio. La objetivación por su parte, es un mecanismo capaz de concretizar lo abstracto, es decir, convertir los productos del pensamiento en realidades físicas y los conceptos en imágenes. (Moscovici, 1981).

Y en tercer lugar, por un conjunto de *prácticas sociales relacionadas con las diversas modalidades de comunicación social*, pues es en los procesos de comunicación social donde se origina principalmente la construcción de las representaciones sociales. En este sentido, los medios de comunicación de masas y quienes detentan el poder tienen un papel fundamental a la hora de transmitir valores, conocimientos, creencias y modelos de comportamientos y conductas,

aunque las conversaciones en las que participa toda persona a diario, son otra modalidad de la comunicación social cuya influencia es igualmente significativa (Araya, 2002).

III.VI.V. La imagen Urbana como representación de la ciudad

El pensar con imágenes, y elaborarlas, siempre ha formado parte de la relación del ser humano con el mundo, pues mediante los sistemas perceptivos y cognitivos, propios de la condición humana, los individuos inevitablemente perciben y procesan mentalmente el entorno, y construyen así, una expresión sintética de la relación que tienen con el espacio (Hiernaux y Lindón, 2012).

Si bien toda imagen es espacial a la vez que social, la imagen urbana en particular, “es una “representación mental global del medio urbano”, que se construye a partir de determinados rasgos y/o atributos seleccionados especialmente desde distintos lugares de la ciudad, a fin de sintetizar una imagen que diluya otras tantas posibles” (Lacarrieu, 2007; p. 51).

Se puede decir entonces que, el sentido de lugar, no está dado por el propio lugar, sino, por las representaciones que le atribuyen los que habitan los lugares. Por ello las imágenes sobre la ciudad se asumen como construcciones parciales, resumidas y deformadas, pues no son un calco fiel de la realidad, sino que son la representación de la realidad, que se forman a partir de evaluaciones, concepciones del mundo, preferencias de los individuos (Lacarrieu, 2007) y de un cúmulo de estereotipos, pues, según Castoriadis (2007), en cada sociedad, en cada momento de su historia, se desarrollan maneras de pensar y de sentir, aspiraciones y normas como complemento y contrapunto de las infraestructuras.

Las imágenes urbanas se estructuran como construcciones espaciales, culturales y sociales, y también como producto de campos de lucha simbólica (Lacarrieu, 2007). “En torno a la imagen se tejen los vínculos sociales, se crean identificaciones, se configuran aspiraciones, adquieren rostro las alteridades, se dicta qué consumir, se conocen lugares remotos o cercanos, se objetivan formas de apropiación de los espacios” (Hiernaux y Lindón, 2012; p.10). El recurso a la imagen de esta manera, se ha vuelto decisiva en el actuar de los individuos. Por lo mismo, el

manejo de las imágenes puede considerarse una estrategia asociada al control de unos respecto a otros (Hiernaux y Lindón, 2012). Pues toda ciudad busca forjar una imagen que le permita reposicionarse en el mundo, y a su vez ejercer control social interno, mediante fuerzas homogeneizadoras (Lacarrieu, 2007).

De esta manera, las imágenes urbanas que sirvieron anteriormente de sustento para la consolidación de identidades nacionales, hoy encuentran su razón de ser en la city marketing. Lo anterior se refleja en la imagen de las ciudades que se ha ido ofreciendo como en las postales, mediante la acción intencional de recorte y selección, que ha incidido en que las representaciones visuales de la ciudad, promovidas sobre todo por el turismo y los gobiernos locales, no reflejen la totalidad de espacios reales de la ciudad, sino que se promocionen tan solo la monumentalidad de la ciudad y la preservación del patrimonio histórico. Patrimonio procedente de la expresión y herencia asociada particularmente a los sectores con poder material y simbólico (Lacarrieu, 2007).

Así, la imagen urbana como postal, que se impone y legitima como una construcción oficial, enfatiza cada vez más el cuerpo de la ciudad, su materialidad y grandilocuencia, mientras que las subjetividades y las culturas devienen invisibles, pese a que el cuerpo de la ciudad se construye a partir de la cultura, y sobre todo a partir de marcas asociadas a ciertos sectores de la sociedad, clasificados como productores no-culturales, que se procuran silenciar (Lacarrieu, 2007).

Las imágenes dominantes de cada ciudad, van determinando así, los proyectos urbanos, los valores y los discursos, los comportamientos desde los cuales se decide como la ciudad debe ser, cómo debe ser vivida, y a quien pertenecen determinados lugares (Lacarrieu, 2007). Con frecuencia, estas imágenes perduran casi inmutables a lo largo del tiempo. Pero aun así, pueden transformarse por la integración de nuevos componentes, o la eliminación de otros. Pues, si bien las imágenes urbanas son el producto del orden social, se promueve, se construyen y reconstruyen en las prácticas sociales. (Lacarrieu, 2007).

Las imágenes urbanas nos hablan sobre la percepción del entorno, sobre las actitudes hacia este, o de modo más general, sobre la manera en que las relaciones hombre/medio son marcadas por la subjetividad a un nivel colectivo, pues se trata de una subjetividad tomada de sus manifestaciones colectivas, sociales o paisajísticas, y no de un anclaje a nivel del individuo (Hernaix y Lindón, 2012). Sin embargo, la imagen no dice todo acerca de la ciudad sobre la que se habla. Es en este punto en donde los imaginarios sociales le dan profundidad al tema (Lacarrieu, 2007).

IV. Hipótesis

A partir de la problematización y la reflexión teórica planteada en la presente investigación, la hipótesis de este estudio sostiene que, el posicionamiento de un estigma socio-territorial sobre el Cerro Cordillera, reproducido tanto por los vecinos como por los habitantes de ese lugar, ha dado paso a un proceso de resistencia por parte de quienes habitan el cerro. Este proceso ha reivindicado dicho estigma, y ha provocado cierta desvinculación hacia la institucionalidad formal, para comenzar a darle ellos mismos soluciones a sus problemas locales, a través de la unión vecinal y la creación de organizaciones, para así desarrollar estrategias que favorezcan la elaboración de nuevas identidades, con otros contenidos, en ruptura con el estigma territorial.

A lo largo de este proceso de des-estigmatización que iniciaron los habitantes de Cordillera, comenzó a moldearse un imaginario acerca de éste, que lo exhibe hoy en día, como un cerro de lucha, organizado y de gente trabajadora, que quiere salir adelante y que no necesita más que la participación de los vecinos para hacerlo. Este imaginario se encuentra ampliamente influido por la gran herencia obrera del cerro, concretada en la actividad organizativa, las mancomunales y cooperativas de trabajo que existieron hace décadas pero que aún se dejan ver en los haceres y decires de los habitantes.

Por otra parte, la resistencia impulsada con el afán de cambiar la imagen al cerro, ha sido impulsada por gente oriunda del cerro desde hace más de 20 años, pero esta labor ha sido ampliada y se ha reproducido sobre todo por jóvenes profesionales del cerro o que han llegado recientemente.

No obstante, este imaginario si bien es dominante, no es en base al que operan todos los habitantes de Cordillera, pues hay un retraimiento a la vida privada de variadas personas, mientras que otros se han “tomado” el barrio. Por ello, pueden detectarse ciertos actores locales, que se hacen presentes en cada acción de las organizaciones comunitarias, dispuestos a incentivar

el uso de espacios públicos mediante actividades culturales y recreativas. Esto, con el objeto de trascender el ámbito local y adquirir reconocimiento a nivel general de la ciudad, ha proyectado una nueva imagen, en disonancia con la imagen negativa que ha pesado durante décadas sobre el sector.

V. Marco metodológico

V.I. Tipo de estudio

La presente investigación se enmarca dentro de la perspectiva cualitativa, dado a que este lineamiento, al igual que el estudio realizado, pone énfasis en la visión de los agentes, y privilegia su análisis y el del contexto en el que esta visión se desarrolla, centrándose específicamente en el significado de las relaciones sociales (Tarrés, 2001). Así, en este estudio, se analizó un caso concreto en su particularidad temporal y local, a partir de las expresiones y actividades de las personas, en sus contextos locales (Flick, 2007).

Abordar esta investigación desde la perspectiva cualitativa, nos llevó a asumir como premisa principal, que el mundo social está imbuido de significados y símbolos, y que la construcción de un objeto de estudio sociológico, se encuentra en los decires, sentires y en las prácticas de los agentes. En este sentido, nos propusimos examinar los discursos y prácticas de los habitantes del barrio de Cordillera Central del Cerro Cordillera, pues resulta esencial abordar la trama de significados que los individuos atribuyen a sus actividades y a su barrio, para buscar así, una comprensión detallada de sus subjetividades, y finalmente, la proyección que tienen éstas, en su accionar (Álvarez, 2003).

Por lo anterior, la investigación responde a las características de un estudio de caso, pues se llevó a cabo una estrategia de investigación dirigida a comprender las dinámicas presentes en un contexto singular (Martínez, 2006), en este caso en particular, la de los imaginarios urbanos y el uso del espacio barrial de los habitantes del barrio de Cordillera Central. Por lo que se puede decir que, sólo se dispuso de este caso específico y de un conocimiento dependiente del contexto (Flyvbjerg, 2004).

Por otro lado, la investigación a su vez, siguió una lógica descriptiva, pues buscaba especificar características de personas, grupos, comunidades o cualquier otro fenómeno sometido al análisis (Danhke, 1989). Es a través de esta investigación, que se pretendió delinear ciertas

particularidades y propiedades de los habitantes del barrio de Cordillera Central, para describir posteriormente los imaginarios urbanos que tienen acerca del lugar que habitan, y el uso que hacen del espacio barrial.

V.II. Tipo de diseño

Para Hernández, Fernández y Baptista (2007), el diseño de una investigación se clasifica según su naturaleza y objetivos. Este proyecto en particular, tiene un diseño *no experimental*, puesto que no se manipularon deliberadamente las variables, y nos limitamos a observar el fenómeno tal y como se dio en su contexto natural. Los estudios no experimentales “Se tratan de estudios donde no hacemos variar en forma intencional las variables independientes para ver su efecto sobre otras variables. (...). En un estudio no experimental no se genera ninguna situación, sino que se observan situaciones ya existentes, no provocadas intencionalmente en la investigación por quien la realiza” (Hernández, 1997; p. 149).

En cuanto a la tipología de temporalidad, la presente investigación se caracteriza por ser de tipo *Transversal o Seccional*, ya que la recolección de la información se realizó en un único momento. “Lo que distingue a esta variedad de diseño es que la recogida de información se lleva a cabo de una sola vez, aunque se incluyan circunstancias temporales o contextos ambientales diferentes” (Cea, 2004; p. 102).

Finalmente, el tipo de diseño de la investigación se define como emergente y semi proyectado, pues si bien estaba pre-construido, y se tomaron decisiones previas de acuerdo a como se va a ir perfilando el objeto de estudio; algunas decisiones surgieron a lo largo de la investigación, y fueron trabajándose y resolviéndose en cada circunstancia concreta. Hecho que le dio un carácter flexible y no lineal e inalterable a este proyecto.

He ahí la ventaja de la investigación cualitativa, que da la posibilidad de volver cuantas veces se quiera a los distintos puntos, para redefinir, corregir y reevaluar, siempre considerando

la coherencia que deben tener las decisiones metodológicas y las consideraciones teóricas de la perspectiva epistemológica que se haya seleccionado.

V.III. Técnica de producción de datos

La investigación cualitativa, remite a la idea de sumersión o de indagación intensiva en los contextos en los que circulan y se intercambian significados, o en los que la acción social misma ocurre (Canales, 2006). Por esto, es importante mencionar, de antemano, que la presente investigación, se pensó paralelamente a una práctica profesional realizada en el mismo cerro Cordillera, que consistió en realizar un análisis etnográfico de los espacios organizaciones de este lugar. De esta manera, la investigación en la que se participó en el marco de la práctica profesional, posibilitó un acercamiento y conocimiento del terreno -mediante el trabajo de campo que se realizó-, y le dio a la presente investigación, que un principio era de tipo exploratoria, las bases inductivas que permitieron, dar un manejo dúctil a la realidad del barrio, y orientarnos hacia los imaginarios sociales en términos teóricos y metodológicos.

Así, se definió como pertinente en la producción de datos de este estudio, la etnografía, en tanto proceso metodológico requerido para estudiar y describir componentes culturales de determinados grupos de personas, tales como sus relaciones, sus creencias, sus símbolos y rituales, los objetos que utilizan, sus costumbres y sus valores. (Robledo, 2009).

La etnografía, llevada a cabo mediante el trabajo de campo, utiliza como una de sus tantas técnicas para recabar datos, la observación participante y el empleo de informantes (Guasch, 1996). Aunque existe una exhaustiva discusión respecto a los distintos modos de observar, y también sobre los distintos papeles que debe cumplir el investigador a lo largo de la observación; pese a que el objetivo siempre es el mismo, ver lo que pasa, escuchar lo que se dice, preguntar cosas y recoger todo tipo de datos que puedan arrojar luz sobre los temas que se han decidido estudiar (Hammersley y Atkinson, 1994).

Un reflejo de esto es la *deriva*, una de las técnicas utilizadas para producir los datos de esta investigación, que se presenta como una variante de la observación participante, pues es una técnica móvil de observación, que se utiliza especialmente para estudios urbanos, y consiste en observar y comprender desde el movimiento cómo se construye y se vive la ciudad, ya que el espacio y las prácticas se relacionan con constantes flujos e interconexiones de personas, objetos, ideas, etc., que no deben dejar de considerarse al analizar estos procesos sociales y urbanos (Pellicer, Vivas-Elias y Rojas, 2013).

Al utilizar esta técnica, el deambular y el derivar por trayectos y calles, nos entregó información valiosa del espacio, sin alterarlo a éste ni a los flujos que en él se daban, ya que el investigador que usa la deriva, sigue los movimientos, se involucra y forma parte de ellos, de manera más bien anónima, como si fuese un transeúnte más (Pellicer, Vivas-Elias y Rojas, 2013). La deriva además, implicó cierta flexibilidad, ya que durante la puesta en práctica de esta técnica, no se necesitó acotar el campo de observación, ya que sólo se debe escoger el entorno urbano por el cual se empezará a derivar, y el tiempo de pérdida por la ciudad (Pellicer, Vivas-Elias y Rojas, 2013), para luego, durante la caminata, recoger los datos a modo de texto/discurso, que nos permitirán reconocer e interpretar los aspectos urbanos y sociales posteriormente en el análisis.

No obstante, el estudio de las ciudades no está completo si no existe un acercamiento a los significados que los agentes atribuyen a su mundo, por ello en este caso fue necesario incorporar también la *observación participante* como tal. En el que a diferencia del tipo de observación anterior, si se requirió elegir el campo urbano por observar, fijar días y horarios de la estancia en el campo, y participar e interactuar con la situación y los protagonistas (Pellicer, Vivas-Elias y Rojas, 2013). Por ello, asistimos a diversas actividades de las distintas organizaciones del cerro Cordillera, tales como las del Espacio Santa Ana, la fiesta del Roto Porteño y a la escuela de verano del Taller de Acción Comunitaria (TAC), con el objetivo de observar, por un lado, las prácticas y el uso del espacio barrial, y por otro, los significados que le atribuyen y asignan a su mundo, los habitantes del cerro Cordillera, esto es, las maneras de representar y vivir el barrio.

Por otro lado, para que la observación fuese más eficaz, se utilizaron herramientas para la recolección de datos, como notas de campo, y fotografías digitales. Cabe señalar también, que cada observación tuvo una duración mínima de 40 minutos, y se centró particularmente en el espacio social, los lugares de encuentros, los lugares de recreación, el tejido construido, y los recorridos, alternando los horarios de cada observación.

En cuanto al perímetro de observación, se definieron como los límites del barrio de Cordillera central: el TAC por el poniente, mientras que el auditorium Guillermo Bravo por el oriente; el ascensor San Agustín al sur y la calle Chaparro al norte.

Además, con el objetivo de precisar aún más la presente investigación, se incorporaron notas de campo de la investigación en la cual participamos en el marco de la práctica profesional, para incluir así las prácticas y movilidades del barrio de Cordillera Central, en una periodicidad no estival. La investigación se titula “Prácticas de reapropiación de espacios comunitarios en el Cerro Cordillera. Un análisis etnográfico del Taller de Acción Comunitaria (TAC), la Población Obrera de la Unión y el Espacio Santa Ana”; y fue dirigida por Maximiliano Soto el año 2014.

Por otro lado, como el realizar etnografía significa utilizar varias técnicas, revisamos datos estadísticos, documentos de la prensa escrita, y registros historiográficos y audiovisuales, además de realizar entrevistas, que desempeñaron un papel no menos importante que la observación, en esta investigación. Pues, a menudo se dice que la observación permite al investigador descubrir cómo funciona o sucede algo realmente, sin embargo las entrevistas dan cuenta no solo de cómo es algo, sino que también de cómo debería ser (Flick, 2007).

La *entrevista en profundidad* puede definirse como una técnica que pone en relación de comunicación directa a un investigador/entrevistador y a un individuo entrevistado (Gaínza, 2006), con el objetivo de comprender las perspectivas que tienen los informantes, respecto de sus vidas, experiencias o situaciones (Taylor y Bodgan, 1986). Pues este tipo de dialogo expresa y da curso a las maneras de pensar y sentir de las personas, a sus valoraciones, motivaciones, deseos, creencias y esquemas de interpretación (Gaínza, 2006).

En este caso en particular, las entrevistas realizadas fueron semi-estructuradas, pues en todo momento estuvieron orientadas por la investigadora y por una guía temática elaborada previamente en función a los objetivos de la investigación y de la información que se quería recoger. La pauta o guía, constaba de preguntas ordenadas y redactadas por igual para todos los entrevistados. No obstante las respuestas fueron abiertas y libres, y otras preguntas fueron surgiendo a raíz del contenido verbal del entrevistado como también de la propia situación de la entrevista.

Las entrevistas que se llevaron a cabo en el marco de esta investigación se concretaron en la medida en que se fue observando el territorio y se fueron detectando ciertos actores claves. Aunque también el reclutamiento fue por muestreo por avalancha, es decir, se le pidió a los informantes que recomendaran a posibles participantes, pues gracias a la presentación que hace el la persona ya incluido en la investigación, resulta más fácil establecer una relación de confianza con nuevos participantes, a la vez que se accede a personas difíciles de identificar (Crespo y Salamanca, 2007).

De este modo, se efectuaron de dos maneras las entrevistas: unas tras un proceso previo de gestión y de contacto constante, y otras a través de interacciones verbales más cotidianas, naturales y breves en el trabajo de campo. En ambo tipo de entrevistas, para alcanzar un mayor rigor en el acceso y comprensión de la información, se hicieron notas de campo, y se utilizó la grabadora cuando fue posible, pues la entrevista en profundidad pretende acceder al sentido que expresan las propias palabras de los entrevistados, considerando la emocionalidad, entonación y el tipo de enunciado que el entrevistado utiliza (Gaínza, 2006).

Por último, como técnica de recolección de datos en complemento con las anteriores, utilizamos el *mapeo colectivo*, pues mediante la observación se detectó un espacio social más bien lúdico, ocupado por niños, que por supuesto por su edad, no podían ser sujetos a entrevistas. Por ello se eligió esta técnica, pues la construcción de un mapa, refleja una imagen del campo relacional, y constituye por ello, una manera de elaborar relatos colectivos acerca de lo barrial;

visibilizando y poniendo en valor, la memoria, la identidad, las creencias, las impresiones y los saberes locales de los habitantes de un lugar, de una manera dinámica y entendible para los niños (Risler y Ares, 2013).

La elaboración de mapas colectivos transmite una determinada concepción sobre un territorio, en tanto representación ideológica, producto de una reflexión en torno a territorios sociales, subjetivos y geográficos (Risler y Ares, 2013).

La puesta en práctica de esta técnica, se realizó a modo de intervención urbana, pues se les invitó a los niños, mientras tenía lugar una feria organizada por los niños que asistieron a las actividades de verano del TAC; a que participaran y dibujaran con nosotros, el barrio. Con el objetivo de analizar las prácticas y el sistema de significados implicados en el habitar de los niños de entre 7 y 14 años. Para ello, se realizaron un total de 4 mapeos, integrados por grupos de 4 a 5 niños, seleccionados por muestreo aleatorio simple. Además, se contó con una grabadora de audio por grupo, para así registrar las narraciones de los niños y realizar concluyentes notas de campo al respecto.

V.IV. Unidad de análisis

La unidad de análisis de la presente investigación, corresponde a los relatos de las experiencias barriales de los habitantes del barrio de Cordillera Central, y a las observaciones (a modo de notas de campo) elaboradas, durante los tránsitos realizados y la participación en diferentes actividades.

La elección de esta unidad de análisis se justifica en cuanto, los relatos, recorridos, valoraciones, impresiones y acciones de los habitantes, nos permiten dilucidar los imaginarios urbanos existentes en sus subjetividades, y entender paralelamente, sus prácticas espaciales, pues, son las tramas de sentidos las que organizan y son el motor de las prácticas sociales.

V.IV.I. Universo y muestra

Rigiéndonos por los objetivos que emergieron del proyecto, el universo concernió a todos quienes han habitado el barrio de Cordillera Central, del cerro Cordillera de la comuna de Valparaíso. Con esto queremos decir que se incluyeron, todas aquellas personas que, residían o no en el barrio, y que han interactuado en y con el espacio, es decir, que lo transitaban y lo ocupaban, a la vez que creaban un mundo en su subjetividad a partir de éste. Este fue el primer y único criterio de inclusión que se consideró para la muestra.

La muestra, se caracterizó por ser no probabilística, pues, no todos los miembros de la población tuvieron la misma posibilidad de ser seleccionados para conformar el marco muestral, aunque esto pueda implicar desventajas, pues “al no ser probabilística, no es posible calcular con precisión el nivel de confianza cuando hacemos una estimación. Recordemos que en las muestras de este tipo, la elección de los sujetos depende de la decisión de un investigador o grupo de personas que recolectan los datos” (Hernández, 2006; p. 262).

Pero, por otro lado, si bien el fundamento de selección es subjetivo, resulta adecuado si quien defiende la selección, dispone de criterios que le permiten reproducir la población en la muestra. En este caso, en que la muestra no fue probabilística, tuvimos la opción de escoger deliberadamente a las personas que entregarían su testimonio, con el propósito de hacer más heterogénea la muestra. Por eso, se puede decir que fue una muestra estructural también, pues, los individuos que compusieron la muestra, fueron elegidos en virtud de su posición social y su situación en una red social, para así ver como determinados grupos sociales construyen de manera conjunta, discursos comunes; y hallar paralelamente, una representatividad de tipo estructural.

Por esta misma razón fue que, para las entrevistas se consideraron a personajes que consideramos claves, a propósito de las observaciones e interacciones con habitantes. Sobre esto, se trabajó con hombres, mujeres, niños, niñas, adolescentes, jóvenes, adultos y adultos mayores, con residentes del cerro y con habitantes que no residen en el cerro, y con personas que participan

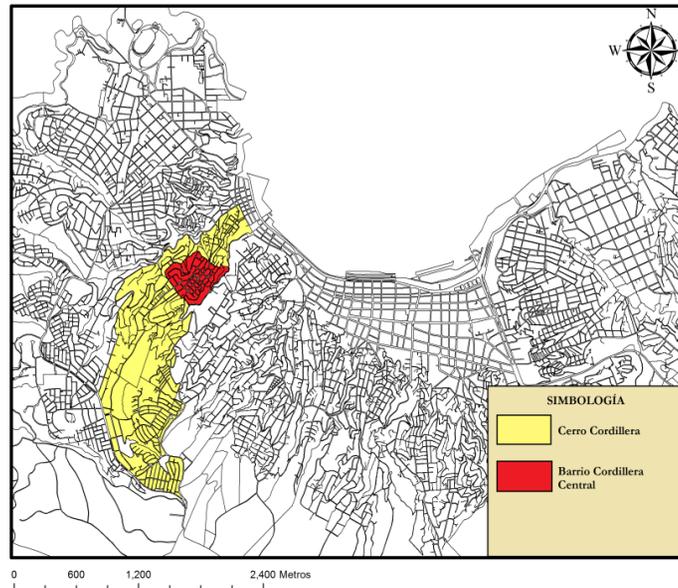
o han participado en organizaciones del cerro, tales como el TAC, Espacio Santa Ana, clubes deportivos y juntas de vecinos; hecho que determinó en definitiva que el muestreo fuera opinático y no aleatorio, ya que la selección de los elementos y la determinación del tamaño de la muestra, como se dijo anteriormente, no se hizo siguiendo criterios técnicos o al azar, sino que según el arbitrio y la experiencia del investigador (Crespo y Salamanca, 2007).

Además, el muestreo fue por avalancha, ya que se le pidió a los informantes, que recomendaran a posibles participantes que cumplieran con los criterios muestrales, pues gracias a la presentación que hace la persona ya incluida en la investigación, resulta más fácil establecer una relación de confianza con nuevos participantes, a la vez que se puede acceder a personas difíciles de identificar (Crespo y Salamanca, 2007).

Dado que el perímetro de la investigación solo abarca el barrio de Cordillera Central, en cuanto es el sector del cerro que más notoriamente ha experimentado una restauración participativa y la presencia de organizaciones; se dividió el Cerro Cordillera en tres sectores bien delimitados, según las diferencias que presentan respecto a los procesos de poblamiento que ha vivido cada sector. Para esto, se ocupó la división territorial ya utilizada en la investigación de la geógrafa y doctora en arquitectura y urbanismo de la Universidad Católica de Chile, Rocío Gallegos, que establecía que:

Las quebradas constituyen los límites del Cerro Cordillera. La quebrada de calle San Francisco, cierra el barrio por el poniente, mientras que la Quebrada Tomás Ramos, por el oriente. Por otra parte, a los pies del cerro en la calle Serrano, hasta la calle Chaparro sobre la Avenida Alemania, se extiende el perímetro del sector identificado como Cerro Cordillera (Gallego, R. 2013).

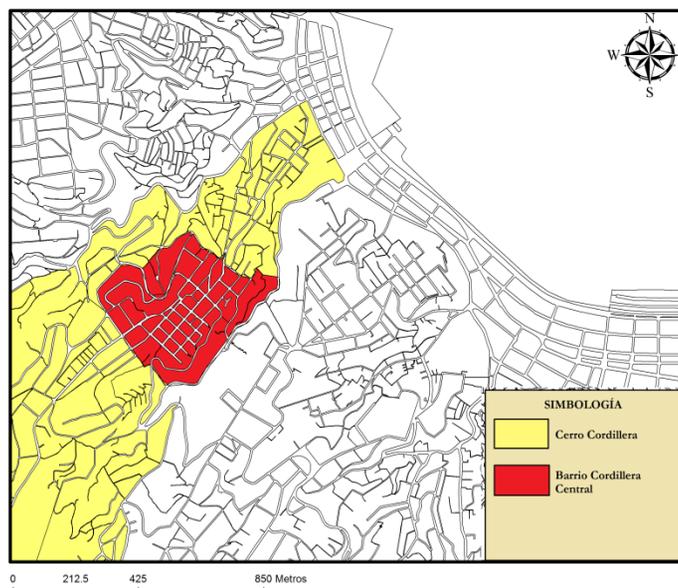
Figura N° 1: Localización del área de estudio, Cerro Cordillera ciudad de Valparaíso.



Fuente: Elaboración propia. Realizado mediante Software ArcGIS 10.0.

En relación a estos límites, es posible observar la presencia de tres sectores. “Estos sectores podríamos asociarlos preliminarmente a tres origen temporales, diferencias que también se refleja en la configuración del espacio construido” (Gallego, R., 2013, pág.10). Por un lado la parte baja del Cerro Cordillera que sería el más antiguo, se asocia a una temporalidad situada entre los años 1850-1900. El segundo sector que es una transición entre lo más antiguo y lo más reciente, y se presenta en los alrededores de la Población Obrera asociado también a lo que lo circunda, data entre los años 1900–1940. Y finalmente el sector alto, sobre avenida Alemania, se habría ocupado posteriormente a los años 60’. (Gallego, R., 2013).

Figura N° 2: Barrio Cordillera Central al Interior del Cerro Cordillera



Fuente: Elaboración propia. Realizado mediante Software ArcGIS 10.0.

Pero, a pesar de que el lugar sugiere un espacio con límites, dichos límites son efímeros y dependen del contenido simbólico de los elementos objetivados en él, y por ello pueden ampliarse a través de la forma en cómo los habitantes signifiquen y ocupen este espacio. Esto también es una consideración que se tuvo a lo largo de la investigación.

V.V. Técnica de análisis de datos

La técnica de análisis de datos utilizada, para efectos de esta investigación, fue el análisis estructural de discurso. Pues se planteó como principal objetivo, comprender el universo ideológico y los principios organizadores que dotan de sentido al discurso de los sujetos. Esto es, las relaciones entre los distintos elementos y unidades que tienen presencia en lo que expresan las personas, que finalmente terminan por conformar un sistema de representación (Martinic, 2006; Montañés, 2001).

Para ello, fue necesario analizar más allá de lo semántico y lo pragmático, pues es a través de las relaciones referenciales y estructurales de los enunciados, que llegamos a conocer el por qué el individuo dice lo que dice (Montañés, 2001).

El agente mediante enunciados además, posibilitó mostrarse mediante lo dicho, es decir, expresarnos el contexto del que surgió, su capital cultural, social y sus representaciones en general. Es por ello que lo estructural es lo medular en el análisis, aunque también lo no dicho nos dice algo de esto.

El objeto del análisis de la estructura, es la comprensión de los principios y valores que componen y dan sentido al discurso que el sujeto en cuestión expresa, vale decir en este caso, los valores y percepciones que tienen los habitantes del barrio de Cordillera Central respecto al lugar que habitan, que determinan prácticas y relaciones al interior del barrio. Pues, los sujetos al hablar colocan distinciones, que no solo describen, sino que califican y evalúan la realidad vivida. Distinciones instituidas en el hablar, que se constituyen como marcos de referencia para los sujetos (Martinic, 2006).

Según Martinic (2006), el análisis de lo obtenido permite identificar tres momentos, el primero dice relación con la identificación de las realidades de los entrevistados, el segundo, con orientar la dinamización de las representaciones identificadas, distribuyéndolas en asociaciones de oposición o no, -esto es rotular, de manera que se facilite la codificación-, y por último, construir un modelo de los textos, que haga posible el responder las hipótesis.

Por esto, el plan del análisis consistió, posterior a la elaboración de las transcripciones, en contemplar lo que se dijo, el cómo se dijo, quién lo dijo, de quiénes se habló y por qué se dijo lo que se dijo, para posteriormente, comenzar un proceso de codificación, esto es, la identificación, categorización y subcategorización de temas implicados en los objetivos de la investigación, y por ello en el marco teórico, que finalmente derivan en códigos teóricos, aunque también en este caso se incluyeron códigos emergentes, los cuáles se adecuaron a la estructura predictiva del marco de análisis.

El proceso de codificación, ofreció una estrategia a nivel teórico y metodológico que permitió organizar la enunciación del discurso a modo de alcanzar una lógica deductiva que facilitó el manejo de códigos comunes, expuestos posteriormente a saturación por las realidades tanto similares como disímiles; y a establecer relaciones entre códigos y determinar tendencias de opinión, considerando diferencias de opinión entre grupos.

La codificación que conlleva el análisis, como ya se dijo, es el paso necesario para organizar la información que se recaba. En este sentido ATLAS.Ti como software de procesamiento y análisis de datos, facilitó el proceso de codificación de la información, pues nos permitió reorganizar los documentos de una manera más rápida, ordenada y eficiente, con todo el corpus cualitativo.

Finalmente, la secuencia real en el tiempo fue reemplazada por una secuencia organizada paradigma por paradigma, pues lo que el análisis manifiesta como producto, es una red paradigmática y sintagmática de los enunciados de la conversación.

Por otro lado, la información recabada por otras técnicas de recolección de datos- como lo son la observación participante y el mapeo colectivo-; fue también expuesta a un proceso de codificación con el resto del corpus cualitativo, en el software de procesamiento y análisis de datos. Pero para ello, previamente se debió sistematizar la información escrita en los diarios de campo, producto de la observación y la elaboración de los mapas, junto a los testimonios, y mapas parlantes que se consiguieron mediante los relatos.

No obstante, para analizar estos datos se utilizó otra técnica distinta al análisis estructural de discurso, esto es, análisis de contenido, que consiste en catalogar, medir y descubrir, en el procedimiento en el que se lleva a cabo cada observación y relato comunicativo, “las normas y valores vigentes en cada momento de la historia y en el seno de cada cultura, explicando con una base empírica, cómo se consolidan los estereotipos y los mitos que subyacen a los relatos producidos en una sociedad” (Bardin, 2002; p. 6).

Éste tipo de análisis de tipo descriptivo, tiene una orientación empírica, que se ve vinculada a los fenómenos reales y de finalidad predictiva. Y nos permite describir a través de las notas de campos y el material recogido, la significación que tiene el barrio de Cordillera Central para quienes lo habitan, de acuerdo a su contexto específico y a los marcos conceptuales utilizados. Pues adoptar este tipo de enfoque descriptivo/interpretativo, es elaborar una representación coherente de lo que piensan y dice una comunidad, ya que son los agentes y no el investigador, quienes expresan en sus palabras y en sus prácticas, el sentido de su vida y su cotidianidad.

En este sentido, la sistematización de los datos y su posterior análisis, es hacer teoría de la práctica vivida.

V.VI. Calidad del diseño

Para asegurar calidad en el diseño de la presente investigación, decidimos ocupar criterios de validez de los datos, esto es, garantizar que la información recogida sea un reflejo exacto de

los fenómenos investigados. Para ello, la dirección y el contenido tanto de las entrevistas, como las notas de campo realizadas a partir de la observación participante, y el mapeo colectivo, fueron guiados por la investigadora, y cumplieron satisfactoriamente los principios cualitativos, por lo que se puede decir que los datos constituyen un fiel reflejo de la realidad estudiada.

Aunque, es posible pensar un poco más ampliamente la validez como una propiedad no sólo de los instrumentos, sino también de las interpretaciones que hacemos de sus resultados. “La validez estaría también relacionada con la interpretación de los datos, de manera que una investigación será más válida si las interpretaciones que hagamos de ella se sustenten en lo que efectivamente medimos” (Trevelyan, 2006; p.102).

Por ello, a modo de fortalecer la calidad de los resultados, se adjuntaron todos los resultados, pautas, transcripciones, notas de campo y fotografías, que se ciñeron siempre a lo dicho y hecho por los habitantes del barrio, y por supuesto a nuestros objetivos de investigación, que fueron además constantemente revisados por una auditoría externa, en este caso, por el profesor guía de la presente investigación de tesis de pregrado, con el objetivo de garantizar y legitimar el correcto proceder de la investigación.

Por otro lado, cabe mencionar además que, el uso de distintas técnicas de recolección de datos, nos permitió cubrir una extensa muestra, con diversas opiniones y pertenencia a distintos grupos del cerro Cordillera, por lo que en este sentido se puede considerar que los datos del sector estudiado, son representativos.

Pues, los tres criterios fundamentales a considerar, para garantizar calidad en una investigación, como señala Valles (2000), son: credibilidad, transferibilidad y dependibilidad. El primero apunta a la veracidad de la información y al proceso de recolección de datos. El segundo se refiere a lograr representatividad para el estudio; y el tercero se relaciona a la consistencia de la investigación, y por esto es que se sugiere que sea examinada por una persona especializada, ajena a la investigación.

V.VII. Plan de trabajo

Tabla 1. Plan de trabajo de acuerdo a fechas

Tareas/Fechas	Marzo 2015 a Julio 2015	Agosto 2015 a Octubre 2015	Noviembre 2015 a Marzo 2016	Abril 2016 a Agosto 2016	Agosto 2016 a Septiembre 2016
Formulación del proyecto/ diseño de la investigación	X				
Corrección del diseño y comienzos del trabajo de campo		X			
Producción de datos y transcripciones			X		
Análisis de datos				X	
Elaboración de borradores y documentos finales					X

Fuente: elaboración propia

V.VIII. Condiciones éticas

Cada investigación debe tener un mínimo de condiciones éticas que aseguren la protección y seguridad de los sujetos de estudio.

Para lograr este cometido, previo a que los sujetos nos entregaran su testimonio, fue necesario partir por contarles el motivo de la presente investigación, y explicarles que en ninguna instancia se pondrá en juicio la visión de cada uno, sino que por el contrario, esta investigación nos convocó al cerro Cordillera porque es un tema importante a tratar y con un alto valor social.

Por otro lado, fue necesario que los habitantes del cerro que colaboraron con la investigación, se encontraran bajo consentimiento informado, con el fin de “asegurar que los individuos participen en la investigación propuesta sólo cuando ésta sea compatible con sus valores, intereses y preferencias” (González, 2002; p.101). En este sentido, nuestro deber fue transmitirles el motivo de convocarlos y recoger su testimonio, dejando así, en sus manos la

decisión de querer participar y responder o simplemente mantenerse al margen de la investigación.

Para esto fue esencial generar confianza previamente y prometerles además confidencialidad. Pues, no expondremos ni utilizaremos los datos de los entrevistados por ningún otro motivo que no sea el de la investigación, es decir, sus datos serán recopilados con el simple afán de comprender sus imaginarios y prácticas en torno al cerro.

Otro aspecto ético que mereció nuestra atención fue el tiempo que nuestros colaboradores tenían, pues fue la única manera en que se lograran concretar los encuentros y el método que se dispuso, sin incomodar a quiénes produjeron la información que requerimos para desarrollar la investigación.

Finalmente cabe señalar que los resultados finales le serán entregados a la Corporación Santa Ana, al TAC y a la agrupación del Roto porteño, dado a que no solo colaboraron, sino que además manifestaron interés constante por la investigación y la ven como un posible diagnóstico del sector y por ello, guía para la acción.

VI. Análisis

VI.I. Alcances de la ciudad de Valparaíso: el Cerro Cordillera y el Barrio de Cordillera Central

En el presente capítulo expondremos los resultados de nuestra investigación. Para ello, primeramente, situaremos al cerro Cordillera dentro de la ciudad a la que pertenece, Valparaíso. Por ello, dedicaremos un apartado para relatar cómo Valparaíso se consolidó como ciudad, y a qué debe su actual decadencia luego de años de esplendor; para luego enmarcarnos en el imaginario que suscita dicha ciudad, en tanto espacio vivido, percibido y practicado por habitantes, turistas, académicos, autoridades y medios de comunicación, sobre los cuales, ha influido el cine, la literatura, la fotografía y otras expresiones, al definirla como una ciudad de marineros, de prostitutas, de la bohemia, de los poetas y de “caturros”, aunque también ciudad de estudiantes, de delincuentes, de “choros” y de un ambiente marcado por la decadencia física de la ciudad.

Luego, nos adentraremos en la demarcación en la que se inscribe esta investigación, el cerro Cordillera. A través de esto, se pretende comprender el lugar que ocupa esta porción de la ciudad. A modo de descripción, y desde una mirada etnográfica, caracterizaremos este cerro, que para la opinión pública tiene un carácter obrero y es reconocido por su organización, aunque también por la delincuencia. En este sentido, desmitificaremos la visión que se tiene de Cordillera, y plasmaremos ciertas cifras y características que nos lograrán dar cuenta de la realidad de los habitantes de Cordillera, en términos de segregación, de poblamiento y despoblamiento, y estructura laboral de sus habitantes.

Con todo lo anterior, se pretende entender de mejor manera los procesos socioculturales que se han llevado a cabo en el cerro, es decir, desde el posicionamiento del estigma, hasta las distintas acciones colectivas que desencadenaron una reapropiación territorial por parte de los habitantes del cerro, considerando por su puesto, la resistencia al estigma por parte de algunos de

los habitantes, y a su vez, las estrategias de otros, que tienden a validar y amplificar su desprestigio. Para ello, será necesario rememorar hitos que se conformaron tanto como efectos y como causas de dichos procesos, entre ellos la consolidación de la primera vivienda social del país en el cerro Cordillera, la llegada del taller de acción comunitaria (TAC), y el posicionamiento de otras organizaciones en el cerro, pues sin las organizaciones existentes no se podrían dilucidar los imaginarios urbanos que se tienen acerca del barrio, pues éstas, se constituyen como espacios de intercambio e interacción, que permiten el desarrollo y la percepción del ambiente, a la vez que infunden emociones y significados compartidos, que nos llevarán a entender finalmente, el accionar de quienes habitan Cordillera, y la trama de sentidos en los que se sustentan sus prácticas, entendiendo de antemano, el contexto específico de dichos habitantes.

VI.I.I. Valparaíso, de la era de oro a la decadencia

Existen muchos mitos en torno al descubrimiento de Valparaíso, no obstante una certeza es que el año 1544, Pedro de Valdivia, lo declaró oficialmente como puerto oficial de Santiago, siendo considerada esta acción, como el primer acto oficial de autoridad en esta ciudad, pues la ciudad de Valparaíso nunca fue fundada.

Así, en un principio, Valparaíso funcionó como un centro de abastecimiento y de llegada de pasajeros, provisiones y correspondencia con destino al Perú, por lo que contaba solo con rústicas construcciones que servían de bodegas y hospedaje de paso, además de unas pocas casas en las cuales vivían los primeros pobladores, que eran quienes tenían funciones específicas en la incipiente ciudad (Opazo y Martínez, 2002).

A fines del siglo XVI y principios del XVII, Valparaíso, como puerto comercial, atrajo a corsarios y piratas que no dudaron en saquear la ciudad. Estos hechos, no obstante, sirvieron para marcar una nueva etapa en Valparaíso, pues la ciudad debió prepararse para su defensa, y por ello, construir fuertes al mando de un Gobernador, para ofrecer protección a los vecinos y comerciantes establecidos (Opazo y Martínez, 2002). Esto significó un avance en la ciudad, pues

las edificaciones más significativas en torno a las cuales se comenzó a ordenar la escasa población inicial, fueron la Batería de San Antonio o Castillo Viejo y La Matriz. Por ello, durante los primeros cien años de nacimiento de la ciudad, la parte construida de ésta, ocupaba un perímetro de no más de siete u ocho hectáreas, emplazada en el llamado Casco Histórico y actual Barrio Puerto, cuyos límites se encuentran fijados por la línea de la costa y los 50 metros de altura en dirección a los cerros, entre la actual calle Tomás Ramos y la subida Carampangue, coincidiendo este linde con los cerros Cordillera, Santo Domingo y San Francisco (Gaete, 2000).

Sin embargo, la ciudad portuaria y cosmopolita que se hace mundialmente conocida, despertó de su sopor a partir del siglo XIX, con la independencia de Chile. Desde ahí, hasta una tres décadas después, se realizó una profunda y admirable transformación, que se expresó no tan solo en el crecimiento poblacional, sino que en la creación de una ciudad totalmente nueva, superpuesta sobre una ciudad anterior, mucho más humilde, inestable e invisible (Madariaga, Vergara y Barroilhet, 2010).

Valparaíso que contaba con 5.317 pobladores el año 1813 (censo 1813), contó con 24.316 en 1835 (censo 1835), pasando a ser la segunda ciudad de Chile más importante, en tanto se constituyó la puerta de entrada de la economía mundial al país. La segunda mitad del siglo XIX representa la edad dorada de la ciudad, nuevas plazas y espacios destinados al uso público, iglesias que continúan imprimiéndole un sello distintivo a la ciudad y edificios que dan cuenta de la presencia de colectividades extranjeras, son construidos como símbolo de prosperidad (Madariaga, Vergara y Barroilhet, 2010).

El desarrollo de la comuna, y su bullente actividad comercial y financiera, que implicaron por supuesto un gran auge económico, siguieron atrayendo al lugar, migrantes nacionales, provenientes de los campos en proceso de racionalización y de las minas que cerraron en el norte; y también migrantes internacionales.

La expansión de la ciudad mercantil fue empujando a muchos de los viejos asentamientos campesinos ubicados en la parte plana del puerto, a las faldas de los cerros contiguos, comprimiéndolos en áreas cada vez más reducidas (Salazar, 2000). En razón de esto, entre los

años 1851-1913, la gran demanda de espacio provocó que el crecimiento de Valparaíso, se comenzara a manifestar en una doble dirección: vertical (plan-cerro) para la construcción de viviendas fundamentalmente¹⁰, y horizontal (puerto- El Almendral) para la extensión del centro (Gaete, 2000). Este proceso de ocupación no planificado de los cerros y su creciente subdivisión y loteo, explica, en gran medida, la peculiar arquitectura vernácula y los consiguientes problemas anexos de equipamiento, infraestructura y comunicación que tienen sus habitantes (Madariaga, Vergara y Barroilhet, 2010).

Sin pocas tensiones, en Valparaíso comenzaron a convivir personas de diversas labores y oficios, conjuntos culturales, idiosincráticos, idiomáticos y religiosos. Pues al consolidarse como uno de los puertos más importantes de la costa sur del Pacífico, y como la capital financiera y cultural del país, todos querían estar en la ciudad de la vanguardia, ya que en Valparaíso tuvieron lugar muchos logros, tales como el primer diario de habla hispana El Mercurio de Valparaíso, el primer equipo chileno de fútbol, Santiago Wanderers, la primera Bolsa de Valores de Chile, el primer centro hospitalario (San Juan de Dios), el primer cementerio; el primer colegio católico privado de Latinoamérica (el SS.CC.), el primer Cuerpo de Bomberos, la primera Biblioteca Pública (Santiago Severín), el primer alambrado de gas del continente, el primer servicio telegráfico de Sudamérica, etc. (Gómez, 2015).

No obstante, en el último cuarto del siglo XIX, con la mecanización del puerto, la faena portuaria paso a ser, barco, grúa, contenedor y camión, y con ello se hizo evidente la prescindencia y desvaloración del trabajo humano. A esto además, se sumó que durante el siglo XX distintos momentos azoraron el desarrollo de Valparaíso, y la ciudad se vio altamente afectada sobre todo por la apertura del Canal de Panamá y la caída de la bolsa. Se avecinaba entonces, la era de decadencia para la ciudad de Valparaíso, haciéndose manifiesto en el deterioro creciente, y en la falta de fuentes laborales para la población. (Aravena y Sobarzo, 2009).

¹⁰ El crecimiento poblacional y consecuente expansión de la ciudad, se manifestó más fuertemente en el año 1879, cuando los cerros: Cordillera, Alegre, Concepción, La Cruz, La Virgen y El Barón, aparecieron con sus zonas de meseta, consolidadas en una función eminentemente residencial (Gaete, 2000).

Una muestra de decadencia y precariedad aún más contundente es que gran parte de la población era pobre, y que, a excepción de personas que residían en sectores como la zona financiera y los cerros Alegre, Concepción y Bellavista. (Vergara, Ponce y Valenzuela, 2016a), muchos residían en conventillos, dado a que para entonces confluían factores como la falta de terrenos, el incremento del valor del suelo y la demanda habitacional de los sectores populares.

En la actualidad, la ciudad de Valparaíso revela escasamente, mediante sus vestigios, lo que fue en el pasado, pues el abandono, la decadencia estructural y las viviendas precarias conviven con las edificaciones heredadas de la colonia europea y de los años de esplendor. Gran parte del poblamiento hasta el día de hoy, corresponde a un sector de escasos recursos económicos, que se ha establecido y no se ha movido de los sectores altos, sobrepasando la cota de los 450 metros sobre el nivel del mar (Gaete, 2000), en perjuicio de sus necesidades y accesibilidad.

VI.I.II. El imaginario porteño

“Desde la calle, generalmente las casas aparentan un volumen bajo incoloro. Pero si penetramos en ellas y nos asomamos a la quebrada, estallan como un petardo de arquitectura. Microcosmos del pueblo, resumen concentrado y vivo de su existencia, formando recovecos siempre diferentes, nuevos e imprevistos como el alma de los porteños. Son cuadros vivos de costumbrismo. Aquí se lava, se come, se conversa, se trabaja, se toma sol, se crían niños, animales y plantas. Son casas disparatadas, sujetas en postes, cubiertas de enredaderas; quebradas; gatos silvestres. No se puede precisar si la construcción está colgando o trepa por el cerro. A la orilla del abismo ejecutan prodigios de equilibrio” (Pecchenino, 1987).

Valparaíso, declarado como patrimonio de la humanidad por la UNESCO el año 2003, ha transitado de la gloria al abandono y del abandono a la gloria una y otra vez. Siempre al hablar del patrimonio de Valparaíso nos trasladamos inmediatamente al Barrio Puerto, que es el barrio más antiguo de la ciudad, y el paradero obligado de marineros, trabajadores portuarios, prostitutas y muchos otros personajes, como el “choro del puerto” (Payá, 2011), pues en el imaginario colectivo, hoy prevalece la idea de que fue un lugar que albergó la bohemia porteña y la vida bullente de épocas pasadas. No obstante, “la convivencia entre la ciudad concreta y la imaginada se vuelve particularmente difusa si hablamos de Valparaíso, donde los recuerdos, las percepciones, los cuentos y los sueños dan un nuevo significado a la realidad y la superan”

(Abarca, 2011, p. 21), ya que la construcción simbólica de la ciudad, mediada por la literatura, la pintura, la fotografía, el cine, la música y otras expresiones, se ha transfigurado al intentar retratar a la gente y los lugares de la ciudad, y el imaginario porteño (Abarca, 2011).

Las historias marinas y de taberna, el pasado cosmopolita producto de la llegada de inmigrantes franceses, ingleses, alemanes, españoles, italianos y la laberíntica geografía y asentamiento urbano de Valparaíso, resulta en una colectividad con más leyendas que hechos (Madariaga, Vergara y Barroilhet, 2010).

Hoy en día, si pensamos en quienes son los que habitan el actual Valparaíso, inmediatamente pensamos en estudiantes que accedieron a la educación superior¹¹, pues Valparaíso, a modo de estrategia, para conseguir un desarrollo económico y urbanístico, ha sostenido la expansión de centros universitarios durante los últimos años. Hecho que ha desembocado a su vez, en una oferta más amplia de atractivos culturales y de ocio, hospedería, bares y restaurantes para atender las necesidades del nuevo tipo de habitantes que llega año tras año a estudiar a la ciudad. Pues debe considerarse que los centros universitarios de la región se localizan casi en su totalidad en Viña del Mar y en Valparaíso; y que entre los años 2001 y 2011, se ha evidenciado un incremento aproximado de 60.000 estudiantes en la región, lo que representa un doblaje del número de estudiantes preexistente (Casellas y Vergara, 2016).

No obstante, influido por un ejercicio nostálgico, sigue primando el Valparaíso escenario y sujeto de la cinematografía, el de la literatura, la pintura y la fotografía, que han buscado retratar y recrear a Valparaíso, su identidad e imaginario³. Entonces, ¿en qué pensamos cuando hablamos de Valparaíso? Hay temáticas que emergen del espacio porteño cuando lo pensamos,

¹¹ El plan de desarrollo estratégico implementado desde la década del 2000, en consonancia con la declaración de la UNESCO, ha estado orientado a transformar económicamente a Valparaíso, perfilándola así como una ciudad universitaria y turística (Casellas y Vergara, 2016).

³ En la literatura, una generación de poetas, compuesto por Pablo Neruda y Sara Vial -su discípula-, impusieron una lectura nostálgica de Valparaíso a través de la poesía, que es posible ver tanto en sus obras, como en la de otros hasta el día de hoy, pues la declaratoria de la UNESCO la ha legitimado y reproducido a lo largo de los años, incluso internacionalmente. Sobre esto, resulta interesante revisar Alfonso Calderón y Marilis Schlotfeldt (2001), en donde se compilan los relatos de historiadores, cronistas, poetas, científicos, viajeros y arquitectos acerca de distintos momentos de la historia de Valparaíso, que dan cuenta de este cariz nostálgico en sus relatos a partir del año 1940.

como la pobreza, la marginalidad, la decadencia, la nostalgia y la contradicción que tiene entre el presente y el pasado, visible sobre todo en su infraestructura urbana. Aunque, convergen en este mismo punto, un abanico de conceptos distintos, pues Valparaíso es imaginado también como un lugar poético, pintoresco, mítico, singular y colorido.

A todas estas percepciones que se tienen en torno a Valparaíso, se suman tópicos visuales como lanchas, barcos, ascensores, trolebuses, interminables escalas, callejones, casas construidas al borde de las quebradas, ropas colgando de las casas en los cerros, conventillos y prostíbulos, que conjugan o afirman imaginarios (Abarca, 2011).

El imaginario social y urbano que el periodismo y otras manifestaciones en torno a Valparaíso, reproducen y legitiman, definen a la ciudad como cosmopolita, portuaria, bohemia, de prostitutas, marineros y de “choros”, además de un lugar de tragedias y delincuencia. Estas construcciones simbólicas, instituidas en base a mitologías, tienen una base real, aunque son libres de interpretaciones (Abarca, 2011), por eso, tanto habitantes, como turistas e incluso quienes nunca han visitado Valparaíso, pero que han oído hablar de ella mediante relatos indirectos; se han hecho una idea acerca de la ciudad, por lo que la imaginan y construyen en su propio espacio mental. Néstor García Canclini (1999), dice al respecto que el patrimonio establecido, que se construye en base a leyendas, historias, mitos, imágenes, pinturas y películas, es capaz de formar imaginarios múltiples. No obstante, de ellos, seleccionamos fragmentos de relatos, y los combinamos para armar la visión que más se nos acomode, por supuesto, según la posición que ocupamos en la ciudad (García Canclini, 1999).

En cuanto a la cinematografía, importantes películas para el cine chileno, como *Valparaíso, mi amor*, de Aldo Francia, retratan la miseria y marginalidad de las familias que viven una ingrata vida en el puerto. Este filme en particular, narra la historia de cuatro hermanos de escasos recursos, que han quedado abandonados porque el padre ha sido detenido. Cuando los niños quedan solos, se enfrentan a la realidad de la calle; uno de los niños muere, la niña se vuelve prostituta y los otros dos delincuentes. Esta historia, como muchas otras, retrata las infinitas obsesiones, deseos, fobias e imágenes del otro que tienen sus raíces en el inconsciente

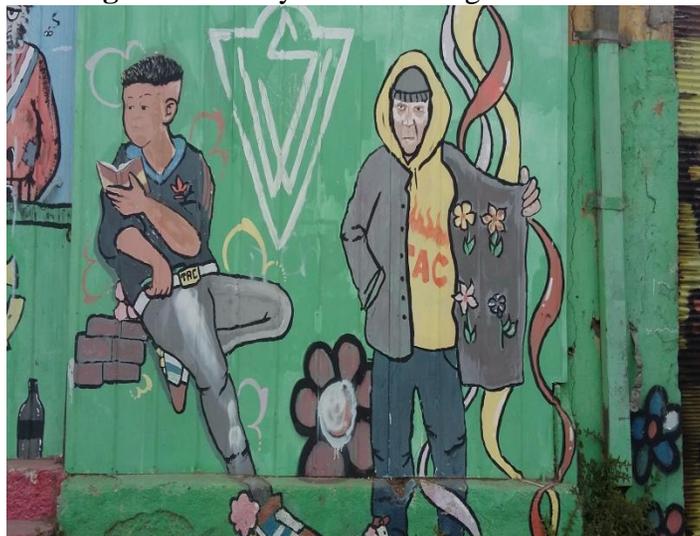
colectivo, y que el cine representa, inspiradas en hechos que alguna vez, en alguna familia ocurrieron en el puerto de Valparaíso, desde una problemática situación social difícil de eludir, o en su defecto, en cualquier familia pobre de cualquier metrópolis tercermundista.

El cine, incorpora representaciones flotantes, que determinan nuestra percepción de la realidad (García, 2012), desde esta perspectiva, se puede considerar que el cine es un dispositivo creador e indicador socio-simbólico, de estereotipos, mitos y del inconsciente colectivo, que responde a una época y a un lugar determinado, resultado de una realidad mediada en gran medida, por la frivolidad de los hechos y su espectacularización, en tanto generadores de rating (Imbert, 2006). Esto nos hace pensar que, en la sociedad contemporánea, donde la realidad se constituye mayormente a través de los medios de comunicación, somos espectadores de una representación de la realidad más que de la realidad misma (García, 2012).

Por otro lado, algo no menos importante a considerar, en cuanto contribuye a la construcción de imaginarios porteños, y los diarios locales, la fotografía y la literatura no han dejado fuera, es la aparición de relatos e imágenes que dicen relación a la identificación de la ciudad y el club Santiago Wanderers, pues además de que es una institución que se consolida en Valparaíso como el primer equipo de fútbol chileno en 1892, tiene una impronta revolucionaria, popular y criolla, dado por el contexto en el que surgió, en el que primaban solo clubes británicos en el gran Valparaíso. Su antigüedad y el su acto colonizador en la práctica del fútbol nacional, enorgullece tanto a sus hinchas como a los habitantes del puerto, razón por la cual es nombrado patrimonio intangible de Valparaíso el año 2007, pues Wanderers es una institución que pasa a representar a la gente de los cerros de Valparaíso y su forma de vida sacrificada (Vergara, Ponce, y Valenzuela, 2016a). Por eso la presencia simbólica de Santiago Wanderers mediante murales y rayados a lo largo y alto de la ciudad, pues tiene un carácter masivo, popular y patrimonial, en cuanto es un componente de la cultura urbana del puerto y un símbolo de Valparaíso, mediante la cual el equipo, debido al accionar de la revista *Estadio*, se colma de “representaciones encubiertas en analogías, metáforas, arquetipos y estereotipos sobre lo porteño” (Vergara, Ponce, y Valenzuela, 2016b; p. 140).

“Los primeros partidos disputados por Wanderers se realizaron en la Cancha *El Empedrado*, ubicada a un costado del Muelle Prat, inserta en los límites del Barrio Puerto. Esto conllevó que una gama importante de trabajadores portuarios se acercaran a ver los juegos de Wanderers y se sintieran representados por un equipo que hacía de local en terrenos aledaños al espacio portuario, sumado a que los integrantes del plantel residían principalmente en cerros como Cordillera, Toro, Carretas y Santo Domingo, todos populosos y aledaños al puerto, generando un espacio urbano cargado simbólicamente para los habitantes de esa parte de la ciudad.” (Vergara, Ponce, y Valenzuela, 2016a; p. 183).

Figura N°3: Rayado de Santiago Wanderers



Fuente: Fotografía propia. Nota. Rayado ubicado en Cerro Cordillera.

Pero, el imaginario urbano de Valparaíso no está completo si no se consideran personajes legendarios que lo habitan. En Valparaíso abundan los personajes legendarios, entre ellos destaca el arquetipo del choro del Puerto, que se caracteriza por “ofrecer combos”, ser bueno para la juerga, dormir con un ojo abierto y ganar siempre (Madariaga, Vergara y Barroilhet, 2010). Quienes habitan Valparaíso son reconocidos por otros como choros y a su vez, se presentan y se reconocen como tales. La palabra choro deriva del “chorear” que significa robar, por ello, ser choro significa pertenecer al mundo delictivo, al de las drogas y al narcotráfico, pero sin ser un ladrón común, pues este atributo acusa cierta astucia, prontuario y respeto, pues el choro es valorado positivamente entre los hombres porteños (Vergara, Ponce, y Valenzuela, 2016a). El choro, no es pasado a llevar, “es vividor, mujeriego y amiguelo; también, es fuerte, tiene habilidades corporales para pelear y sabe manejar con destreza armas cortas punzantes; se suma el hecho de que es esforzado y solidario con sus pares” (Vergara, Ponce, y Valenzuela, 2016a; p. 204).

De esta manera, Emile Dubois, también perteneciente al mundo delictual, aunque de procedencia extranjera, también es un personaje legendario que predomina, pues reside en el imaginario porteño al ser santo de devoción popular, ya que éste al cometer una serie de crímenes impulsado, se dice, por cierto rencor en contra de quienes, desde una buena posición social, le negaron ayuda, pasó a ser, para la opinión pública, un justiciero que castigaba a los usureros de la ciudad. Razón por la cual desde 1908 su sepultura se encuentra llena de placas de agradecimiento por favores concedidos, hasta el día de hoy (Madariaga, Vergara y Barroilhet, 2010).

Finalmente, a modo de conclusión, podemos decir que si bien prevalece hasta el día de hoy un imaginario urbano en torno al puerto y a su bohemia, han acabado las condiciones materiales de la cultura portuaria, y es solo la nostalgia y el mercado cultural el que lo mantiene vivo. Y que, aunque la gestión patrimonial de Valparaíso, con sus ficciones y con la marginación progresiva de sus habitantes históricos, efectúe una eficiente censura del pasado (Aravena y Sobarzo, 2009), las desigualdades sociales de igual manera se cuelan en el imaginario, al igual que las viviendas precarias, la segregación espacial y marginación, el comercio informal, la delincuencia como medio de subsistencia y la falta de oportunidades para el total de los habitantes.

“La declaratoria de UNESCO retrata al puerto más floreciente de Latinoamérica en la costa del Pacífico, con medios de transporte vanguardistas para la época, arquitectura neoclásica, “prosperidad económica” y paisajes urbanos, actualmente, tendientes a la fetichización; es la época de oro de Valparaíso previa a su “destino trágico”; es el Valparaíso que es legitimado como patrimonio de la humanidad; es el Valparaíso que *debe* ser resguardado; es el Valparaíso que pudo ser y hoy en día es recordado en un ejercicio nostálgico que añora épocas pasadas. Épocas pasadas que, recordemos, no necesariamente han sido mejores. En la otra vereda, la ciudad presenta cifras de desempleo de las más altas del país (situación casi de carácter endémica), sumado a un número significativo de empleos precarios” (Vergara, Ponce, y Valenzuela, 2016a; p. 118).

VI.I.III. El Cerro Cordillera como espacio vivido, percibido y practicado

La construcción del viejo castillo o castillo San José en la segunda mitad del siglo XVII, consolidó al cerro Cordillera como núcleo político, militar y administrativo de la incipiente ciudad de Valparaíso (Madariaga, Vergara y Barroilhet, 2010). De ahí en más, dada la presencia

de la Iglesia La Matriz en los pies del cerro, y a la cercanía al área de servicios y al puerto, el sector comenzó a concentrar gran parte de la población.

Así, el Cerro Cordillera se convirtió en uno de los cerros fundacionales de Valparaíso, en él no solo habitó el Gobernador, sino que con el tiempo fueron haciéndose espacio, obreros y trabajadores de la faena portuaria, dándole un sello distintivo al cerro. Por ello es precisamente que tuvieron lugar allí, la primera vivienda social ocupada por los obreros de la "Unión Social de Orden y Trabajo" y algunos de los primeros movimientos obreros de Chile, pues fueron muestra de la organización y aglutinación de las clases populares en el sector.

En la actualidad, el cerro Cordillera en el imaginario colectivo, sigue muy ligado a estos hechos y a su impronta obrera, por ello, prima el carácter organizativo y comunitario, pues existe un esfuerzo por mantener la tradición, además de que han prevalecido familias enteras, generación tras generación.

La revista "Sucesos" en reiteradas ocasiones reconoció a Cordillera por su organización social, destacando cuerpos sociales ligados al deporte, principalmente el Club Deportivo Cordillera; al ocio, a la religión, donde la revista puso atención en las actividades realizadas por la iglesia Perpetuo Socorro y la Capilla Santa Ana, dependiente de la Circunscripción religiosa de La Matriz; y laborales, respecto a la formación y actividades desempeñadas por sociedades de socorro mutuo.

El cerro cordillera, evidenció una potente capacidad organizativa y el goce de una auténtica vida de barrio por largos años; en torno a la iglesia, a las calles y veredas que agrupaban a niños y adultos, y a las distintas organizaciones con presencia en el cerro. Las menestras por su parte, fueron también, importantes espacios de sociabilidad, tanto que, los clientes optaban por realizar sus compras en estos locales comerciales por su atención personalizada (Madariaga, Vergara y Barroilhet, 2010).

No obstante, hoy en día, con la modernización capitalista, el individualismo ha calado profundo en la sociedad, y con la decadencia que ha visto sufriendo Valparaíso, dado a la

modernización del puerto, la crisis económica, y la creciente des-salarización y precarización de la fuerza de trabajo, (Mattos, 2006) el cerro Cordillera se ha sumido en la misma realidad, pues este también presenta creciente deterioro urbano y procesos de exclusión y desintegración social propias de la época y de los centros históricos de las grandes ciudades latinoamericanas. Este contexto en el que se sitúa el cerro, aunado además a la presencia de una población obrera y a la noción de que los cerros alojan pobreza e inmundicia, incidieron en la formulación de un fuerte estigma socio-territorial que se posicionó sobre el sector.

Los cerros -aunque no Cerro Alegre, Concepción, Bellavista, San Juan de Dios y la zona contigua a la calle Gran Bretaña del Cerro Playa Ancha-, son descritos como el lugar de residencia de criminales y de la población que vive en condiciones de pobreza en la ciudad. De esta manera, se ha ido gestando una tipificación negativa sobre ellos, y el espacio donde habitan se ha vuelto una marca distintiva de deslegitimación social, que se ha fortalecido, diseminado y afianzado a lo largo del tiempo (Vergara, Ponce, y Valenzuela, 2016a). Los periódicos, las autoridades, el mercado inmobiliario, los habitantes, y hasta las conversaciones cotidianas, han tenido incidencia en estos hechos. La Revista Sucesos por su parte, resaltó la pobreza en que vivían los pobladores del Cerro Cordillera, dando vasta cobertura a la Plaga de Viruela de 1905, donde Cordillera fue tomado como un escenario de la muerte infantil, pues se creía que era allí donde se originaban las pestes, en cuanto a los conventillos de Valparaíso se les asoció recurrentemente a banderas blancas que manifestaban cuarentena cuando las epidemias atacaban a la ciudad (Urbina, 2003). Por otro lado la revista, también resaltó la forma de vida en los conventillos, relacionada al hacinamiento, la insalubridad y a actos delictuales e inmorales, suscitando emociones negativas y reacciones correctivas y severas, impulsadas por el miedo y el rechazo (Wacquant, Slater y Borges, 2014). En otras palabras, en el estereotipo que se conformó respecto a los conventillos, se concentró todo lo negativo que podía contener una ciudad, comparándolo a veces con el infierno en la tierra, que no solo se limitó a estos reductos, sino que se expandió a todos los sectores pobres o aledaños (Urbina, 2003). Edwards Bello, fue enfático en esto, pues al hablar de los cerros, dijo que en ellos hervía la gente maleante, calificándola a su

vez, de carne de saqueo y revuelta, mientras que en el plano de la ciudad, vivía gente honrada, trabajadora, blanca y católica.

De este modo, progresivamente el cerro Cordillera y sus habitantes, han presenciado como se han desdibujado muchos de los hitos que los enorgullecen, a medida que han visto posicionarse sobre ellos una mancha relacionada a la pobreza, la delincuencia y a las viviendas degradadas. En consecuencia, se le ha asociado a la virulencia social, vicio y violencia, alterando de este modo, la identidad, las estrategias y las estructuras sociales de la comunidad que allí vive. Pues, en otras palabras, quienes viven en barrios denigrados, se enfrentan a la corrosión del sentido de sí mismos, de sus relaciones sociales y de sus capacidades de acción a nivel colectivo. Razón por la cual desarrollan estrategias de afrontamiento que tienden a validar y amplificar su desprestigio, pese a que otros se esfuerzan por ignorar o resistir el estigma (Wacquant, Slater y Borges, 2014).

Por otro lado, “Todo incidente que involucre alguna anomalía o violencia dentro o alrededor de estas áreas es habitualmente explotado con fines sensacionalistas y vinculado con la supuesta característica intrínseca de sus residentes” (Wacquant, Slater y Borges, 2014; p. 228), catalogándolos como parias, y transformando cualquier barrio aun cuando su tasa de delincuencia sea baja o sus viviendas sean básicas pero adecuadas (Wacquant, Slater y Borges, 2014).

Al recorrer el cerro Cordillera, se pueden evidenciar niveles de pobreza en el sector, aunque ésta no se trata de una pobreza dura o extrema. Algunas casas presentan construcciones sólidas, atribuyendo esta característica a materiales resistentes como el ladrillo; pero también hay construcciones débiles y un tanto dañadas. La mayoría de ellas no cuentan con antejardín, sus puertas dan directamente a la calle, y aunque muchas están en buen estado y pintadas de tonos coloridos, las casas son antiguas.

“Más que no me gustarme un lugar en específico del cerro, es el deterioro estructural que tiene el cerro, el cambio de escaleras, de iluminaria pública, el cambio de pavimento, la renovación de las

fachadas, es el deterioro que tiene por falta de mantención” (Cristian, residente y dirigente de la Población obrera, y voluntario del TAC Y Corporación Santa Ana).

Figura N°4: Construcciones del cerro Cordillera



Fuente: Fotografía propia.

En el sector de Cordillera central sobre todo, pueden verse algunas casas abandonadas y sitios eriazos, que fortalecen las sensaciones de miedo, inseguridad y desarraigo, y con ello el estigma. De la misma manera inciden, las quebradas con basura y distintos artículos domésticos que los vecinos botan al paso en ciertos puntos, como sillones, colchones, lavadoras; algunas menestras que cuentan con rejas para su protección, y la delincuencia específicamente hacia los turistas que visitan el Cordillera, pues deja entrever que el cerro Cordillera se articula como un sector peligroso.

“Aquí todos somos medios pobres, todos somos medios pobres, y eso mismo te hace querer organizarte y entender al vecino. Claro que hay, por supuesto aquí igual es un Cerro donde viven ladrones, donde hay tráfico de drogas, donde de repente en alguna esquina te van a asaltar también y que igual es peligroso de repente de noche, si no... si no hay que hacerse los tontos *po'*, si Cordillera igual es un lugar *choro* (Gabriel, residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC y la Biblioteca Gutenberg).

Esta imagen de Cordillera prevalece tanto en adultos como en pequeños, pues al preguntarle a un niño sobre los lugares limpios del cerro, en el contexto del mapeo colectivo, éste respondió que “viña” era limpio, y que sectores cercanos al consultorio, y la calle Eyzaguirre siempre acumulan basura.

“hay un colchón por ahí, donde se acuestan perros y duerme un señor curao” (Angelo, 10 años, asistente del TAC).

La estigmatización, sumada a la fragmentación del trabajo asalariado propio de la ciudad de Valparaíso, conforman actualmente lo que es la marginalidad urbana de este cerro. El gradual aumento de la desigualdad se refleja en los estratos más bajos, específicamente en el retraimiento de oportunidades y el empeoramiento de las condiciones de vida (Wacquant, 2012). No obstante, el cerro Cordillera si bien cae dentro de las consideraciones de la marginación, y por ello en él se constituyen subculturas, tiene a su favor, su ubicación y el fácil acceso al resto de la ciudad, pues se puede llegar caminando a él, desde el plan de Valparaíso y desde los cerros y barrios aledaños.

Este precisamente fue uno de los factores que favoreció la instauración del Taller de Acción Comunitaria (TAC) en el sector, organización que ha revertido hasta cierto punto el estigma socio-territorial del cerro, haciendo visible otras caras de él, mediante un proceso de regeneración barrial, que tenía por objetivo fortalecer las organizaciones sociales para promover cambios desde la acción colectiva, y la reapropiación territorial de la comunidad. Para de este modo, generar una vinculación con el territorio y consolidar la integración social. Este proceso, entonces, se ha iniciado con el acondicionamiento de lugares de encuentro, relaciones sociales más densas, y motivaciones e iniciativas comunitarias en el cerro.

“Recuperar espacios que alguna vez tuvieron funcionalidades para congregar, reunir, albergar, ser puntos de encuentro para la gente, y rearticular las relaciones sociales entre la gente, las relaciones de convivencia, de amistad...yo creo que esa es la lucha en general de todas las organizaciones que están en este momento en el cerro” (Daniel, residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC, la Biblioteca Gutenberg y la Corporación Santa Ana).

Actualmente, existe un tejido social con historia propia, y una valoración respecto al espacio en tanto lugar de residencia, pues éste alberga redes de apoyo y de amistad, locales comerciales, y además, se encuentra cercano al plan de la ciudad.

Particularmente en el barrio de Cordillera Central, se concentran la mayor cantidad de organizaciones que estructuran la vida de barrio del cerro, de las cuales derivan emociones y significados compartidos que han sido imbuidos por distintas prácticas e iniciativas. Es “un espacio rico en diálogo y actividad comunitaria, que se siente y se evidencia al recorrer sus

calles” (Gallegos, 2013; p.11). Pues constantemente las organizaciones comunitarias marcan su presencia, al convocar y desarrollar actividades en el espacio público.

En este sentido, si hablamos acerca de organización y de lo representativo y característico del Cordillera, es inevitable hablar de la Población Obrera de la Unión, que se erige como símbolo cordillerano y refleja la organización y la historia obrera en el cerro; y del TAC, como símbolo de la acción colectiva y del proceso de restauración participativa que se inició en el cerro.

Por otro lado, son típicas también la plaza Padre Gabriel Correa y el Auditorium Guillermo Bravo, que tal como identifican sus habitantes, le dan vida al barrio, al igual que Camino Cintura, ya que siempre hay flujo de personas y de locomoción.

La gente camina y dialoga con su espacio en ese ir y venir, los vecinos se conocen, se saludan y se sientan en veredas a conversar. La comunidad del cerro comparte y establece relaciones, ya sea a nivel micro (amistades) como también macro (la comunidad en sí). Las veredas, las escaleras y los negocios, son todos lugares de sociabilidad; y las murallas del sector, decoradas con murales, grafitis y rayados, cumplen una doble función, una más bien artística, y otra, subversiva que tiene como mayor intención la crítica y concientización.

Figura N°5: Mural del TAC que busca concientizar a la población.



Fuente: Fotografía propia. Nota. Ubicado en calle Pio Baroja, Cerro Cordillera.

La presencia de clubes deportivos también le otorga un sello distintivo al cerro, pues de cierta manera determina el uso que le dan al espacio los habitantes del Cordillera, y establece la

importancia de la cancha en su vida cotidiana, aunque muchas veces se juega en las calles, originándose la práctica del fútbol en pendiente (Madariaga, Vergara y Barroilhet, 2010).

Por todo lo anterior, podemos decir que la manera en que el barrio es vivido, percibido y practicado, se da de manera diferenciada para quien lo habita, para quien solo es visita y para quien sólo transita por allí. La experiencia barrial penetra con el tiempo, al sumergirse en el acontecer de la vida cotidiana, y en los actos que se realizan diariamente en los espacios residenciales (Gallegos, 2013).

Figura N°6: Plaza Padre Gabriel Correa.



Fuente: Fotografía propia. Nota. Ubicado en Camino Cintura.

VI.I.IV. Caracterización sociodemográfica del cerro Cordillera

Si consideramos la población con la que Valparaíso contaba el año 1982, podemos ver que, para el 2012, la población aumentó en 22.328 habitantes más, quedando así un total de 294.848 habitantes. Esta, aunque parece ser una cifra mayor, en comparación con otras comunas de la región es la que menos ha aumentado. La decadencia del puerto y la idea de pobreza a la que está asociado, podrían ser algunos de los motivos de tal hecho.

Sin embargo, cuando observamos a una escala más reducida, podemos ver que el Cerro Cordillera, es uno de los pocos cerros que han aumentado su población, junto con cerro

Ramaditas, Bellavista y Placilla, mientras que los otros cerros han ido disminuyendo su población.

Tabla 2. Población y diferencia inter censal en el Área Metropolitana de Valparaíso (1982-1992-2002-2012)

Comuna	Años				Diferencia inter censal		
	1982	1992	2002	2012	1992-1982	2002-1992	2012-2002
Valparaíso	272,520	282,840	275,982	294,848	10,320	-6,858	18,866
Viña del Mar	263,775	304,203	286,931	331,399	40,428	-17,272	44,468
Quilpué	85,837	104,203	128,578	151,502	18,366	24,375	22,924
Villa Alemana	56,690	71,672	95,623	119,397	14,982	23,951	23,774
Concón ¹²			32,273	37,765		32,273	5,492
Total	678,822	762,918	819,387	934,911			

Fuente: Elaboración propia en base a Censos de Población y Vivienda 1982, 1992, 2002 y 2012

¹² La comuna de Concón fue creada en 1995, independizándose de Viña del Mar. Debido a esta razón no presenta datos propios para los censos de 1982 y 1992.

Tabla 3. Población y diferencia inter censal en distritos censales de la comuna de Valparaíso (1982 – 1992 - 2002)

Distrito Censal	Años			Diferencia Inter censal	
	1982	1992	2002	1992-1982	2002-1992
Poblaciones de Playa Ancha	23,137	23,774	22,447	637	-1,327
Playa Ancha	7,981	9,036	6,024	1,055	-3,012
Cerro Santo Domingo	24,794	22,043	18,280	-2,751	-3,763
Puerto	696	847	474	151	-373
Cerro Cordillera	16,512	18,932	17,526	2,420	-1,406
Cerro Alegre	8,673	8,931	7,625	258	-1,306
Comercio	1,413	1,458	957	45	-501
Cerro Cárcel	14,430	14,214	12,615	-216	-1,599
Cerro Bellavista	7,342	7,065	9,124	-277	2,059
Cerro La Florida	14,030	14,660	13,858	630	-802
Plaza Victoria	2,720	2,805	1,994	85	-811
Almendral	7,709	6,976	5,170	-733	-1,806
Cerro La Cruz	5,716	5,794	4,958	78	-836
Cerro Las Cañas	7,863	8,609	7,759	746	-850
Cerro La Merced	6,170	5,723	4,903	-447	-820
Cerro Las Ramaditas	13,775	15,296	14,269	1,521	-1,027
Waddington	16,750	16,060	13,193	-690	-2,867
Baron	11,285	10,821	8,628	-464	-2,193
Los Placeres	33,070	35,803	18,258	2,733	-17,545
Las Zorras	25,307	27,564	15,018	2,257	-12,546
Placilla	5,048	6,932	10,721	1,884	3,789
Peñuelas	437	639	354	202	-285
Quebrada Verde	17,662	18,578	17,353	916	-1,225
Quebrada Philippi ¹³			22,766		22,766
antos Ossa			18,838		18,838

Fuente: Elaboración propia en base a Censos de Población y Vivienda 1982, 1992 y 2002

Cordillera entonces, se conforma en uno de los cerros más poblados después de poblaciones de Playa Ancha, Santo Domingo, Placeres y Santo Ossa, con un total de 17.526 habitantes (censo 2002) y 5.145 viviendas (censo 2002).

Respecto a los barrios al interior del cerro, según lo señala el censo de 1992 y el de 2002, su porcentaje de crecimiento poblacional ha aumentado en más de un 100% en algunos sectores,

¹³ Los distritos censales Quebrada Philippi y Santos Ossa fueron creados para el Censo 2002. Antes, estas zonas pertenecían a los distritos Placeres y Las Zorras, respectivamente. Esto explica la pérdida poblacional abrupta de estos distritos censales en el periodo 1992-2002.

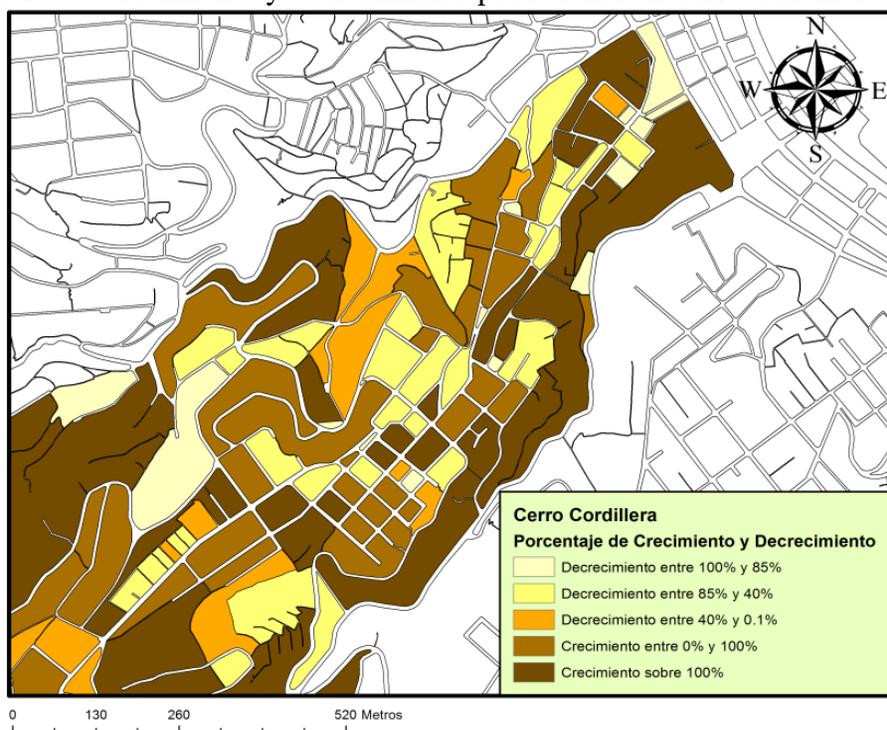
mientras que en otros ha decrecido de 100% a 85%. En este sentido podemos señalar, que no se ha dado uniformidad en la manera de poblar cordillera, pues en general, ha crecido poblacionalmente hacia sus bordes. Hecho que podemos constatar a través de la experiencia, ya que muchas personas se han establecido más recientemente en los sectores de Chaparro, Población Gutenberg y lugares cercanos al barrio puerto por calle Castillo, dado a la presencia de tomas en los sectores más altos, a viviendas que arriendan sus propietarios y a construcciones o ampliaciones en terrenos familiares ya habitados en respuesta a la extensión de la familia.

En la siguiente imagen (figura 7) se puede apreciar como las quebradas laterales del cerro Cordillera, se han ido poblando más, no así el sector medio, cercano a calles como Eyzaguirre y Molinare, pertenecientes al barrio de Cordillera Central, que tiene un decrecimiento de un 85% a 40%, visible en sitios eriazos y casas abandonas.

El poblamiento de laderas y las tomas de terreno que tienen lugar en ellas, dicen relación con un tipo de estrategia de subsistencia por parte de quienes las habitan, pues la construcción de la *ciudad informal*, de la que son parte acciones como la posesión de un terreno sin venta ni títulos y la posterior autoconstrucción de una vivienda en dicho lugar; es considerada la única vía posible para quienes la vivienda formal se volvió inasequible, ya que las familias conciben la toma, como la posibilidad de tener un terreno propio, y cercano a la ciudad, sin mayores costos. La quebrada en este sentido, garantiza más posibilidades de permanencia en el lugar, pues históricamente ha sido catalogada como tierra de nadie, además de tener un bajo avalúo fiscal, un control municipal poco sistemático, y la nula o escasa oposición de propietarios privados cuando estos lugares son poblados informalmente (Ojeda y Pino, 2013).

El crecimiento poblacional más notorio se presenta específicamente en la quebrada José Tomás Ramos. La quebrada San Francisco por su parte, presenta decrecimiento en los sectores más cercanos al puerto, aunque no así hacia camino cintura, lugar en el que se prevé un gran crecimiento.

Figura N° 7: Crecimiento y decrecimiento poblacional en Cerro Cordillera (2002)



Fuente: Datos elaborados en base a Censo de Población y Vivienda (2002). Cartografía realizada mediante ArcGis 10.0.

Respecto a los grupos socio ocupacionales a los que pertenecen los jefes/as de hogar de Valparaíso, podemos decir que es una de las comunas que mayor presencia de trabajadores de comercio y servicios; trabajadores no calificados, y obreros tiene, por eso la realidad de Cordillera no es muy diferente, pues es el cerro que tiene más trabajadores no calificados (29,07%), esto es, trabajadores relacionados a ventas y servicios, peones agropecuarios, forestales, pesqueros y afines, peones de la minería, construcción, industria y transporte.

Tabla 4. Distribución porcentual de jefes/as de hogar según grupos socio ocupacionales en el Área Metropolitana de Valparaíso (2002)

Comuna	Dirigentes	Medios	Trabajadores Comercio y Servicios	Obreros	Agrícolas	Trabajadores no Calificados	Total
Valparaíso	5.58	34.93	14.07	24.33	1.52	19.57	100
Concón	11.86	30.72	10.86	26.02	4.08	16.45	100
Quilpué	7.59	39.20	11.67	24.81	1.36	15.36	100
Villa Alemana	5.10	37.53	13.04	27.40	1.54	15.38	100
Viña del Mar	11.63	38.69	12.19	21.15	1.02	15.33	100

Fuente: Elaboración propia en base a Censo de Población y Vivienda, 2002

Tabla 5. Distribución porcentual de jefes/as de hogar según grupos socio ocupacionales en distritos censales de la comuna de Valparaíso (2002)

Nombre del Distrito	Dirigentes	Medios	Trabajadores Comercio y Servicios	Obreros	Agrícolas	Trabajadores no Calificados	Total
Poblaciones Playa Ancha	4.43	37.44	15.21	20.60	2.69	19.62	100
Playa Ancha	10.74	58.00	10.13	13.31	0.98	6.84	100
Cerro Santo Domingo	2.70	32.96	16.30	23.95	2.01	22.09	100
Puerto	3.09	31.96	16.49	25.77	2.06	20.62	100
Cerro Cordillera	2.36	25.39	14.55	26.56	2.07	29.07	100
Cerro Alegre	17.64	47.21	13.13	12.56	0.35	9.10	100
Comercio	15.35	53.47	14.36	9.41	0.50	6.93	100
Cerro Cárcel	5.88	32.69	14.77	25.90	1.14	19.61	100
Cerro Bellavista	12.12	45.79	13.45	16.13	0.63	11.88	100
Cerro La Florida	5.08	35.76	16.19	24.92	0.64	17.42	100
Plaza Victoria	17.69	53.56	13.51	6.14	0.00	9.09	100
Almendral	10.36	49.74	16.37	15.86	0.26	7.42	100
Cerro La Cruz	4.51	33.38	16.42	24.21	0.82	20.66	100
Cerro Las Cañas	1.97	25.02	16.26	29.28	1.58	25.89	100
Cerro La Merced	3.85	33.91	16.15	26.21	0.75	19.13	100
Cerro Las Ramaditas	2.28	26.94	14.44	30.90	1.46	23.98	100
Waddington	3.58	35.96	16.28	24.40	0.46	19.31	100
Barón	10.26	44.70	13.31	17.05	0.42	14.28	100
Los Placeres	7.45	39.28	10.13	23.35	2.90	16.89	100
Las Zorras	8.97	37.42	10.88	25.03	1.26	16.43	100
Placilla	10.41	31.57	8.07	33.12	2.14	14.69	100
Peñuelas	1.79	14.29	19.64	32.14	12.50	19.64	100
Quebrada Verde	1.83	33.02	14.53	24.55	2.82	23.24	100
Quebrada Phillippi	3.11	29.14	14.47	29.60	1.54	22.14	100
Santos Ossa	3.04	28.95	15.22	26.61	0.76	25.43	100

Fuente: Elaboración propia en base a Censo de Población y Vivienda, 2002

Lo anterior si bien no corresponde a un indicador muy preciso para medir la pobreza en los distintos cerros y sectores de Valparaíso, nos entrega al menos una distribución de los/as

jefes/as de hogares según su posición en los distintos grupos ocupacionales, que si nos puede indicar la población que posee posiciones desventajosas en el campo laboral.

Con respecto a la tabla número 5 se puede observar que el porcentaje de “dirigentes” tiende a ser el más bajo en comparación con otros grupos ocupacionales en los sectores y cerros de Valparaíso. En este sentido, podemos decir que las desigualdades en el mercado laboral se reflejan territorialmente, pues en la ciudad fragmentada, de la que es parte Valparaíso, conviven diferentes sectores socioeconómicos a distancias relativamente cortas, pero sin que ello implique un vínculo productivo o una interacción social, ya que como se puede ver, los grupos más altos (Dirigentes) y más bajos (No calificados) tienden a una concentración residencial en distintos lugares de la ciudad (Carroza y Valenzuela, 2010).

Los datos censales de los años 1992 y 2002 reafirman esta realidad, ya que demuestran que tanto los grupos altos como los medios se han comenzado a consolidar en barrios en torno al centro de Viña del Mar y a su sector costero, mientras que los bajos se han ido localizando residencialmente en menos distritos, tales como el Cerro Cordillera, Cerro Las Cañas y Santos Ossa. Este hecho nos anima a suscitar que, los hogares que albergan a trabajadores no calificados están experimentando un mayor nivel de segregación residencial, pues han sido expulsados de los sectores más céntricos y de más alta renta (Carroza y Valenzuela, 2010), situación que determina una marginación territorial y social de estos grupos de la población y favorecen la permanente reproducción de la pobreza. Esta situación es empeorada cuando además existen otros factores que entorpecen la integración al modelo social, pues en el caso del cerro Cordillera, existen altas tasas de inacción juvenil y maternidad adolescente, además de una baja escolaridad promedio de los jefes de hogar (Censo 2002), dimensiones que determinan la vulnerabilidad de los pobladores del cerro, y posibilitan el comportamiento riesgoso (Katzman, 1999).

VI.I.V. Reseña histórica de la Población Obrera de la Unión

En el siglo XIX, como la ciudad de Valparaíso se presentaba como el principal puerto de intercambio comercial de nuestro país con el resto del mundo, la ciudad puerto vio aumentar

considerablemente su población, tanto por la incorporación de contingentes de inmigrantes extranjeros vinculados al mundo de los negocios, como por numerosos inmigrantes nacionales, atraídos por la efervescente actividad y las oportunidades que se desplegaban en la ciudad¹⁴.

No obstante, a fines del siglo, se hizo evidente el estado de postergación y marginalidad que había sobrevenido a gran cantidad de la población urbana, pues vivían en condiciones míseras de hacinamiento e insalubridad en barrios en torno a las ciudades, en los cuales la naciente clase obrera urbana había hecho su espacio. En este contexto, en el que la “cuestión social” asumía cada vez más importancia en el debate público, aparecen en Chile posibles respuestas a los problemas de la clase obrera, llevadas a cabo por los sectores más acomodados de la sociedad, la masonería laica liberal y el conservadurismo católico de la beneficencia; relacionadas principalmente a la acuciante necesidad de viviendas (Núñez, 2008).

Así, los conventillos tuvieron lugar y se fueron multiplicando como resultado de la demanda habitacional de los sectores populares, y como respuesta a la falta de terrenos y al incremento del valor del suelo. Muestra de esto es el censo de 1885, que llegó a contabilizar cerca de 430 conventillos en Valparaíso, con un promedio de 5 personas por habitación, aunque algunas alojaban hasta 10 personas (Canales, 2007).

La Población Obrera de la Unión se constituyó como uno de los conventillos más antiguos de Valparaíso y también el más representativo. El edificio, que fue construido en 1870 por Carlos Lorca de la Liga Masónica de Valparaíso en el populoso Cerro Cordillera de Valparaíso -lugar de numerosas asociaciones sindicales y mutuales obreras-, fue adquirido por Juana Ross de Edwards, benefactora católica de la alta sociedad porteña, en 1894, con el propósito de proporcionarles vivienda a las familias obreras.

¹⁴ A partir del año 1813, la población de las ciudades chilenas comenzó a experimentar un crecimiento desbordante, pero no fue hasta fines de siglo que este movimiento se aceleró, pues la crisis del viejo sector minero, la paralización del desarrollo del sistema de hacienda y la consecuente urbanización de una parte del peonaje itinerante, fueron en gran medida el detonante del crecimiento de las principales ciudades.

Así, desde 1860 en adelante, las habitaciones del “bajo pueblo” comenzaron a aglutinarse en torno y dentro de las grandes ciudades, como lo son Valparaíso y Santiago, configurando un fenómeno urbano altamente visible (Salazar, 2000).

Así, luego de acondicionarla, la inauguró cuatro años después como la primera vivienda social del país, creando a su vez una asociación que se haría cargo de su administración, la Sociedad de Orden y Trabajo, que estaría bajo la tutela del Obispado de Valparaíso (Canales, 2007).

Figura N°8: Placa de la Población Obrera de la Unión.



Fuente: Plataforma Urbana. <http://www.plataformaurbana.cl/archive/2007/12/02/la-rehabilitacion-patrimonial-de-vivienda-social-en-valparaiso/>

La Población Obrera de la Unión, se trata de un edificio atípico con respecto a la generalizada tipología en los cerros. Cuenta con tres pisos hechos de ladrillo, de aspecto sólido y macizo. “Construido con gruesos muros de albañilería y maderas nobles, su imagen es recurrente y reconocida por ciudadanos y académicos” (Canales, 2007; p.1).

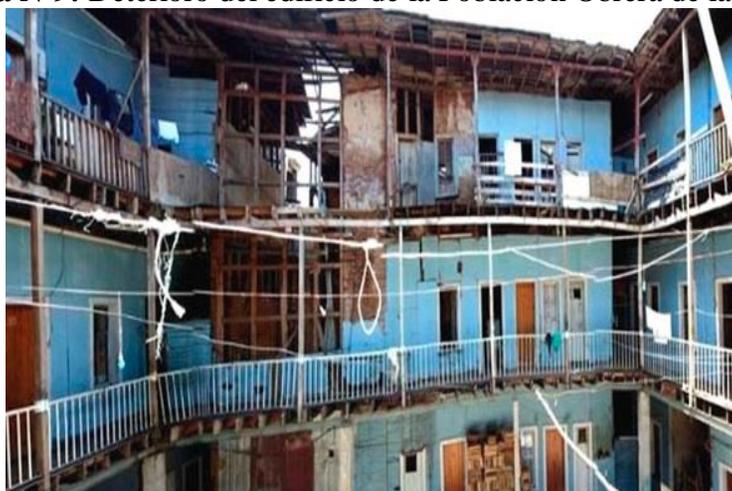
Durante los años treinta, la Sociedad de Orden y Trabajo, encargada de la administración del lugar, se disipó paulatinamente, dejando en manos de un encargado la función administrativa del edificio. En los años venideros, tras la muerte del encargado, finalmente los vecinos fueron quienes tuvieron que hacerse cargo de la gestión de los asuntos del edificio, llegando a su fin los vínculos que aún se mantenían con el obispado y la administración original (Núñez, 2008).

La falta de experiencia por un lado, y la antigüedad de la construcción por otro, incitó la necesidad de organizarse, pues la comunidad de la población debió hacer frente a diversos intentos de desalojo y remate del edificio por parte de las autoridades del gobierno local, dado al deterioro evidente del inmueble (Núñez, 2008).

Los residentes, para ese entonces, debieron enfrentar no solo la decadencia estructural del edificio, sino que también la estigmatización que se posicionó sobre los habitantes de la

Población Obrera y del cerro Cordillera en general; relacionada principalmente con la presencia de delincuencia y de drogas. Por otro lado, la gente comenzó a asociar específicamente a los cerros y quebradas con conventillos, atribuyéndoles además, problemas de salubridad y de moralidad a todos estos sectores, pues existe la imagen generalizada de que los cerros corresponden a una porción de la ciudad, pobre y sucia, a diferencia del centro, plano, decente y limpio (Urbina, 2003; p.9).

Figura N°9: Deterioro del edificio de la Población Obrera de la Unión.



Fuente: Borde URBANO consultores, disponible on line en: <http://www.bordeurbano.cl/produccion/poblacion-obrera-de-la-union/>

El edificio de la Unión Obrera de Valparaíso, inaugurado hace más de 100 años y declarado Inmueble de Conservación Histórica por su gran valor patrimonial, se encontraba para ese entonces, en un proceso de deterioro acelerado e innegable (Araya, Castillo y Prado, 2009). Efectivamente existían problemas relacionados a la pobreza, la higiene y desorganización, por lo que las familias comenzaron a ser estigmatizadas además, por situaciones relacionadas a la delincuencia, al consumo y venta de droga, y a la inexistencia del servicio de agua, y con ello, sus implicancias en términos de salubridad.

“Con el tiempo, el corte de los servicios básicos se transformó en moneda corriente, el tejido social comunitario acuso los efectos del desgaste y la venta de drogas hizo su espacio. Estos factores contribuyeron a minar la reputación de la población, que de tradicional y digno barrio obrero paso a ser asociada, injustamente casi siempre, a actividades delictivas y a ser vista como un sitio eventualmente peligroso” (Núñez, 2008; p. 27)

La proximidad de las casas y el uso de baños comunes, determinaban algún nivel de hacinamiento, y favorecían la estigmatización de la población y del cerro, considerados como sectores pobres.

En el reconocido documental “Población obrera la Unión” dirigido por Rodrigo Fernández¹⁵, sus residentes cuentan mediante sus relatos de vida, la historia de la misma población. Así, el documental da cuenta de la decadencia estructural de la población obrera, por esos años, que es una situación de la que no quedaba ajeno el resto del cerro; y a su vez da cuenta de la realidad que vivieron 37 familias. No obstante, este documental juega un rol no menor en la construcción de imaginarios y de valoraciones para con la Población Obrera, pues pone en el tapete los conflictos, la delincuencia y la insalubridad, reproduciendo y potenciando el estigma socio territorial que se posiciona sobre el Cerro Cordillera, al denunciar situaciones como que los habitantes hacían sus necesidades en tarros, se bañaban en el grifo, habían malos olores, peleas al interior, ruidos, poca privacidad, consumo de drogas, narcotráfico, y un asesinato en una oportunidad. Estos hechos, y la manera en que fueron presentados, sin duda tuvieron incidencia en el modo en que percibían a los habitantes de la población obrera, y se percibían ellos mismos.

“La pobla era un antro de delincuentes po... lo que pasa es que ahora cuando la reconstruyeron tuvieron que pagar...pero había mucha gente que vivía ahí que nunca la casa fue de ellos po, se iba alguien y oh quedó una casa, se la tomaban (...)como te digo antes era un antro, hasta mataron gente adentro de la población obrera(...)Yo cuando era chico no me dejaban ir pa allá, no me dejaban entrar (...) antes era un basural prácticamente donde vivía la gente... tú podí ser pobre, pero eso no equivale a que seai sucio, era como la cultura de ellos ser cochinos, ese patio que está ahora que pueden jugar los niños todo bacán, antes no era así po” (Mauricio, residente del cerro Cordillera).

“La gente de cordillera en sí lo encuentra inseguro, yo he conversado, he participado en algunos de los colectivos y las señoras, las familias que viven aquí, encuentran el lado de la pobla que es peligroso, no les gusta, porque igual en ese sector viven varias familias...” (Daniel, residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC, la Biblioteca Gutenberg y la Corporación Santa Ana).

En razón de lo anterior, y por la existencia de lazos comunitarios debilitados, nace la intención de darle un revés a esa mirada, y causar la impresión de que las familias que viven en el

¹⁵ El documental “Población Obrera de la Unión” dirigido por Rodrigo Fernández, puede ser visto en el siguiente sitio web: <https://vimeo.com/47725358>

sector, son organizadas y viven dignamente. En este sentido, la llegada del Taller de Acción Comunitaria (TAC) al Cerro Cordillera, y su trabajo, centrado en el fortalecimiento de las organizaciones locales a través del trabajo comunitario, es posiblemente uno de los gatillantes de los cambios producidos en la población y en sus alrededores. Desde la llegada del TAC y durante el curso de los años noventa hasta la fecha, las actividades de esta organización, han contribuido determinantemente a rearticular el tejido social, y a consolidar la identidad de los residentes del viejo edificio. En cuanto la población y sus habitantes, pasaron a formar parte del trabajo comunitario liderado por el TAC, a partir del año 1996 aproximadamente; momento desde el cual se puede visualizar al interior de la población, la existencia de una dirigencia liderada por adultos y otra, por jóvenes, que comenzaban a preocuparse por las condiciones de vida de los habitantes de la población y a mejorar y optimizar la habitabilidad del lugar; para frenar el deterioro del edificio (Núñez, 2008).

Así, el carácter popular y organizado de la comunidad, y el cambio y los conflictos sociales que caracterizaron el periodo, favorecieron entre los vecinos de la población, la proliferación de valores sociales y un carácter comunitario.

El grupo de jóvenes que lideraba una de las dirigencias, mediante distintas acciones, fueron ganando un espacio y un reconocimiento por parte de la población. Pero no fue hasta el año 1998 que se consolidó, con el inicio de la restauración de la población obrera y las primeras labores, correspondientes a mejoras en espacios comunes como baños, pasillos y escaleras. Sin embargo, el edificio al poseer problemas estructurales más complejos, requería trabajos de rehabilitación más complejos y de mayor envergadura que los trabajos realizados por los pobladores (Núñez, 2008).

En razón de lo anterior, el año 2003 se conformó una mesa técnica para la rehabilitación del edificio, aunando esfuerzos de los vecinos y del aparato público estatal. Una serie de acciones a lo largo de este periodo, lograron que el inmueble ganara, el año 2006, el Fondo Solidario de Vivienda, del Ministerio de Vivienda y Urbanismo. El proyecto, contó además con el

financiamiento de la Junta de Andalucía y del Programa de Recuperación y Desarrollo Urbano de Valparaíso.

La intervención consistió en el refuerzo de la estructura, el mejoramiento de las condiciones de habitabilidad y de los servicios, además de la incorporación de nuevos elementos, como equipamiento comunitario y una terraza mirador (Araya, Castillo y Prado, 2009). De esta manera, el proyecto que se llevó a cabo paso a ser un referente en recuperación patrimonial, pues hubo una mejora y preocupación por estructura física, pero a la vez, se promovió la vida en comunidad, y el mejoramiento de las condiciones de vida de todos los habitantes, en cuanto no hubo gentrificación y se mantuvieron los antiguos residentes, que además fueron partícipes de las decisiones que se tomaron para reacondicionar el inmueble.

Cabe destacar de este proceso además, la posición activa y demandante de los pobladores, respecto a las mejoras de las condiciones de vida que esperan, pues contrasta duramente con la actitud pasiva que algunos involucrados adoptan, al asumirse solo como beneficiarios de políticas públicas.

Figura N°10: Edificio de la Población Obrera de la Unión rehabilitada, vista desde camino Cintura.



Fuente: Fotografía propia.

En líneas generales, este proceso es emblemático en variados sentidos, pues por un lado potenció las capacidades de ciertos personajes involucrados en esta experiencia, al impulsar un

proceso de empoderamiento comunitario; y por otro, fortaleció lazos dentro de su contexto cercano, proporcionando a su vez, una vida más digna y cómoda a los residentes de la Población Obrera de la Unión, al convertirlos en propietarios de viviendas con un valor mayor al que alguna vez pudieron soñar.

VI.I.VI. La Población Obrera de la Unión como símbolo Cordillerano

Los símbolos sobre los cuales se apoya y a través de los cuales trabaja la imaginación social, se construyen en base a las experiencias de los individuos, esto es, mediante sus temores, recuerdos, expectativas, deseos, aspiraciones e intereses (Baczko, 1991). En este sentido vale decir desde la experiencia que, se articulan diversas imágenes, ideas y acciones en torno a la Población Obrera de la Unión en tanto símbolo, que saca del estado de virtualidad a los imaginarios que aglutina y los materializa.

La interpretación de las experiencias individuales, es diversa dentro de la población y en sus alrededores, pero finalmente se fusionan y cristalizan en una especie de memoria colectiva, que desembocan en imaginarios dominantes, que conllevan valores y conductas que operan en y por el simbolismo, y que se relacionan principalmente con una actitud de resistencia frente al estigma socio territorial posicionado sobre el Cerro Cordillera, cuando se le intenta dar una valoración positiva al barrio y a sus habitantes mediante estrategias específicas que van en ruptura con el estigma; o una actitud subversiva, cuando se revaloran las acciones violentas como legítimas y garantes de valoración social. Esto puede ser en base a lo presente o ausente, de manera consciente o no, puede representar algo intelectual o algo más bien afectivo, pues el simbolismo es abierto y ambiguo, ya que el agente mediante el simbolismo expresa su propia representación de la realidad.

La infraestructura que se erige en el punto neurálgico del Cerro Cordillera a modo de un fuerte, se ha vuelto una representación de la idiosincrasia del mundo popular de Valparaíso, ya que se configura como patrimonio material y a su vez inmaterial.

Pese a que han pasado más de 100 años desde que se construyó el edificio de la Población Obrera, existe un vínculo de los habitantes de Cordillera con el inmueble y con las familias contemporáneas que lo habitan, no solamente por el carácter obrero y popular que los caracteriza, sino que por tener un legado generacional, vale decir, algunas de las primeras familias que llegaron a la Población Obrera, han permanecido en el inmueble generación tras generación, experimentando la totalidad de los procesos del Cerro.

Mediante los sistemas simbólicos o los símbolos que van construyéndose como tal, los agentes designan lugares, situaciones, objetos y personas; y tienen reacciones hacia éstos, que no solo consisten en establecer distinciones, sino que también en instituir valores y orientar conductas individuales y colectivas (Baczko, 1991). En el caso del emblemático edificio, podemos ver como para algunos su rehabilitación, y el modo en que se erige actualmente, simboliza un creciente nivel de participación y de apropiación de parte de la comunidad para con su espacio y por ello un proceso, emancipatorio. Pues, este hecho se mostró como un desafío a la vorágine del individualismo que impera en la sociedad, y rescata valores hoy por hoy perdidos, como la solidaridad y el sentido de pertenencia a una comunidad, que se hacen visibles irrumpiendo, política y estéticamente, en el espacio.

No obstante, la población obrera y el cerro en el que emplaza, sigue representando para algunos, un símbolo de delincuencia, conflicto social y pobreza en Cordillera, sobre todo para aquellos que no viven en el sector. Muchos imaginarios se establecen en torno a la población y al cerro en tanto la contiene, y por ello, determinan distintas actitudes, prácticas y valores entre quienes son solo transeúntes, entre quienes habitan cordillera y se resisten a esta representación del cerro, y entre aquellos que legitiman actitudes violentas y delictivas y las asumen como propias.

Coexisten diversas imágenes, apreciaciones, percepciones y valores en torno a la población obrera y el sector en donde se emplaza que no están vinculados, pero que confluyen en esta infraestructura en tanto símbolo cordillerano que se vuelve recipiente de imaginarios urbanos.

VI.I.VII. El Taller de Acción Comunitaria (TAC) y otras organizaciones

funcionales del cerro Cordillera

“Es del cerro un vecindario muy entusiasta que entiende a las derechas el concepto del *self government*, y que, sin esperar gran cosa de los dineros municipales o fiscales, provee a sí mismo a la prosperidad material del barrio, a su fomento intelectual, a su divertimento, a todo. Gente de todas las categorías, ingleses y chilenos, ricos y pobres, contribuyen allí en la medida que les es dable, a higienizar a la población, a darle luz, a plantar jardines, a enseñar al que no sabe a hacer la caridad, a conmemorar los aniversarios de las grandes fechas gloriosas de la patria. Verdaderamente plausible es este espíritu del Cerro Cordillera, pues, además de hacer conquistas efectivas y actuales, prepara a las generaciones venideras para el ejercicio de la iniciativa individual en provecho de la colectividad”. (Revista Sucesos, n°317, Semana 1 de Octubre de 1908, p.22).

“El Cordillera tiene historia de un cerro obrero, está dentro de la historia de Valparaíso como uno de los cerros más antiguos...la tradición de este cerro, de tradición obrera, es también con organizaciones sociales, o sea tiene historias de organizaciones sociales y yo creo que tiene que ver con esa impronta de clase un poco que hay en el cerro, que ha sido un cerro popular, que ha sido un cerro obrero y eso se conjuga un poco con la organización” (Daniel, residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC, la Biblioteca Gutenberg y la Corporación Santa Ana).

Las organizaciones sociales y las organizaciones comunitarias, son un elemento estructurante del cerro Cordillera desde sus inicios, pues por su cercanía al puerto y al área de servicios- el Barrio Puerto-, desde que este cerro comenzó a poblarse fue el lugar de residencia predominante de quienes trabajaban en las faenas portuarias y comerciales. Por ello, durante la época de “cuestión social” y la reivindicación obrera, que buscaba mermar las deplorables condiciones laborales que acontecían a los obreros, el cerro Cordillera cobijó mutuales, mancomunales, sindicatos -bajo la lógica del apoyo mutuo, sobre todo cuando las necesidades básicas no estaban cubiertas por el estado-, y emblemáticos proyectos de vivienda tales como la Población Obrera de la Unión, y Población Gutenberg, de la imprenta la Unión; como muestra de la organización y de presencia obrera en el cerro.

Actualmente, muchas de estas organizaciones han desaparecido, aunque se mantienen aún, por supuesto las poblaciones herederas de esta historia, y la Sociedad Protectora de Obreros y la Agrupación de Trabajadores Portuarios, por mencionar algunas.

Los habitantes del Cerro Cordillera no han quedado impávidos a los cambios de la ciudad y de sus vecinos, por ello las expresiones y organizaciones que aquí tuvieron lugar se resisten a desaparecer, aun cuando han desaparecido las fábricas que les dieron vida. Esto se explica porque los imaginarios que tienen los habitantes del cerro Cordillera, constituyen “un patrimonio de ideas y de imágenes mentales acumuladas, recreadas y tejidas en una trama” (Lindón, 2007; p.66) a lo largo de toda su existencia, en tanto los imaginarios urbanos, emergen entrelazados con la memoria espacial y el pasado vivido. Por eso, es posible que ante la inexistencia o desaparición de un hecho o cosa, lo inexistente se siga reproduciendo en los actuales imaginarios a través del trabajo de la memoria, porque los imaginarios se alimentan de la memoria colectiva para producir una construcción fantásica, aunque no por fantásica carece de relevancia, pues finalmente orientan la acción social (Lindón, 2007).

Como bien lo reconocen los vecinos, las primeras agrupaciones marcan un antes y un después en el cerro, pues es la actividad organizacional pasada, la que le da fuerza al discurso y al quehacer cotidiano del cerro hoy en día.

“Uno por historia sabe que es organizado el Cerro entonces no podí’ dejar de hacerlo poh...es como algo parte de nosotros” (Ronald, residente del Cerro Cordillera y voluntario de la Corporación Santa Ana).

En razón de lo anterior, las distintas organizaciones que han ido surgiendo, han asumido un enorme protagonismo y responsabilidad al interior de la comunidad, ya que todas han desarrollado un trabajo territorial en el cerro más allá de sus propios intereses. Entre ellas destacan juntas de vecinos, centro de salud, centros culturales, comité de viviendas, centros juveniles, clubes deportivos, centros de madres, entre otros. No obstante, vale decir que no es hasta la llegada del Taller de Acción Comunitaria, que los habitantes del cerro llegan a conocer su verdadera capacidad organizativa. Pues no debe desconocerse que dado al cambio del modelo productivo, y a la pérdida de preeminencia de Valparaíso como “puerto principal”, el cerro Cordillera, al igual que el resto de los centros históricos de las ciudades sudamericanas, ha enfrentado un fortalecimiento de las sensaciones de miedo e inseguridad, desarraigo territorial y la pérdida de lazos comunitarios (Vergara, 2011a).

El Taller de Acción Comunitaria (TAC), por ello, es la organización que merece más particularmente nuestra atención, pues no solo promovió el trabajo en red de las organizaciones existentes que funcionaban de manera atomizada, sino que también gestó un cambio a nivel material y simbólico en y para el cerro, que, de alguna manera, ha combatido las problemáticas a las cuales se está enfrentando el cerro y sus habitantes. Pues después de todo, es el TAC la organización responsable de que la memoria local se rescate y se engrandezca por ello, la herencia obrera del cerro y las antiguas formas de organizarse.

La recuperación de la identidad barrial que el TAC comienza a urdir, es el detonante para acciones como la de la restauración de la Población Obrera de la Unión y el resto de las iniciativas locales que tuvieron lugar posteriormente. Pues, la recuperación de la memoria barrial ha sido clave para direccionar el proyecto de barrio que se quiere, ya que se ha vuelto una estrategia válida de resistencia y de desarrollo ante condiciones objetivas de vida desfavorable, en tanto produce una “deconstrucción de un espacio estigmatizado, para volver a resaltar aspectos históricos e identitarios” (Vergara, 2013; p. 143), fomentando a su vez, la organización barrial teniendo como base estos aspectos.

El taller de acción comunitaria (TAC) nace a partir de la ONG CECAP (Centro de Estudios, Capacitación y Asesorías Poblacional) el año 1989, en un contexto nacional de transición a la democracia, en el que la comunidad internacional apoyaba económicamente iniciativas en pos de la participación y el mejoramiento de la calidad de vida, pues el trabajo realizado por las ONG's habían ganado paulatinamente un espacio en el desarrollo y la vida cotidiana de los barrios donde se ubicaban. No obstante, transcurrieron pocos años antes de que el TAC se autonomizara de CECAP, ya que el apoyo financiero hacia las ONG's en los inicios de los años noventa, comenzó a ser canalizado a través del Estado, motivo por el cual, el año 1997, la organización comenzó a sostenerse mediante la asociatividad, el trabajo voluntario, la participación local y fondos concursables, convirtiéndose así en una organización comunitaria (Núñez, 2008).

El TAC, cuenta con una sede en Cerro Cordillera y un amplio espacio, producto de la recuperación y habilitación de una quebrada usada como basural, transformado en áreas verdes, una plaza y un anfiteatro al aire libre. Otra de las sedes con la que cuenta, es una casa donada por la comunidad del cerro Cordillera (1999), la cual posteriormente, da lugar a la Biblioteca Gutenberg (TAC, 2009).

En cuanto al trabajo que realizan voluntarios, que muchas veces son estudiantes universitarios de diversas carreras, estudiantes secundarios, técnicos y profesionales, tanto nacionales como extranjeros, se caracteriza por ser directo con las personas, aunque se centra más particularmente en jóvenes y niños del sector. Esto implica que la labor que se realiza, sea llevada a cabo tras una visión de trabajo a largo plazo, en cuanto las experiencias que viven niños y jóvenes dentro del TAC, contribuyen a cambios en sus vidas personales, así como en la dimensión familiar y en sus propios entornos, pues ellos tienen la potencialidad de convertirse en protagonistas de los cambios en sus sectores (TAC, 2009).

A la labor del TAC, se logran involucrar otros actores del barrio, tales como la Parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, juntas de vecinos, clubes deportivos, colegios y consultorio; que, conjugados, comienzan a ser el punto de partida para el desarrollo comunitario en el cerro, y que en lo concreto se ejemplifica en la rehabilitación de la población como resultado del trabajo constante (Núñez, 2008). A estos, se añan también organismos públicos, universidades, institutos profesionales, instituciones extranjeras, organizaciones de la sociedad civil y empresas privadas, sumando un total de más de 40 organizaciones trabajando en red. Por ello, y dado a la gran envergadura del proyecto del TAC, esta organización paulatinamente, se fue transformando en uno de los espacio de encuentro comunitario más importante del sector, y cada día más merecedor de reconocimiento, tanto nacional como internacional, pues se ha constituido en un modelo de intervención legitimado en el ámbito comunitario, educativo, gubernamental y académico (TAC, 2009). Además de que más de cinco mil voluntarios han pasado por el TAC y más de diez mil niños y jóvenes han sido protagonistas del proceso educativo.

Figura N°11: Niños del TAC limpiando los alrededores de la Biblioteca Gutenberg.



Fuente: Fotografía propia.

El objetivo que mueve a esta organización consiste en “promover el desarrollo integral de la comunidad, a través de la educación y/o capacitación formal e informal, sobre salud, medio ambiente, educación, mercado, cultura” (TAC, 2009), pues se cree fielmente que es a partir de cambios concretos, que se crean las bases de los valores compartidos que abogan por estilos de vida más justos, con mayor igualdad de oportunidades, más solidarios, y más democráticos (TAC, 2009)¹⁶.

¹⁶ Hablar de la función educativa del TAC, sugiere adentrarse en la educación de la liberación propuesta por Paulo Freire, pues establecen ciertas similitudes, en tanto ambas, en oposición a la educación bancaria, o si se quiere, formal e institucionalizada; se caracterizan, por la lucha de la emancipación de la población, y la horizontalidad de las relaciones humanas, ya que quienes cumplen el rol de educadores, cumplen a su vez, el rol de educando, en la medida en que ambos, tanto educador como educando, aprenden el uno del otro, y comparten experiencias (Freire, 1999).

Además, ambas, tanto el TAC, como la educación de la liberación de Freire (1999), promueven el hecho de que, el conocimiento, se dé a nivel de la acción, es decir, en la interacción del educando con el mundo, pues esto, propicia la reflexión y la crítica, y le proporciona al educando, la capacidad de crear y participar activamente, en la transformación de su realidad y de la cultura que lo configura. (Freire, 1999).

En este sentido, experiencias como el TAC, que llevan a cabo una educación emancipadora, se vuelven sumamente enriquecedoras para la población que vive una situación de precariedad y dominación, pues, no sólo buscan promover el desarrollo íntegro de éstos, sino que en cierta medida, procuran su liberación, y el abandono, por parte de la población, de la posición dominada que ocupa, demostrando que la pedagogía de la liberación, no es un mero constructo teórico, y que puede dejar de ser considerada utópica.

El TAC, busca promover “el ejercicio de la ciudadanía, a través de la acción basada en el desarrollo local, la autogestión y la responsabilidad cívica” (TAC, 2009). Las acciones que realiza durante el año, consisten en el trabajo educativo con cursos de educación básica; la atención de la biblioteca comunitaria Gutenberg que promueve el acceso a la cultura y la tecnología; las actividades de recuperación y creación de espacios públicos, que consisten en pintar murales, recolectar basura y mantener espacios tales como plazas, áreas verdes y zonas de juego; y finalmente, las escuelas de invierno y verano que involucran la realización de talleres en un periodo de una semana a 10 días, coincidentes con el periodo de vacaciones de los niños (TAC, 2009).

Todas estas actividades harán posible que la comunidad desarrolle una identidad local, mejore y recupere el entorno barrial y sus relaciones, y valore el espacio, que es en lo que en definitiva se sustenta la organización.

Así, tanto el TAC como la rehabilitación de la Población Obrera, que han permitido afianzar y crear lazos en la comunidad, y a su vez fortalecer las capacidades de gestión local, han incidido en el nuevo rostro que hoy tiene el cerro y en la biografía de todos quienes han participado de esta experiencia. Pues, los antiguos niños que asistían al TAC, fueron quienes lideraron los procesos de mejoramiento en la Población Obrera e hicieron uso del espacio que hoy ocupa la Corporación Santa Ana.

“Muchos que son amigos o conocidos les digo que si no hubiese estado el TAC quizás dónde estarían porque no se hubiesen enterado nunca de estas lógicas de hacer, entonces fue una escuela y un rescate, gente que participó en los clubes deportivos... se organizaron muchas cosas, pero muchos de ellos no siguen participando activamente, tienen todo un imaginario, un constructo hecho, una educación, una formación, pero no sé po, trabajan, no tienen tiempo, pero de repente si es que activas esos agentes comunitarios se despiertan y hay un lenguaje aprendido... y eso me llama harto la atención” (Daniel, residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC, la Biblioteca Gutenberg y la Corporación Santa Ana).

Figura N°12: Anfiteatro del Taller de Acción Comunitaria (TAC).



Fuente: Archivo fotográfico del Taller de Acción Comunitaria (TAC).

A propósito de lo anterior, otras iniciativas culturales más recientes pero que destacan en el sector son, el Roto Porteño y la Corporación Santa Ana. El antiguo Espacio Santa Ana, y actualmente Corporación Santa Ana, tiene lugar en la que era la Capilla Santa Ana. Esta Capilla data del año 1886, y se construyó con el objetivo de colaborar con las labores eclesiásticas de la Iglesia La Matriz. No obstante el año 1960 cerró y desde ese entonces, sólo funcionó el edificio contiguo, que funcionó como Escuela de Sordos, Retén de Carabineros y hasta el 2012 como el Hogar de Niñas “María Goretti”. Con el paso de los años, este lugar abandonado se comenzó a deteriorar y por ello la comunidad del cerro Cordillera, guiada nuevamente por los gestores del proyecto de rehabilitación de la Población Obrera, ideó un plan para restaurar el espacio en beneficio de ésta, pidiendo ayuda a profesionales, técnicos y privados.

“Después que restauramos la población el 2008, el 10 de julio. Ese mismo año conseguimos un comodato, en septiembre de ese año, el párroco, el Andrés y yo. Porque dijimos, “bueno terminamos la pobla, ¿qué hacemos?...nos vamos a la capilla”. Y la capilla nosotros la arrendábamos como bodega pa, pa para los materiales que se estaban utilizando para la restauración de la pobla, y una vez que ya estaba lista la restauración de la población obrera, nosotros pensamos, y estuvimos mirando, “y qué hacemos ahora, en qué estamos...vamos al Santa Ana”. Se dio la opción...y, ehh, logre hablar con el párroco, con varias personas y logramos juntarnos un grupo y

de ahí hablar al obispado. Y en el obispado nos creen y nos dicen “ya, ok, le damos la capilla a comodato por 40 años”...a nosotros, o sea, que ninguno viene de una familia aristocrática o que tiene lucas, sino que creen en el proceso, bueno y en la población obrera, que era “la restauración” que tenía Valparaíso, y de la forma como se genera, que nace de la... no de una política pública, no del Estado, sino de la misma comunidad articulada que logra eso. Trajimos fondos hasta de afuera, 105.000 euros, como 76 millones para inyectarle al edificio. Nos bajamos fondos de distintos lados, estábamos a caballo, así... a trote. Y me acuerdo que estaba firmando un comodato del traspaso de la capilla en septiembre de ese año, hasta que la abrimos el año 2009” (...) “de ahí hasta ahora. Pero claro...empezamos 3 personas” (Cristian, residente y dirigente de la Población obrera, y voluntario del TAC Y Corporación Santa Ana).

Así, el cerro cordillera vio surgir nuevamente otra organización comunitaria, que por años ha agrupado a los vecinos en torno a fiestas, peñas, seminarios, almuerzos y muchas otras actividades de diversa índoles, pues incluso en el lugar llegó a funcionar “La madriguera”, una guardería autogestionada y comunitaria.

Hoy en día, la actual corporación, se encuentra en un receso, pues viene ahora la restauración de la infraestructura y un proceso de replanteamiento del trabajo que ha venido realizando, aunque siguen en funcionamiento y organización, sobre todo apoyando otras iniciativas que se encuentran activas en el cerro. Su trabajo se fundamenta en la autogestión, en lo comunitario y en lo popular, aunque uno de sus principales fundadores expone:

“Estamos en búsqueda de la visión del Santa Ana, es una mezcla de varias cosas, porque hay distintas necesidades que cubrir, pero apunta a articularse con el territorio principalmente. Y no un Santa Ana que se coma al territorio sino que el territorio utilice Santa Ana como una plataforma. Que Santa Ana no sea un actor más, sino que un ente de apoyo” (Cristian, residente y dirigente de la Población obrera, y voluntario del TAC Y Corporación Santa Ana).

Figura N°13: Corporación Santa Ana



Fuente: Fotografía propia.

Respecto al roto porteño, podemos decir que su aparición es más reciente, pues lleva en funcionamiento aproximadamente 2 años. Esta organización nace producto de la agrupación de distintas organizaciones del cerro, con el afán de recuperar el Auditorium Guillermo Bravo y reunir anualmente a los vecinos a través de la Fiesta del Roto Porteño, y el Carnaval de la Primavera, que antiguamente lo organizaban los clubes deportivos del sector.

“El Roto Porteño surge de una organización con juntas de vecinos y organizaciones de distintos lados...ahí está... hay un montón de gente, está el representante de 3 juntas de vecinos, de la escuela, que está la señora Inés, la señora Cata que es de la 104, de la 107-8, que está el Seba que es de la escuela, hay gente de las dos escuelas del cerro, dos de las que quedan (...) acciones que son un poco revivir la fiesta o esos puntos, esos lugares de encuentro del cerro y trabajar en redes, yo creo que tiene que ver con eso, revivir lugares de encuentro del cerro que tienen que ver con la fiesta, con el carnaval, reconocerse y utilizar los espacios comunes y esa misma fiesta y encuentro, utilizarla para poder recuperar un espacio en particular que es la cancha (...)tienen una asamblea, se juntan y van rotando los lados, por ejemplo hay gente que es de la Gutenberg, gente del TAC, de casi todas las organizaciones están participando en el cerro” (Daniel, residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC, la Biblioteca Gutenberg y la Corporación Santa Ana).

Figura N°14: Carnaval de la Primavera.



Fuente: Archivo fotográfico de la Agrupación Roto Porteño.

Ninguna de las organizaciones existentes puede entenderse sin la otra, ni tampoco se podrían estudiar los imaginarios urbanos que se tienen acerca del barrio si no se consideraran cómo se han ido gestando estos espacios de interacción y reapropiación territorial. Ya que el espacio público y más específicamente, el espacio comunitario, contribuye a proporcionar a los individuos oportunidades de intercambio, lugares de recreación y permiten el desarrollo, acondicionamiento y percepción del ambiente, por ello su importancia en el barrio. Las organizaciones representan un pulso importante del cotidiano y del quehacer del barrio, y son fundamentales para la vida comunitaria y organizativa del cerro.

Todo lo anterior deviene relevante, pues el contexto de la ciudad, la historia de Cordillera, y las organizaciones que tienen lugar en el barrio de Cordillera Central, dan forma a los imaginarios urbanos que se entretajan del lugar en la actualidad. La población obrera, en este sentido, resulta esencial, en tanto símbolo cordillerano en el que colindan dos imaginarios dominantes, pues por un lado, simboliza un creciente nivel de participación y de apropiación por parte de la comunidad para con su espacio, y por otro, simboliza la imagen degenerada de los conventillos y de los sectores pobres, en los que predomina la delincuencia y el consumo y venta de drogas según la opinión pública.

Al primer imaginario lo hemos denominado imaginario de la resistencia. Este por su parte, se encuentra muy bien representado por la organización y las iniciativas comunitarias mediante el trabajo a pulso de la comunidad y de actores barriales, que ven en ellas, posibilidades de reconfigurar las representaciones sociales, en cuanto permiten la des-estigmatización, cohesión y apropiación territorial.

El segundo, lo denominamos imaginario de la (in)seguridad, pues Cordillera, se perfila como un lugar inseguro y sus habitantes lo han reafirmado con su actuar. Muestras de esto es el poco contacto en el cotidiano que tienen algunos habitantes, las casas y menestras enrejadas, y básicamente el miedo al otro, justificado por la delincuencia y el consumo de drogas al interior del cerro, en quebradas y sitios eriazos.

En la conformación de estos dos imaginarios dominantes, tanto el estigma, como las organizaciones comunitarias al interior del barrio, han tenido incidencia, reflejada no tan solo en las relaciones sociales, sino que también en las prácticas, creencias y valores de los habitantes. Pues a medida que algunos han resistido al estigma, queriendo visibilizar características positivas de Cordillera, mediante el empoderamiento; se hizo manifiesto el desinterés y la intromisión en la vida privada de ciertas personas, que validaron y resignificaron el estigma, pues aunque para algunos tenga una connotación negativa, para otros, es sinónimo de valía social, pues que Cordillera sea considerado un lugar inseguro, “cuna de choros”, o un lugar “donde mueren los valientes”, es motivo de orgullo, suscitador de identidad, y por ello, es respetado, tanto el cerro como éste atributo.

Comprender el contexto que sumerge a los habitantes del Cordillera, y su historia, sin lugar a dudas, logrará darnos luces acerca de cómo se han perfilado estos imaginarios preponderantes en el barrio, y también las prácticas y usos del espacio que ellos conllevan.

VI.II. De la marginación a la emancipación: La resistencia como sistema de percepción y acción de los habitantes del Barrio de Cordillera Central

Habiendo hablado ya del contexto de la ciudad, la historia de Cordillera, y las organizaciones que tienen lugar en el barrio de Cordillera Central, es pertinente hablar ahora de los imaginarios urbanos que se aglutinan en el lugar.

Para ello, es necesario retomar la presencia de la Población Obrera como símbolo cordillerano, y la aparición del TAC en el cerro. Pues, la primera, es una representación de la emancipación y la resistencia de personas trabajadoras y pobres ante situaciones desfavorables, y -posterior a la rehabilitación-, simbolización de una reactivación social y reapropiación territorial por parte de la comunidad para con su espacio.

Y la segunda, porque el Taller de Acción Comunitaria (TAC), en consecuencia de un trabajo sostenido, que significó transformaciones simbólicas a nivel de las subjetividades de los habitantes de Cordillera, posibilitó la defensa de valores y prácticas que desencadenaron la conquista y el reacondicionamiento de espacios al interior del cerro, y que influyeron en las formas en que los habitantes del cerro Cordillera se representan a sí mismos, y a su entorno; y también en la forma en que los demás los perciben a ellos y al lugar que éstos habitan.

El trabajo constante y participativo llevado a cabo por el TAC y sus voluntarios, dio paso a la elaboración de objetivos comunes, a la reactivación de relaciones sociales erosionadas, y a la confianza y credibilidad para con las organizaciones sociales, actores barriales y proyectos comunes, pues pese a la existencia previa de juntas de vecinos, centro de salud, comité de viviendas, centros juveniles, clubes deportivos, centros de madres; y a la precedente época en la que prosperaban mutuales, mancomunales y sindicatos en el cerro; no fue hasta la llegada del TAC que se reactivaron las prácticas comunitarias como tal, y los proyectos a nivel de la comunidad, ya que, como lo reconocen los propios habitantes, la dictadura en el cerro detonó el temor, la baja participación y la despolitización, y en consecuencia, provocó la expoliación de los dispositivos ideológicos que le dieron vida a las organizaciones, por lo que la mayoría se

desvanecieron o perdieron su importancia a nivel barrial. Por otro lado, un impacto no menor, tuvo la modernización del puerto, pues el cerro, que estaba estrechamente vinculado a las labores de éste, comenzó a palpar la marginación y la decadencia con más fuerza a partir de esto.

VI.II.I. La resistencia como imaginario urbano de los habitantes del barrio de Cordillera Central

El residente de Cordillera, como ya se mencionó, ocupa una posición dominada respecto al orden social de Valparaíso, en tanto grupo socio-ocupacional que posee posiciones subalternas en el mundo del trabajo, estigmatizado y marginado. Dicha marginación, ha devenido en abandono, y en deterioro estructural del lugar que habitan los cordilleros. No obstante, tal condición, mediante la intervención del Taller de Acción Comunitaria (TAC), incitó organización y resistencia. Organización y resistencia que se percibe en el habitar del cerro, pero que también tiene lugar de residencia en el imaginario de los habitantes de Cordillera.

Adentrándonos en términos conceptuales, la resistencia implica oposición, la no conformidad y aceptación del actual estado de cosas, referidas a cuestiones tanto materiales como simbólicas (Giraldo, 2006).

Tal acto de oposición, se encuentra vinculado a los sectores desfavorecidos, que en medio de relaciones de poder asimétricas, buscan oportunidades para generar un cambio y desarrollar estrategias de reproducción social (Giraldo, 2006). Por ello, la resistencia, a través de la disidencia ideológica, renegocia discretamente las relaciones de poder que se dan entre opresores y oprimidos, con el propósito de superponer un sistema normativo que abogue por la identidad y la dignidad de los dominados (Scott, 2000). Pues, la resistencia coexiste con el poder, es decir, cuando hay poder, generalmente hay resistencia; y ésta, lejos de ser reactiva o negativa, es un proceso de creación y transformación, que existe en acto a modo de lucha o guerra, en cuanto busca rehuir del poder ejercido que se extiende sobre las prácticas de los agentes dominados (Giraldo, 2006).

Respecto a lo anterior, cabe mencionar que, en torno a quienes habitan Valparaíso y sus cerros, se han esbozado múltiples representaciones, que cualifican el lugar y a las personas que allí viven (Vergara, Ponce, y Valenzuela, 2016a). En este sentido, el imaginario que prima, es el de la resistencia, en cuanto a las limitantes topográficas a las que se deben enfrentar las familias en su dinámica de asentamiento en los cerros, y a las carencias que presentan, y que los obligan a asumir estrategias de subsistencia para combatir la realidad que se les presenta adversa. Pues, es claro que Valparaíso ha sido protagonista de un proceso de decadencia, favorecido por la desinversión y deterioro de la ciudad, por lo que la permanencia en Valparaíso en sí misma, se ha vuelto una práctica de resistencia para aquellos más desfavorecidos (Vergara, Ponce, y Valenzuela, 2016a).

Lo anterior tiene importancia mencionarlo porque, el imaginario que entraña Valparaíso, cobra relevancia para comprender los sistemas de referencias de las personas que habitan cerros de Valparaíso y les atribuyen a éstos, dimensiones que posee la ciudad -tal como el sustrato de la resistencia-.

Pero, más allá de la resistencia hereda por el contexto de Valparaíso, la resistencia del Cerro Cordillera, y específicamente del barrio de Cordillera Central, tiene su propio origen, pues su hito fundante fue la llegada del Taller de Acción Comunitaria (TAC), en una temporalidad y contexto particular del cerro.

La llegada de la ONG CECAP (Centro de Estudios, Capacitación y Asesorías Poblacional) en el año 1989, luego llamada Taller de Acción Comunitaria al alcanzar el título de organización comunitaria, estuvo acompañada de la llegada de actores externos al cerro. Estos, todos profesionales, y por ello con una posición social específica que favorece la puesta en práctica de estrategias de cambio al interior de un barrio marginal, y en consecuencia, la capacidad de injerencia, cumplieron el papel de “puentes sociales” y agentes culturales¹⁷. Ya que

¹⁷ La ONG CECAP, con sus respectivos participantes, conforman un grupo de profesionales y tecnócratas sin fines de lucro, que se vinculan al cerro Cordillera, en tanto cerro vulnerable y marginado, con el propósito de otorgarle apoyo material y espacios organizacionales a sus habitantes, para luego, ligarlos a la institucionalidad, ya sea ésta, pública o internacional, pues dado al clima social de Cordillera y su estructura de oportunidades, las estrategias de subsistencia muchas veces no logran transformarse por sí solas en recursos movilizables (Kaztman, 1999).

su rol consistió en darle voz a un discurso reformulado por parte de los habitantes del cerro Cordillera, para encauzar sus anhelos.

Tras años de trabajo, y con la generación de confianzas al interior del barrio, los profesionales, unos más comprometidos que otros, se volvieron algo así como representantes o portadores de un espacio que permanecía oculto en el contexto global de la ciudad. Oculto, no porque este no pueda ser expresado públicamente, sino porque este paisaje y las prácticas que se llevan a cabo en él, son excluidos de la imagen oficial de la ciudad de Valparaíso, pese a que éstos no entran en conflicto con la representación dominante de la ciudad.

De esta manera, las prácticas que se llevan cabo al interior del cerro, son articuladas, manifestadas y diseminadas dentro de los marcos del barrio, transcurriendo de manera relativamente ajena a la mirada de las elites, conformando así un imaginario social muy marcado por la oposición "nosotros" contra "ellos" (Scott, 2000), dado por una supuesta homogeneidad de las condiciones en la que viven los Cordilleranos del barrio de Cordillera Central, y la dependencia mutua entre ellos.

Por lo anterior, y por pequeños triunfos de la organización, más personas fueron impregnándose con estas maneras de hacer, favoreciendo muchos cambios en términos espaciales, materiales y simbólicos al interior del cerro. Por una parte, adultos comenzaron a contagiarse y a cooperar con el TAC para generar un cambio, y por otro, con el inicio de las escuelas de invierno y de verano realizadas para los niños, comenzaron a formarse nuevos actores, esta vez más jóvenes, para continuar con lo que se había comenzado. Así, los habitantes del Cordillera fueron modelando los lugares, a la vez que se vieron transformados por ellos; y la capacidad organizativa y la resistencia que antiguamente caracterizó a las mutuales, sindicatos y mancomunales que se localizaron en el cerro, se volvieron a reactivar. Pero esta vez se le atribuyó a otro tipo de organizaciones, las cuales reactivaron dispositivos ideológicos instituidos, mediante la movilización de una identidad para los Cordilleranos, definida por su historia local y su herencia obrera.

Por ello, cuando se trata de cualificar al cerro Cordillera, y más específicamente al Barrio de Cordillera Central, sus habitantes hacen alusión de inmediato a su impronta obrera, a su carácter organizativo y comunitario, a su tipología popular y a la humildad de quienes habitan allí. Estas imágenes y relatos, derivan sin duda de imaginarios urbanos (Claval, 2012), que si bien provienen de acervos sociales interiorizados, que ha transmitido el TAC tras 27 años de existencia en el cerro, se ven influidos también por la experiencia de cada individuo. Hecho que explica que las interpretaciones y las prácticas de cada quien difieran entre sí. Pues como luego mencionaremos, el imaginario de la resistencia es uno de los imaginarios dominantes, pero no el único.

El imaginario de la resistencia que tiene lugar en Cordillera, hace presente una fuerte historicidad, además de aspiraciones, maneras de pensar y de sentir (Márquez, 2007), que van urdiendo una identidad barrial, y detona en acciones como la restauración de la Población Obrera de la Unión y de la capilla Santa Ana, y en el resto de las iniciativas locales que tuvieron lugar posteriormente. Ya que la resistencia, se ha vuelto una estrategia válida de desarrollo ante condiciones objetivas de vida desfavorable. Por eso, las organizaciones para los habitantes de Cordillera, y más particularmente para quienes trabajan en ellas, las consideran una responsabilidad y una especie de tradición que debían mantener, en tanto las consideran inherente a la idiosincrasia Cordillerana.

Este discurso se evidencia antes declaraciones tales como:

“El Cordillera, tiene yo creo esa... gran responsabilidad y mochila de que uno por historia sabe que es organizado el Cerro, entonces no podí’ dejar de hacerlo poh”. (Ronald, residente del Cerro Cordillera y voluntario de la Corporación Santa Ana).

“Aquí siempre hemos sido un cerro bien organizado”. (Inés, residente del cerro Cordillera, Presidenta de junta de vecinos 108, voluntaria del TAC, de la Corporación Santa Ana y el Roto Porteño).

“La solución siempre ha sido la manera en que se ha dado históricamente en la ciudad de Valparaíso, y en Cordillera. Nosotros somos... nosotros somos herederos de nuestros antecesores, Cordillera siempre ha sido un cerro organizado, siempre ha habido comunidad organizada, agrupaciones, etc.”. (Cristian, residente y dirigente de la Población obrera, y voluntario del TAC Y Corporación Santa Ana).

“Siempre he pensado que es el Cerro más organizado. Igual conozco muchas más experiencias, he vivido en varios cerros de Valparaíso y ninguno es tan organizado como éste”. (Gabriel, residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC y la Biblioteca Gutenberg).

Este tipo de aseveraciones, que forman parte del imaginario, se difunden en los discursos de los habitantes de Cordillera y en los de las organizaciones -de manera inconsciente o no-, de tal manera que se conforman en una estrategia de construcción simbólica, mediante la cual se unifica a los habitantes del Cordillera y por ello, se consolida una identidad colectiva (Thompson, 2002). Esta simbolización de unidad además, en el discurso, se entreteje con un proceso de narrativización, en la medida en que los símbolos de unidad conforman una narración que cuenta una historia común y proyecta un destino colectivo; y también con un proceso de naturalización y eternización, en cuanto los relatos implicados, carecen de una temporalidad, pues los procesos se retratan como sucesos de tipo natural, es decir, se les niega su carácter social e histórico, como si fuese resultado inevitable de características naturales, y como si los fenómenos socio-históricos fueran permanentes, invariables y recurrentes (Thompson, 2002).

Así, el TAC, que es el detonante de estos procesos de identidad barrial y del imaginario de la resistencia, consolida construcciones simbólicas en base a mitologías, aunque con una base real, pues la existencia de mutuales y sindicatos, que debían su existencia a la organización y la resistencia, tuvieron lugar en el cerro, pero se sabe solo por el relato oral, por lo que es un relato mítico que el TAC ha hecho redescubrir, y con el cual los habitantes actualmente se identifican, pues la capacidad imaginativa se puede retroalimentar de experiencias distantes en el tiempo (Lindón, 2012), y más cuando estos relatos se han aunado a imágenes, ideas y acciones de distintas índoles (Baczko, 1991), que hacen interpretar la realidad de otro modo, instituyendo de esta forma, valores y conductas, y en consecuencia, imaginarios.

En este sentido, la memoria tanto para la consolidación de la identidad barrial, como para los imaginarios urbanos que proceden del lugar en donde se vive, son de vital importancia, pues con ella hacemos alusión a una memoria colectiva, referente a procesos históricos vividos al interior del cerro; y a una memoria más bien individual, relacionada a la biografía de cada persona y a su experiencia personal relacionada al barrio como lugar antropológico; que

entremezcladas difuminan la certeza y la ilusión, y a menudo termina por engrandecer y transformar el acontecer dado a la preminencia de una memoria simbólica más que una literal, que ilustra siempre el deseo, la nostalgia o lo que carecemos (Márquez, 2007).

Por eso, al operar la memoria tanto colectiva como individual, los entrevistados hicieron alusión a los carnavales, al judas, a la historia del cerro, en tanto cerro fundacional habitado por trabajadores de imprenta y de la faena portuaria; a la recuperación de la quebrada, a partidos de fútbol jugados en el auditorium, al tiempo en que existían gran cantidad de clubes deportivos, etc., todo con bastante nostalgia.

Pero no basta sólo con estrategias de construcción simbólica para unificar a los habitantes de Cordillera y ambicionar un futuro común en base a la resistencia. El imaginario que subyace del TAC, para perpetuarse en el tiempo, debió tener bases sólidas, una red de imágenes y percepciones, y hechos a los cuales resistirse.

Estos, se relacionan principalmente con la inconformidad que tienen ciertos actores (precursores del TAC) frente al estigma socio-territorial posicionado sobre el Cerro Cordillera, que a lo largo del tiempo ha puesto en cuestionamiento la legitimidad del barrio y la identidad barrial; en cuanto los actores barriales, establecieron como prioritario darle una valoración positiva al barrio y a sus habitantes mediante estrategias específicas que van en ruptura con el estigma; imaginando que de esta manera, sería posible una nivelación de las jerarquías, y poner en valor la solidaridad, la honestidad y la sencillez; y a su vez, conquistar más libertades simbólicas y encontrar la dignidad para el grupo. Porque, los residentes de Cordillera, al compartir experiencias similares de dominación, se encontraban ante la necesidad de crear estrategias para enfrentar sus condiciones de vida, y con ello, un discurso de la dignidad, de la negación y de la justicia (Scott, 2000). Por eso precisamente es que se fueron sumando al proyecto, que de haber partido del deseo de unos pocos, se transformó en un proyecto de la comunidad, pues la organización comunitaria llenaba espacios que las instituciones del Estado y las organizaciones funcionales del cerro no cubrían, por lo que el valor del trabajo comunitario se fortaleció cada vez más.

En este sentido, la resistencia puede considerarse como una estrategia de reclamación de orgullo, de prestigio, y de reconocimiento, o dicho en palabras de Bourdieu, una lucha por acumular capital simbólico positivo, pues el capital simbólico negativo que se le atribuye a los habitantes de Cordillera, priva a los residentes de aquello que más anhelan: consideración y una razón de ser, que les permitan orientarse hacia fines y sentirse dotados, tanto objetiva como subjetivamente, de una misión social (Fernández, 2013).

“Yo creo que la lucha del cerro es por un lado la estigmatización que tiene, por otro lado la lucha por la visibilidad política por parte de las autoridades y que finalmente no se hagan los locos, porque hay un movimiento que se está tomando y que... que... va en suma, o sea hoy en día veí participando gente de distintos países, de distintos lugares y gente del cerro que también ha optado por profesionalizarse a propósito de las mismas acciones, como ser trabajador social para poder aportar desde las distintas profesiones al cerro, entonces como que hay compromiso por avanzar” (Isamar, Voluntaria del TAC).

Los habitantes de Cordillera, que operan en base al imaginario de la resistencia, se resisten entonces, esencialmente a su degradación simbólica en la vida cotidiana y en el discurso público. De esta manera, la resistencia que oponen, implica de alguna manera, contrariar la estructura social global, en tanto se establece una lucha de poderes simbólicos, mediante la cual los habitantes del cerro Cordillera determinan salir de su posición de dominados, estigmatizados y ocultados; pero a su vez, implica también, una a nivel local, pues reniega las formas de hacer instauradas antes de la llegada del TAC, que propiciaban climas sociales negativos tales como la drogadicción, la delincuencia, la acumulación de basura, la desarticulación del tejido social, el deterioro de la infraestructura urbana, baja motivación para movilizar recursos y ascender socialmente, modelos de rol negativos, prácticas individualistas, abandono de los espacios públicos, desapego a las organizaciones e intromisión a la vida privada, producto de la despolitización. Pues como mencionan ciertos habitantes, tras la dictadura, quedaron insatisfechas necesidades que cubrían ciertas organizaciones que se desdibujaron en el cerro, aflojando así todo tejido social al interior de grupos sociales y del barrio.

“La participación política está bajísima en cuanto a militancia, todo eso, esta baja. Las organizaciones gremiales, sindicales también son bajas. Entonces se ha ido perdiendo, bueno... la historia nos ha ido demostrando varias cosas, tuvimos un periodo muy oscuro en nuestra historia, la

dictadura nos hizo harto, harto daño, en cuanto a la participación social (...) y tiene que ver con el modelo neoliberal, la economía de mercado que hace individualizarte, no sociabilizar (...) yo diría que 17 años o 20 años no dejan de hacer "mella" en una sociedad. Claro, ya ha pasado bastante tiempo ya, pero nos quedó, creo que nos doblaron la mano en el individualismo, nos doblaron la mano... y es lamentable porque todo el mundo, con cualquier persona que conversas aquí dice que estamos como tan separados, como que añoran... y esto es transversal, añoran el hecho de tener alguna pertenencia y colaborar y de juntarse. (Juan, residente del cerro Cordillera, Presidente de junta de vecinos número 105 de Cordillera Central, y participante de la agrupación Roto Porteño).

En este sentido, la resistencia, puede ser considerada como muestra de honor, pues es un atributo identitario que se muestran orgullosos de portar los cordilleros, en la medida en que hay empoderamiento, y en que comienzan a consolidar hitos para la ciudad de Valparaíso, que se oponen a la pasividad y la dependencia para con el Estado.

Lo anterior, se ha llevado a cabo mediante estrategias definidas para trabajar en pos del reconocimiento positivo del sector; y por tanto, se ha hecho en torno a una imagen del cerro, que por más de 20 años, ha funcionado como la lógica del cambio y como motor de la recuperación del barrio. Pues, cuando hablamos de la imagen del cerro, o de cómo el imaginario de la resistencia cualifica al cerro, podemos decir, rescatando lo ya dicho, que el cerro y más particularmente el Barrio de Cordillera Central, es representado como uno de los lugares más organizados y con mayor presencia de organizaciones activas en Valparaíso; además de un lugar obrero, popular, vigoroso y activo; de gente buena, unida, proactiva, humilde y alegre; también fiestera, y solidaria, aguerrida, de mucho esfuerzo y trabajo, participativa, y resistente ante situaciones adversas que se le presentan. Resistente ante el estigma y a la decadencia del puerto, resistente ante el individualismo, y por ello, de cierto modo, resistente a la modernidad, en tanto se propician las reminiscencias del antiguo barrio, con relaciones densas, sentimiento de comunidad, apoyo mutuo y amplios espacios públicos y de sociabilidad.

El barrio, entonces, en torno al imaginario, se forja como una suerte de sujeto colectivo, y no como un simple conjunto de individuos, que dota a sus habitantes de capacidad para movilizar a sus miembros, expresar exigencias y actuar (Wacquant, 2013).

“Nosotros acá somos como familia, todos nos conocemos y... los que no nos conocemos bueno, nos saludamos, nos sonreímos, nos miramos... que eso se ha perdido también... de mirarse a los

ojos... o nos damos un abrazo, pero... es un cerro muy unido... sí, cuando pasa algo estamos todos ahí... somos como te digo una familia” (Inés, residente del cerro Cordillera, Presidenta de junta de vecinos 108, voluntaria del TAC, de la Corporación Santa Ana y el Roto Porteño).

A esta imagen de Cordillera se le acoplan además, la presencia constante de las organizaciones, al convocar y desarrollar actividades; y el cotidiano encuentro e ir y venir de los vecinos, que se conocen y conversan en esquinas, veredas, negocios y escaleras, pues quienes habitan el barrio de Cordillera Central, hacen suyo el espacio, sentándose en las veredas, y escaleras, teniendo las puertas de sus casas abiertas, jugando en las calles y caminando incluso, en medio de éstas. Todas estas imágenes que nos propician el lugar y sus habitantes, conforman parte del imaginario del barrio, y por ello también, se enmarcan dentro de disposiciones de acción, que se relacionan al vivir el barrio, al recuperar espacios, a vincularse, ayudar al de al lado, cooperar, organizarse y actuar ante situaciones que atenten contra la vida de barrio. Disposiciones a actuar que van desde relacionarse con el vecino y planificar actividades, hasta reacondicionar espacios y apagar incendios cuando la casa de algún vecino se incendia.

“En cordillera igual po, se han quemado casas en cordillera y al tiro han salido así la misma gente.. despúes, actividades y weas pa recuperar la casa... cuando se le quemó la casa al mono los locos al tiro así, se pusieron al toque, actividad en la cancha y todo, y eso es bonito del barrio po” (Diego, residente del Cerro Cordillera).

El imaginario de la resistencia, nos remite entonces, a relaciones, percepciones, creencias, prácticas y a tópicos visuales, tales como murales concientizadores, la Población Obrera, la Corporación Santa Ana, el TAC, la plaza Gabriel Correa, la Biblioteca Gutenberg y el ascensor San Agustín, pues todos, tienen implícita una estrategia común, además de emociones y significados infundidos por la resistencia, que por ello, forman parte de los paisajes identitarios de los residentes del Barrio de Cordillera Central.

Figura N° 15: Mural del TAC y de paisajes identitarios del cerro.



Fuente: Fotografía propia. **Nota.** Ubicado en calle Balmes, Cerro Cordillera.

Estos lugares que los residentes de Cordillera significan como paisajes identitarios, junto con sus maneras de pensar y sentir el espacio, forman parte de la compilación de percepciones y acciones comunes que cualifican al habitante del cerro como resistente. Pues, los valores, símbolos e imaginarios se objetivan en la materialidad misma de la ciudad y también en el sentir de las personas (Lindón, 2012), en tanto ella da cuenta de maneras de hacer desde la autogestión, la organización y la construcción de espacios.

Al hablar de paisajes identitarios, hacemos inevitablemente alusión a una localización, ya que los habitantes del barrio despliegan su repertorio de percepciones y acciones sobre ciertos lugares del cerro que tienen sentido para ellos. Los límites establecidos por esta localización, corresponden a los del circuito de las organizaciones, que si bien representan límites tangenciales, son más bien simbólicos, pues se instituyen en función del habitar de los agentes, y desde los lugares en donde estos se sienten empoderados, vinculados e identificados. Por ello es que los recorridos al interior del cerro que efectúan, responden a este mismo perímetro, al de Cordillera Central, que comprende para ellos, Camino Cintura y un par de cuadras hacia arriba y hacia abajo de éste.

Así, quienes habitan el barrio de Cordillera Central, mediante la identidad barrial que han logrado desarrollar, instituyen diferencias para los que consideran distintos sectores del cerro, estableciendo que existe un Cordillera bajo, uno medio y uno alto, y que lugares como Chaparro alto y las Brisas, a diferencia del Cordillera Central o medio, son peligrosos y más pobres.

Aunque, el barrio de Cordillera Central no es representado como un lugar idílico para todos, pero sí es un lugar que les gusta a sus habitantes, tanto así que muchos declaran que no le cambiarían nada a éste. “Es un cerro bien equipado”, “el barrio de cordillera central es un sector con buena conectividad”, “es el corazón del cerro”, dicen sus habitantes, pues hay un constante movimiento entre las calles, los negocios y los espacios de encuentro y sociabilidad, dado por cierta articulación u organización orgánica de las calles, escaleras y caminos.

“Es un cerro bastante bien conectado, con la parte alta de Valparaíso, con los cerros vecinos, con el plan, hay locomoción, tiene un retén de carabineros, tiene un consultorio, tiene negocios, tiene dos colegios, jardines públicos, privados, o sea es un cerro equipado...” (Cristian, residente y dirigente de la Población obrera, y voluntario del TAC Y Corporación Santa Ana).

“Aquí día y noche, hay un flujo de gente y sobre todo en este sector. Parece como que confluyen... entonces eso lo hace ser un cerro acompañado, con vida, no cierto? vivo, no muerto, digamos. Ésa yo diría que es una de las características del cerro Cordillera(...)como te digo, confluye mayormente la gente por ser más central; es más, diría yo, más bullicioso y más acompañado y más vivo a lo mejor que otras partes (...)tiene esa cosa bullente como esta parte del Cordillera central... y también, aparte, se reúnen, se localizan, más organizaciones comunitarias por el hecho de estar más central, porque tenemos cerquita el TAC por ejemplo, la misma corporación Santa Ana, hay centros de madres, clubes deportivos... O sea, no dejando de existir en otros sectores, pero aquí es donde se localizan diría yo... más organizaciones” (Juan, residente del cerro Cordillera, Presidente de junta de vecinos número 105 de Cordillera Central, y participante de la agrupación Roto Porteño).

“Cordillera Central es el centro de lo que sería la actividad popular, poblacional. Incluso un poco más arriba está la Comisaría, la Cruz Roja está también por ahí cerca, están los negocios, entonces están las botillerías...tenemos un centro comunitario, una iglesia importante, una población obrera histórica de Valparaíso...Ahora con el espacio Santa Ana que se ha abierto otro tipo de manifestación, otro tipo de actividades, la cosa también fue creciendo, por lo tanto, es un sector de Cordillera, muy...muy prendido” (Marcelo, voluntario del TAC).

La valoración por el barrio, se vincula a una fuerte identidad barrial y arraigo territorial, que están dados no solo por las estrechas relaciones, la presencia de locales comerciales y la buena conectividad que tiene el cerro con el plan de la ciudad. La valoración por el barrio, que conforma parte del imaginario de la resistencia, se puede apreciar tanto en los discursos de quienes suscitan que todos los habitantes del barrio se conocen, y que la gran mayoría vive hace mucho tiempo en el lugar; como también en los datos que manejamos, pues a partir de las entrevistas de quienes residen en Cordillera, podemos constatar que, la mayoría es gente que ha

nacido y crecido en el Cerro, siguiendo una especie de tradición heredada por padres e incluso abuelos¹⁸.

“Es un cerro que yo quiero mucho, por qué por algo sigo viviendo acá. Me gusta su gente, además, cuando uno ya ha vivido toda su vida, ya sus conocidos, sus amistades, todos, las tienes acá. Incluso mi familia, gran parte de mi familia, hermanos...viven cercano (...)mi padre vivió toda la vida acá y mi madre igual, vivieron acá siempre, pero en otro lado, no en esta misma casa, pero eran también del cerro, tanto él como ella, entonces se quedaron aquí po, se quedaron todos y desarrollamos la vida...” (Juan, residente del cerro Cordillera, Presidente de junta de vecinos número 105 de Cordillera Central, y participante de la agrupación Roto Porteño).

“Todo me gusta de cordillera... no si yo amo mi cerro po, es que me crié ahí y siempre cuando vivía en Puerto Montt: ¿de dónde soi vo?, “de Cordillera”, y siempre orgulloso. De repente me webeaban “ah, Cordillera entero malo”, no importa sea malo, sea flaute, toda la weá, pero es mi Cordillera po, lo quiero caleta y está mi gente” (Diego, residente del Cerro Cordillera).

Por otra parte, existen quienes han llegado al cerro hace menos tiempo, por lo accesible de los arriendos o por la presencia de las organizaciones. No obstante, sin importar el tiempo de residencia, podemos apreciar un factor común entre los residentes: el arraigo y cariño por el barrio, y el orgullo de pertenecer a Cordillera, que se demuestran en la persistencia por no querer dejar el cerro; a diferencia de quienes habitan el cerro pero que no viven allí, pues si bien hay un vínculo y un aprecio hacia el barrio, no hay identidad ni pertenencia, a la vez que se experimentan sentimientos relacionado a la inseguridad, reproduciendo el estigma en cuestión y reconociendo condiciones sociales negativas que los residentes más antiguos se niegan, conscientes o no, para no desprestigiar al barrio. Pues sus residentes, han desnaturalizado el estigma que se posicionaba sobre el barrio, pero esto no ha pasado para quienes viven fuera de él.

Por todo lo anterior, cabe mencionar que la manera en que el barrio es vivido, percibido y practicado, se da de manera diferenciada para quienes residen en el lugar, y para quienes lo visitan, pues la experiencia barrial se da en tanto habitamos y penetramos el acontecer de la vida cotidiana de un barrio.

¹⁸ El arraigo territorial se encuentra estrechamente vinculado a la extensión de la familia, pues cuando las familias van creciendo, muchas veces se van quedando en el mismo terreno, hasta que amplían la casa o hacen nuevas construcciones en el mismo terreno para el resto de los integrantes. Sin embargo, también existe el caso de quienes, al crecer, arriendan o compran otra casa pero dentro del cerro. Eso dependerá de la situación económica de cada familia.

A partir de lo anterior, nos atrevemos a decir entonces, que el arraigo territorial muchas veces viene dado por la familia, convirtiéndose así, en un arraigo que se da a nivel intergeneracional.

Respecto a esto, la identidad barrial referente al imaginario de la resistencia, evoca modos de actuar vinculados al recelo y a la desconfianza, que se imponen ante personas desconocidas para los residentes del barrio. Esto es, para aquellos residentes nuevos que no se vinculan ni con los vecinos ni con las organizaciones, para los turistas o para quienes solo transitan de paso por el lugar.

“Con los que son... que han estado toda la vida mantenemos siempre una buena relación, no hay problemas, pero ponte acá... ponte acá al lado es que arriendan piezas, entonces uno ahí uno no siempre puede tener buena relación con todos porque no conoces a las personas (Mauricio, residente del Cerro Cordillera).

“No todos vivimos en el cerro. Entonces como que también hay una forma de territorialidad... se nota que son gente que le ha costado llegar donde está y como que a partir de eso igual genera como una amenaza pa’ que no le quiten...” (Isamar, voluntaria del TAC).

“Una vez hasta me amenazaron un tipo; yo estaba en el paradero así como a las dos, tres de la mañana “¿qué estás haciendo acá afuera?”, yo estaba esperando el colectivo, y me echó po, te fijai?...dijo “no, yo te voy a pegar unas apuñalás si seguí aquí metido”, y dije “oye, pero si yo estoy...participo en la población obrera”, “no me interesa, si no te voy de acá te voy a pegar unas apuñalás, si te vuelvo a ver acá”, me dijo” (Marcelo, Voluntario del TAC).

“Hay gente que se comunica en distintos niveles, hay distintos niveles de relaciones, hay gente que son familia, se conocen de toda la vida, y se saludan, se saben las yayas y se conocen y no sé po, se han visto desde niños, y los que se han visto desde niños te conoce a la abuela, a la mamá... hay otro tipo de relación que con el que llega después... el cordillerano es super... con la camiseta puesta con cordillera, “soy de cordillera, y soy de cordillera” y te preguntan: “¿tú naciste acá?”, “No, yo no nací acá”, “aahh...” cachai?... entonces le ponen nivel, niveles de filiación al cerro, de cuánto quieres al cerro o de cuándo eres de acá, entonces por ejemplo hay un montón de gente que se conoce de toda la vida porque ha vivido toda la vida acá, porque sus abuelos vivieron acá, porque sus papás viven acá y los locos siguen viviendo aquí y esa es un tipo de relación como sanguínea diría yo, como familiar” (Daniel residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC, la Biblioteca Gutenberg y la Corporación Santa Ana).

Por otra parte, como es de deducir, el imaginario de la resistencia, no reside en las subjetividades de todos aquellos que habitan el cerro, pues si bien es un imaginario dominante, hay quienes también tienen otras maneras de sentir, percibir y hacer en el barrio. Por ello, podemos decir que, este imaginario se encuentra ligado esencialmente a gente que logra hacerse parte y encontrarle sentido a lo que se profesa, y que participa además de las organizaciones, como voluntarios, o vecinos, que aunque no como miembros activos, forman parte de instancias comunitarias. Incluso, este imaginario, puede llegar a ser una condición que se herede a través de

la familia, pues muchos de los voluntarios fueron niños que asistieron al TAC, y que después llevaron a sus hijos a participar, por lo que podría ser considerado un dispositivo de acción que se va reproduciendo al interior de las familias, y que responde a ciertos hábitos.

Quienes no participan y no se involucran con las organizaciones y sus respectivas actividades, tienen una valoración positiva de éstas, pero tienen otro modo de relacionarse, otros espacios y formas de habitar el barrio, que consisten en establecer relaciones más herméticas entre aquellos que se encuentran más próximos. Estos son, familiares o vecinos contiguos, y que por ello, implica no hacerse parte de actividades más colectivas, y no hacer vida en comunidad.

“No me refiero mucho porque igual hacen cosas bonitas ahí en el TAC, pero de ahí pa allá no me llama mucho la atención” (Christopher, residente del cerro Cordillera)

“Yo en la semana trabajo hasta el sábado y luego a descansar, aquí al lado mis otros vecinos igual son mayores po, los cabros están metidos en su onda de pega, allá son vecinos mayores, y por el lado son los que van y vienen (...) yo no salgo acá po... es que la pega.. trabajo de lunes a sábado, entonces prácticamente descanso y cuando salgo, es en la noche (...)mi papá era el que salía, el que se juntaba en el club Meteoro, pero prácticamente todos nosotros, nuestro lugar de punto de encuentro, es acá así en mi casa “ (Mauricio, residente del Cerro Cordillera).

No obstante, pese a lo anterior, el imaginario que puso en circulación el TAC, ha alcanzado gran amplitud, y ha incidido en el nuevo rostro que hoy tiene el cerro y en la biografía de todos quienes han participado de esta experiencia. Ya que mediante el imaginario una colectividad comenzó a percibirse y definirse como organizada, a través de lo cual, marcó la distribución de papeles y posiciones sociales, y articuló ciertas creencias comunes (Bazcko, 1991).

Creencias que se relacionan principalmente con la solidaridad, la horizontalidad en las relaciones, la participación, la vida en comunidad, el uso de espacios públicos, la autogestión y la responsabilidad cívica. Por ello, se puede decir que es un imaginario que se relaciona a la nostalgia comunitaria y poética del barrio.

Este sistema de valores, es propiciado en primera instancia por el TAC, y luego, por las distintas organizaciones que tienen presencia en el barrio, y voluntarios. Pues los hechos han provocado que actores del barrio hayan ganado credibilidad y respeto, conformando modelos de

rol entre quienes comparten sus ideales, generando, en consecuencia, que el imaginario determine el cómo moverse en el barrio y cómo habitarlo siempre desde el deseo de perseguir lo que parece inalcanzable.

Las organizaciones, para quienes se encuentran ligados a ciertos dispositivos de acción y percepción relacionados a la resistencia, son consideradas como un rescate, una escuela, y una respuesta consistente y creíble, ante las distintas problemáticas económicas y sociales que enfrenta el barrio, e incluso la sociedad global. Son representadas como proactivas, autogestionadas, y propositivas, además de fundamentales para la vida comunitaria. Por ello, se cree que deben mantenerse porque las soluciones que dan se proyectan en el tiempo, y han trascendido el cerro Cordillera. Además, consideran, han impactado positivamente en las biografías de las personas, en cuanto han influido en lo que han decidido estudiar, en sus modos de hacer y trabajar, y en sus modos de percibir y percibirse. Pues, los han hecho, en algunos casos, rehuir de la delincuencia y empoderarse, en tanto les han dado el espacio para discutir y reflexionar, haciéndolos más proactivos, constantes y organizados, replicando así, de cierto modo, la lógica que tienen las organizaciones en su funcionamiento.

“Tengo que agradecer mucho al TAC, porque el TAC fue para mí como mi escuela, porque también yo tuve mis años, cuando todos tiraban pa la quebrá, yo también pensaba que era un espacio para tirar todo lo que uno no quería... pero cuando llegué al TAC, conocí a Patricia Castillo y a tanto voluntario... de todas clases, de todas partes... y ahí esa fue mi escuela, ahí aprendí, y yo de ahí que he seguido ese... ese ejemplo que me dio Patricia a mí, de que las cosas... uno piensa de que las quebradas no sirven pero yo pienso que si sirven y mucho, en primer lugar verlas limpias y que se pueden hacer tantas cosas, entonces eso, como te vuelvo a repetir, eso me empujó a seguir luchando y a hacer más por el cerro” (Inés, residente del cerro Cordillera, Presidenta de junta de vecinos 108, voluntaria del TAC, de la Corporación Santa Ana y el Roto Porteño).

Los cambios y mejorías que experimentan ciertos habitantes, son por un lado, cambios a nivel subjetivo, y por ello simbólicos, que se llevaron a cabo mediante la intervención educativa y el rescate de la memoria colectiva propulsadas por el TAC. Aunque por otro lado, se dan también cambios en las condiciones materiales del barrio, perceptibles en la mejoría de las condiciones de vivienda, espacios públicos y medioambientales, que se replican en el tiempo y en el espacio en

otras experiencias de recuperación e intervención al interior del cerro, y que finalmente desnaturalizan la imagen deteriorada de Cordillera, a la vez que le garantizan sus derechos a los ciudadanos, a partir de la recomposición del tejido social y la construcción y democratización de lo público.

“El TAC yo creo que... hace una inflexión en la vida de Cordillera y en la de los niños. Lo que más valoro de ello es que comienzan a reconocerse como personas con dignidad y derecho” (Patricia, fundadora y ex directora del TAC).

Estas acciones, refuerzan la identidad de la comunidad y el sentido de pertenencia en la medida en que se configura un nosotros y un proyecto y lugar -en su sentido antropológico-común. Por ello, se tiene la percepción de que hay una mejoría en el barrio en términos materiales, que ahora es más seguro, más lindo, más limpio, menos estigmatizado, con mayor visibilidad, y que existe un respeto de los otros por el logro obtenido, convirtiéndose en un referente respecto a participación barrial, en la que la restauración de la Población Obrera fue fundamental.

VI.II.II. El voluntario como vocero de la resistencia

Tras la llegada de la ONG CECAP, y las resultantes acciones al interior del cerro relacionadas a alegatos de una vida más digna, el voluntariado se implantó como un modo más de ser y hacer en el barrio, pues fue en esta lógica que los profesionales de la ONG llegaron al cerro, y llevaron a cabo estrategias de cambio, reflejadas en la recomposición barrial, y en la construcción de espacios para la comunidad.

Así, el voluntariado en el cerro, en un principio, se caracterizó por ser llevado a cabo por afuerinos, debido a las mayores posibilidades que tenían estos agentes, para mejorar las condiciones de vida de quienes habitaban Cordillera; no obstante, luego de hacerse parte de la intervención educativa del TAC, no tardaron en sumarse al proyecto algunos cordilleranos, que al igual que los afuerinos, terminaron por consolidarse como agentes de cambio.

En este sentido, el TAC, se ha sumado a la estructura de oportunidades del cerro, siendo un espacio de formación de líderes, y un espacio educativo que promueve ciertas prácticas y

valores vinculados a la responsabilidad cívica, al trabajo conjunto y a formas de vida más juntas. Al hacerse conocido y abrirse al mundo, cada vez más, llegan personas de otros cerros, de otras comunas del Valparaíso metropolitano, Santiago e incluso de otros países con la misión de ser voluntario, transmitiendo de esta manera, la sensación de que es posible emprender proyectos ambiciosos y tener éxito¹⁹.

Respecto al voluntario, en tanto arquetipo de la resistencia, podemos decir que éste, al presentarse como un agente con capacidad transformadora, y al ayudar, sin querer obtener beneficios de ello, es representado como una persona solidaria, generosa, amistosa, proactiva, consciente, resistente, concedora de sus derechos y deberes, y partícipe de una comunidad organizada, que no se ufana de los logros obtenidos.

El voluntario, les devuelve el sentido a las utopías de la comunidad, ya que posee un marco valórico a partir del cual se hace posible generar un cambio para los cordilleranos, al adherirse a la existencia del grupo y a sus intereses, y al promover el aprendizaje de los habitantes de Cordillera, la generación de vínculos, la cohesión y la identidad barrial. Por ello, es que éste se consolida como un modelo de rol positivo, pues el voluntario es un personaje con credibilidad, respetado y admirado, en la medida en que asume un compromiso activo con la comunidad, que consiste en darse más que dar, en entregarse más que recibir, y en enseñar, a la vez que éste aprende de otros.

“Bueno yo siempre he sido activa, cuando llegué a este sector, este sector no es ni la octava parte de lo que era, entonces la gente vio que a mí me gustaba... a mí me gustaba el bienestar no para mí, sino que para todos, primero a los demás, después para mí. Entonces cambié muchas cosas, y eso mismo... eh... me tienen así como una líder, claro, porque... un día un niño me lo dijo, un niño de aquí cerca, “Señora Inés”, me dijo, “supe que se iba pa Suecia”, “si hijo”, le dije yo...”voy a ver a mis hijos, a mis nietos...”, entonces me dijo él: “...pero no creo que se vaya a quedar allá”, “no sé

¹⁹ La apertura y el reconocimiento que adquirió el TAC, se debió en gran medida, a los premios obtenidos tanto a nivel local y nacional, como internacional. Entre los más destacados se encuentran el reconocimiento Buenas Prácticas Urbanas 2002 y 2004 por el Ministerio de Vivienda y Urbanismo Chile; el premio a la conservación y medioambiente 2002 por la Fundación Ford Internacional, el premio en buenas prácticas para el respeto de la diversidad y no discriminación 2007 por la Secretaria General de Gobierno y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, las Ciencias y la Cultura (UNESCO); y la mención especial en el concurso de experiencias innovadoras en infancia 2006, desarrollado por el Fondo de Solidaridad e Inversión Social (FOSIS), en conjunto con el Ministerio de Planificación (MIDEPLAN) y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), entre otros.

po...”, le dije. “a lo mejor...” “no po...” me dijo. “... ¿cómo se va a quedar allá usted, si usted es la líder de aquí?” me dijo. “...usted fue la que hizo cambiar...el sistema aquí...” Yo quedé así como plop...y yo después pensado así, reaccionando... porque un niño... a veces valoriza más, lo que un adulto a veces no lo hace, a lo mejor muchas personas me consideran lo mismo pero no me lo han dicho, pero de un niño... yo eso lo valoricé mucho y parece que eso me dio más fuerza para seguir luchando” (Inés, residente del cerro Cordillera, Presidenta de junta de vecinos 108, voluntaria del TAC, de la Corporación Santa Ana y el Roto Porteño).

Se dice entonces que, el voluntario constituye un modelo de rol, porque éste, se vuelve una guía respecto al comportamiento que se espera, pues al alcanzar logros sociales, aprovechando la estructura de oportunidades disponibles, éste se moviliza e integra, generando admiración y volviéndose influenciado, sobre todo para aquellos que poseen pocos recursos en el hogar, inestable composición familiar y bajo clima educativo (Kaztman, 1999).

En este sentido, puede decirse que el voluntariado, y la incorporación de valores y prácticas que éste conlleva, favorecen la incorporación de un cierto habitus, y por ello, de un sentido práctico, pues la resistencia en el cerro es de larga data, y fue considerada un desafío para quienes primeramente se opusieron a las condiciones en las que vivían los cordilleros. No obstante, hoy en día, quienes son voluntarios, se incorporan a la lógicas de ser y hacer de las organizaciones que ya están establecidas, y por ello, reproducen estrategias que espontáneamente tienden a reproducir las condiciones de su propia producción, y que tienen a regularidades, pues los pensamientos, acciones y percepciones que encarnan los voluntarios como propios, son conductas compatibles y propias del campo en cuestión (Bourdieu 1991).

Por ello, el voluntariado tiene su lógica propia, e implica disposiciones a pensar, a sentir, y a actuar, de un cierto modo más que de otro. Estas disposiciones, que operan a modo de exigencia para quienes participan de este espacio, requieren inversiones permanentes de esfuerzo y tiempo, adherirse al discurso de la resistencia, y estar siempre dispuesto a cooperar. Sin embargo, la resistencia que personifican los voluntarios, se hace estimable tanto en sus discursos, como en sus prácticas, pues si han llegado a existir los espacios organizacionales que tienen lugar en el cerro, como el TAC, la Corporación Santa Ana y el Roto porteño, es a raíz de la acción que despliegan.

Las prácticas llevadas a cabo por los voluntarios, hoy por hoy, se encuentran ritualizadas, pues se han realizado a lo largo de estos 27 años, 57 escuelas para niños durante sus vacaciones, y por ello, llegado un momento del año, los voluntarios “se ponen la camiseta” por el TAC, se agrupan, organizan e incitan a la participación, se distribuyen las labores, agrupan a la gente, trabajan mediante la asociatividad con otras organizaciones, realizan donaciones y aportes voluntarios, y recaudan fondos a través de actividades.

El voluntario, como portador del imaginario de la resistencia, y vocero de las organizaciones, promueve y reproduce sus valores, objetivos y acciones. Todo esto, mediante formas simbólicas propias de la resistencia, esto es, a través de una amplia gama de acciones y lenguajes, imágenes y textos, que son producidos por los agentes y reconocidos por ellos como constructos significativos (Thompson, 2002).

“Me gustaba lo que estaba viendo, crear espacio para la comunidad, con la comunidad, con mis amigos, con mis amigas, y así fui creciendo, o sea ir transformando tu realidad, desde el edificio donde tu vivías -que es la población obrera-, recuperar una quebrada que de hace 40 años atrás que era un micro basural y hoy día es un anfiteatro y una terraza...y eso lo vas viendo a medida que tú vas creciendo, desde tu pre adolescencia, vas viendo cambios, logros. Claramente eso te va motivando, o sea yo desde pequeño, a mí no me pueden decir que las cosas no se pueden hacer” (Cristian, residente y dirigente de la Población obrera, y voluntario del TAC Y Corporación Santa Ana).

Como vocero de las organizaciones, el voluntario, busca poner en circulación el sistema de referencia ligado a la resistencia, para inculcar e imponer la realidad social que está construyendo y poner en valor el trabajo comunitario, valiéndose de espacios representativos, que le permita poner en práctica los valores y formas de trabajo interiorizadas a través del TAC, pero que se han replicado también, en otras organizaciones al interior del cerro.

Para esbozar de mejor manera el perfil del voluntario de Cordillera, cabe mencionar que el lugar y los años de residencia, dentro o fuera del cerro, no determinan la participación de quienes son parte del trabajo comunitario, pues existen algunos que desde afuera se han sentido atraídos a ser voluntarios, y otros que han vivido toda su vida en el cerro y no se han hecho parte de estas maneras de hacer. Pues finalmente, lo que termina siendo determinante para llegar a ser

voluntario, como ya se dijo, es la incorporación de ciertas disposiciones, esto es lo que permite comprender y explicar por qué dos agentes, que ocupan iguales posiciones dentro de un campo determinado, actúan de manera diferente (Gutiérrez, 1997). El habitus, que corresponde a las disposiciones incorporadas por los agentes a lo largo de su experiencia en los distintos espacios comunitarios, es lo que diferencia a quien es voluntario, y a quien no.

Muchos voluntarios, que son del barrio, se han integrado al trabajo comunitario desde los inicios del TAC, o participaron de niños en las escuelas, incorporando toda una lógica de hacer, y un sentido práctico, que les dio una continuidad en las organizaciones, pero esta vez, como voluntarios. Los voluntarios que no residen en Cordillera, por otra parte, han llegado por proyectos personales al cerro, con ganas de hacer, y poner en práctica su profesión para realizar una ayuda a las organizaciones que llamaron su atención, pero éstos no encarnan tan vivamente la resistencia y el compromiso que despliegan los cordilleros en y por su cerro. Esto, se aprecia sobre todo en los voluntarios extranjeros, que vienen con otra percepción de lo que es el voluntariado, y con un imaginario en torno a los países latinoamericanos, y a Valparaíso que opera por sí solo, separado a de la resistencia.

“En Alemania cuando terminas la escuela, había el trabajo militar que podrías hacer o un trabajo social, tenías que elegir... ahora, es la opción para los jóvenes participar en trabajo social en otras partes del mundo menos desarrollados, bueno, lo digo menos desarrollado porque es en general en comparación con Alemania, -que Alemania ya es muy desarrollado, es como, no sé, el ideal-, pero no significa que Chile no sea desarrollado... envían gente y ayudan a los niños, como enviando a gente que lo hace, como los jóvenes, están ayudando en la vivienda y la comida” (Merit, voluntarios extranjera del TAC).

A propósito de esto, cabe mencionar que existen voluntarios más comprometidos que otros, y que por ello, tienen una secuencia más continua al interior de las organizaciones. Razón por la cual las organizaciones siempre se renuevan con la llegada de voluntarios nuevos y de otros lugares. Pero, el compromiso, se mide no solo en la continuidad, sino que también en la participación que un voluntario puede alcanzar simultáneamente en distintas organizaciones del cerro. En este sentido, quienes participan más continuamente y en mayor cantidad de organizaciones, son los residentes del cerro, mientras que los afuerinos solo son voluntarios del TAC durante escuelas de invierno y verano.

Hecho que nos hace inferir una vez más, que estas disposiciones a actuar, a pensar y a sentir propias de la resistencia, se vinculan a los residentes, y por ello, depende de factores como la identidad barrial y el arraigo territorial.

Por otra parte, entre los voluntarios, hemos podido encontrar dos grupos etarios bien delimitados, uno más joven, que abarca a personas de entre 20 a 30 años, y otro, mayor, que incluye a personas que van de los 60 a los 70 años de edad aproximadamente. A raíz de lo anterior, se hace visible un recambio tanto de actores, como de discursos, y un apagón cultural de un grupo etario que se encuentra ausente en las organizaciones, y que no participa²⁰.

Respecto a las dos generaciones de voluntarios, cabe mencionar que se presentan diferencias, pues si bien los fines que persiguen son los mismos, los procesos sociales que los llevaron a la participación son distintos, al igual que las prácticas y discursos. Pues, los jóvenes, por un lado, son más contestatarios y activos, mientras que los mayores, se afilian a juntas de vecinos y a organizaciones más tradicionales, desde la pertenencia a partidos políticos, cumpliendo muchas veces una labor más pasiva, y en actividades específicas. No obstante, este no parece ser un obstáculo para que ambos grupos trabajen en conjunto, desde el respeto y el reconocimiento, pues el voluntariado como premisa, no se cierra a nada ni a nadie, pese a que, como hemos visto, al ser voluntario se inhiban el establecimiento de otros vínculos, pues los lazos que establecen los voluntarios, son normalmente desde las organizaciones y con quienes participan o están vinculados a ellas de alguna manera.

En cuanto a las profesiones y oficios de los voluntarios, podemos decir, en base a los resultados de la presente investigación, que aquellos que residen en Cordillera, en su gran mayoría, tienen una profesión. Éstas, se caracterizan por ser de carácter técnica por lo general, aunque también las hay universitarias, sobre todo, en aquellos residentes más nuevos y más

²⁰ A modo de hipótesis, se puede inferir que la nula participación del grupo etario, correspondiente a personas con edades que oscilan entre los 40 y 50 años, se debe a que su niñez y juventud la vivieron en época de dictadura. Razón por la cual, nunca se vincularon a organizaciones ni agrupaciones, pues la dictadura, opacó el movimiento social por muchos años, y en consecuencia, provocó una mella en el tejido social que prevalece hasta el día de hoy, cuando de organizarse, vincularse y empoderarse se trata.

jóvenes. Los voluntarios que no son del cerro, pero que lo habitan, por su parte, tienen todos estudios universitarios, y tienen como factor común con los voluntarios profesionales residentes del cerro, que sus profesiones están vinculadas al medioambiente, a lo social y lo artístico. Esto, no puede sino dar cuenta de un cierto perfil del voluntario, que denota una personalidad sensible, creativa y consciente, tanto a nivel social como medioambiental, y que hace inferir, que los intereses de las organizaciones son también los suyos, a un nivel más personal.

Producto de la profesionalización de los voluntarios, existe un empoderamiento implícito de ciertos roles o puestos al interior de las organizaciones. Pues se manifiesta un interés dado por la profesión, o un interés de ayudar desde la profesión, que determina la labor que se desempeñará a lo largo de la participación tanto en escuelas de verano o invierno como en otras actividades.

Por todo lo anterior, podemos decir que el voluntariado es un campo en sí mismo al interior del barrio, y por ello, se encuentra atravesado por relaciones de poder y desigualdad. En este sentido, quienes participan de las organizaciones, ocupan una posición ventajosa en el barrio respecto al resto de los vecinos, en tanto son reconocidos, valorados y reúnen atributos positivos y deseables. Pero estas relaciones de poder y desigualdad, también tienen lugar entre los voluntarios, pues los voluntarios ocupan distintas posiciones según niveles de filiación al cerro, dados por el lugar en el que residen o por el tiempo que llevan siendo voluntarios, pues es distinto el valor social de un capital social o simbólico, si es captado por una persona más bien ajena y nueva, o si procede de una historia larga de acumulación. Así, nos damos cuenta que se le incorpora un valor añadido a la historia y a la forma de acumulación de un determinado capital, por eso, el voluntario que más peso tiene es el que lleva más tiempo desempeñando esta labor, y el que es de Cordillera, por ello es finalmente, quien tiene más “poder”, entendiendo éste, como una capacidad otorgada por el barrio y las organizaciones, que faculta a ciertos agentes a tomar decisiones, perseguir objetivos o consumir intereses.

VI.II.III. Estrategias y prácticas en torno al imaginario de la resistencia

Como a continuación hablaremos de estrategias y prácticas en torno al imaginario de la resistencia, trataremos específicamente las acciones de las personas que participan y se vinculan al trabajo comunitario, pues como dijimos con anterioridad, quienes encabezan la labor al interior de las organizaciones, o participan de las instancias que éstas propician, son quienes portan la resistencia como imaginario, y por ello, quienes promueven el voluntariado, lo comunitario y la restauración barrial como esquemas de percepción y acción propios del barrio; y quienes también, los hacen visibles e inscriben en las relaciones sociales y en las batallas que adopta la comunidad, en la medida en que estos agentes se van tomando el barrio.

Rescatando lo de capítulos previos, cabe decir que quienes habitan Cordillera, se encuentran en una posición desventaja respecto a otros, dado a distintas carencias y a la falta de oportunidades que se expresan en el medio en el que viven. Ante ello, es fundamental que los habitantes ideen estrategias para subsistir y enfrentar, mediante los recursos disponibles, las condiciones de vida desfavorables que los aquejan, como lo son el estigma, la delincuencia y la desarticulación de lazos sociales que se viven al interior del barrio.

Para paliar estas condiciones, la comunidad cordillerana ha desplegado acciones relacionadas a la construcción de espacios comunitarios, al heroseamiento del barrio, y a la consolidación de las relaciones y la identidad barrial. Acciones que les permiten movilizar capitales de distintas índoles: económicos por un lado, al implicar mejorías en el barrio en términos materiales; sociales, al reactivar las relaciones sociales a nivel barrial; y por otro lado, simbólicos, al otorgarle al barrio reconocimiento público por estas acciones.

En este sentido, las acciones que emprenden los voceros de la resistencia, pueden ser entendidas como estrategias, en tanto representan el uso de recursos alternativos, y la elaboración de fuentes de poder, capaces de ofrecer un rendimiento mayor a los escasos recursos existentes (Gutiérrez, 1997), permitiendo así, conservar el patrimonio que poseen los agentes, o aumentarlo. Pues la acción social es entendida como estrategia en la medida en que renegocia las relaciones

de poder, y le permiten al agente, conservar o aumentar su patrimonio y por ello, su posición en la estructura social.

La organización comunitaria ante ese escenario, se presenta como el medio más viable para el mayor rendimiento de los escasos recursos que poseen los cordilleranos. Pues estos espacios, son en el fondo, un modo de construir juntos el barrio, además le suponen ciertos ahorros y beneficios a quienes habitan allí, los aleja de modelos de rol negativos, y promueve la democracia, y la participación, en tanto se configuran como espacios de alegato de una vida local más digna.

Dichas organizaciones y quienes las encabezan, a modo de estrategia, han llevado a cabo la autogestión comunitaria, lo que implica, en pocas palabras, romper con la dependencia y marginación, y crear un espacio propio de representación, defensa y coordinación, que conduce inevitablemente, a la conquista paulatina de poder económico, social y político (Martínez, 2003).

El agente social, para mantener o aumentar su patrimonio, utiliza alternativas brindadas por sus condiciones objetivas, ligados a la posición que ocupa dentro de la estructura social, respondiendo a fines y a interés determinados por la misma posición. Por ello, el agente, que ocupa una posición en el barrio en tanto voluntario, en razón de sus intereses y las del grupo de su misma posición, para aumentar o mantener su patrimonio, desarrolla la autogestión social y comunitaria, y toma en sus propias manos la tarea de resolver sus necesidades junto con la comunidad, trazando las líneas del cambio y desarrollo que se quieren desplegar, para así reducir la pobreza, aumentar los capitales, planificar y gestionar servicios y prestaciones comunales (Martínez, 2003).

Todas estas acciones lograrán que la comunidad desarrolle una identidad local y consolide sus relaciones, generando en resultado, una red de apoyo y una cohesión a nivel barrial, útil como herramienta, y determinante para la sobrevivencia. Pues, el capital social que se acumula por y en las organizaciones comunitarias, aparece como un poder y un modo de hacer rendir de mejor manera los escasos recursos económicos y escolares que poseen los residentes de Cordillera, al

producir relaciones de reciprocidad y solidaridad utilizables en el corto o largo plazo (Gutiérrez, 1997).

El capital social, de esta manera, cobra importancia fundamental para un grupo de agentes que poseen un escaso volumen de capital económico y cultural, y que se esfuerzan por resistir. Pues es un tipo de capital que, cuando se está ligado a un círculo de relaciones estables, producto de una inversión social consciente o inconsciente, garantiza intercambios tanto materiales como simbólicos, mediante los cuales se llegan a conseguir otros capitales (Gutiérrez, 2002). Sin la existencia de lazos comunitarios, coordinación y comunicación, ninguna de las prácticas ni los discursos de la resistencia podrían existir. Ya que finalmente, es el capital social, lo que facilita el logro de metas, tanto individuales como colectivas al interior del barrio.

Cuando hablamos del caso de la restauración de la Población obrera, podemos decir que el logro obtenido estuvo dado, porque este tipo de capital, posibilitó además la movilización de recursos gubernamentales, pues mediante la intromisión del MINVU fue reconocida, financiada y legitimada la transformación del inmobiliario iniciada por un grupo de asistentes y voluntarios del TAC. Esto en consecuencia tuvo como resultado, la mejoría de las condiciones habitacionales de los residentes, por un lado, al entregarles un departamento más valorizado, y por otro, al reactivar aún más las relaciones en el barrio, que posteriormente, al tener la muestra plausible de que unidos tenían más fuerzas y que podían conseguir mejorías para el barrio, desencadenaron una serie de acciones que terminaron por proporcionar espacios de sociabilidad y de recreación a los habitantes de Cordillera, que cumplen actualmente, la función de espacios públicos. Pues constantemente las organizaciones comunitarias convocan y desarrollan actividades como encuentros, talleres, obras de teatro, jornadas de cine, de salud, tocatas, fiestas, carnavales, ferias de libros, platos únicos, conmemoraciones, etc., que son abiertos para toda la comunidad.

Estas acciones, al igual que la recuperación de la quebrada, en donde hoy en día se sitúa el TAC, han permitido legitimar y dar reconocimiento al accionar de las organizaciones, y dar inicio a su vez, a un cambio en las subjetividades de los agentes del barrio, que se ve plasmado sobre todo, en la identidad barrial. Por ello, podemos decir que las condiciones barriales actuales,

son totalmente distintas a las existentes antes de la llegada del TAC, pues la llegada de éste se constituye en un hito fundamental a la hora de declamar aspectos simbólicos del barrio y movilizar distintos recursos en un contexto de condiciones adversas, que implicaban condiciones habitacionales deficientes, restricciones económicas y problemáticas relacionadas con la estigmatización.

En este sentido, podemos decir que la participación en una red social u organización, otorga considerables ventajas a los agentes que hacen constantes inversiones sociales y simbólicas en estos espacios. En el caso particular de quienes asisten al TAC, los beneficios se traducen en un mayor rendimiento de sus capitales, pues no solo es un espacio educativo, sino que además es un espacio que proporciona actividades gratuitas y suple, durante la asistencia, necesidades alimentarias y de entretenimiento, y por ello también implica un ahorro para las familias.

Quienes participan de instancias colectivas, le dan un rendimiento mayor a sus recursos mediante el capital social que desarrollan, pues pueden tener acceso a la biblioteca, a talleres, comercializar ciertos productos, conseguir una clientela fiel, obtener una red de aliados, alcanzar reconocimiento, etc. La participación en organizaciones y el uso de espacios de sociabilidad, en el discurso oculto, no carecen de una lógica económica, pues estas estrategias desarrolladas a nivel colectivo, pueden tener paralelamente implicados un interés individual, consiente o no, en el que se instrumentalizan las relaciones y las organizaciones comunitarias para beneficios personales, y se establecen compromisos y deudas de honor. La prestación de favores, el voluntariado y la donación de bienes tienen implícito el interés de acumular honor y prestigio, es decir, un interés por obtener capital simbólico mediante el capital social que acumulan.

La perpetuación de las relaciones sociales y las acciones que promueven las organizaciones -y que son claves para el mejoramiento de los estándares de vida y la elaboración de estrategias en torno a la resistencia-, descansa casi exclusivamente sobre el habitus, es decir, sobre las disposiciones socialmente instauradas e implicadas en las estrategias de inversión, que inciden en que los agentes produzcan un trabajo continuo de sostenimiento de las relaciones

sociales y también del capital simbólico de reconocimiento que procuran estos intercambios habituales (Bourdieu, 2011). El habitus es el responsable de volver a la estrategia, razonable y apropiada, a través de la producción de pensamientos, acciones y percepciones propias de los principios de categorización de los agentes que participan de las organizaciones.

Siguiendo esta lógica, se puede percibir a través de la aparición de nuevos lugares públicos, prácticas y discursos, intentos por dominar los espacios de reunión y encuentro, que si bien en un principio fueron consideradas estrategias de cambio, hoy en día han perdido cierta innovación dado al sostenimiento de estas acciones al interior del barrio, convirtiéndose por ello, en parte de su ritualidad.

La aparición de la Corporación Santa Ana y el TAC, y la restauración de la Población Obrera y del Ascensor San Agustín, como hitos tangibles, responden a un saber hacer en el barrio que es de larga data, y que corresponde a la conquista de espacios tanto físicos como simbólicos que se haya ritualizado al interior del barrio y que son reflejo de narraciones y del imaginario que circundan al barrio. Este saber hacer en el barrio, se encuentra fundado en un sentido práctico, que mediante formas simbólicas promovidas por las organizaciones, las personas han hecho suyo.

La ritualidad, y su consiguiente saber ser y saber hacer en el barrio, tienen lugar en espacios significantes, a los que se le atribuyen una valoración positiva, esto son, el TAC, la Corporación Santa Ana, la biblioteca Gutenberg y la plaza Padre Gabriel Correa, todos estos espacios recuperados que sirven para agrupar y congregar, y que exigen modales y conductas, vinculados a la resistencia y a los valores que promueven las organizaciones.

La asociatividad entre estos entes del barrio deviene en otra de las estrategia plausible al interior del barrio, pues ésta además de ser una estrategia para concentrar mayores recursos, le da una continuidad al trabajo que se pretende, ya que las distintas organizaciones que funcionan, en ocasiones, atomizadas, se asocian, identifican problemas comunes y trabajan juntos por un mismo fin, que es mejorar las condiciones de vida de los habitantes del Cordillera.

La asociatividad ha fortalecido los lazos entre las distintas organizaciones barriales, las cuales han comenzado a dialogar y vincularse. Sin embargo, la asociatividad también se ha vuelto

una instancia en la que han confluído autoridades gubernamentales y agentes barriales, pues la resistencia, es una estrategia que tiene pretensiones de poder simbólico, es decir honorabilidad y respetabilidad, y por ello, las estrategias por acumular capital simbólico tiene una importante cabida, junto a la creencia del valor de una unidad, y en definitiva el capital social, pues aproximan a la afirmación pública de dignidad que se requiere, en tanto el sentido práctico enraizado en el habitus, y los estilos de vida, funcionan como capital simbólico. Razón por la cual se explica que el trabajo de voluntariado y su saber ser y hacer, se encuentren ligado a un reconocimiento (Fernández, 2013).

Pero para que los habitantes del Barrio de Cordillera Central, se sientan reconocidos, el reconocimiento debe ser legitimado por el resto de la sociedad, y por el Estado al mismo tiempo - pese a que la resistencia implique de alguna manera, que las organizaciones que nacieron, lo hicieran con una actitud más bien irreverente, en tanto se establece un lucha de poderes simbólicos, mediante la cual los habitantes del cerro Cordillera determinan salir de su posición de dominados, estigmatizados y ocultados-; pues según Bourdieu (1997), el Estado es, finalmente, el “banco central del capital simbólico” en la medida en que éste, al disponer de medios eficaces, impone las categorías de percepción y apreciación que le otorgan valor y legitimidad al capital que se posee (Fernández, 2013).

Por ello las organizaciones y quienes las encabezan ven una posibilidad en establecer ciertas alianzas con las autoridades, a propósito de ciertas mejoras que se esperan a nivel estructural, pues así es como pueden llegar a aprovechar la estructura de oportunidades que da el Estado.

“Las soluciones son distintas, son más proactivas que demandar. Y, no proactiva no de un tema de decir que nosotros la hacemos, y nosotros la sabemos y la llevamos, ¿no? Sino una proactividad que la trabajamos con otras instancias, con el Estado, con la Universidad, con una empresa privada, con otras agrupaciones, y así. No es un tema de solo de uno, sino, como nos enseñaron a nosotros, es la comunidad en general, y los distintos actores que esta tiene.” (Cristian, residente y dirigente de la Población obrera, y voluntario del TAC Y Corporación Santa Ana).

En este sentido, el capital simbólico y social que han ido acumulando los cordilleranos mediante sus estrategias, se aprecian primero, en el reconocimiento que tienen sus

organizaciones, y la restauración de la Población Obrera -pese a que el estigma no se haya erradicado del todo-, pues gracias a esto la manera en que se representan quienes habitan el cerro, y la valoración que tienen del territorio en donde viven ha mutado de manera positiva; y segundo, en las condiciones objetivas de vida que tienen actualmente los habitantes, que muestran una mejoría considerable respecto a temas de vivienda y espacios públicos.

Entonces, podemos decir finalmente que son dos las estrategias que se desarrollan al interior del barrio en torno a la resistencia, una estrategia de inversión social, que pretende rearticular las relaciones sociales al interior del barrio, y es más reconocible en los discursos; y otra de inversión simbólica, que pretende mejorar el reconocimiento barrial, y que es más oculta e implícita, pero no por ello menos importante.

Estos dos tipos de estrategias se refuerzan entre sí y se dan a la par, pues, la realidad nos dice que, la rearticulación de relaciones sociales, es decir la acumulación de capital social en el barrio, ha favorecido la acumulación de capital simbólico, es decir, de reconocimiento y honorabilidad, ya que es reconocido y valorado positivamente un lugar, cuando en él tienen cabida relaciones sociales densas. Por otro lado, el acumular este capital de reconocimiento y honorabilidad, ha favorecido a su vez, la ruptura del estigma socio-territorial, y por ello, la rearticulación de lazos e identidades que se encontraban deterioradas, alcanzando como resultado, una red de apoyo y una mayor cohesión a nivel barrial. Por ello, no se pueden entender estas estrategias separadas la una de la otra, aunque las estrategias de inversión social fueron primero, pues fueron éstas las que desencadenaron el accionar de agentes que movilizaron distintos recursos en un contexto de condiciones adversas, y que mejoraron los estándares de vida y propiciaron el origen del resto de las organizaciones, que en consecuencia, a modo de estrategia secundaria, acumulan capital simbólico. Pues como se dijo, el sentido práctico derivado de voluntarios y participantes de las organizaciones funciona como capital simbólico en sí mismo e implica un consecuente reconocimiento.

VI.II.IV. Desnaturalizando el imaginario de la resistencia

Nos hemos dedicado, en las páginas anteriores, a esbozar el imaginario de la resistencia que tan arraigado está, en las subjetividades de quienes habitan Cordillera y se encuentran vinculados a espacios comunitarios. Sin embargo, las siguientes páginas nos merecen un análisis más exhaustivo, que tiene por pretensión desnaturalizar este imaginario, pues, pese a que el imaginario subyace de la cotidianidad, las acciones, las relaciones y los lugares que habitan los agentes, se encuentra favorecido por procesos imaginarios, en el que influyen los medios de comunicación, el boca en boca y los personajes que se “toman” el barrio. Por lo que el imaginario, en definitiva, termina por no ser un reflejo exacto de realidad que se vive, sino más bien, una imagen parcial que se sitúa entre los límites de lo real y lo imaginado (Lindón, 2007).

Cuando hablamos del imaginario de la resistencia, es posible visualizar que a la vez que se dejan ver ciertos fenómenos tales como la solidaridad, la autogestión comunitaria, la capacidad organizativa de los cordilleros, su herencia obrera, y sus relaciones densas; se ocultan otros, tales como la delincuencia, la drogadicción, la acumulación de basura, la baja participación, la intromisión a la vida privada y el estigma que aún se hacen presente en el cerro y son considerados un problema. Esto sucede, por un lado, porque no quieren desprestigiar el barrio sus habitantes, y por otro, porque el imaginario, al configurar sistemas de percepción, provenientes de los acervos sociales interiorizados, induce socialmente al agente, a no dar cabida a las condiciones negativas del barrio, pues el imaginario, hace presente maneras de pensar y sentir, deseos y aspiraciones, que finalmente, hacen que los habitantes se vinculen y valoren positivamente el territorio que habitan.

En otras palabras, el barrio de Cordillera Central, y el paradigma del imaginario de la resistencia que le circunda, se encuentran mediados por condiciones históricas y sociales favorables para que este imaginario se exporte como tal, a los habitantes de otras zonas de Valparaíso y su área metropolitana. Pues, el hecho de que este imaginario se considere dominante en el barrio, se debe a que las organizaciones y sus voceros, han establecido y sostenido, en el plano simbólico, al barrio como una forma de unidad. Idea que han retroalimentado con

experiencias cercanas y también distantes en tiempo, que han engrandecido y transformado la memoria colectiva, embarcando así a los agentes en una identidad común, que invisibiliza las diferencias y divisiones que los separan (Fernández, 2013).

No obstante, el apoderamiento que realizan las organizaciones, y la resistencia, en tanto imaginario, nunca es absoluto, pues en el barrio, tienen cabida también otros modos de percepción y acción, ya que, si bien los residentes del barrio de Cordillera Central, en su mayoría, viven en condiciones objetivas desfavorables, no constituyen un grupo totalmente homogéneo, y por ello, sus estrategias, percepciones y respuestas ante las necesidades cotidianas, no son necesariamente iguales.

Por ello, muchos residentes no se sienten identificados con lo obrero, y tampoco con las organizaciones, pues se presenta un cambio en la actualidad respecto a los años de mayor organización, en donde priman mucho el desinterés, la intromisión en la vida privada y la baja participación. Razón por la cual se hace necesario desnaturalizar la idea de que Cordillera es una totalidad organizada y participativa, e incluso, que la calidad de vida de sus residentes ha mejorado considerablemente, pues, sí se han provocado cambios significativos en términos simbólicos, esto es, en la manera en que los cordilleranos se representan y son representados por otros, en las relaciones, la identidad, y la pertenencia, pero respecto a la materialidad del barrio, las mejorías son más acotadas, pese a que hayan ganado terreno algunos espacios públicos, pues sólo la vivienda de quienes habitan en la Población Obrera de la Unión tuvo una mejoría estructural. Por ello, no se puede decir que ha sacado de su estado de vulnerabilidad a los residentes, pues siguen, enfrentando condiciones habitacionales desfavorables, teniendo baja escolaridad y trabajos precarios, que demuestran que aún hay carencias a nivel de barrio.

En este sentido, podemos decir que, el cambio más considerable, se generó en los habitantes vinculados a espacios comunitarios, a nivel de las subjetividad de los agentes, en sus imaginarios, pues estos creen que el barrio ha mejorado y que el estigma ha desaparecido, aunque en la realidad algunos foráneos siguen temiendo de este lugar, y reproduciendo por ello, el estigma en cuestión.

Por otro lado, cabe mencionar que, el accionar en el barrio se ha llevado a cabo por un grupo minoritario, y que la participación, respecto a los habitantes que no son voluntarios, es esporádica y se reduce casi totalmente a las actividades que se desarrollan, en tanto las personas a través de ellas, pueden disfrutar de un beneficio inmediato o de un rato agradable y de distensión. Pues, como se aprecia, no hay una causa ni una visión compartida como barrio que los llame a participar. El proyecto barrial como tal, solo lo comparten voluntarios y quienes participan de las organizaciones activamente, que como se dijo, es un grupo minoritario al interior del barrio.

A causa de lo anterior, se puede suscitar, que no todo es consenso, pues las relaciones al interior el barrio, se ven atravesadas por luchas de poder. Razón por la cual tienen lugar, diversas posiciones sociales, ocupadas por distintos agentes, y en consecuencia, distintas formas de hacer y ser en el barrio. Muestra de esto es que a la par de quienes se vinculan a espacios comunitarios, existen quienes no tienen un interés en participar de ellos, pues han incorporado otras formas de habitar y desarrollar su cotidianidad, alejadas del mundo organizativo y resistente de Cordillera, más allá de que posean una visión positiva de las organizaciones barriales. Quienes no logran vincularse, pese a esta visión positiva que tienen de las organizaciones barriales, las critican, por un lado, al apelar a una mayor transversalidad en las actividades que realizan las organizaciones, -pues muchas organizaciones y actividades no se dan a lo largo de todo el año, ni son transversales para todos los grupos etarios, por lo que se considera que no rinden beneficios constantes ni para todos, ni siempre-; y por otro, al invocar recuerdos de un Valparaíso de antaño, en el que, según el imaginario colectivo, existía aun mayor cercanía entre las personas, menor delincuencia y una mayor organización.

Respecto a las críticas que nosotros podemos hacer acerca de las organizaciones, podemos decir que éstas están permeadas por un profundo proceso de despolitización, tanto nacional como global²¹, y que en consecuencia, produce que no todos quieran implicarse en las acciones que se

²¹ La política hoy en día enfrenta un desafío, pues ha intentado definir un horizonte colectivo de acción, en una época en la que, producto de la imagen naturalizada de lo social, el poder de la autodeterminación colectiva ha decaído, mientras que la lógica de la autorregulación funcional de la sociedad, ha aumentado. En este sentido, en la sociedad chilena, se ha hecho visible una debilidad de la sociedad respecto a la construcción de sujetos, generados por el miedo al otro, y por el desprendimiento de los mapas mentales con que pensamos la

despliegan. Ejemplo de ello, son las juntas de vecinos, que si bien funcionan en redes con otras organizaciones comunitarias, de manera independiente, no tienen una alta afluencia ni participación por parte de los vecinos. Esto, puede deberse a su orgánica y a las diferencias que tiene respecto a organizaciones como la Corporación Santa Ana y el TAC, que tienen una función más educativa y recreativa, que es por el fin por el cual finalmente la gente se reúne, aunque por supuesto, este no es lo que motiva el trabajo de quienes participan como voluntarios o dirigentes.

El TAC particularmente, parece ser la organización que mayores aciertos tiene al interior del barrio, pues es valorado positivamente, aunque esté orientado a niños y jóvenes, y se desdibujan sus funciones para la población más adulta, que como única manera de seguir vinculados a la organización, tienen al voluntariado. La Corporación Santa Ana, por su parte, comparativamente con el TAC, es representado cada vez más como un lugar de trabajo, y cada vez menos como un espacio comunitario o de voluntariado, pues aunque tiene de trasfondo una ideología política de izquierda y una vía alternativa a como se hacen las cosas en Chile, que simpatiza con los cordilleros; cuenta con un gran número de profesionales remunerados, que se distancian por ello, de los intereses y necesidades de los residentes, y que paralelamente, como en su mayoría no residen en el cerro, generan desconfianza, pues se piensa que tienen intereses personales puestos en la organización, y que instrumentalizan las relaciones y acciones que allí se generan.

En conclusión, el proceso de restauración participativa tuvo como evidencia ciertos logros, relacionados al incremento de las capacidades de los agentes sociales involucrados en esta experiencia, sin embargo, no resultó en un completo fortalecimiento de los lazos sociales al interior del cerro Cordillera, pues aún hay desconocimiento entre los vecinos, y sobre todo, desconfianza ante aquellos que son nuevos en el barrio.

Por otro lado, cabe decir que, las organizaciones, que en un principio nacieron de la necesidad de buscar alternativas ante un modelo excluyente, se encuentran cada vez más

sociedad. Hecho que hace cada vez más difícil, para las personas y sociedad, poder verse como actores de su propia historia y poder construirla en conjunto, a la vez que se deslegitima lo colectivo y lo público (Lechner, 2002).

institucionalizadas y en consecuencia, adaptadas al sistema, pues a la vez que las organizaciones han intentado instrumentalizar al Estado y crear alianzas con éste para llegar a ser legitimadas, el sistema ha tenido como única pretensión, adoptar los focos rebeldes y naturalizar la resistencia. Motivo por el cual, creemos, que en comparación con otras épocas, la resistencia, como causa política capaz de mover masas, podría haber llegado a perder fuerza. Pues si bien esta asociatividad, ha provocado un reconocimiento de carácter público para las organizaciones y el barrio, creemos que podría incidir en que las acciones, desde la resistencia, al ser captadas por el aparato estatal, se debiliten como tal, y pierdan su condición alternativa, ante un sistema que atomiza y homogeniza a los agentes y a su accionar.

VI.III. La (in)seguridad y el miedo al otro como disposiciones que doblegan la resistencia

Pese a la presencia de diversas organizaciones en el barrio, a la maduración que éstas han alcanzado y a los vínculos sociales que han establecido los habitantes de Cordillera a medida que participan en ellas -que pueden ser fundamentales para la sociabilidad y el afrontamiento de problemas que imponen los procesos de exclusión en la ciudad-, no todos los habitantes se han adherido a éstas. Pues al existir distintos tipos de capitales que se distribuyen desigualmente entre los agentes que habitan el barrio, se generan diferentes posiciones y por ello disposiciones, que hacen que agentes, en un mismo medio, actúen y piensen de distinta manera, de acuerdo a los principios de categorización de los que disponen (Gutiérrez, 1997).

Respecto a lo anterior, entonces, existen diversas maneras de sentir y vivir el barrio. Y, por ello, en consecuencia, existen en torno al barrio de Cordillera Central, dos distintos imaginarios; uno, simboliza emancipación y apropiación por parte de la comunidad para con su espacio, y resistencia, ante la adversidad y el estigma que se ha posicionado sobre el barrio; el otro en cambio, representa la imagen degenerada de los sectores pobres, en los predomina, según la opinión pública, la delincuencia y el consumo y venta de drogas. Este último imaginario, se ha visto favorecido por la presencia de la Población Obrera de la Unión en el sector, pues el

conventillo, que en un principio alojaba a la clase obrera, poseía en determinado momento, problemas estructurales, referidos a su infraestructura, y también de salubridad. Hechos que influyeron en la connotación negativa que hasta el día de hoy, tiene el enclave.

En la siguiente aproximación, se intentarán reconocer ciertas marcas del miedo, que dicen relación con el imaginario de la (in)seguridad mediante el cual, algunos habitantes de Cordillera Central, han interpretado su realidad, ya sea por determinadas disposiciones del espacio, o por la acción de los medios de comunicación, que han amplificado y distorsionado un conjunto de hechos aislados (Carrión y Núñez, 2006). Pues, no puede negarse que, el barrio, ha estado experimentando importantes transformaciones, apreciables en el aumento de la sensación de inseguridad, en el abandono de los espacios públicos, en la mayor presencia de casas y menestras enrejadas, y en el poco contacto que tienen algunos habitantes entre sí; que demuestran que Cordillera Central se ha ido perfilando como un lugar inseguro para sus habitantes.

VI.III.I. La (in)seguridad, uno de los imaginarios dominantes de los habitantes del barrio de Cordillera Central

Los habitantes del barrio de Cordillera Central, como no constituyen un grupo totalmente homogéneo, sus percepciones y modos de enfrentar la realidad son entre sí, muy distintos. Por ello, pese a la presencia de organizaciones, y a las relaciones que se establecen, producto de ellas, para aquellos, que no se impregnan de estas lógicas, y se encuentran alejados del mundo de las organizaciones y el de la resistencia, el barrio representa un lugar de conflicto, de desconocimiento, de abandono institucional, de delincuencia, de pobreza y de viviendas precarias.

Esta imagen degradada que se tiene de Cordillera, ha esbozado múltiples representaciones respecto al lugar y a las personas que allí viven, producto de lo que dicen sus propios residentes del lugar que habitan, de la participación de los medios de comunicación en la consolidación de esta imagen, y de la participación de la elite dominante, que margina, segrega y estigmatiza al pobre en la ciudad.

Así, la delincuencia, la drogadicción, la acumulación de basura, la baja participación, y la intromisión a la vida privada también conforman parte de la caracterización que se hace del barrio a partir del imaginario de la (in)seguridad.

Lo anterior, responde a macro procesos, sociales, políticos, culturales e incluso económicos, propios de la modernidad, tales como la exclusión y la desintegración social creciente, el desdibujamiento de las instituciones, la escasez e inestabilidad del trabajo, el individualismo, el cambiante rol del estado, el abandono ideológico y político, y la criminalización del pobre²² (Reguillo, 2008); pero también a micro procesos, propios de Valparaíso y del barrio de Cordillera Central.

“El cerro no es ajeno a la realidad que se vive, al decaimiento, y la realidad que vive Chile, con el tema del alejamiento de las instituciones. El cerro también ha tenido eeh...pérdidas importantes. Se decía el otro día, el auditorio de fútbol, la participación de la comunidad en las distintas instituciones, sociales, clubes deportivos, juntas de vecinos. Eso también ha llevado a la merma de estos espacios que se han recuperado y se han logrado permanecer en el tiempo” (Cristian, residente y dirigente de la Población obrera, y voluntario del TAC Y Corporación Santa Ana).

Junto con la modernización del puerto, y la desinversión que comenzó a aquejar a Valparaíso, el deterioro urbano de la ciudad se hizo estimable. Esto, sumado a que el poblamiento de los cerros fue asociado a la pobreza, la inmundicia y al hacinamiento, y a que tuvieron lugar en ellos, conventillos; incidieron en la formulación de un fuerte estigma socio-territorial que se posicionó duramente sobre los cerros de Valparaíso, y específicamente, sobre el cerro Cordillera. Pues este fue el lugar en donde se emplazó la reconocida Población Obrera de la Unión, descrita por muchos, como el lugar de residencia de criminales, de gente inmoral y sucia. Adjetivación del lugar que suscitó emociones negativas, impulsadas por el miedo y el rechazo. Tanto así, que incluso los mismos vecinos de Cordillera, estigmatizaron a quienes vivían en la población obrera.

²² Los pobres actualmente, no gozan de “pureza” ni menos de inocencia, pues existe una fuerte tendencia a pensar al pobre como un lastre, un enemigo del progreso, y un estorbo para la sociedad. Esto, forma parte de la política de criminalización del pobre, que deviene en una estrategia política que transforma un problema político y económico, culpable de la desigualdad económica y la pobreza, en un problema de criminalidad, en el cual el único responsable, es el pobre, en tanto se ha ido configurando como un sujeto peligroso y deshonesto (Wacquant, 2005; Reguillo, 2008).

“Mi vecino, vecino de al lado y otro de acá en una oportunidad que yo venía llegando del trabajo ellos estaban conversando, entonces yo los saludé por supuesto y me quedé ahí, cómo les ha ido, todo lo que uno conversa digamos, y estaban hablando justamente de la gente de la población, y me dio mucha rabia, mucha rabia, porque oh que estaban tan contentos porque no estaba la gente en la población, por favor, bueno ahí ardió troya porque yo les dije de todo, menos que eran bonitos, pero cómo ustedes pueden expresarse así, les dije yo, de nuestros propios vecinos, yo los echo de menos les dije yo, me encanta la gente... ya yo le puse más color, me encanta, no hallo la hora de que lleguen, ya listo chaito, nos vemos, sin entrar a pelear, pero qué feo, qué feo eso, uh que estamos tan tranquilos porque no... por favor. Si hay gente conflictiva en todas partes, debe haber gente conflictiva ahí así como son conflictivos ellos, cómo se te ocurre expresarte de ese modo, nosotros nos hemos criado con ellos”. (Juan, residente del cerro Cordillera, Presidente de junta de vecinos número 105 de Cordillera Central, y participante de la agrupación Roto Porteño).

“Toda la connotación que tiene la población obrera; el efecto de ser un lugar estigmatizado durante mucho tiempo, la gente... incluso todavía hay gente que dice que todavía ve puros delincuentes”. (Marcelo, voluntario del TAC).

Los factores anteriormente señalados, nos hacen creer que el imaginario de la inseguridad, forma parte de representaciones fijadas históricamente, pues desde tiempo remotos, se ha ido gestando una tipificación negativa sobre el Cordillera, la Población Obrera, y los barrios aledaños, y la gente que allí vive, que ha tenido que soportar etiquetas como traficante, delincuente, lanza o choro, pues la localidad en donde viven, se ha vuelto una marca distintiva de deslegitimación social.

Sin lugar a dudas, los factores históricos, ha incidido en la inseguridad, pero también debe decirse que ésta, se ha acrecentado al ser emplazado en un territorio habitado por la pobreza, pues precisamente, quienes viven en cordillera, por mucho tiempo han sido víctimas de la exclusión, dadas por condiciones de precariedad laboral y económica. Ya que si hacemos hincapié nuevamente en los grupos socio-ocupaciones de los residentes de cordillera, tenemos que en su mayoría son trabajadores no calificados (Carroza y Valenzuela, 2010), y que los jefes de hogar, tienen un bajo nivel educacional (Vergara, 2013).

Por otra parte, la drogadicción, el tráfico de drogas, el uso de la violencia verbal y física, y las figuras delictivas que tienen presencia en el barrio, son la mayor causa del deterioro en la calidad de vida de sus habitantes, y en la imagen que se tiene del lugar.

“Sucedo que se les dio un espacio de discusión, de reflexión, de juego, de inquietud y los chicos fueron demostrando que tenían muchas capacidades, y todas esas capacidades estaban como diezmadas por el mismo entorno, el mismo sector; e incluso yo creo que hasta familiarmente” (...) “...el Cerro tiene mucho tráfico de droga. Y es como que está todo presente a la vuelta de la esquina, o sea, al frente del Tac hay tráfico de drogas todos los días, gente que entra y sale a comprar”. (Marcelo, voluntario del TAC).

Cordillera central, entonces, ha pasado a ser percibido como un sector altamente peligroso, un barrio donde existe concentración de pobres, de violencia y de delito. Esto, ya sea con bases reales o percibidas, crea distancia social, y socava la posibilidad de la solidaridad, así como la posibilidad de acción colectiva (Wacquant, 2005), que se hace visible, en tanto la gente ha dejado de participar en las organizaciones del cerro, de relacionarse y se ha introducido de lleno en su vida privada, pues se experimenta temor, y éste, es uno de los detonantes más importantes de este tipo de prácticas, aunque también no hay que desconocer que existe desinterés.

El barrio y las familias que allí viven, y que se suponen portadores de todos los males, han sido estigmatizados, y han visto alteradas por ello, sus estrategias y estructuras sociales, a la vez que han experimentado, una sensación permanente de estar impedidos de ocupar los espacios de su barrio; y desconfianza, cuando se trata de relacionarse con los otros (Lunecke, 2012). Pues el barrio ha sido públicamente temido, evitado y denigrado, incluso por aquellos que viven en estos lugares, y otros tantos, que jamás han estado, pero que arrojan viles características a sus habitantes, repercutiendo negativamente en la calidad de vida de los residentes y, consecuentemente, en su opinión respecto al barrio (Ortiz y Mendoza, 2008).

“Siempre, históricamente de que yo era cabro chico eran muy estigmatizados, incluso en el extranjero fíjate, cuando tú decías mira yo era del cerro Cordillera, ah el cerro Cordillera... éramos todos cuchilleros, ladrones, mocheros, de todo lo que tú te puedas imaginar. Nunca ha sido así, tampoco ahora es así, pero esa era la visión, y yo diría que en alguna medida todavía sigue quedando esa estigmatización”. (Juan, residente del cerro Cordillera, Presidente de junta de vecinos número 105 de Cordillera Central, y participante de la agrupación Roto Porteño).

“Cuando llegamos, yo llegué con otros alemanes también, estuvimos en total cuatro alemanes y un chico de Inglaterra, y nosotros estuvimos como los “gringos” y nos dijeron, bueno no nos dijeron que sea tan peligroso, pero cada uno de nosotros lo sentía... ..y también lo sabía, porque por

ejemplo, cuando bajamos del cerro nunca nos dejaron ir solo, porque es bastante peligroso; también Plaza Echaurren para arriba, nunca bajas ahí...”. (Merit, voluntaria extranjera del TAC).

“Yo al comienzo era “la” que trabajaba con ellos entonces la gente decía que... “usted que trabaja con delincuentes, que se yo...se perdió una máquina...” “usted tiene que saber po, total todos lo que están acá son de su cuenta”. Entonces ellos veían la micro pasar con la gente y decían “tía, ¿qué pensará la gente de nosotros ahora, pensarán que somos delincuentes o no?, a mí me llamó la atención porque mucha veces los niños hacían esa pregunta de qué pensará la gente de mí...”. (Patricia, fundadora y ex directora del TAC).

Respecto al estigma y a la imagen que se construye en torno al barrio, podemos decir que situaciones específicas dentro éste, tratadas por los medios de comunicación, han sido muy importantes a la hora de saber cómo es mirado el barrio por el resto de la ciudad. Pues las noticias hablan desde el sensacionalismo y el morbo de los accidentes, asesinatos o asaltos, ampliando y distorsionando un conjunto de acontecimientos aislados, y favoreciendo la construcción de una hiperrealidad. Ya que los discursos relativos a los medios de comunicación, no generan la inseguridad por sí mismos, pero sí, la reproducen, la consolidan y la llevan a un punto sin retorno, impulsando la idea de un incremento sostenido del delito, que nos hace estar convencidos de que estamos cada vez más, expuestos a ser asaltados o atacados, al punto que un descenso de la delincuencia, señalado en las estadísticas, no podría lograr modificarla (Paternain, 2012).

“A la Paty que era directora en ese tiempo del Tac, le llamó mucho la atención... “nosotros todos los años hacemos actividades acá, un carnaval callejero, tenemos un anfiteatro”- que era como un basural-, y llamaba a la televisión, a los canales ofreciendo... “no es que no tenemos tiempo, es que no sabemos cómo llegar” y decía: “ocurre un acontecimiento de la noticia roja y llegaron todos al tiro”. (Marcelo, voluntario del TAC).

Pero, ¿a que realmente se le teme?, ¿que implica experimentar la inseguridad?, es un pregunta que no carece de importancia, pues por un lado, los cordilleranos a partir de esto, definen sus prácticas, los espacios que usan y con quienes se relacionan; y por otro, a raíz de este imaginario es que la gente ajena al cerro, despliega el estigma y una amplia gama de calificativos hacia los habitantes de estos lugares.

El imaginario de la inseguridad, es una experiencia individual, pero constitutivo del orden social (Reguillo, 2008). Éste, en tanto imaginario, no es el reflejo de la realidad, sino parte integrante de ella, que define disposiciones a sentir, a pensar y actuar de un modo concreto,

determinados por el efecto que genera la inminencia de un daño real o imaginario (Reguillo, 2008). La inseguridad, se expresa como miedo, al perjuicio material, al dolor físico, o al moral, y a la incertidumbre y aleatoriedad del desenlace de un delito, aun cuando sea baja probabilidad de que efectivamente suceda (Kessler, 2010). Aunque como hemos podido ver, a través de nuestra experiencia, no todo lo que genera inseguridad, supone un la infracción de la ley, pues los jóvenes reunidos generalmente en las afueras de la Población Obrera, sin infringir normativa alguna, generan temor entre los habitantes del barrio de Cordillera Central.

“De día ponte yo sé que a mí no me va a pasarme na, tendría que ser algo fortuito, pero igual de repente es penca de día porque mi mamá me ha contado que sale a comprar verduras ahí a la esquina y hay cabros que no son de acá, de repente temprano como a las 10 de la mañana y le quedan mirando la cartera y todo”. (Mauricio, residente del cerro Cordillera).

En este sentido, vale decir que, la inseguridad, no es siempre una respuesta al crimen, pues se experimenta también cuando la gente habita un lugar, y lo siente extraño, ya sea porque desconoce sus calles y sus objetos, porque no conoce al resto de las personas que lo habitan, o porque no se reconoce a sí misma como de ese lugar (Barbero, 2003). Por eso cordillera, es considerado para los turistas y afuerinos, un lugar peligroso.

“Al principio igual llegai’ con un poco de temor, pero... después cuando vai’ conociendo a la gente... y yo creo que cuando vai’ conociendo a los chiquillos... te va dando como más piso para poder hacer como más cosas o no tener como tanto miedo...”. (Isamar, voluntaria del TAC).

“Yo tampoco siento que hayan lugares más peligrosos del cerro cuando lo habitas, porque tal vez si eres de afuera... he visto montones de gringos que los han asaltado, si eres de aquí es como difícil, si ya te vieron dos o tres veces... tiene que ver como con cuáles son tus lógicas con el cerro, cómo estableces relación, cómo te comunicas”. (Daniel, residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC, la Biblioteca Gutenberg y la Corporación Santa Ana).

En otras palabras, la inseguridad que pueda llegar a sentirse, depende de la vida comunitaria de las personas, de sus vínculos interpersonales, y de su lugar en el mundo, pues en un contexto de ciudad fragmentada y segregada, se le teme a lo que no se conoce, es decir, al “otro”²³. Por ello las personas se ven ante la necesidad de distinguir entre quiénes son como ellos y quiénes no, qué es peligroso y qué no. Pues es mediante este etiquetamiento social que se

²³ En el caso chileno en particular, la conformación del “otro” como sujeto, tiende a asociarse a distinciones sociales como raza, clase social y edad (Lunecke, 2016).

evalúa a las personas y se define el tipo de relación que establecerá con ellos, a partir de lo que se valoran como bueno o malo (Lunecke, 2016).

Por otro lado, existen ciertas disposiciones del espacio que favorecen el miedo y la inseguridad, que no necesariamente tienen que ver con la real ocurrencia de hechos delictivos. Pues, finalmente, la inseguridad, y el consecuente miedo que se experimenta, es un producto social, inscrito en estructuras y dinámicas urbanas concretas (Carrión y Núñez, 2006). Un ejemplo de ello, es el papel decisivo en la seguridad objetiva y subjetiva, que tiene la infraestructura, pues el deterioro de las fachadas, las construcciones con materiales débiles, la destrucción de instalaciones urbanas, la falta de iluminación, las menestras que cuentan con rejas para su protección, los sitios eriazos y el vertimiento de artículos domésticos que los vecinos botan al paso, como sillones, colchones, lavadoras; influyen en la inseguridad que se percibe en el barrio.

La instalación de la Población Obrera es muestra de lo anterior también, pues experimentaba un abandono y deterioro estructural innegable, que suscitaba temor, intriga y desapruebo hacia el estilo de vida que llevan en su interior sus residentes. Sin embargo, la posterior recuperación de ésta, tuvo un efecto amortiguador, pues si bien, algunos aún tienen sus reservas respecto al lugar, existe la percepción de que ha mejorado, y que es más segura. Hecho atribuible particularmente a la restauración que se le hizo, que estuvo orientada por intenciones de mejorar la calidad de vida de los residentes, y de reavivar el sector y el barrio.

“Le cambió inmediatamente el rostro a la población obrera y se convirtió, ya no era una casona antigua, abandonada, decirte populacho, sin fondo, sino se convirtió en un hijo representativo” (Marcelo, voluntario del TAC).

Así, como hemos visto que la inseguridad se inscribe en cierta estructuras, es que existen áreas “sensibles” en las que la percepción de inseguridad pareciera ser creciente, zonas neutrales, y zonas de riesgo cero, a partir de las cuales, los individuos hacen un mapa imaginado del barrio, que finalmente repercuten en el barrio practicado (Reguillo, 2008). Respecto a los lugares seguros del barrio, o zonas de riesgo cero, están el propio hogar, y los lugares en donde se

emplazan las distintas organizaciones del barrio. Mientras que las áreas “sensibles”, son aquellos espacios abiertos en donde podrían llegar a reunirse asaltos, drogadictos o narcotraficantes, como lo son, la cancha, la plaza Gabriel Correa durante la noche, las distintas escaleras, las afueras de la Población Obreira, las quebradas y las casas abandonadas o sitios eriazos, producto de acontecimientos que han sucedido cerca de esos lugares alguna vez. Aunque, normalmente, los lugares considerados altamente peligrosos para los habitantes de Cordillera Central, son aquellos externos a su barrio, o por los que no transitan normalmente. Pues con frecuencia, el barrio, o al menos el pasaje, en comparación con el cerro en general, es asociado a lo seguro, a lo conocido, independientemente de la ocurrencia objetiva de hechos de criminalidad. Y los espacios más distantes, a lo desconocido, a lo amenazante.

Además del confinamiento y localización del miedo e inseguridad, otra práctica común respecto a ésta, y que podemos apreciar, es el continuo vínculo a ciertos horarios. Pues, en el imaginario colectivo, la noche o madrugada están asociadas a un horario de mayor exposición a la violencia o a hechos criminales (Reguillo, 2008).

“No sé, ponte mira yo estuve viviendo como tres meses en Playa Ancha, en el segundo sector y tú salías de día y ahí la droga está metida pero con cautela porque iba a comprar y no te dejaban tranquilo hasta que le dieras una moneda a los que estaban ahí en la esquina, entonces eso aquí no te pasa, tú vas caminando todo, no tienes problema, de día... de noche llega a juntarse gente de otro lado igual, pero de día es... estando de día con luz” (Mauricio, residente del cerro Cordillera).

De esta manera, se va consolidando la imagen de que en ciertos horarios, ciertos sectores del barrio, son peligrosos, sometiendo a los habitantes de Cordillera Central, en consecuencia, a mensajes contradictorios respecto del lugar en el que habitan. En este sentido, las reacciones son variadas, pues, están quienes se resisten a la imagen degradada del barrio, quienes la ignoran, y se someten al estigma, y quienes mediante prácticas, contribuyen a mantener y acrecentar la percepción de la delincuencia, como algo inevitable y consustancial a la vida de barrio (Barbero, 2003). Este último grupo, que tiende a validar y amplificar las prácticas delictuales, asume el perfil de delincuente, de narcotraficante, o de *choro*, y adopta prácticas violentas y poco amigables con los vecinos, intimidando, acotando espacios, y realizando actos delictivos en el sector. Pues, resulta que, lo que es legítimo para una mayoría, puede no serlo para otros, que

hayan en la criminalidad y en la violencia, repertorios posibles y apropiables, aun cuando puedan implicar la trasgresión a la norma (Garriga y Noel, 2010).

Ante estas distintas maneras de pensar, sentir y actuar, la amenaza que experimentan algunos vecinos, por la presencia de otros, se convierte en un criterio válido para evitar a los vecinos, e impedir que se acerquen. Un breve reconocimiento de esto son las medidas de seguridad privada que han adaptado las personas y los comerciantes, que atienden a través de una rejas, acciones que se supone garantizan mayor seguridad en la vida cotidiana (Kessler, 2010).

Finalmente, la inseguridad y el temor al delito, influyen más que el mismo delito, en la vida diaria de las personas, pues éstos son los motivos por los cuales, sin una real ocurrencia hechos, modifican la forma en que usan los espacios públicos, y se resguardan restringiendo sus horarios de salida, evitando ciertas calles, y recluyéndose en sus hogares.

“Mi familia es como... todos enfocados acá en este barrio, mi papá era el que salía, el que se juntaba en el club Meteoro, pero prácticamente todos nosotros, nuestro lugar de punto de encuentro es acá así en mi casa”. (Mauricio, residente del cerro Cordillera).

La mella que causa la inseguridad, se expresa también en el tejido social. Ya que al generarse una serie de desconfianzas interpersonales, comienzan a predominar, bajos niveles de participación en las organizaciones barriales, y pocas intenciones por vincularse con el vecino. Así, vemos que, las personas que establecen relaciones de amistad, de cooperación y reciprocidad, lo hacen casi exclusivamente con otros que viven en su misma calle o pasaje (Lunecke, 2012). Pese a que los testimonios de éstos, den cuenta de buenas relaciones entre sí, y hagan alusión a la buena disposición que tiene la comunidad cuando algún vecino necesita ayuda.

Las relaciones de amistad que se establecen, pueden llegar a ser muy estrechas, incluso, como para que quienes las integran, se lleguen a definir como familia. Éstas, se dan en su mayoría, entre vecinos próximos, o residentes antiguos, pues por el conocimiento que se tiene del otro, se aprecia al antiguo locatario por sobre el nuevo, con el que por el contrario, se tiene un tipo de relación caracterizada por la distancia y el desconocimiento. No obstante, pese a la

presencia de buenas relaciones o de relaciones de amistad, al interior del barrio, en términos generales, éstas no se refieren al barrio en su totalidad, pues prima más la desconfianza y el desconocimiento a la hora de vincularse.

“Hay una relación de, yo diría de afecto, hay una relación afectuosa, de respeto también, de mucho respeto, pero sigue siendo un tanto cada uno para su santo, sigue siendo individualista, pero cuando tú necesitas recurrir por algún motivo o tener la ocasión de conversar con esas personas cambia la cosa, es decir hay una recepción, hay una ligazón, pero que no se da mucho el día a día, se da esporádico porque como en todas partes yo creo del país cada uno mata su toro no más, anda preocupado de lo suyo”. (Juan, residente del cerro Cordillera, Presidente de junta de vecinos número 105 de Cordillera Central, y participante de la agrupación Roto Porteño).

“Yo vivo 15 años en esta calle y conozco una vecina, los otros rehúyen, prefieren no saludar”. (Maria Eugenia, residente del cerro Cordillera).

Lo anterior se hace plausible en las prácticas, pero también en los relatos de los habitantes de Cordillera Central, pues aunque se mencionó que la relación que se mantenían con el resto de los vecinos, era de confianza, de cooperación y cordialidad, existe la impresión entre los entrevistados, que hay un deterioro en la convivencia al nivel barrial, que se refleja en la baja participación.

“Antiguamente la gente iba a las reuniones y se llenaba la Junta de Vecinos, hoy en día cuesta pero cualquier montón para que ellas vayan a una reunión y... uno siempre tiene que estar haciendo algo para poder hacer que la gente participe, entonces como que hay más... eh... bueno si me dan algo voy y antiguamente no era así”. (Inés, residente del cerro Cordillera, Presidenta de junta de vecinos 108, voluntaria del TAC, de la Corporación Santa Ana y el Roto Porteño).

“Hay otro montón de gente que te ve como el mártir, como el bueno que... a pa qué lo voy a hacer yo si estos locos lo hacen... que no se hacen partícipes y buscan la solución más fácil, lo que le pasa a un montón de gente igual, siempre hay unos monos que se organizan, los que se juntan, y los otros que se quedan esperando que les llegue la respuesta no más”. (Daniel, residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC, la Biblioteca Gutenberg y la Corporación Santa Ana).

La participación e involucramiento, son bien valorados por la comunidad, y por el contrario, las actitudes de aquellos que no participan y se aíslan en sus vidas privadas, son consideradas negativas -aunque justificadas, dada la inseguridad que existe en el barrio-. En este sentido, podemos decir que nos encontramos ante una postura contradictoria por parte de los habitantes, pues pese a lo que es bien valorado, la práctica de no salir del hogar es extendida, al

igual que la percepción de que es mejor “no sapear” y “no andar preocupado de lo que hacen los otros”.

“Añoran el hecho de tener alguna pertenencia y colaborar y de juntarse. Pero curiosamente llegado el momento no ocurre”. (Juan, residente del cerro Cordillera, Presidente de junta de vecinos número 105 de Cordillera Central, y participante de la agrupación Roto Porteño).

Pero más allá de la mella observable en el tejido social, y de los prejuicios y de la de discriminación que se esgrimen hacia el territorio, se cree que el estigma territorial, socava la capacidad de los habitantes, de reafirmar una identidad barrial con valoración positiva (Wacquant, 2005). Sin embargo, cabe señalar que, los residentes de Cordillera Central, a excepción de la regla, experimentan identidad barrial y arraigo territorial, demostrables en el cariño que sienten por el barrio, y en el orgullo que sienten de pertenecer a Cordillera, que se vincula al esfuerzo, a lo popular, y para algunos a lo “chorizo” del puerto. Pues, quienes viven en el barrio, manifiestan no querer dejar el cerro, pese a reconocer la presencia de climas sociales negativos.

En este sentido, podemos decir que el barrio de Cordillera Central, pese a la marginalidad y segregación que sufre, no conforma un guetto, si nos ceñimos a las definiciones que de ésta da Wacquant (2007), pues por un lado, porque no existe una duplicidad por parte de las insituciones, y por otro, porque el barrio representa un lugar identitario para sus habitantes, en el que se relacionan y organizan, aunque sea a escalas menores.

Pero, entonces, si el cerro y el barrio son apreciados ¿qué hace que ciertos lugares, hechos y personas sean identificados como peligrosos? Preguntar por quién percibe, interpreta y actúa, no es secundario. Pues esto, se hace desde una posición, que, involucra relaciones de poder, y adscripciones culturales e identitarias (Reguillo, 2008). Ya que, la noción de peligro, da cuenta de lo que se piensa y percibe en torno al delincuente, noción que a su vez está dada por, la posición que se ocupa en la estructura social, y por las disposiciones, a actuar, pensar y sentir, que orientan a las personas.

Entonces, las principales explicaciones acerca de las identificaciones fragmentadas y diversas, que señalan qué es riesgoso y qué no, se refieren a barreras que construyen los grupos sociales entre el “yo” y el “otro”, las cuales son definidas en base a lo que se entiende por “desviado”. Esto inevitablemente, hace alusión a marcos valóricos y morales de las personas (Lunecke, 2016). Pues en una misma condición social, hay diversas formas de pertenencia, y modalidades de agrupamiento social, basadas en esquemas de percepción, apreciación y acción propios (Wacquant, 2013).

De esta manera, en el caso del barrio de Cordillera Central, se reconocen al menos dos formas de pertenencia, dadas por diferentes sistemas de normas, que muchas veces no son compatibles, y que generan fricción entre los vecinos. Pues, producto de que ciertos grupos adoptan patrones de comportamiento relacionados al delito y a la violencia, entran en disputa con el resto de los habitantes, que se rigen por mapas normativos que sigue la sociedad en general.

Quienes disponen de estos mapas normativos antagónicos al interior del barrio, adquieren un rostro reconocible: la de los “choros”, domésticos, drogadictos, borrachos o jóvenes, relacionados la mayoría de las veces, a una figura masculina y a los antivalores de la sociedad; o por el contrario, a la valentía y a la justicia, cuando son juzgados por quienes los aprueban. Pues como se dijo, la visión respecto a la delincuencia es relativa, y depende de la posición que se ocupa en la estructura social²⁴.

Por otro lado, están los que se oponen, y desaprueban la figura del delincuente al interior del barrio, que pueden o no, estar vinculados a la resistencia y a las organizaciones; y quienes no se oponen y mantienen relaciones de cordialidad con los considerados delincuentes, ya sea por respeto o temor, o porque son disculpados y justificados por ser productos de un orden injusto.

²⁴ Las distintas posiciones que los agentes pueden llegar a ocupar dentro de la estructura social, y los diversos repertorios culturales que tienen a su disposición, inciden en la significación que los agentes le dan a lo ilegítimo. En este sentido, podemos decir que, lo legítimo e ilegítimo, están social, cultural e históricamente mediados, es decir, sus definiciones varían no solo en el tiempo y en el espacio, sino que también de acuerdo a diversos contextos sociales. (Garriga y Noel, 2010).

Pues no es de negarse que existe una evidente resignificación de las prácticas consideradas negativas, a nivel barrial. Aunque claro, no por todos los vecinos.

Finalmente, cabe mencionar que la percepción del miedo, los espacios de sociabilidad que ciertos grupos establecen en el vecindario, las relaciones que sostienen y las prácticas que realizan hombres y mujeres en el espacio barrial, que dependen de su posición social y las disposiciones a sentir, pensar y actuar, dependen también en cierta medida, del género, la edad, la residencia, y de las habilidades físicas (Ortiz y Mendoza, 2008). Pues si bien, tanto hombres como mujeres experimentan la inseguridad, las mujeres y la gente mayor, al sentirse con menos capacidad para defenderse; y los afuerinos, que desconocen el lugar y su gente, son quienes están más propensos a sentirse más inseguros, mientras que los jóvenes, sobre todo aquellos que hace suyo el espacio, conocen sus calles y sus vecinos, sienten seguridad. Pues lo desconocido es lo que genera temor, por ello, en la medida en que haya interacción con el entorno, la desconfianza, el miedo al otro y la inseguridad tenderán a disminuir.

“Yo en realidad no ando con miedo, a mí me da lo mismo, pero ponte a mí mamá no le gusta salir de noche a comprar a la esquina porque le puede pasar algo, veí a la gente que no son de acá, son puros cabros chicos que prácticamente dejan la cagá aquí en el cerro en la noche”. (Mauricio, residente del cerro Cordillera).

VI.III.II. Choros y domésticos: protagonistas de la (in)seguridad

Cuando la inseguridad en un barrio, es percibida por un grupo de personas, inevitablemente éste, tiende a responsabilizar a ciertos actores. Pues, las personas antropomorfizan el miedo, y lo proyectan sobre “grupos de riesgos”, que suponen responsables del deterioro social y del caos urbano (Reguillo, 2008).

En este sentido, la inseguridad se instala, en el caso del barrio de Cordillera Central, sobre el “choro”, el doméstico y sobre algunos jóvenes del cerro Cordillera, en la medida en que se van construyendo como sujetos peligrosos. Pues según se desprende del análisis, estos representan en el imaginario, una amenaza y un riesgo, aunque también, una tentación, ya que son capaces de atraer al mundo delictual a “gente buena” y vulnerable. Razón por la cual estos personajes,

pensados como peligrosos, son considerados modelos de rol negativos al interior del barrio, pues se vuelven una guía respecto a los comportamientos posibles, y terminan por seducir a muchos.

Como consecuencia de esto, no solo se adhieren más personas a estos sistemas de acción que implantan estos personajes como los modelos de rol que son, sino que además se amplifica y valida el desprestigio que sume al cerro Cordillera, al resignificarse prácticas violentas y reproducirlas. Pues, ser “choro”, consiste en estar alejado del mundo organizativo y resistente de Cordillera, poseer ciertos valores y códigos distantes a éste, y realizar ciertas acciones propias del mundo delictual. Esto es finalmente lo que lo diferencia de otras personas del barrio, la posición que ocupa en la estructura social, y su sentido práctico, sus disposiciones a actuar, a pensar y a sentir, en donde el honor es fundamental.

El honor que reclama el “choro”, puede ser entendido como una reclamación de orgullo, y también, como la aceptación de esa reclamación. El derecho al orgullo, al cual se accede mediante la obtención de honorabilidad, es el derecho a una posición, que se consigue mediante el reconocimiento de una identidad social determinada (Pitt-Rivers, 1979). De esta manera podemos decir que el honor, y la posición que ocupa el “choro” a nivel de barrio, tienen que ver con el reconocimiento de su coraje, su disposición corporal al combate, y su prontuario. Pues son estos los que le dan valía social y una identidad reconocible, suscrita tanto en su lenguaje, y en sus valores, como en su apariencia y en sus prácticas.

Esta identidad reconocible que llega a adquirir el “choro”, se traslada también al lugar en el que habita, pues si hay “choros” en el Cordillera, el cerro asume la condición de “cuna de choros”, o “donde mueren los valientes”, pues los grupos sociales poseen un honor colectivo del que sus miembros participan; la conducta valerosa de uno, se refleja en el honor de todos, que aunque puede que para algunos esto tenga una connotación negativa, para otros, es motivo de orgullo, y muestra de la superioridad del cerro Cordillera, por sobre otros, menos “choros”.

Basándonos en esto, es posible decir que la reputación de un hombre “peligroso”, es capaz de concederle prioridad, por sobre un hombre virtuoso, pues, para algunos, es considerado un

atributo, y para los que no, puede que en privado no consideren honorable al hombre peligroso, pero mientras nadie esté dispuesto a impugnarlo, se le tratará como si lo fuera y se le concederá la prioridad y el honor que reclama (Pitt-Rivers, 1979). En este sentido, a partir nuestro análisis, hemos podido inferir que en el mundo delictual de Cordillera, se establecen jerarquías, pues el que ha acumulado un prontuario más exitoso y reconocible, tiende a ocupar una posición privilegiada, y también que existen discursos, tanto públicos como privados respecto a la opinión que a las personas les merecen los delincuentes.

Respecto a las jerarquías, podemos decir que el “choro”, en Cordillera, a la vez que provoca temor, incita respeto. Hecho que lo pone por encima de otros, que guiados por el temor, determinan con mayor cuidado sus prácticas, sus espacios y las formas en que se relacionan con estos personajes. Pues, el honor se establece o impugna mediante el comportamiento físico, y la violencia; por lo que quien no esté dispuesto a llevar estas prácticas a cabo, asume su posición de inferioridad respecto a quienes acotan espacios, y representan una amenaza, ya que finalmente, el que tiene más fuerza, valentía y audacia, es el más valeroso, el más “choro”.

No obstante, el concepto de honor, varía de unos a otros. Por ello, hay quienes que no consideran que el valor tenga que ver con la virtud, y que valoran positivamente las actitudes violentas y delictuales, como también quienes, por el contrario, las desaprueban.

El “choro”, será reconocido positivamente o despreciado, dependiendo de quien lo considere. Los turistas y quienes no residen en Cordillera sobre todo, le tienen temor; hay otros, a los cuales, al convivir con él, les es indiferente; y hay algunos, para los que es valeroso y suscitador de identidad, en tanto sale adelante ante la adversidad, y busca justicia ante la desigualdad existente. Esto depende fundamentalmente de las maneras de pensar, sentir y hacer, de cada agente, que se encuentran determinadas por la posición que ocupa en la estructura social. Es en relación a esto es que el “choro” puede ser pensado como víctima o victimario.

Entre los habitantes de Cordillera Central, que valoran positivamente al “choro”, y que validan las prácticas de éste y del mundo delictual, podemos distinguir dos discursos. Uno

público, en el que se establece que la delincuencia y la violencia es mala; y otro privado, en el que se resignifican estas acciones y se afirma que el ser delincuente es desarrollar un oficio más. El discurso que se adopte, dependerá del contexto y de las estrategias que adopten los individuos, pues al saber que estas prácticas no están legitimadas, saben dónde y con quien pueden validarlas. Por eso, dentro de las entrevistas muchas veces hubo omisión, pues existe una intención de protegerse, proteger a otros, o no desprestigiar al barrio frente a determinadas personas, pues son conscientes de la sanción social que recibirían fuera de este campo. En este sentido, el discurso oculto, que tiende a validar al “choro” como tal, a su oficio y a las conductas consideradas, por lo general, como negativas, es una práctica que se suele realizar solo entre iguales, o con quien se disputa el honor.

Estos discursos, y las diferentes prácticas llevadas a cabo, que tienden a validar acciones vinculadas a lo delictual, se asocian a valores, patrones de conductas, y a códigos sociales, que son parte de una cultura valórica, que contravienen las concepciones del resto de la sociedad. Sin embargo, se pueden identificar distintos agentes delincuenciales en el barrio, que terminan siendo, por los códigos que les son propios, más o menos amigables con el resto de los habitantes de cordillera central. Entre ellos, destacan los lanzas o “choros”, que como bien lo insinúa su nombre, se asocian al choreo (robo), y por eso, al mundo delictivo, al de las drogas y el narco tráfico. A éstos, tradicionalmente se los caracteriza como sujetos violentos, astutos, buenos para pelear, tanto en intención como en habilidad, temerarios, y con cierto prontuario, pero que, bajo ninguna circunstancia, serían capaces de robar a vecinos o asaltar dentro del barrio, pues el “choro” es solidario con sus pares, y trabaja en base a solidaridades y lazos de confianza, que son el sustento para la protección de la actividad ilegal que realiza.

El “choro”, si bien suscita temor, producto de esto también, inspira respeto, pues protege a los suyos y a su barrio. En otras palabras, es una figura con la que uno no quiere verse enfretanado, pero que se asume, que en determinados momentos, protegerá a los que lo rodean. Por eso es que no puede ser totalmente desaprobado. Los “choros” al interior del barrio son perfectamente reconocibles entre los vecinos, conviven con ellos, y hasta cierto punto, no

irrumpen la armonía del barrio o la de sus cercanos. Incluso puede verse que hay familia que por años han heredado el oficio a sus hijos, y nietos, sin que esto implique una resolución o intervención por parte de los vecinos.

“El *choro* pasa a ser como el personaje que se destaca, que nadie lo aplasta, que él se puede defender sólo, que debido a la condición de vida que ha tenido, le es fácil surgir y sobrevivir sea como sea: peleando, discutiendo, y que tiene mañas, tiene maneras de defenderse, defender sus derechos sobre los otros también, de buena o mala gana, pero se gana como en respeto, “yo no me meto con este porque este me la va a ganar, porque este es *choro*”. (Marcelo, voluntario del TAC).

Por otra parte, los domésticos, que corresponden a otro tipo de agente delictual reconocible al interior del barrio, opuesto al respeto y reconocimiento que suscita el “choro”, son jóvenes, que despiertan en los vecinos de Cordillera, descontento y odio, pues, con el fin de consumir drogas, roban especies en su propio barrio, para luego venderlas. Por ello son conocidos también como *angustiados* o *asegurados*, pues estas características hacen alusión a su alta adicción a las drogas y a su desesperación por conseguir dinero, que los llevan finalmente, a robarles a sus vecinos y conocidos. Motivo por el cual representan una verdadera amenaza para el barrio.

Esto como consecuencia, ha provocado que el temor se haya ido extendiendo por sobre un grupo etario, pues la relación de los jóvenes con el espacio público y la violencia, se ha construido sobre un estereotipo social, que establece que los jóvenes en su mayoría, ante las altas tasas de inacción juvenil y maternidad adolescente en Cordillera, son quienes, se encuentran vinculados a la venta y al consumo de drogas, pues los jóvenes al no estudiar, ni trabajar, no sólo se encuentran en una situación de mayor vulnerabilidad, que podría incidir en su incorporación al mundo delictual²⁵, sino que también, no satisfacen las expectativas respecto al rol que se espera que cumplan en la sociedad, estando sujetos por ello, a una serie de prejuicios.

²⁵ Cuando los adultos sobrellevan largos periodos de desempleo, o falta de estabilidad laboral, pierden de manera paulatina, su capacidad de transmitir a los más jóvenes los valores vinculados al trabajo, a la educación y a la familia. Por ello, es posible, aunque no determinante, que los jóvenes adquieran un sistema de valores alternativos a los vigentes en la sociedad, y que estos valores, se estén vinculados posiblemente, a la transgresión y al delito. Así, ante la inexistencia de proyectos a largo plazo, la violencia empieza a ser considerada como expresión de coraje y de destreza física, y la criminalidad, como una acción que denota aventura, además de fuente de ingresos alternativa, y canal expresivo de resentimiento (Míguez, 2004).

“Los jóvenes, porque la mayoría de los jóvenes, no voy a decir todos, pero hay una juventud pero buenísima, hermosa que yo alabo, pero... podría haber mucha más, pero hay jóvenes que no están ni ahí, como es la palabra de ellos, que ellos lo único que hacen es hacer destrozos y ensuciar y hacer maldades”. (Inés, residente del cerro Cordillera, Presidenta de junta de vecinos 108, voluntaria del TAC, de la Corporación Santa Ana y el Roto Porteño).

El doméstico por su parte, es ampliamente desaprobado, incluso en el mismo mundo delictual, pues existe la política de que los pobres no pueden quitarles a los pobres. Cuando esto no se cumple, la violencia se vuelve imprevisible y significa “la pérdida total de códigos”; al igual que las actitudes poco amigables hacia los vecinos, pues hay una disposición tanto mental como física de acaparar espacios, tomarse ciertos lugares, y reducirlo para el resto de las personas, mediante la intimidación, consiente o no. Ejemplo de esto es cuando jóvenes consumen drogas en las esquinas, se acuestan en las veredas, o discuten en las calles.

“No me gustan los cabros que se creen el cuento de lo delincencial en su propio cerro, que terminan siendo domesticos, que le terminan robando a la señora de la esquina, meterse a las casas, que tiene que ver un poco con la pasta base, con la angustia... o simplemente de esta película que se pasan los cabros adolescentes o un poco más grandes de creerse choros, pero que tampoco tiene porqué... aquí hay una lógica igual en cordillera en medio de un montón de gente que tiene... un pasado delictual... hay caleta de familias que tienen como...prontuario o que son ladrones, y coexisten, coexisten con los demás y la gente sabe quiénes son y son parte del cerro y son vecinos, pero... y tal vez son locos que no van a hacer nada en el sector donde viven porque claro por ahí dicen que uno no caga y come en el mismo lugar ...yo lo he escuchado de viejos, pero, sin embargo, con los más jóvenes, con los niños pasa eso, que generan estas actitudes poco amigables con los vecinos, con la gente en general y transgreden un poco las libertades de otros como intimidando y acotando espacios, al final eso es lo que genera, como ejercer un rol territorial”. (Daniel residente del cerro Cordillera y voluntario del TAC, la Biblioteca Gutenberg y la Corporación Santa Ana).

Figura N°16: Rayado dedicado a los domésticos del cerro Cordillera



Fuente: Archivo fotográfico del Taller de Acción Comunitaria (TAC).

VI.III.III. Estrategias y prácticas en torno al imaginario de la (in)seguridad

En respuesta a la inseguridad y difamación espacial que experimentan los habitantes de Cordillera Central, quienes operan en torno al imaginario de la (in)seguridad, han ido desplegando estrategias para enfrentar las vicisitudes que éstas conllevan, dentro de sus posibilidades.

Las estrategias que realizan los habitantes de Cordillera Central, que se condicen con su posición social y su sentido práctico, dicen relación principalmente, con mecanismos de auto-protección simbólica. Estos mecanismos, por un lado, logran distanciar a los agentes de la situación que acontece en el barrio, para así proteger su identidad personal. Pero, por otro, favorece la reproducción de representaciones negativas, y reproduce la misma anomia y atomismo social que detonó en estas estrategias (Wacquant, 2007). Pues, quien vive en Cordillera Central y experimenta la inseguridad, recurre a estrategias de distanciamiento mutuo y de denigración lateral, además, de retraerse a la esfera privada de la familia, y tomar medidas preventivas para reducir riesgos innecesarios, como por ejemplo, caminar a solas en la noche o por ciertas calles.

Todas éstas prácticas devienen en estrategias en respuesta a la inseguridad, y generan códigos que prescriben y proscriben las prácticas en la ciudad, pese a que los comportamientos espaciales de las personas en los espacios públicos dependan, en cierta medida, del género, edad, origen, o habilidades físicas, pues estas son variables que hacen sentir más o menos vulnerables a ciertas personas.

Las estrategias de auto-protección simbólica más arraigadas, cuando se considera que la identidad, integridad y la valía de una persona están en juego, son; la distanciamiento mutua, que puede definirse como la elaboración de diferencias respecto a un grupo de personas que habitan un lugar, con el objetivo evitar cualquier tipo de asociación con ellos; y la denigración lateral, que consiste en difamar y descalificar al propio vecino, esparciendo y validando de este modo, la prejuiciosa mirada que tiene la sociedad de los barrios marginados (Wacquant, 2007).

Ante la necesidad de tomar distancia de la delincuencia, y del estigma que ésta conlleva, los habitantes de Cordillera Central intentan emplazarla, es decir, situarla en un lugar, confinarla en el lugar de los “otros”. Este es el motivo por el cual se explican la distanciamiento mutua y la denigración lateral. Pues, la posibilidad de localizar la inseguridad, es fundamental para conceder la ilusión de que controlar el lugar, hace posible contener sus efectos desestabilizadores. Mientras que la antropofomización de ésta, representa un modo de menoscabar la otredad, y de reafirmar la propia identidad (Reguillo, 2008).

En este sentido, se han ido perfilando ciertos personajes como peligrosos al interior de Cordillera Central, como lo son los “choros”, los jóvenes, los borrachos, los drogadictos, e incluso, los “otros”, los desconocidos. Muestra de esto es que gran parte de los habitantes de Cordillera Central le atribuyen la delincuencia a gente que no es del barrio, pues dicen que el Cordillera Central, al converger con otros barrios y cerros, es un punto estratégico para que personas de afuera vengan a robar. Así, Chaparro alto y las Brisas, han sido lugares que los habitantes de Cordillera Central han ido calificando como más peligrosos e inseguros que el lugar en el que ellos viven, estableciendo de este modo, diferencias de clase, -aunque se asuman ellos mismo como habitantes de un barrio popular-, ya que la alteridad que amenaza, se vuelve un

nuevo criterio legítimo de estratificación, en tanto se establece una barrera simbólica entre quienes cohabitan el espacio más cercano, y “los otros”, a los cuales no se les conoce, y son de quienes se desconfía (Lunecke, 2012).

“Putá pasai camino cintura, Chaparro alto y ya es otro Cordillera...es más malo, hay más delincuencia, es más *choro*” (Diego, residente del cerro Cordillera)

“Hay varios estilos de vida, ponte acá a la vuelta hay un okupa, pa allá pa las Brisas es como medio raro el ambiente...yo pa allá encuentro que es como malo, así de las familias todo, según mi punto de vista po, no todos pueden pensarlo así. Para acá, de la esquina para acá, encuentro que es uno de los barrios más piola dentro de todo el cerro” (Mauricio, residente del cerro Cordillera)

“En las partes más altas, en las quebradas hacia arriba, es más peligroso, por los indigentes y todo eso; pero si yo me circunscribo al Cordillera Central, digamos, no”. (Juan residente del cerro Cordillera, Presidente de junta de vecinos número 105 de Cordillera Central, y participante de la agrupación Roto Porteño).

Una tercera estrategia de auto-protección que despliegan los Cordilleranos, pero que tiene que ver con la búsqueda de una protección más bien física, es replegarse al interior de la esfera privada y buscar refugio en el hogar, encerrándose, enrejándose, y alejándose así de la vida comunitaria y de barrio. En este sentido, se ha logrado proyectar un imaginario de la seguridad y protección en el hogar y en el encuentro con los vecinos más próximos, abandonando los espacios públicos, y generando un desapego de las organizaciones barriales, pues en este punto, se han llegado a cuestionar la capacidad que tienen de representar los intereses reales de los habitantes del barrio.

Por otro lado, una estrategia que se diferencia de lo que es la auto-protección, pero que también se relaciona con la sumisión y pasividad respecto al estigma, es la validación de éste y de las prácticas violentas y delictuales.

Este tipo de estrategia, como es de suponer, es llevada a cabo por agentes distintos a quienes se quieren desmarcar de la delincuencia y el estigma. Estas prácticas devienen en acciones correspondientes a un grupo social aun más vulnerable que el mero habitante de Cordillera, que ya es reconocido como un agente que ocupa una posición desventajosa respecto a otros. Pues, quienes validan prácticas consideradas negativas, tienen un marco valórico

alternativo, y por ello, disposiciones a actuar, sentir y pensar, opuestas a las del resto de la sociedad. En este sentido, estas disposiciones, y repertorios posibles y apropiables para determinados grupos sociales, se traducen en divisiones individuales o colectivas que determinan clases sociales diferenciales. Pues, las disposiciones, están estrechamente ligadas a los valores que se desprenden, no sólo de las normas y leyes generales, sino que también, de la socialización mediadas por la clase, la cultura, la familia, e incluso también, por la misma subjetividad de la persona.

Determinados grupos sociales, que se han visto expuestos a la violencia de manera continua a lo largo sus vidas, han naturalizado y normalizado los riesgos del entorno. Así, han aprendido en forma activa, las pautas, los códigos y las justificaciones de los actos delictuales, adaptando conductas ilícitas y violentas como propias. Pero más allá de las variables de carácter cultural y social que inciden en su arraigo, existe una variable material, con no menos impacto, pues ante las privaciones materiales que experimentan las personas, se generan sentimientos de privación relativa, que terminan por justificar el desarrollo de economías ilegales, para poder llegar a convertirse en consumidores²⁶. De esta manera, la puesta en práctica de mecanismos informales para la obtención de dinero, es aceptado por el resto de la comunidad permisiva, al ser percibido como una estrategia de supervivencia, y también, como un canal expresivo de

²⁶ Las transformaciones que modificaron el mercado laboral, y que dieron paso a la precarización de la fuerza de trabajo, y al desempleo de ciertos sectores, incrementaron las posibilidades de que se cometieran delitos. Pues, se ha encontrado una asociación entre el delito y, el desempleo, la desigualdad y la pobreza, explicada por la diferencia que existe entre las expectativas que genera la sociedad, y las posibilidades reales de algunas personas para alcanzarlas (Míguez, 2004). Esta diferencia, que predispone a las personas a transgredir la ley, se ven impulsadas no solo por la privación relativa de algunas personas, sino que también por que, el lugar en el mundo, que una persona ocupa, al estar definido por su ocupación específica, ubica a quienes están desempleados o tienen un trabajo poco estable o mal remunerado, en un lugar de no pertenencia, esto es, fuera de uno de los principales ámbitos de integración social (Míguez, 2004).

El cerro Cordillera, y quienes allí viven, no están ajenos a esta realidad. Esto, es demostrable en la amplia presencia de trabajadores no calificados que hay en el cerro, que ocupan una posición desventajosa en el mercado laboral; en las altas tasas de inacción juvenil, y en la escolaridad promedio de los jefes de hogar (Censo 2002), pues todos estos factores, podrían posibilitar el comportamiento riesgoso, en tanto inciden en la privación relativa y actúan como facilitadores de la marginalidad.

resentimiento ante la desigualdad. Motivo por el cual, no existen sanciones valóricas o normativas, mientras no se vean ellos mismos ultrajados. (Lunecke, 2012).

“Respecto a los actos de delincuencia como le llaman, acá en el cerro hay, chicos acá viven, yo los entiendo, son productos que han sido marginados por años, no tienen salida, las políticas de los distintos gobiernos no dan salida a todas esas juventudes, esos niños, entonces termina así el asunto, ahora, los que se van generalmente por carterazos son los afuerinos, o sea si sube un turista se va pero cortao al tiro, pero los que vivimos aquí no porque más o menos nos ubican qué se yo, a no ser que venga uno de otro lado... una de las pocas familias unidas que sigue en este cerro que ocupan tres casas es de patos malos, entonces, del más viejo hasta el niño de 6 años y bueno, tú sabes quiénes son y ya el grado en que ellos están metidos tú no te puedes meter a tratar de sacarlos porque tú por una organización social del cerro imposible sacar esto, las soluciones tienen que venir de arriba, entonces, qué hacen, ellos te conocen, tú los conoces, y se convive”. (María Eugenia, residente del cerro Cordillera).

“Hay dos tipos de ladrones, el ladrón que roba por necesidad, y el angustiao. Yo al loco que roba por necesidad, no lo juzgo al weón, porque por algo está robando, tiene qué... pero el weón que roba por angustia pa comprarse vicios, ni un brillo...el weón que roba por necesidad tampoco se pega los condoros en el barrio, va pa otro lado a robar, porque en el fondo es un weón que puta, no le queda otra, pero no por eso te vai a cagar al weón de al lado porque no te queda otra. Puta en el barrio igual yo tengo muchos amigos que están metidos en weás raras, tengo amigos que andan robando pa afuera también po, los locos se pegan la salvá ahí y después ya se portan bien po... es que aquí este país culiao no hay oportunidad po”. (Diego, residente del cerro Cordillera).

En este sentido, asistimos a una profesionalización del delincuente, pues el tráfico de drogas y los robos, son considerados un trabajo más, en el que los únicos que no están resguardados en el barrio, son los turistas y desconocidos, pues por norma, uno no puede desarrollar este tipo de prácticas ilícitas en el barrio a sus vecinos.

“Me cargan las esquinas que a veces sólo se prestan pa estar tomando en ellas, o sea, habría que redondearlas, habría que pensar qué pasa ahí. Y todavía queda mucho eso de esquina que son de tomar... antes en las esquinas se juntaban los chiquillos y conversaban... a lo mejor pitiaban pero no cachabai... pero ahora es mucho más así obvio que en esa esquina se juntan y asaltan a los turistas... y está ahí... como una función más en el cerro y nadie está ahí y dice “oye esto es censurable” casi como con admiración de otras organizaciones... eso es bien inexplicable... pero me ha pasado... “no po tía si estaba trabajando”, pero ¿trabajando en qué?... entonces no hay sanción social”. (Patricia, fundadora y ex directora del TAC).

Por otro lado, si bien las aflicciones socioeconómicas son factores determinantes en el desarrollo del mercado de la droga y de otras actividades delictivas, el insertarse al mundo delictual tiene un incentivo más; la obtención de respeto y honor. Pues los grupos, al estar

insertados en el mundo delictual, hacen del enfrentamiento físico y de la conmemoración de hazañas vinculadas al robo, su marca de pertenencia o de distinción, y de la criminalidad, una aventura. Hecho que les garantiza la acumulación de un capital simbólico, calificado como positivo, si es considerado dentro de su grupo social, o negativo, si es pensado por grupos sociales no vinculados a estas prácticas.

Entender esto es determinante para explicar la génesis y la dinámica de los estilos de vida, y las estrategias de producción y reproducción de determinados grupos sociales. Pues la moral del honor pasa a ser la expresión transfigurada de la lógica económica y del interés de los grupos, al constituirse como una de las formas posibles de acumulación de patrimonio, cuando no se reconoce o no es posible acumular capital económico (Fernández, 2013).

Así, el capital simbólico que acumulan las personas mediante el despliegue de actividades delictivas, hacen que los delincuentes sean reconocidos como tal -por sus iguales o por quienes compiten con ellos imaginariamente por la acumulación de capital simbólico-, por no ser pasados a llevar, por su valentía y por sus aptitudes frente al combate. De esta manera, como es de esperarse, este tipo de estrategias, favorecen la presencia de criminales y drogas al interior del cerro, aportando prestigio al barrio, según algunos, en tanto se consolida como “cuna de choros”, o desprestigio, según otros, al validarse y amplificarse el estigma socio-territorial, incluso cuando otros se esfuerzan por ignorarlo o resistirlo. Pues, ciertos personajes, valiéndose del respeto y temor que inspiran, en tanto protagonistas de la inseguridad, se toman el barrio, y transgreden los anhelos y los derechos de los vecinos, al acotar espacios, consumir droga a la luz del día en calles principales, pelear, y seguir propiciando este tipo de prácticas, que tienen como lugares específicos la cancha, las quebradas, los sitios eriazos, y las calles como camino Cintura, ya que allí es donde se desencadenan y se encuentran y sociabilizan estos grupos sociales.

Este tipo de prácticas, no carecen de una lógica razonable, pues el “choro” o quien lo aprueba, no demuestra sus disposiciones a actuar, sentir y pensar en todo momento, pese a que quiere ser merecedor de honor y respeto. Éste, solo lo hace cuando lo cree prudente, frente a quienes estima conveniente, es decir, cuando su honor está en juego. Por eso existen otras

prácticas que le acompañan, en ocasiones, como lo es el encubrimiento de autores de delitos, y de actividades delictuales, pues al saber que estas prácticas no están validadas por el resto de la sociedad, saben dónde y con quien pueden legitimarlas. Dándose así una evaluación de los costos y beneficios que le pueden traer atribuirse este tipo de sistemas de acción ante un grupo que sanciona estos hechos.

Finalmente, cabe decir que, las prácticas que detonan la inseguridad, repercuten negativamente en la calidad de vida de los residentes no vinculados al mundo delictual, pues han hecho que los vecinos de este barrio, modifiquen la forma en que usan los espacios públicos, y la opinión que tienen respecto al barrio en el que viven.

La eficacia de una comunidad para enfrentar la delincuencia, radica en el capital social que logra acumular, es decir, en los vínculos que se tejen en y por el vecindario. En este sentido, respecto a los tipos de relaciones que se dan dentro de Cordillera Central, podemos ver, a quienes sin serlo, conviven en un ambiente de respeto mutuo con delincuentes, y a quienes, por otro lado, se aíslan y no se relacionan mayormente con sus vecinos, y en consecuencia, poseen un bajo capital social.

Sin importar a cuál de estos distintos niveles de relacionarse, los habitantes de Cordillera Central se adscriban, el bajo capital social que logran acumular ciertos habitantes, o el sostenimiento de relaciones de cordialidad, e incluso de reciprocidad, con quienes son delincuentes, aunado al nulo vínculo que tienen con el mundo organizacional y el de la resistencia, determinan finalmente, que las estrategias de estos grupos, sean reducidas, pues, de ninguna manera puede ser aprovechada la estructura de oportunidades que ofrece el barrio. Esto, en consecuencia, vuelve cada vez más difícil para ellos, salirse de la posición desventajosa que ocupan, aumentar su patrimonio, o generar un cambio. Pues las estrategias que despliegan en torno a la (in)seguridad, terminan por ser sólo de sobrevivencia, en tanto se vinculan a la pasividad y al conformismo. Motivo por el cual se reproducen y consolidan una y otra vez el orden establecido y la dominación, que se reflejan en la marginalidad y estigmatización aun

existente (Wacquant, 2007), impidiendo por ello, que el imaginario de la inseguridad deje de tener un espacio predominante en las mentes de los habitantes del barrio.

VI.III.IV. Desnaturalizando el imaginario de la (in)seguridad

Tal como la resistencia, la (in)seguridad, en tanto imaginario, forma parte de un conjunto de representaciones e imágenes acerca de situaciones, sujetos y objetos. Sin embargo, más allá de que este conjunto de representaciones e imágenes que orientan la acción humana, subyacen de una realidad, inciden en él la actividad imaginativa, la socialización de ciertas nociones y los medios de comunicación de masas, que terminan por transfigurar la realidad, y construir una hiperrealidad o una realidad sustituta, que por lo mismo, no siempre se condice con aquello que objetivamente sucede.

De lo anterior podemos concluir entonces que, el imaginario de la (in)seguridad, no es más que una construcción a nivel de las subjetividades de las personas, mediada cultural e históricamente. Por ello, es necesario desmitificar ciertas ideas respecto al cerro que se han extendido, producto de la percepción de inseguridad, como una verdad innegable para algunos. Pues el imaginario que circunda al cerro en general, y vehiculizan los medios de comunicación, se hace visible en los discursos de sus habitantes, pero también en los de aquellos que nunca han visitado el lugar, pero que se han liado al conocido mito del Cordillera “choro”, peligroso y pobre, que es necesario desnaturalizar.

Respecto a las nociones que influyen en la cimentación de imaginarios, podemos decir que éstas, al socializarse, determinan lo que devienen en reglas generales para la sociedad, y forman así, estereotipos en torno a lugares, situaciones y sujetos. En este sentido, las nociones que se tienen respecto a los habitantes de Cordillera Central, favorecido por el estigma socio-territorial, hablan de hostilidades, y de una perspectiva oscura y exótica en torno a los habitantes, que se traducen en el establecimiento de diferencias culturales. Pues, si el temor se objetiva en referencias espaciales y en ciertos personajes, en base a campos de poder, lo hace con la intención de identificar culpables. Culpables, a los que se le atribuye esta condición, por la otredad que son,

y no así por lo legal o ilegal de sus acciones, producto de la escasa sociabilidad con la alteridad, en la ciudad fragmentada y segregada de la que es parte Valparaíso.

De esta manera, la otredad, en tanto categoría de persona distinta a quien juzga, se configura, a juicio de ésta, como un sujeto peligroso y deshonesto, relacionado por ello, directamente con la violencia y el delito (Wacquant, 2007). Hecho que incide, en consecuencia, en el posicionamiento de un duro estigma sobre determinadas personas y lugares, que se traduce, finalmente, en una deformación simbólica de sí mismos.

La deformación simbólica, que se exporta al barrio de Cordillera Central, termina por crear una ficción acerca de la inseguridad, y convertir al sector automáticamente, en una especie de guetto hostil frente a la opinión pública. En tanto se crean y extienden significados y estereotipos en torno a las personas que habitan Cordillera, que poseen una situación desventajosa en el mercado laboral, y que comienzan a ser pensados como traficantes, vagabundos, ladrones y prostitutas.

Por otro lado, las políticas tanto de organización urbana, como patrimoniales, también son determinantes en las percepciones del miedo, pues en el caso de Cordillera, se hace visible una gran contingencia de carabineros en la plaza Eleuterio Ramírez, que da cuenta de que Cordillera se configura como un lugar peligroso, y que los límites para los turistas, están bien resguardados y demarcados, a diferencia de los otros sectores, y de las otras personas que, bajo el criterio patrimonialista que se sustenta sobre la lógica del turismo, no merecen ser una cara visible de la ciudad, pues es perceptible, más en la práctica que en el discurso, que allí es donde viven los habitantes de segundo orden.

Los medios de comunicación por su parte, también determinan nuestra percepción de la realidad, pues constituyen, junto con la televisión, la principal institución socializadora y formadora de opinión (Dastres, Spencer, Muzzopappa y Sáez, 2005). Por ello, podemos decir que

el documental “Población obrera la Unión” dirigido por Rodrigo Fernández²⁷, la Revista Sucesos, que en reiteradas oportunidades resaltó la pobreza en la que vivían los habitantes del cerro Cordillera, y la película *Valparaíso, mi amor*, de Aldo Francia, fueron fundamentales para la construcción del imaginario de la inseguridad en torno al barrio, por los temas abordados y el tratamiento que se le dan a éstos, que dan cuenta de la decadencia estructural, los conflictos, la delincuencia y supuesta insalubridad del cerro, reproduciendo y potenciando el estigma socio territorial, que retrata las fobias e imágenes que se tienen del otro y que tienen sus raíces en el inconsciente colectivo.

La basta exposición que le han dado los medios, a robos, asaltos, tráfico de drogas y a la violencia en espacios públicos, actúan como facilitadores de inseguridad, y fecundan en sus destinatarios, la sensación colectiva de miedo, que inciden en el modo en que se percibe a los habitantes de Cordillera Central, y en el que se perciben ellos mismos (Dastres, Spencer, Muzzopappa y Sáez, 2005).

En Cordillera, con fines sensacionalistas, los medios de comunicación han puesto relevancia en estos delitos considerados relativos a la seguridad ciudadana, por sobre otros, reforzando de este modo, estereotipos, mediante imágenes, la adjetivación de personas o de situaciones, y los juicios emitidos. Así, toda situación que ha involucrado violencia dentro del sector, ha sido explotado por los medios, a la vez que, han sido ignorados por éstos mismos, la heterogeneidad del barrio y las distintas formas de hacer y ser en el barrio. Pues si bien, hay delincuencia, hay quienes se resisten a ésta y al estigma, y se organizan en la comunidad para revertirlo.

Cabe entonces preguntarse, si el acceso a mayor información, implica intrusividad periodística o tratamiento sensacionalista de la información que se trabaja, ¿es realmente buena la calidad de la información que se entrega? Los datos sobre los cuales estamos basando nuestros juicios, muchas veces no son tan veraces, llegando a superar incluso, la misma realidad. En este

²⁷ El documental “Población Obrera de la Unión” dirigido por Rodrigo Fernández, puede ser visto en el siguiente sitio web: <https://vimeo.com/47725358>

sentido, conviene tener en cuenta, la posición tanto política como moral, desde la que se pretende informar. Pues, existe una construcción ideológica por parte de los medios, que se refleja en las representaciones que se tienen del pobre, la otredad y el delincuente.

VII. Reflexiones finales

Para finalizar esta investigación, hemos determinado cerrar ciertas reflexiones respecto al caso analizado, y plantearnos nuevas interrogantes.

Lo primero que se debe mencionar es que, el barrio de Cordillera Central, es un barrio de herencia obrera, inminentemente residencial, donde se conjugan diferentes tipos de intercambios, materiales y simbólicos, entre agentes que tienen distintas posiciones en la estructura social, y que, en consecuencia, son poseedores de identidades e imaginarios diferenciados.

Aunque, pese a los imaginarios e identidades disimiles entre quienes habitan el barrio de Cordillera Central, existe un tejido social, y una valoración respecto al espacio en tanto lugar de residencia, que se traduce en una identidad barrial común.

Respecto a la hipótesis, lo primero que podemos señalar es que los resultados, sostienen lo que en ella se conjeturaba. Pues, el posicionamiento de un estigma socio-territorial sobre el Cerro Cordillera, reproducido tanto por los vecinos como por los habitantes de ese lugar, ha dado paso a un proceso de resistencia por parte de quienes habitan el cerro.

Este proceso, como consecuencia, ha potenciado la capacidad de gestión local y el empoderamiento comunitario, y reivindicado dicho estigma al interior del cerro, aunque no así a nivel de ciudad; y ha elaborado nuevas identidades, en ruptura con el estigma, que dicen relación con la lucha, la herencia obrera, y la organización. Pero, este proceso no fue iniciado por gente de cerro como se intuía, sino por agentes culturales externos, que llegaron al cerro y que ampliaron, posteriormente, su modo de hacer y ser en el barrio a distintas personas.

Por otra parte, efectivamente, la resistencia no es el único imaginario que media las percepciones y el actuar de los habitantes de Cordillera, pues hay un retraimiento a la vida privada de variadas personas, un distanciamiento hacia las organizaciones, desconfianza y miedo al otro, que son anterior a la resistencia, y que inciden en la construcción del imaginario de la inseguridad en algunos habitantes de Cordillera, sobre todo, en aquellos que no residen en el

cerro. Pero, ¿Qué es lo que relaciona a estos dos imaginarios entre sí? ¿De qué manera se vinculan con el imaginario que circunda a la ciudad de Valparaíso? ¿Por qué es que existen dos imaginarios dominantes, en lugar de uno?

La historia del cerro, su poblamiento y sus organizaciones, a la vez que los macroprocesos sociales que vive la ciudad de Valparaíso, son los que nos pueden llegar a explicar la presencia de estos dos imaginarios dominantes. Pues pueden distinguirse hitos fundantes de dichos imaginarios.

Lo principal para poder entender la coexistencia de estos dos imaginarios, es reconocer que el barrio de Cordillera Central, es diverso y heterogéneo, y que las aspiraciones, deseos, y miedos, y con ellos, las disposiciones a actuar, sentir o pensar, son diferentes entre quienes habitan Cordillera. Por otro lado, la manera en que el barrio es vivido, percibido y practicado, se da de manera diferenciada para quien reside ahí, para quien sólo transita por allí y para quien es turista. Por ello se justifica que existan dos imaginarios en torno al barrio, pues dan cuenta de marco valóricos distintos, y distintas posiciones en la estructura social, que son finalmente, los que definen los espacios de sociabilidad que ciertos grupos establecen en el vecindario, las relaciones que sostienen y las practicas que realizan.

De esta manera, en el caso del barrio de Cordillera Central, dos imaginarios reconocibles en torno al barrio, están dados por diferentes sistemas de normas, que muchas veces no son compatibles. Pues, producto de que ciertos grupos adoptan patrones de comportamiento relacionados al delito y a la violencia, entran en disputa con el resto de los habitantes, que se rigen por mapas normativos que sigue la sociedad en general.

En este sentido, encontramos que, el imaginario de la resistencia, y el imaginario de la (in)seguridad, son opuestos, pues el primero nace en respuesta al segundo, y a los modos de pensar, hacer y ser en barrio que éste ha influido. Así, mientras el imaginario de la resistencia, haya su correlato en la organización y en las iniciativas comunitarias, que tienen como consigna reconfigurar las representaciones sociales sucintas de la estigmatización, y trabajar en la cohesión

y apropiación territorial; el imaginario de la (in)seguridad, por su parte, da cuenta de la visión degenerada que se tiene del cerro y de la Población Obrera, que influye en que el barrio, se profile como un lugar inseguro, en el que tienen lugar la delincuencia, el poco contacto entre los habitantes, y la intromisión a la vida privada.

La diferencia de estos imaginarios y de quienes se adhieren, entonces, recae en la actitud pasiva o activa que adoptan los habitantes ante las condiciones de vida que tienen, es decir, en la sumisión y pasividad respecto al estigma, o en la resistencia y no conformación del estado de las cosas, que se encuentran determinadas, a su vez, por la posición que se ocupa en la estructura social, y por el habitus.

La sumisión y pasividad respecto al estigma, nos habla de estrategias de sobrevivencia de una porción de habitantes, que posee una escasa cantidad de capital, y que ocupa una posición desventajosa en la estructura social, respecto a otros del barrio, que no es capaz de modificar las condiciones de su existencia; y la resistencia, nos da cuenta, por el contrario, de estrategias de cambio, que se producen de una manera consciente, por agentes que se autodenominan productores del cambio, y que tienen la capacidad de injerencia para generarlo, por el capital y la historia del capital que han logrado ir acumulando a lo largo de sus vidas, y sus habitus.

No obstante, si bien estos imaginarios pueden ser pensados de manera separada y opuestos entre sí, conviven, y hasta se entremezclan, pues, existe, desde la resistencia, un discurso elaborado respecto a la delincuencia y el estigma -razón por la cual se ha desdibujado un poco o desnaturalizado al interior del cerro la imagen degradada del sector-, pero sin embargo, sigue habiendo temor e inseguridad entre los habitantes, incluso en algunos que son voluntarios, y que han elaborado una construcción en torno al barrio, que habla más de la cooperación, la solidaridad y la emancipación, que del conflicto, la pobreza y la inseguridad.

En este sentido cabe preguntarnos, ¿el trabajo realizado por las organizaciones y voluntarios, influye también de manera indirecta, en las subjetividades, y en el arraigo y pertenencia que puedan llegar a sentir los habitantes de Cordillera central para con su territorio,

incluso cuando éstos no se hagan parte de las organizaciones?, la respuesta creemos que es sí, la llegada del TAC, constituye en un hito fundamental a la hora de declamar aspectos simbólicos del barrio. Pues esta, cambia la imagen del barrio en cierta medida, y el modelo de gestión barrial adoptado, resignifica el estigma en términos intrabarriales. Sea cual sea el imaginario que opera en las subjetividades de los habitantes, aunque existan percepciones de la inseguridad, y condiciones sociales negativas, los habitantes tienen una valoración positiva respecto al espacio que habitan, pues éste alberga redes de apoyo y de amistad, y además, se encuentra cercano al plan de la ciudad. Esto puede explicarse, intuimos, mediante la aparición del TAC, que finalmente fue el que rescató la memoria local y engrandeció por ello, la herencia obrera del cerro y las antiguas formas de organizarse, a la vez que proporcionó espacios para comunidad, a los cuales se les han atribuido las mejoras que se dice, presenta el barrio. Así, creemos que por la existencia de la misma organización, prima la idea de cooperar, organizarse y actuar ante situaciones que atenten contra la vida de barrio. Aunque en hechos concretos no lo practiquen todos los habitantes.

Entonces, puede decirse que, ambos imaginarios han ido transformándose, influyendo el uno en el otro. Pues finalmente, son imaginarios que conviven y que emergen de un mismo espacio, del barrio de Cordillera Central, y de la Población Obrera.

La Población Obrera, en tanto símbolo cordillerano, y representación de la idiosincrasia popular de Valparaíso, tiene este doble revés: el de la resistencia, el de la participación y el del reacondicionamiento de espacios barriales, posibilitado por la acción colectiva; y el de la pobreza, que incita a pensar al inmueble, a sus cercanías y a sus habitantes, desde el temor y la inseguridad, como depositarios de la delincuencia, el conflicto social y la pobreza. Este revés se visibiliza también, en otros paisajes del barrio pues, los sitios eriazos, las casas abandonadas, las quebradas con basura y distintos artículos domésticos, y las menestras que cuentan con rejas para su protección, hacen un duro contraste con los murales y plazas que figuran en el barrio y que han hecho las organizaciones, mediante la conquista de espacios de encuentro y la regeneración barrial.

Pero si estos imaginarios se han objetivizado en ciertos espacios, también lo han hecho en ciertas personas. Así, podemos apreciar dos personajes antagónicos al interior del barrio, el “choro”, y el voluntario. Pues a medida que algunos han resistido al estigma, queriendo visibilizar características positivas de Cordillera, mediante la acción colectiva; se ha hecho manifiesta la actitud de algunas personas, que validan y resignifican el estigma, pues, aunque para algunos tenga una connotación negativa, para otros, cometer un delito es sinónimo de astucia, de valentía y de aptitudes físicas para el combate, y por ello, motivo de orgullo. Este tipo de estrategia, como es de suponer, es llevada a cabo por agentes distintos a quienes se oponen y resisten a la delincuencia y el estigma. Estas prácticas devienen en acciones correspondientes a un grupo social aún más vulnerable que el mero habitante de Cordillera, que ya es reconocido como un agente que ocupa una posición desventajosa respecto a otros.

Las prácticas y personajes que tienden a validar acciones consideradas delictuales o negativas, han tenido un gran impacto en la percepción que se tiene del barrio, pues tienden a confirmar y ampliar el estigma. Ya que, pese a que ambos imaginarios tienen cabida en las subjetividades de los habitantes de Cordillera, y en la manera de habitar el barrio, es importante mencionar que, en términos de ciudad, tiene más visibilidad el imaginario de la (in)seguridad, y el “choro” antes que el “voluntario”, pues comparativamente con la resistencia, éste ha estado mediado histórica y culturalmente por un estigma difícil de eludir, fortalecido y diseminado por años, en la opinión pública, aunque pareciera que cada vez más tiende a difuminarse un poco. En este sentido, podemos decir que, la resistencia consiste en un proceso más interno que externo, en cuanto ha cambiado la realidad de los habitantes a nivel de sus subjetividades, esto es, el modo en que se perciben, y perciben el espacio donde viven. Pero no así la de los que los miran desde afuera, pues, ante el temor al otro y el desconocimiento del lugar y las personas, los afuerinos, imaginan y construyen en su propio espacio mental nociones, en las cuales los medios tienen una importante incidencia.

Así, la resistencia y las organizaciones que hay en el cerro, devienen en conocimiento, para solo aquellas personas que se desenvuelven en el cerro, en el mundo organizacional o en el

de las políticas públicas, o educacionales. Pues este espacio ha permanecido oculto por mucho tiempo en el contexto global de la ciudad, transcurriendo de manera relativamente ajena a la mirada de las elites.

Por eso podemos decir que, el imaginario de la resistencia es auto construido, no formal, y subversivo, mientras que el patrimonial, en cambio, es oficial y conservador. He ahí, una tensión muy nítida que ha tendido a invisibilizar estos procesos, cuando en la realidad, el Cordillera, ha experimentado amplias similitudes con los imaginarios dominantes que se esbozan en torno a Valparaíso. Pues, hay temáticas que emergen de Valparaíso cuando pensamos al barrio de cordillera, como la pobreza, la marginalidad, la decadencia y la nostalgia. Aunque también cuando pensamos en lo poético, pintoresco, mítico, singular y colorido.

A modo de cierre, podemos decir que conocer estos imaginarios, ha sido de real importancia, pues como inciden en el uso que le dan al espacio los habitantes del Cordillera, en sus relaciones, en sus prácticas, y en sus espacios de sociabilidad, permiten conocer los procesos por lo que atraviesa la ciudad de Valparaíso, y el individuo en la ciudad, a la vez que nos permite intervenir en la ciudad, buscando efectos positivos en los agentes, y a la inversa, motivar al agente para conseguir un cambio positivo en la ciudad.

Por otro lado, podemos concluir a través de la presente investigación, que la posición que se ocupe, determinada por el capital simbólico y social que se poseen, y los sentidos prácticos interiorizados, son terminantes para asirse a uno u otro imaginario, pues hemos encontrado que, entre más capital simbólico y social positivo se acumule, más aprovechadas han sido las estructuras de oportunidades del barrio, y por ello, mayor ha sido la participación en la comunidad y el mundo organizativo y de la resistencia. Y por el contrario, a menor capital simbólico y social positivo acumulado, existe una mayor incidencia de prácticas de distanciamiento, y por ello, en consecuencia, las posibilidades de sentirse inseguros en el entorno barrial, o cometer conductas delictivas, o validar éstas, aumentan.

Cabe entonces abrir ciertas interrogantes ¿Cómo es posible sumar a más gente al proyecto de barrio que se configura, para así acabar con el círculo vicioso de la marginalidad? ¿La llegada de universitarios al barrio, logrará revertir la concepción de que el cerro aloja pobreza? ¿Es posible revertir las percepciones de inseguridad que se evidencian en el barrio? ¿Será algún día Cordillera más reconocido por sus organizaciones que por la delincuencia? ¿Teniendo conocimiento de la valoración que se tienen de las organizaciones, a qué se debe la baja participación de los habitantes del barrio? ¿Qué se está haciendo por lo jóvenes, que son a los que se les suele vincular la inseguridad y las prácticas delictuales del barrio? ¿Cómo llegar a este sector etario e impactar positivamente en ellos, de modo que se hagan parte de las iniciativas que se llevan a cabo en el cerro?

VIII. Anexos

VIII.I. Guía entrevista en profundidad

Caracterización sociodemográfica

- Características del entrevistado (edad, sexo, residencia, pertenencia a org., oficio o profesión)

Representaciones e imaginarios sobre el cerro

- Cuéntame del cerro ¿cómo es?
- ¿Cómo es el barrio de Cordillera Central? ¿Qué lo caracteriza?
- ¿Del cerro que cosas y que lugares te gustan y cuáles no?
- ¿Cuál es la diferencia del cerro Cordillera con otros cerros como el Placeres, o el cerro alegre?
- ¿Qué tiene de distinto el barrio de Cordillera Central de otros barrios del cerro?
- ¿Hay desigualdad en el cerro?
- ¿Cómo podría llegar a ser mejor el barrio?

Relaciones interpersonales

- ¿Con quién te juntas en el barrio?
- ¿Cómo es la gente del barrio?
- ¿Cómo son las relaciones entre quienes viven en el barrio?

Recorridos en el barrio

- ¿Cuáles son los lugares del barrio que habitúas?

Identidad barrial

- ¿Cuál es tu historia en el cerro, cuándo y cómo llegaste? ¿ha cambiado, de qué manera?
¿Ha llegado gente nueva al cerro? ¿quiénes?
- ¿Qué representan para ti las organizaciones que existen en el barrio? ¿cómo es su labor?
¿representan a los habitantes del cerro y a sus necesidades?

- ¿Cuál crees que es la lucha del cerro? ¿Cuál crees que es el cambio que quiere generar?

Delimitación del espacio barrial

- ¿Para ti, donde termina y empieza el cerro, y el barrio de Cordillera Central?

VIII.II. Guía metodológica para desarrollar la actividad de mapeo colectivo

- Presentarse frente a los niños, contar quiénes somos.
“Queremos conocer el barrio, y qué piensan ustedes de él”

Inicio:

- Preguntar los nombres, hablar sobre dónde viven, sus edades y qué es característico del lugar donde viven.
- Luego de haber visualizado su territorio, se les debe invitar a plasmar el barrio en un dibujo. Este trabajo se realizará en grupos idealmente de 4 y 5 niños, en un tiempo de 40 min por grupo.

Al tener los grupos conformados, cada grupo recibirá los siguientes materiales:

- Papel kraft, donde se encuentra dibujado el TAC, camino cintura y la calle Castillo.
- Lápices de cera y plumón.
- Monedas de cartón con los siguientes enunciado: Seguro/inseguro, lindo/feo, entretenido/aburrido, Limpio/sucio.

Indicaciones generales

- I) Pedirles a los niños, luego de la reflexión, que dibujen juntos un mapa del cerro Cordillera e identifiquen los lugares típicos, cómo es el cerro y las cosas que hay.
- II) Proponer significados que les permitan a niños y niñas categorizar lo lugares que dibujaron. (Para ello se cuenta con las monedas de cartón que funcionan como etiquetas para que los niños y niñas escojan y peguen en los lugares que deseen.

Resguardar que exista la mayor cantidad de monedas posibles para que se puedan repetir).

- III) Indicarles a los niños que posicionen las monedas en algún lugar del mapa donde más crea que está lo que dice la moneda (Seguro/inseguro, lindo/feo, entretenido/aburrido, Limpio/sucio).
- IV) Cuando los niños se encuentren dibujando su territorio y posicionando las monedas sobre los lugares ir preguntando ¿Qué es eso? ¿Qué hacen ahí? (Mantener una conversación con ellos para ir conociendo por qué eligieron esos elementos en el mapa)
- V) Al final de la actividad, presentar el mapa a la comunidad como mecanismo de socialización, ya que en la medida en que los saberes se socializan y complementan entre sí, se legitiman.

VIII.III. Imágenes de la actividad de mapeo colectivo

Figura N°17: Mapeo colectivo 1



Fuente: Fotografía propia.

Figura N°18: Mapeo colectivo 2



Fuente: Fotografía propia.

Figura N°19: Mapeo colectivo 3



Fuente: Fotografía propia.

Figura N°20: Mapeo colectivo 4



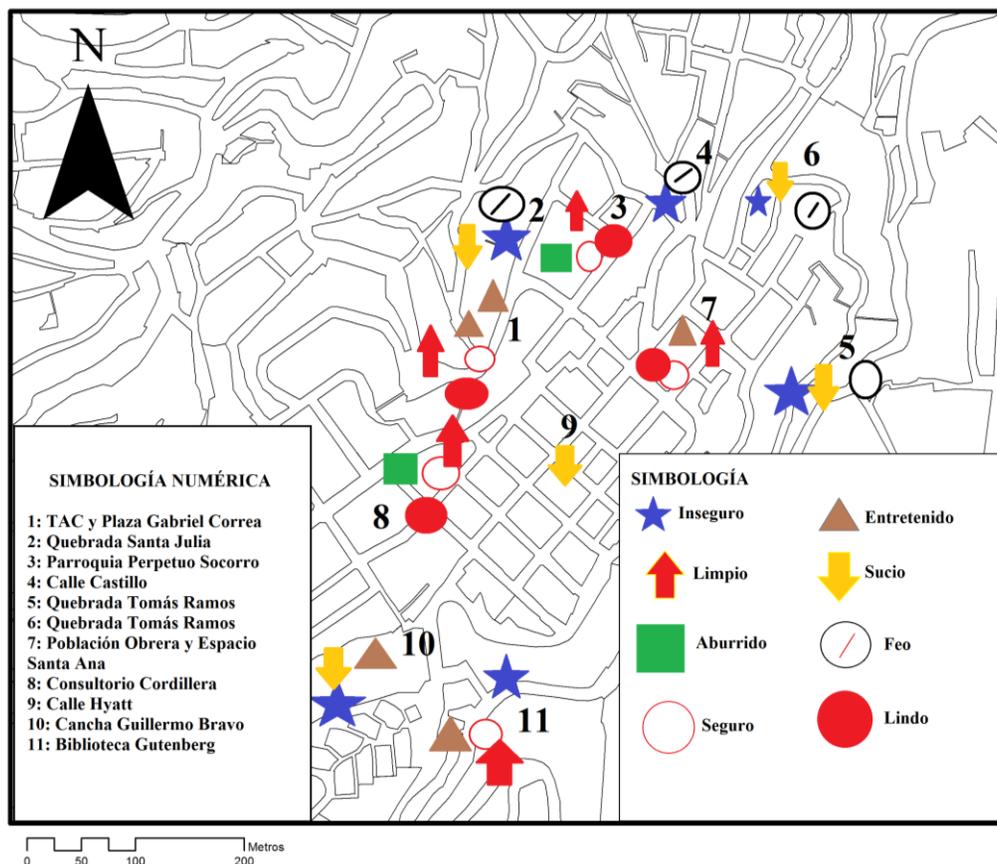
Fuente: Fotografía propia.

Figura N°21: Mapeo colectivo 5



Fuente: Fotografía propia.

Figura N°22: Mapa de los lugares representativos del barrio de Cordillera Central, indicados en la actividad de mapeo colectivo.



Fuente: Imagen propia.

IX. Referencias bibliográficas

- Abarca, C. (2011). Valparaíso, más allá de la postal. 50 Años de Cine Chileno, 1960-2010. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.
- Álvarez, J. (2003). Cómo hacer investigación cualitativa: Fundamentos y metodología. Paidós Educador, México.
- Aravena, P. y Sobarzo, M. (2009). Valparaíso: Patrimonio, mercado y gobierno. Ediciones Escaparate, Chile.
- Araya, R., Castillo, M. y Prado, F. (2009). Rehabilitación Unión Obrera Cerro Cordillera. ARQ, n.73, Santiago, p. 36-39. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S071769962009000300006&script=sci_arttext
- Araya, S. (2002). Las representaciones sociales: Ejes teóricos para su discusión. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Cuaderno de ciencias sociales núm. 127, primera edición, Costa Rica.
- Arenas, F. y Bustos, N. (1996). Evolución y caracterización del sistema urbano chileno en el período intercensal 1982-1992. Revista de Geografía Norte Grande núm. 23, p. 41-46.
- Baczko, B. (1991). Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas. Nueva Visión, Argentina.
- Barbero, J. (2003). Los laberintos urbanos del miedo. Revista científica, Universitas Humanística, núm. 56, p. 69-79 Pontificia Universidad Javeriana Bogotá, Colombia
- Bardin, L. (2002). Análisis de contenido. Editorial Akal.
- Berdoulay, V. (2012). El sujeto, el lugar y la mediación del imaginario. En Hiernaux, D.; Lindón, A. (Dirs.) Geografía de lo imaginario, p. 49-65. Anthropos editorial. Universidad Autónoma, México.
- Bourdieu, P. (1987). Espace social et pouvoir symbolique, en: Bourdieu, P., Chose dite, Paris Ed. de Minit. Traducción: Espacio social y poder simbólico (1988). Editorial Cosas dichas, p. 127-142, Argentina.
- Bourdieu, P. (1990). Espacio social y génesis de las 'clases'. Sociología y Cultura. Grijalbo, p. 281-309, México.
- Bourdieu, P. (1991). El sentido práctico. Editorial Taurus, España.
- Bourdieu, P. (1994). Raisons pratiques sur la thirie d la action, Paris, Ed. du Seuil. Traducción: Razones prácticas, sobre la teoría de la acción (1997) Anagrama, España.
- Bourdieu, P. (2011). Las estrategias de reproducción social. Primera edición, Siglo veintiuno editores, Argentina.

- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una Antropología reflexiva*, Grijalbo, México.
- Canales, M. (2007). *Rehabilitación Patrimonial de Vivienda Social en Valparaíso: La Población Obrera*. Disponible en: <http://www.plataformaurbana.cl/archive/2007/12/02/la-rehabilitacion-patrimonial-de-vivienda-social-en-valparaiso/>
- Canales, M. (2006) (coor., y editor). *Metodologías de investigación social: Introducción a los oficios*, LOM ediciones, Chile.
- Carrión, F. (2000). *Lugares o flujos centrales: los centros históricos urbanos*. CEPAL, división de medio ambiente y asentamientos humanos, Chile.
- Carrión, F. y Nuñez, J. (2006). *La inseguridad en la ciudad: hacia una comprensión de la producción social del miedo*. *Revista Eure* Vol. 32, núm. 97, p. 7-16, Chile.
- Carroza, N. y Valenzuela, F. (2010). *Transformaciones en el mercado del trabajo y expresión territorial de las desigualdades sociales: el caso del área metropolitana de Valparaíso*. *Revista Lider* Vol. 17 p. 119-136.
- Casellas, A. y Vergara, C. (2016). *Políticas estatales y transformación urbana: ¿Hacia un proceso de gentrificación en Valparaíso, Chile?* *Revista Eure*, vol. 42, núm. 126, p. 123-144.
- Castellano, C. y Pérez, T. (2003). *El espacio barrio y su espacio comunitario, un método para la estructuración de lo urbano*. *Revista INVI* Vol. 18, núm. 48.
- Castón, P. (1996). *La sociología de Pierre Bourdieu*. *REIS: Revista española de investigaciones sociológicas*. núm 76, p. 75-97.
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Fábula TusQuet editores, Colección Ensayo, Argentina.
- Cea, M. (2004). *Métodos de Encuesta. Teoría y práctica, errores y mejora*. Capítulo 1: 'La encuesta como estrategia de investigación social', editorial Síntesis, España.
- Claval, P. (2012). *Mitos e imaginarios en geografía*. En Hiernaux, D.; Lindón, A. (Dir.) *Geografía de lo imaginario*, p. 29-48. Anthropos editorial. Universidad Autónoma, México.
- Cornejo, C. (2012). *Estigma territorial como forma de violencia barrial. El caso del sector El castillo*. *Revista Invi* Vol. 27, núm. 76.
- Cox, C. (1984). *Clases, reproducción cultural y transmisión escolar: una introducción a las contribuciones teórica de P. Bourdieu y B. Bernstein*, Chile. Seminario "cultura escolar y cambio educacional" de la Red Latinoamericana de Investigaciones Cualitativas de la realidad escolar, Chile.
- Crespo, M. y Salamanca, A. (2007). *El muestreo en la investigación cualitativa*. *Nure Investigación*, núm. 27 Departamento de investigación de FUDEN.

- D'Amico, A. (2007). Los barrios en la encrucijada: transformaciones vivenciadas frente al crecimiento de las ciudades. Ponencia presentada en el 50 Aniversario de FLACSO. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Universidad Católica de Córdoba, Argentina.
- Danhke, G. (1989). Investigación y comunicación. En C. Fernández-Collado y Danhke G. L., La comunicación humana: Ciencia social. Editorial McGraw-Hill, p. 385-454, México.
- Dastres, C., Spencer, C., Muzzopappa, E., y Sáez, C. (2005). La construcción de noticias sobre seguridad ciudadana en prensa escrita y televisión ¿posicionamiento, distorsión o comprensión? Colección seguridad ciudadana y democracia, Núm. 2 Centro de estudio en seguridad ciudadana. Universidad de Chile.
- Fadda, G. y Cortés, A. (2007). Barrios. En busca de su definición en Valparaíso. Revista Urbano núm. 16, p. 50-59, Chile.
- Farr, R. (1984). Social representations: Their role in the design and execution of laboratory experiments. In Farr, R. y Moscovici, S.(Eds.), Social Representations. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fernández, J. (2013). Capital simbólico, dominación y legitimidad. Las raíces weberianas de la sociología de Pierre Bourdieu. Papers, revista sociológica, Vol. 98, Núm. 1, España.
- Flick, U. (2007). Introducción a la investigación cualitativa. Segunda edición, ediciones Morata, S.L., Madrid.
- Flyvbjerg, B. (2004). Cinco malentendidos acerca de la investigación mediante los estudios de caso (Five Misunderstandings about Case-Study Research). Revista Española de Investigaciones Sociológicas, Vol. 106, núm. 4, p. 33-62 Traducido al español por María Teresa Casado.
- Freire, P. (1999). Pedagogía del oprimido. Editorial Siglo veintiuno, México.
- Gaete, G. (2000). Valparaíso: visión geográfica y antecedentes de su humanización, siglos XVI al XXI. Publicaciones Centro de Recursos de Enseñanza-Aprendizaje de Lenguas (CREAL), facultad de humanidades, Universidad de Playa Ancha, Chile.
- Gaínza, A. (2006). La entrevista en profundidad individual. En Manuel Canales (Editor) metodologías de investigación social. LOM Ediciones, Chile.
- Gallegos, R. (2013). El espacio vivido y convivido en los barrios de Valparaíso – caso Cerro Cordillera. Reencuentro de saberes Latinoamericanos, encuentro de geógrafos de América Latina 2013, Perú.
- García Canclini, N. (1999). Los usos sociales del Patrimonio Cultural. En Aguilar Criado, E. (editor). Patrimonio Etnológico. Nuevas perspectivas de estudio. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía., p.16-33.

- García, S. (2012). De la imagen al imaginario en el cine colombiano. Razón y palabra, Primera Revista Electrónica en América Latina Especializada en Comunicación, núm. 79. Disponible en: http://www.razonypalabra.org.mx/N/N79/V79/36_Garcia_V79.pdf
- Garriga, J. y Noel G. (2010). Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso. Publicar Vol.8, núm. 9.
- Giraldo, R. (2006). Poder y resistencia en Michel Foucault. Revista Tabula Rasa, núm. 4. UCEVA- Unidad Central del Valle del Cauca, Colombia.
- Gómez, J. (2015). La Babilonia del Pacífico. El valor de la inmigración porteña, p. 7-21. En Valparaíso: Puerto de libertad. Fundación para el progreso, Valparaíso. Disponible en: <http://www.fppchile.cl/wp-content/uploads/2015/10/Valpara%C3%ADso-Puerto-de-Libertad-digital.pdf>
- González, M. (2002). Aspectos éticos de la investigación cualitativa. Revista iberoamericana de educación. [Online] Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/800/80002905.pdf>.
- Gravano, A. (2008). Imaginarios barriales y gestión social. IX Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Misiones.
- Gravano, A. (2005). El barrio en la teoría social. Espacio Editorial, Argentina.
- Gravano, A. (2012). Imaginarios urbanos, planificación y participación institucional en la ciudad media: entre arcos y flechas. Revista I+A Investigación + Acción. Núm. 12, p. 87-110. Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño. Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina.
- Gravano, A. (1997). Variables de lo barrial y lo barrial como variable en la ciudad intermedia. V Congreso Argentino de Antropología Social. Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Gravano, A. (2003). Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana. Espacio Editorial, Argentina.
- Gravano, A. (2014). Antropología de ciudades medias: tres hipótesis sobre la relación entre sistema urbano e imaginarios. XI Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Humanidades y Artes, Argentina.
- Guasch, O. (1996). Observación Participante. Cuadernos metodológicos, vól.20. Centro de investigaciones sociológicas.
- Gutiérrez, A. (1997). La pobreza desde adentro o estrategias de reproducción social. I Congreso Internacional "Pobres y pobreza en la sociedad Argentina" Universidad Nacional de Quilmes, Argentina. Disponible en <http://www.equiponaya.com.ar/congresos/contenido/quilmes/P2/34.htm>

- Gutiérrez, A. (2002). Problematización de la pobreza urbana tras las categorías de Pierre Bourdieu. Cuadernos de Antropología Social núm. 15, p. 9-27, Argentina.
- Gutiérrez, A. (2005). Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu. Ferreyra Editor, Argentina.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). Etnografía Métodos de Investigación. Editorial Paidós, España.
- Hernández Sampieri, R. (1997). Metodología de la investigación. Recolección y análisis de datos cualitativos. Editorial McGraw-Hill, Cuarta edición, México.
- Hernández, R. Fernández, C. y Baptista, P. (2007). Metodología de la Investigación. Editorial McGraw-Hill, México.
- Herrera, J. (2011). Cartografía Social. España. En: <http://juanherrera.files.wordpress.com/2008/01/cartografia-social.pdf>
- Hiernaux, D. (2007). Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos. Revista eure, vol. 38, núm. 99, p. 17-30, Chile.
- Hiernaux, D. (2012). Los imaginarios urbanos: una aproximación desde la geografía urbana y los estilos de vida. En Hiernaux, D.; Lindón, A. (Dirs.) Geografía de lo imaginario, p. 88-107. Anthropos editorial. Universidad Autónoma, México.
- Hiernaux, D. y Lindón, A. (2012). Renovadas intersecciones: la espacialidad y los imaginarios. En Hiernaux, D.; Lindón, A. (Dirs.) Geografía de lo imaginario, p. 9-28. Anthropos editorial. Universidad Autónoma metropolitana, México.
- Hsin, L., Kleinman, A., Link, B., Phelan, J., Lee, S. y Good, B. (2007). Cultura y estigma: la experiencia moral. Revista Este país, núm. 195, México.
- Imbert, G. (2006). Violencia e imaginarios en el cine actual. Versión ampliada y actualizada de la publicada en el libro colectivo La mirada que habla. Cine e ideología, Gloria Camarero (ed.) (2002), Akal, Madrid.
- Jodelet. D. (1984). La representación social: fenómenos, conceptos y teoría. En Moscovici, S. Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales. Paidós.
- Kaztman, R. (1999). El vecindario también importa, en Kaztman, Rubén (editor): Activos y estructura de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay. PNUD/CEPAL.
- Kaztman, R. (2001). Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos. Revista CEPAL 75.
- Kessler, G. (2010). Delito, sentimiento de inseguridad y políticas públicas. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología. Argentina.

- Lacarrieu, M. (2007). La “insoponible levedad” de lo urbano. *Revista eure*, vol. 33, núm. 99, p. 47-64, Chile.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana: la dimensión subjetiva de la política*. LOM ediciones.
- Lindón, A. (2007). Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales. p. 31-46. *La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos*. p. 7-16. En *Revista Eure*, vol.33, núm. 99, Chile.
- Lindón, A. (2012). ¿Geografías de lo imaginario o la dimensión imaginaria de las geografías del lebenswelt? En Hiernaux, D.; Lindón, A. (Dir.) *Geografía de lo imaginario*, p. 66-87. Anthropos editorial. Universidad Autónoma, México.
- Link, B. y Phelan, J. (2001). Conceptualizing stigma. *Annual Review of Sociology*, núm. 27, p. 363-385.
- Lorenzo, S. (2012). *Carácter, sociabilidad y cultura en Valparaíso 1830-1930*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile.
- Lunecke, G. (2012). violencia urbana, exclusión social y procesos de guetización: la trayectoria de la población santa Adriana. *Revista Invi*, vol. 27, núm. 74, p.287-313.
- Lunecke, G. (2016). Inseguridad ciudadana y diferenciación social en el nivel microbarrial: el caso del sector Santo Tomás, Santiago de Chile. Vol. 42, núm. 125, p. 109-129.
- Madariaga, M, Vergara, F. y Barroilhet, M. (2010). *Valparaíso Capital Cultural*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile.
- Márquez, F. (2007). Imaginarios urbanos en el Gran Santiago: huellas de una metamorfosis. *Revista Eure*, Vol. 33, núm. 99, p. 79-88, Chile.
- Márquez, F. (2009). *Historias e identidades barriales del Gran Santiago: 1950-2000*. Avá. *Revista de Antropología*, núm. 15, Universidad Nacional de Misiones, Argentina.
- Martínez, A. (2003). Autogestión comunitaria. Disponible online en: <http://www.gestiopolis.com/recursos/documentos/fulldocs/eco/autogescomuni.htm>
- Martínez, P. (2006). El método de estudio de caso, estrategia metodológica de la investigación científica. *Pensamiento y gestión*, núm. 20.
- Martinic, S. (2006). El estudio de las representaciones y el análisis estructural de discurso. En Manuel Canales (Editor) *metodologías de investigación social*. LOM Ediciones, Chile.
- Mattos, C. (2006). *Modernización capitalista y transformación metropolitana en América Latina: cinco tendencias constitutivas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. San Pablo (CLACSO).
- Mejía, J. (1998). Individualismo y modernidad. Aspectos teóricos de lo público y lo privado, *Revista de investigación de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos*, Perú.

- Míguez, D. (2004). Los pibes chorros. Estigma y marginación. Capital intelectual, Argentina.
- Montañés, M. (2001). Introducción al análisis e interpretación de textos y discursos en Prácticas de Creatividad Social. Construyendo ciudadanía. El Viejo Topo, España.
- Moscovici, S. (1981). On social representation. en Forgas J. (Comp.). Vol. Social cognition. Perspectives in everyday life). Londres: Academic Press.
- Núñez, R. (2008). Experiencia de Rehabilitación de la Población Obrera de la Unión. Proyecto para el Programa de Recuperación y Desarrollo Urbano de Valparaíso (PRDUV).
- Opazo, A. y Martínez, A. (2002). Historia de la ciudad. Causas y efectos de su nacimiento. En Plan de Desarrollo Comunal de Valparaíso.
- Ortiz, A. y Mendoza C. (2008). Vivir (en) la ciudad de México: espacio vivido e imaginarios espaciales de un grupo de migrantes de alta calificación. Latin American Research Review, Vol. 43, núm. 1, p. 113-138.
- Paredes, F. (2015). Criminalización de la pobreza y derechos humanos. Tesis para optar al grado de Máster Universitario en Estudios Avanzados en Derechos Humanos. Universidad Carlos III de Madrid.
- Park, R. y Burgess, E. (1984). The City. Suggestions for Investigation of Human Behavior in the Urban Environment. Chicago: The University of Chicago Press.
- Paternain, R. (2012). La inseguridad en Uruguay: genealogía básica de un sentimiento en la inseguridad y la seguridad ciudadana en América Latina. José Zavaleta coordinador. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Payá, E. (2011). Valparaíso: la vieja y nueva bohemia. Revista Chilena de infectología vol. 3. Núm. 28, p. 229.
- Pecchenino R. (1987). Apuntes Porteños. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso.
- Pecchenino, R. (2001). Valparaíso visto por un extranjero. En Fundación Renzo Pecchenino (comp.), Las crónicas de Lukas. Chile.
- Pellicer, I., Vivas-Elias, P. y Rojas, J. (2013). La observación participante y la deriva: dos técnicas móviles para el análisis de la ciudad contemporánea. El caso de Barcelona. Revista EURE, Vol. 39, núm. 116, p. 119-139.
- Pino, A. y Ojeda, L. (2013). Ciudad y hábitat informal: las tomas de terreno y la autoconstrucción en las quebradas de Valparaíso. Revista INVI vol. 28, núm. 78, Universidad de Chile.

- Pitt-Rivers, J. (1979). Antropología del honor o política de los sexos. Ensayos de antropología mediterránea. Traducción castellana Carlos manzano editorial crítica, grupo editorial Grijalbo, España.
- Pozas, M., Mora, M. y Pérez, J. (2004). La sociología económica: una lectura desde América Latina. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Cuaderno de ciencias sociales 134, primera edición, Costa Rica.
- Reguillo, R. (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. Alteridades vol. 18, núm.36, p. 63-74.
- Risler, J y Ares, P. (2013). Manual de mapeo colectivo: recursos cartográficos críticos para procesos territoriales de creación colaborativa, primera edición, editorial Tinta Limón. Argentina.
- Robledo, J. (2009). Observación Participante: ¿técnica o método? En Revista Nure Investigación, núm. 39. http://www.fuden.es/FICHEROS_ADMINISTRADOR/F_METODOLOGICA/obspar1_formet_39.pdf
- Rodríguez, A. y Wincheste, L. (2001). Santiago de Chile. Metropolización, globalización, desigualdad. Revista Eure, vol. 27, núm.80, Chile.
- Rodríguez, T. y García, M. (2007) (coord.). Representaciones Sociales. Teoría e investigación. editado por la universidad de Guadalajara, México.
- Safa, P. (2000). El estudio de las identidades vecinales: una propuesta metodológica. Revista Universidad de Guadalajara. Disponible en www.cge.udg.mx/revistaudg/rug19/articulo3.html
- Salazar, G. (2000). Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX. LOM ediciones. Serie Historia, Chile.
- Scott, J. (2000). Los dominados y el arte de la resistencia. Primera edición en español, Ediciones Era. México.
- Silva, A. (2006). Imaginarios Urbanos. Arango editores, Colombia.
- Solares, B. (2011). Gilbert Durand, imagen y símbolo o hacia un nuevo espíritu antropológico. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, Vol. 56, núm. 211, p. 13-24 Universidad Nacional Autónoma de México.
- TAC, (2009). Como ser voluntario y no morir en el intento. Manual iluminativo para sobrevivir y aprovechar al máximo la experiencia al interior de la organización. Ministerio Secretaría General de Gobierno. División de Organizaciones Sociales: Santiago, Chile.
- Tajfel, H. (1999). Representaciones sociales. Disponible en: www.geocities.com/

- Tapia, R. (2009). Criterios para definir el concepto de barrio. Implicancias metodológicas y de política pública. Documento de Circulación Interna, Proyecto Anillos de Investigación en Ciencias Sociales “Crimen y Violencia Urbana. CESC.
- Tapia, V. (2013). El concepto de barrio y el problema de su delimitación/ Aportes de una aproximación cualitativa y etnográfica. *Bifurcaciones*, revista de estudios culturales urbanos, núm. 12.
- Tarrés, M. (2001) (coor.). *Observar, escuchar y comprender: sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. Primera edición, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Taylor, S. y Bogdan, R. (1986). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Editorial Paidós, Argentina.
- Thompson, J. (2002). *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, segunda edición. Universidad Autónoma Metropolitana, división de ciencias sociales y humanidades.
- Torres, A. (1999). *Identidades barriales y subjetividades colectivas en Santafé de Bogotá*. Universidad Pedagógica Nacional Vol.10, p.20- 34.
- Trevelyan, M. (2006). *La validez y fiabilidad de la investigación con cuestionarios*. En Manuel Canales (Editor) *metodologías de investigación social*. LOM Ediciones, Chile.
- Urbina, M. (2003). *Los conventillos de Valparaíso, 1880-1920: Percepción de barrios y viviendas marginales*, *Revista de urbanismo* núm. 5.
- Valles, M (2000). *Técnicas cualitativas de investigación social: reflexión metodológica y práctica profesional*. Editorial Síntesis, España.
- Vergara, C. (2011b). *Interciudad, Passerelles, ponts et tyroliennes entre les initiatives locales*. Disponible en: <https://interciudad.wordpress.com/2011/12/14/en-el-cerro-cordillera-estan-construyendo-una-vida-mejor/>
- Vergara, C. (2011a). *Transitando desde la vulnerabilidad hacia la integración social en el Cerro Cordillera de Valparaíso*, *Revista Némesis* núm. 9, p. 75-90.
- Vergara, C. (2013). *Integración social en barrios vulnerables a través de procesos educativos no formales. El caso del Taller de acción comunitaria –Tac– del cerro Cordillera de Valparaíso*. *Revista Bitácora Urbano/Territorial* vol. 1, núm. 22 p. 135 – 146. Universidad Nacional de Colombia.
- Vergara, C., Ponce, S. y Valenzuela, E. (2016a). *Orgullo del puerto. Las tramas invisibles y el sentido vertical de los imaginarios urbanos de Valparaíso a través de Santiago Wanderers*. Editorial Victorino Laines, Chile.

- Vergara, C., Ponce, S. y Valenzuela, E. (2016b). Agueridos, esforzados y porteños: el imaginario wanderino de Valparaíso por medio de la revista Estadio. Territorio 34, p. 137-160.
- Wacquant, L. (2001). Parias urbanas, marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. Edición en castellano por Ediciones Manantial SRL, Argentina.
- Wacquant, L. (2005). Castigar a los parias urbanos. En comunicación y violencia, la inseguridad como relato de la desintegración. Oficios terrestres, vol. 11, núm. 17. Universidad nacional de la Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Wacquant, L. (2007). Guetos y antigueto. Anatomía de la nueva pobreza urbana. Entrevista con Loïc Wacquant por Caroline Keve para Debate (Traducción: Fernanda Page Poma).
- Wacquant, L. (2011). Desolación urbana y denigración simbólica en el hipergueto. Atrolabio, núm. 6.
- Wacquant, L. (2012). Marginalidad avanzada y Estado neoliberal. En Sevilla, A. (coord.) Los conflictos de la ciudad contemporánea, Revista Urban núm. 3, p.133. Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio, Universidad Politécnica de Madrid, España.
- Wacquant, L. (2013). Poder simbólico y fabricación de grupos: cómo reformula Bourdieu la cuestión de las clases. Revista Herramienta, debate y crítica marxista. Núm. 52, Buenos Aires. Disponible online en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-52/poder-simbolico-y-fabricacion-de-grupos-como-reformula-bourdieu-la-cuestion/>
- Wacquant, L.; Slater, T.; Borges, V. (2014). Estigmatización territorial en acción. Revista Invi Vol. 29, núm. 82, p. 219-240, Universidad de Chile.